MARTO
PARIENTE
LAS HORAS
CRUELES
ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
Preludio
Primera parte. Constanza Desaparecidos
1
2
Samael
3
4
5
6
7
Interludio
Segunda parte. Monstruo
8
9
10
11
12
13
14
15
Interludio
Tercera parte. Dientes de leche
16
17
18
Samael
19
20
Samael
21
22
Interludio
Cuarta parte. Matrioska

Samael
23
24
25
26
27
28
29
30
Interludio
Quinta parte. Mitos y leyendas
Samael
31
32
Samael
33
34
35
36
Interludio
Sexta parte. La mala noche
37
38
39
40
41
42
43
44
Samael
45
46
47
48
Samael
Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Se irá a la tumba sin confesar. Un *country noir* que nos sorprende por su prosa tan ágil como gamberra y por su elenco de personajes al más puro estilo *Fargo*.

No hay salida, ha llegado a una encrucijada: o salta desde lo alto del cortado a las aguas del Bornova o muere a manos de quien lo está persiguiendo. Tomás Moreda, el Monstruo de la Tejera Negra, no tarda en resolver el dilema. Que Dios decida si ha de sobrevivir a la caída o ha de sucumbir por su único pecado: el de no recordar qué pasó aquel día de hace treinta años, cuando perdió a sus pequeños en el bosque y lo acusaron de haberlos matado.

¿Dónde están sus hijos?

Nadie duda de que los enterró y de que se irá a la tumba sin confesar.

Una semana después, sigue en paradero desconocido. ¿Sigue vivo? Para encontrar la respuesta a esta pregunta, la madre de Tomás Moreda, la única convencida de su inocencia, recurre a Constanza Desparecidos, una agencia que continúa buscando cuando a la policía se le agotan los recursos.

Frank Durán, un expolicía expulsado del cuerpo «por sentimental», y Eliana Santoro, que lidian, como el Monstruo de la Tejera Negra, con sus propios fantasmas — la muerte de la persona amada y los abusos de quien debería amarnos y protegernos—, descenderán a los bajos fondos de la ciudad de Guadalajara y se sumergirán en la historia, la geografía y las creencias ancestrales de los pueblos de la Sierra Norte en una carrera contrarreloj contra el demonio que los acecha y que habita en todos nosotros, Samael, el ángel de la muerte, el Veneno de Dios.

MARTO PARIENTE

LAS HORAS CRUELES

A mis padres con amor. Pues ellos son frontera.
Son el último bastión.
Refugio y hogar adonde regresar.

Y ante nuestros ojos todo el movimiento del agua, todo el sonido por los umbrales diminutos de las horas crueles, *desangrándose por los desfiladeros y por los lagos como un péndulo que no conoce el sosiego ni la noche.*

JAVIER PÉREZ WALIAS, *Jardines del infierno*

... entre la maldad y un jodido loco,.
teme siempre al loco.

ULISES LÁZARO

Preludio

El Monstruo huía a través del bosque en pos de la luz. Se llamaba Tomás Moreda y llevaba seis meses fuera de prisión. Y lejos de tener una vida tranquila, que es lo que le habría gustado después de pasar cerca de treinta años entre rejas, seguía intentando que no lo matasen.

Anochecía y la oscuridad, como la embocadura de una cueva o las fauces de un animal salvaje, se abría a su espalda. Desde el este desplegaba su lengua negra y espesa. Una lengua fría que lamía los peñascos de granito, árboles y matorrales, gargantas y barrancos, cejas, picos y montes bajos. Y pronto, muy pronto, al igual que las fosas insondables de los pantanos, también quedarían bajo ese manto de oscuridad los tejados de pizarra negra de las casas de los pueblos de la comarca.

Durante largo rato se sintió perdido. Tenía el sol como única referencia y este, una llaga purulenta en un cielo carmesí, se dejaba caer consumido tras las montañas. En breve dejaría de servirle de guía. Corría entre sombras, tras el fantasma de algo que ya no existía. Perseguía el albor de un nuevo día que nunca llegaría a alcanzar.

Continuó avanzando, apartando zarzas y sorteando las robustas raíces entre la neblina. Se apoyó en la dura corteza de un roble para recuperar el aliento.

Alguien gritó la palabra *monstruo*. La voz sonó como un disparo y reverberó entre la espesura de los árboles.

Una bandada de zorzales alzó el vuelo en algún lugar. Luego, más silencio. Se giró. Le fue imposible saber si la voz llegaba desde el claro que había dejado unos metros atrás o de mucho más lejos.

Se instó a un último esfuerzo y echó a correr. Según sus cálculos, la carretera no debía de quedar muy lejos y, si

llegaba a pisar asfalto, estaba convencido de que quizá tendría alguna oportunidad de mantenerse con vida.

Como había hecho siempre.

Los monstruos como él nunca dejaban de sobrevivir.

Durante un tiempo fue el preso más popular de la penitenciaria de Herrera de la Mancha. La prensa sensacionalista dejó de acosarlo cuando fue juzgado y condenado, pero no así los demás presos. Los tíos que se metían con niños no estaban lo que se dice bien vistos. Se trataba de un código, una ley no escrita. Una en la cual podías chuparte una larga condena por cualquier cosa: secuestro, robo con fuerza, extorsión u homicidio, daba igual; pero si tus víctimas eran menores de edad, podías darte por jodido. Si además, como en el caso de Tomás Moreda, las víctimas eran tus propios hijos, podías despedirte de salir de prisión de una sola pieza.

Eso si salías.

Y si lo hacías, era con la costumbre de mirar por encima del hombro cada poco tiempo. Por si las moscas.

Por eso, pasadas las seis de la tarde, Tomás Moreda se percató por el rabillo de su único ojo de que lo seguían. Al contrario que en el patio de la cárcel, allí, en el bosque, quien te acechaba o era muy bueno, o de lo contrario percibías su presencia y cercanía rápidamente.

Y desde aquel momento, no dejó de huir.

La corriente de aire le abofeteó el rostro y le indicó que había llegado a espacio abierto. Ni rastro de la carretera. En su lugar se encontró al borde de un cortado que caía en picado sobre el río a unos cuarenta metros de altura. Para entonces la oscuridad era ya casi completa.

Escuchó el sonido de una rama al quebrarse.

Entonces fue cuando lo dio todo perdido. Tembleque de piernas. Sabía lo que tocaba hacer a continuación. Se echó la mano al bolsillo y sacó unas diminutas piezas de plata que apenas brillaron bajo la luz tristona y enfermiza de los últimos rayos de sol.

Tentado estuvo de lanzarlo todo al río y enfrentarse a quien fuera que lo perseguía. Pero si se deshacía de su

tesoro más preciado... ¿de qué habría servido todo?

Se dijo a sí mismo que no habría servido de nada. Entonces, sin tiempo que perder, miró por última vez el contenido de la palma de su mano, y se lo echó al gaznate intentando tragar todo aquello en seco.

Sintió que se ahogaba y contuvo las arcadas mirando al cielo, el ocaso. Buscaba la línea del horizonte, algo difícil cuando se está entre montañas. Solo la silueta a contraluz de una dentellada.

Había llegado al convencimiento hacía mucho tiempo de que iría al infierno por lo que había hecho. Ahora, tan cerca del final, solo esperaba que fuese sin un juicio previo.

Tomás Moreda estaba cansado de que lo juzgasen.

Su perseguidor alargó el brazo demasiado tarde, el filo del cuchillo barrió la nada al borde del barranco.

El Monstruo de la Tejera Negra ya se había lanzado al vacío.

Y como el monstruo no sabía volar, fue a romperse contra las oscuras aguas del río.

Primera parte

Constanza Desaparecidos

1

—Hola, cariño. Tienes derecho a guardar silencio.

El asesor se llamaba Frank y era en realidad un detective sin licencia al que habían echado de la Policía por sentimental. Y en esos momentos le relataba a su mujer cómo le había ido la semana.

No puedo quejarme, dijo. No debo, ¿verdad? Aunque tendrás que reconocerme que no es fácil ganarse la vida con asuntos como el de la señora Montiel. No, no lo es. Y eso que apenas tardé un par de días, tres días, en darle carpetazo al asunto.

Cambió las flores mustias por las nuevas y tiró los restos marchitos en un cubo de basura que había un poco más allá. Se sentó al borde de la piedra, le dio lumbre a un cigarrillo y continuó:

Veamos, dijo. Se presentó en la asesoría a eso de principios de semana. ¿La señora Montiel? Recatada, moño alto, jersey de cuello vuelto, leotardos oscuros bajo una falda que le llegaba por los tobillos y unos zapatos de tacón cuadrado de esos que tú tanto detestabas. Da igual. Se sentó como si se confesase, así, con las rodillas muy juntas, se sacó una gargantilla del bolsillo y comenzó a pasar las perlas con los dedos como si de las cuentas de un rosario se tratase. Total que, cuando se decidió a hablar, con la cabeza gacha y en voz baja, me contó que creía que su Mariano la estaba engañando. Sospecho de él, dijo. Tenía los ojos vidriosos.

Le eché paciencia; veamos, cuénteme y tal.

Silencio.

Pasaron un par de minutos, tal vez tres. Bueno, ya me

conoces, dejé que se tomase su tiempo. Sé por experiencia que algunas personas son reacias a contar asuntos privados a alguien a quien no conocen de nada. Y si además ese alguien... ¿Cómo me describiste tú una vez?

Frank hizo memoria. Levantó la vista al cielo. Las nubes, zarcillos endebles que corrían desde el sur, no impedían que el sol, aun sin calentar, resaltase el verde de las copas de los cipreses e hiciese fulgurar el latón de las inscripciones y las superficies pulidas de mármol.

Ah, ya recuerdo. Me dijiste en una ocasión que, si quería ganarme la confianza de la gente, no debía gastar el talante disperso y melancólico de los exboxeadores. Me sonrío porque si me vieses ahora te llevarías las manos a la cabeza. Ahora sí que parezco un boxeador retirado, cariño.

Frank se llevó las manos al rostro. Tenía el puente de la nariz hundido y el tabique algo desviado. La ceja derecha partida. Cerró los ojos. Ardían. Como de costumbre, como siempre que hablaba con su mujer, tenía un nudo en la garganta. Apuró el cigarrillo y aplastó los restos con la punta de su bota.

Supongo que ya da igual, dijo. Supongo que sigo teniendo ese aspecto. Ya es tarde para cambiar. Sigo con mi actitud, lenta e indolente. Y... no sé, imagino que eso tampoco ayuda, que lo hace todo un poco más complicado, ¿no?

¿Por dónde iba? Ah, sí. Te estaba contando lo de la señora Montiel. Bueno, la cuestión es que, cuando se soltó a hablar, me dijo que sospechaba de su marido porque últimamente se arreglaba mucho y cuando regresaba a casa olía raro, como a jabón de glicerina. Te puedes imaginar mi cara, claro. Luego añadió que, además, su marido silbaba en la ducha. Me preguntó qué opinaba al respecto. ¿Qué opinar ante algo así, cariño? No sé, señora, le dije, quizá no sea nada. Entonces ella me dijo que me equivocaba, que conocía a su marido. Que esa felicidad era sospechosa.

Le prometí que si averiguaba algo me pondría en contacto con ella. Y me puse manos a la obra. Su marido resultó una persona difícil de seguir. Se dedicaba a recaudar

el dinero de las tragaperras y, a menos que me lo montase de otra manera, iba a tener que ir tras el tal Mariano por todos los salones de juego y bares de la ciudad.

Así que hablé con Méndez. Sigue igual de gordo y con la misma mala hostia de siempre. Por cierto, te envía recuerdos.

Frank encendió otro cigarrillo. La llama se retorció entre sus manos. Expulsó la primera bocanada, observó cómo se disipaba y fijó la vista en la estriada nube que se perdía más allá de la tapia.

¿Qué te decía? Sí, eso, que hablé con Méndez. Me echó un cable. Me prestó una baliza de seguimiento de la policía. Se la coloqué en el paso de rueda y, cuando la señal se alejó de la ciudad, decidí seguirlo.

¿Y sabes qué? Que la señora Montiel estaba en lo cierto. Su marido la engañaba. En fin, no sé por qué te cuento todo esto.

Supongo que porque te echo de menos.

Dejó pasar unos minutos en silencio.

Esperaba una señal, como si ella de alguna manera fuera a contestarle. Quería pensar que a veces ocurría. El trino de un pájaro, un avión que surcaba el cielo hacia el oeste o, sencillamente, comenzaba a llover.

Por lo visto su mujer se acogió a su derecho a guardar silencio.

Tras una última calada al cigarrillo, lo descabezó contra el suelo y lanzó el resto de una toba por encima de la tapia.

Vale, no pasa nada, cielo. Imagino que no es más que una chorrada de historia, dijo.

Se levantó con el culo entumecido por la frialdad del mármol, se palmeó un par de motas inexistentes de las perneras de los vaqueros y se despidió de su mujer. Dejó atrás la lápida y, con las manos en los bolsillos, se dirigió a paso lento hacía la salida del cementerio.

2

Al día siguiente, Frank llegó temprano a la oficina. No tenía buzón, así que cuando giró el pomo se encontró con que el cartero había pasado una carta por debajo de la puerta. Era la tercera en lo que iba de mes. Dio las luces. Paredes desnudas a excepción de un par de cuadros, imágenes de la ciudad de Guadalajara. Al fondo, una estantería semivacía con los libros de Derecho Penal y un manoseado volumen de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. El resto de la asesoría lo formaban un perchero de pie donde colgó el gabán y una mesa de despacho dispuesta en mitad de la estancia, como si con ello pudiese suplir la carencia de muebles y el incómodo vacío que esto suponía. Se dejó caer con pesadez en la silla, rasgó el borde del sobre y sacó la carta. Cuando Frank se cansó de releer el encabezamiento —orden de embargo por impago—, abrió el cajón de su mesa y dejó caer la carta encima de una pila considerable de facturas por pagar. De otro de los cajones sacó un bote de antiácidos y tragó una pastilla en seco.

Y en la soledad de la pequeña oficina maldijo a Méndez. También maldijo su propia estupidez por haberle hecho caso.

¿De eso cuánto hacía? Tres o cuatro años, no más. Nunca tuvo muy claras las fechas, cuándo había ocurrido tal o cual cosa. Desde lo de Gabriela, este problema se había acentuado. Tenía claro que su mujer había muerto hacía cinco años; todo lo ocurrido antes y después de esa fecha no era capaz de ubicarlo en su debido tiempo con exactitud. Por eso no sabía en qué momento Méndez lo convenció para que montase una asesoría.

Fue después de que lo echasen de la Policía, eso seguro.

Acodados en la barra de un bar. Sin mirarse. Tragos de a poco. Una forma de beber entre viejos amigos que les permitía mantener una conversación más o menos racional, una charla con espacios vacíos entre trago y trago que, además, les dejaba tiempo para pensar en sus cosas.

—Conozco a un tipo al que le funcionó —dijo Méndez —. No recuerdo su nombre, pero créeme, no le iba nada mal. En teoría solo asesoraba, pero la verdad es que investigaba los casos que entraban. ¿Quién puede controlar algo así?

¿Quién puede controlar nada?, pensó Frank.

Según el dictamen del juez, diez años de inhabilitación para cargo público sin posibilidad de dedicarse a nada que tuviese que ver con la seguridad o la investigación de asuntos de terceras personas. También tenía anulada su licencia de armas y el acceso a la titulación de detective privado.

Y así se lo recordó a Méndez.

Algunos hombres sonreían a la camarera. A unos labios rojos cuyo carmín iba incluido en la nómina. Unos chicos, que celebraban alguna historia, aporreaban con el culo de las jarras un viejo piano sin cuerdas. Otros como Frank, menos dispersos por el alcohol y con poco que festejar, miraban con franqueza la nada más absoluta al otro lado de la barra.

—En definitiva —dijo Méndez—, que según el juez puedes dedicarte a lo que te salga de los cojones excepto a lo único que sabes hacer.

—No lo sé, quizá me venga bien cambiar de aires.

—Joder, tú solo piénsalo, ¿quieres? Conozco a un tipo al que le funcionó. No recuerdo su nombre... Él mismo investigaba los casos... Sí, él mismo los investigaba...

Y es que Méndez se repetía cuando bebía más de la cuenta.

Fue el jefe de Frank en la policía. Amigos desde hacía muchos años. De mucho antes de la muerte de Gabriela. No sabría concretar desde cuándo exactamente.

Frank no necesitó revisar su libro de cuentas para saber que la cosa no pintaba bien. Estaba a un paso de perder la oficina. Después —y esto era lo que más le preocupaba— perdería su piso. Lo utilizó en su día como aval para conseguir el crédito. Al final hizo caso a Méndez y continuó dedicándose a la investigación, actividad que, todavía y a día de hoy, tenía prohibida por orden judicial. Este era uno de los motivos por los que se veía obligado a aceptar solo casos de personas que viniesen bien referenciadas, y solo de estafas, robos de coches, herencias, acoso laboral, líos de faldas: asuntos de esa índole. Era consciente de que aquello, entre otras razones, reducía considerablemente sus posibilidades de mantener una economía más o menos saneada.

Esas otras razones eran una serie de normas que Frank se impuso a sí mismo cuando abrió el negocio. Por principios, por orgullo, por salud mental. Nada de desaparecidos, nada de menores.

Nada que tuviese que ver con su trabajo anterior, con su vida previa, en definitiva.

Al fin y al cabo y a pesar de todo lo que ocurrió, Méndez seguía convencido de que lo habían echado de la Policía por sentimental. Frank sabía que esto solo era una forma de verlo. Una que suavizaba lo que había hecho. Lo que estuvo dispuesto a hacer para resolver un caso.

Según constaba en los informes: negligencia grave. Y esto también era otra manera de suavizar las cosas. Un informe redactado por el propio Méndez con el único objetivo de que tan solo perdiese su empleo y no terminase en prisión.

La verdad sin matices, al menos para Frank, era que lo echaron de la Policía por perder la cabeza. Por amordazar a un hombre, llevárselo de su celda en mitad de la noche y meterlo en su maletero. Por echarle una soga al cuello. Por hacerle confesar dónde había enterrado a la chica Constanza.

Era un caso en punto muerto. Tenían al asesino confeso, el novio de la chica. Pero se negaba a decir dónde

había enterrado el cuerpo. Frank llevó el caso. El primero cuando se incorporó tras la muerte de Gabriela. Y todavía se engañaba a sí mismo diciendo que no soportaba ver llorar a la madre de la chica. En realidad, no soportaba su propia tristeza. El padre, un tal Abraham Constanza, empresario bien posicionado, dejó todos sus negocios y cambió las salas de juntas y los despachos por rebuscar entre la basura; Frank recordaba las manos de aquel hombre durante el juicio. Destrozadas de tanto buscar el cuerpo de su hija en todos los vertederos de la ciudad.

Por eso Frank seguía investigando, porque, tal y como dijo Méndez, era lo único que sabía hacer. Pero se mantenía a sí mismo bajo una estrecha vigilancia: sabía que después de la muerte de su mujer y tras lo acontecido la noche que perdió su empleo, no estaba del todo cuerdo.

Así que no se acercaba a determinadas cuestiones.

Reglas sencillas. No quería: volver a obsesionarse con un caso, no poder dormir por las noches y desayunar cada mañana con el clinclín de los hielos en una barra de bar. Y por supuesto no quería tener que matar a alguien.

Otra vez.

Por esta serie de normas sencillas, cuando esa mañana de octubre, un buen rato después de guardar en el cajón la tercera carta del banco, se presentó en su despacho Abraham Constanza; debería haberle dado con la puerta en las narices.

En lugar de eso, le invitó a pasar y a tomar asiento. Y lo hizo porque cuando Frank le ofreció la mano, el hombre la ignoró, dejó el maletín en el suelo y lo rodeó con sus brazos. Frank, sin saber muy bien cómo responder a la espontánea muestra de afecto, le palmeó la espalda con la torpeza de una madre primeriza que intenta sacarle el aire a su bebé sin hacerle daño. Cuando recuperaron la compostura, Constanza agarró de nuevo su maletín y le dijo que iba de parte de Méndez.

Lo siguiente que dijo fue que se había presentado allí para hacerle una oferta por el negocio. Quería comprar la asesoría de Frank.

Mucho más tarde maldijo a Méndez por segunda vez aquel día, porque, a pesar de las deudas, no tenía planeado vender la asesoría ni deshacerse de su negocio, pero por otro lado pensó en su piso. Su casa, el hogar que había compartido tantos años con Gabriela. Sintió vértigo, como si mirase directamente a un abismo. Cuando esa sensación pasó, lo que experimentó fue curiosidad por lo que Constanza quería ofrecerle.

Intentó convencerse. Joder, Frank, se dijo, se trata solo de un padre agradecido. Uno con mucha pasta. Alguien que sabe que andas con el agua al cuello y quiere ayudarte. No pierdes nada. Tú solo escúchalo. Si no te cuadra, ya habrá tiempo de mandarlo al pasado. Un pasado en la vida de Frank del que nunca debió haber salido.

Lo que ocurrió es que aquel hombre traía las soluciones a todos sus problemas dentro de su maletín.

Frank cerró la puerta y tomó asiento frente a Abraham Constanza. Se trataba de un hombre enjuto, consumido, distante. La actitud de quien tiene todo el tiempo del mundo o ninguno, según se mire. Peinado a raya, con largas arrugas de preocupación permanente surcando su frente y con el bigote a dos colores a causa del humo del tabaco. A ojos de Frank había envejecido rápidamente y su cuerpo se había consumido hasta quedarse en la mitad.

La mitad mala.

Dejó el maletín a sus pies, apoyó las manos en el regazo y volvió a darle las gracias. Frank no había dejado de recibir una postal por Navidad desde que encontró el cuerpo de su hija. Nunca contestó a ninguna. Cuando Constanza vio que Frank no respondía, repitió que iba de parte de Méndez. Después barrió con la mirada la oficina, de izquierda a derecha, sin prisa, cabeceó un par de veces afirmativamente, como si le complaciese aquello que había ido a comprar.

—¿Cuánto diría que vale su negocio, señor François Durán?

Su pronunciación en francés era excelente. Sin salivazos, sin gargajos, natural. Le arrancó a Frank una

sonrisa.

—Mejor llámeme Frank.

—¿Qué tiene de malo François?

—No tiene nada de malo.

—Mejor, pues François entonces.

Frank se encogió de hombros. No iba a perder el tiempo explicándole a Constanza que aquella misma conversación la habían tenido hace años, cuando se hizo cargo del caso de su hija. Por aquel entonces Abraham Constanza era un hombre robusto, fuerte y con una determinación asombrosa. Claro que, por aquel entonces, pensaba que su hija se había fugado con el novio y no podía prever todo lo que ocurrió después.

—Y entonces —continuó Constanza—, aclarado este punto, señor François, ¿cuánto diría que vale su negocio?

—No tengo pensado venderlo.

—Méndez no opina lo mismo. Dice que está usted a punto de perderlo.

—No tenía a Méndez por un bocazas.

—La verdad es que Méndez es muchas cosas. El hombre más mal hablado que conozco, eso seguro, pero desde luego no es un bocazas, señor François. Y usted mejor que nadie debería saberlo.

Frank miró detenidamente a Abraham Constanza. Esbozaba una media sonrisa cargada de tristeza.

¿Qué sabía ese hombre? ¿Cuánta confianza tenía con Méndez?

Silencio.

—¿Qué quiere, señor Constanza?

—Oh, ya se lo he dicho. Comprar su negocio, por supuesto.

—Y yo ya le he contestado que no está en venta. Mucho o poco, esto es lo que hay. Estamos en Guadalajara, poco trabajo, lo sé. No es la mejor ciudad del mundo para ganarse la vida como investigador, como asesor, da igual. La cuestión es que no tengo otra fuente de ingresos. Así que, con todo respeto, creo que ya podemos dar por terminada esta reunión. Dele usted recuerdos a Méndez de

mi parte.

Frank hizo ademán de levantarse. Constanza no. Otra de aquellas medias sonrisas. Levantó ambas manos del regazo, como pidiéndole algo más de tiempo y un poco de paciencia.

—Creo, señor François, que no me he explicado con claridad —dijo Constanza—. Usted no perdería su trabajo. La oferta que tengo pensado hacerle, además de cubrir todos los impagados, incluye contratar sus servicios. De manera puntual, claro. Podrá seguir dedicándose a sus cosas la mayor parte del tiempo. Esos ingresos serían íntegramente suyos. Además de esto, tendría un fijo al mes. Y yo solo le requeriría, digamos, para determinados asuntos. En definitiva, la asesoría pasaría a formar parte de una empresa mucho más grande.

Frank asintió como si tuviese claro lo que aquel hombre le estaba ofreciendo. Abraham Constanza guardó silencio. No dijo nada más. Pasó un minuto largo. Frank se levantó y se acercó a la ventana. Guadalajara a sus pies bajo una luz plomiza. El ambiente enrarecido del despacho se renovó con una contaminación algo más saludable. Pensaba. Era una oferta que terminaba con todos sus problemas económicos. No solo salvaría su negocio, también su casa. El gran inconveniente, la pega, porque en estos tipos de negocios siempre había una pega, era el peaje: Frank sabía que, si tomaba aquel camino, aquella carretera, no habría marcha atrás. Tendría que pagar un precio demasiado elevado. Eso siempre es así. Cerró la ventana y volvió a ocupar su lugar en la mesa del despacho.

—¿Y se puede saber a qué se dedica su empresa exactamente?

—Investigación, por supuesto.

—No tengo licencia.

—Eso ya lo sabía, señor François, su trabajo solo sería como asesor.

—Como asesor, claro.

—Un asesor de campo —aclaró Constanza.

Frank apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los

dedos. Meneó la cabeza dando a entender que tenía sus dudas al respecto.

—Necesitaré un tiempo para pensarlo —dijo.

—Por supuesto. Puede usted tomarse su tiempo.

—¿Sí? ¿Y de cuánto tiempo se supone que hablamos?

—Exactamente, señor François, tiene usted hasta mañana por la mañana.

—¿Tanta prisa hay? —preguntó Frank.

—La prisa, señor François, la tienen otros. Siempre son otros.

Esto lo dijo Abraham Constanza con la mirada perdida en la pared desnuda del fondo. Consultó su reloj.

—Creo que ya lo he entretenido demasiado.

Agarró su maletín del asa, lo apoyó sobre sus rodillas y, tras un clic, quedó abierto de forma que Frank no podía ver su interior. Constanza trajinó dentro con parsimonia. Extrajo un par de documentos, cerró el maletín y, tras levantarse, dejó sobre la mesa un contrato por duplicado.

—Ha sido un placer verle de nuevo, señor François. A mi esposa le habría gustado saludarle.

—Dele usted recuerdos —dijo Frank levantándose a su vez para despedirlo.

—Oh, se los daría si pudiera, pero murió poco después de enterrar a nuestra hija. Cáncer, dijeron los médicos. Yo creo que murió de pena.

—Lo siento, no lo sabía.

—¿Cómo iba usted a saberlo?

Frank, como en tantas otras ocasiones, no supo bien qué decir.

—Mañana le veo a las nueve para que comience con su primer trabajo. Por favor, firme todas las hojas, no solo la última. Los de administración son un verdadero peñazo con estas cosas.

—No he dicho que sí.

Abraham Constanza esbozó su media sonrisa triste.

—Pero lo hará.

—Háble me al menos de ese primer trabajo.

—Mañana a las nueve tendrá usted toda la

información.

Se sacó una tarjeta del bolsillo, se inclinó hacia delante y la dejó sobre una de las copias del contrato por el reverso. Solo se apreciaba una dirección en Alcalá de Henares y un número de teléfono.

Cuando se marchó, Frank se dejó caer en la silla, cogió la tarjeta y le dio la vuelta.

Podía leerse:

CONSTANZA DESAPARECIDOS

Aquí está mi peaje, pensó.

Frank cerró pronto la oficina y llegó a casa pasada la hora de comer; a eso de las cinco de la tarde miraba las vías sin esperar la llegada de ningún tren en concreto.

Antes de la lluvia. Hacia el oeste, después de mediodía, se fueron formando oscuros nubarrones en el horizonte de la ciudad que aún tardarían unas horas en llegar. Al final se iba a largar ese sol mortecino que no pintaba nada en un funesto mes de octubre. Quizá fuese la señal que había estado esperando en el cementerio, una que venía con un día de retraso.

O quizá no y solo significaba que iba a llover sin más.

Frank se arrebujó en un viejo chal que perteneció a Gabriela y que, dada su corpulencia, le quedaba raquítico. Sentado en una silla plegable de loneta, desde la terracita del salón miraba las vías del tren. La fachada trasera de la estación de Guadalajara y su puente elevado quedaban en la acera de enfrente. La pared estaba repleta de pintadas y el trasiego de coches y personas era constante. La estación y su calle solo se tomaban un respiro entre el último tren de la noche y el primero de la madrugada.

Tiempo después de la muerte de su mujer, Frank había adoptado la costumbre de pasar largas horas mirando la calle con las vías del tren al fondo. Aquel ajetreo y ruido constantes, que tanto le molestaron en su día, se convirtieron en una forma de sentirse acompañado en su propia casa. Escuchaba todas las conversaciones y ninguna.

Un murmullo de fondo repleto de charlas intrascendentes, llamadas de teléfono y música a todo trapo de los coches con las ventanillas bajadas. Pero sobre todo miraba las vías del tren.

Nunca se lo confesó a Méndez, pero durante un tiempo albergó ideas perturbadoras. Ideas que iban y venían como moscas cojoneras alrededor de su cabeza. Todas aquellas ideas estaban relacionadas con saltar a las vías al paso de un tren en concreto.

El último de la jornada.

Al abrigo de la noche.

La ruptura se produjo una tarde en la que compró un billete sin la intención de ir a ninguna parte. Se sentó en el andén a ver los trenes pasar. Se preguntó si sería capaz de saltar llegado el momento. También se preguntó cómo sería dejar de existir. No obtuvo respuesta para ninguna de sus preguntas. Y en esas estaba, cavilando sobre su propia muerte, cuando un vigilante de seguridad se le acercó y le preguntó si se encontraba bien.

Regresaba cada poco. Una y otra vez. No le quitó el ojo de encima en ningún momento.

Cuando Frank se largó de la estación, el último tren todavía no había aparecido: según los cartelones llegaba con un cuarto de hora de retraso. Frank, antes de salir, le dio las gracias al vigilante. Era un tipo con cara de mala leche y los dejes de quien no se anda con tonterías; aun así, el hombre relajó el rostro y, como si supiese de qué iba el asunto, le dijo que no pasaba nada y luego soltó una frase que todavía recordaba: «Algunos trenes en la vida es mejor que lleguen con retraso».

Después de aquello algo quebró en su interior.

Podría decirse que Frank, de alguna manera, dejó pasar aquel tren.

A menudo pensaba en ello y lo hacía en breves ratos como aquel, arrullado por el ruido de fondo de la calle, envuelto en el viejo chal de su esposa y sentado en una silla plegable de loneta.

Y llegó la hora de cenar.

Sentado a la mesa de la cocina y sin perro. Así pasó Frank gran parte de la tarde.

Después de Butch, no quiso más responsabilidades, bastante tenía con su lista de normas sencillas, su ardor de estómago y seguir alimentando su pena con comida enlatada.

El animal sobrevivió a Gabriela uno o dos años. Dos, creía recordar Frank, pero como en tantas otras cosas, no estaba seguro. Lloriqueaba a todas horas cuando su mujer dejó de aparecer por casa.

El perro sabía. Por las noches, sollozos lastimeros y aullidos a los pies de la cama del lado de Gabriela. Frank tuvo que trasladar su raído cojín desde la puerta de la nevera hasta su habitación.

El caso es que una noche el animal se echó a dormir y ya no despertó. Estaba convencido que el bueno de Butch terminó muriendo de pena. Lo echaba de menos. Dicen que los perros se parecen a sus amos, pero Frank sabía por experiencia que aquello no era verdad. Porque además de que Frank nunca llegaría a lamerse sus propias pelotas, el animal había muerto de pena y él todavía seguía allí.

En definitiva, que no tuvo con quien debatir las ideas que iban y venían en su cabeza. Tampoco asomó nadie por el marco de la puerta para decirle que por qué no lo dejaba, que era muy tarde y que se fuese a la cama. Así que Frank pasó gran parte de la noche releyendo el contrato. Hablaba solo. Expuso pros y contras. Y, antes de caer agotado, se dijo que no quería abandonar aquella casa.

Las paredes reverberaron al paso del último tren.

Uno que esta vez no llegaba con retraso.

Samael

Se hacía llamar Sam.

Pero él sabía que aquel no era su verdadero nombre. No existía una forma correcta de llamarlo y, si alguna vez la hubo, ya nadie lo recordaba. Y no podían hacerlo porque era más antiguo que el lenguaje de los hombres, más viejo que cualquier recuerdo que alguna vez surgiese de sus insignificantes cabezas.

En su documento nacional de identidad rezaban un nombre y un par de apellidos, pero él sabía que aquello no quería decir nada. A él no se le podía definir por algo tan vano, débil y efímero.

¿Acaso se definía la serpiente por la muda de su piel?

Su cuerpo era tan solo un mero instrumento.

Una herramienta como el cuchillo de acero templado que solía utilizar para ejecutar los encargos. Algo que Sam debía cuidar.

Y se esmeraba en ello.

Mantenía su figura tensa y fibrosa. Huía de la hipertrofia. Prefería tener una complexión rápida, ágil y cruel. Un físico descarnado que, sobre su delgada piel, cincelaba todos los músculos de su cuerpo.

Sam solo era el envoltorio, una vaina que trabajaba tanto como la hoja de su cuchillo: un hierro con empuñadura de cuerno de ciervo. Un arma que pasaba por las piedras de amolar una vez al día. Primero la desbastaba con una piedra de gramo grueso y terminaba de afilarla con una piedra de más gramaje.

Se esmeraba.

Se tomaba su tiempo.

Un tiempo que utilizaba para no pensar en nada.

Se producía una falla en el tejido del mundo.

No existían los nombres vacuos. Carcasas. Allí, en aquella hendidura, jamás escucharía gemidos ni lamentaciones ni crujir de dientes. Tampoco tenía cabida recuerdo alguno, como la primera vez que le rebanó el cuello a un niño. Ni la paz y el sosiego que le provocó el hecho de sostenerlo entre sus brazos hasta que se extinguió por completo el brillo de sus ojos, aquellos ojos que tenían la mirada de un corzo asustado en mitad de la carretera.

Y por supuesto, en aquellos momentos tan íntimos, no guardaba rencor a Tomás Moreda. El débil y patético hombrecillo que se le había escapado en el bosque al saltar en el último momento desde lo alto de un barranco.

El teléfono comenzó a sonar. Pero no lo oyó. En esos momentos, Samael se encontraba inmerso de lleno en la falla. Un jirón en su propio mundo, donde no existía nada salvo la oscuridad y su cuchillo.

Tomás Moreda, el hombre al que todos llamaban el Monstruo, resultó ser un cobarde. Decidió jugársela con el río antes de enfrentarse a su cuchillo. La verdad era que había escapado por muy poco y él no pudo finiquitar el trabajo. Sam no sabía qué había sido de él, si había sobrevivido o no a la caída. Visitó todos los tanatorios de la región, hospitales y casas de acogida para indigentes. Estuvo revisando la prensa. Sucesos, necrológicas. Nada. Hasta que apareciese de una manera u otra sabía que solo quedaba esperar.

Ahora tocaba deshacer el entuerto.

El teléfono volvió a sonar.

—Un hombre acumula basura. Restos en los que alguien vendrá a husmear tarde o temprano. Sabes de qué hablo. Termina el trabajo, porque tú eres Samael.

Y allí se encontraba dos horas después, en la Sierra Norte de Guadalajara, en un *camping* levantado en lo más profundo del valle a orillas del río Bornova, cerrado al público por encontrarse fuera de temporada. Barría con su linterna la oscuridad dentro de la autocaravana, el lugar donde Moreda había estado viviendo tras salir de prisión.

La limpió a fondo, cargó con un par de sacos hasta su

furgoneta en mitad de la noche y se marchó de allí con los faros apagados.

Atrás quedó el silencioso *camping* y unos ojos inquietos que le observaban en la oscuridad.

3

La primera vez que despertó, Frank ocupaba el asiento del conductor de un Peugeot 307 ranchera y el mundo estaba del revés. No podía moverse, el cinturón de seguridad le mantenía firmemente sujeto al asiento, tenía la cabeza aprisionada entre el volante y el techo, no podía respirar y sentía como una segunda piel adherida a la cara.

Los restos desinflados del airbag lo envolvían como una mortaja.

En sus oídos, silencio. Luego, poco a poco, el lejano sonido de un claxon. Se desembarazó como pudo del airbag y, como el que emerge a la superficie tras un largo rato bajo el agua, comenzó a llenar sus pulmones con una sucesión de largas bocanadas. Cabeza abajo, tuvo que apoyar las manos en el techo del coche y hacer fuerza para elevarse lo suficiente y poder girar el cuello.

Y entonces la vio. A pesar de estar bocabajo y en una posición totalmente antinatural, parecía como si su mujer durmiese. La cabeza volteada hacía la ventanilla, hacia lo que quedaba de ella. El lado derecho del vehículo se había llevado la peor parte. Una sirena llegó para acallar el sonido del claxon e iluminó el asfalto húmedo. Amarillos y azules y rojos. Frank estiró el brazo, intentaba alcanzar la espalda de Gabriela con la yema de los dedos.

Nunca lo conseguía.

Un par de manos aparecieron por su ventanilla, cortaron el cinturón de seguridad con una navaja y lo arrastraron fuera del coche. No se resistió, sabía por experiencia que así resultaba menos traumático.

Era un sueño recurrente.

Cuando la sirena de los bomberos pasó a ser el molesto sonido del despertador, abrió los ojos.

La segunda vez que despertó, Frank ocupaba la mitad de la cama y lo hacía con el brazo extendido en busca de alguien que ya no estaba allí.

Apagó el despertador de un manotazo. Antes de echar un pie fuera de la cama, se quedó un buen rato viendo oscilar las sombras del techo. Piel de tigre que proyectaban desde la ventana las primeras luces del amanecer.

Pensó en el sueño. Y en Gabriela, en Méndez, en Abraham Constanza y en el contrato que había dejado firmado en la mesa de la cocina la noche anterior.

Y un buen rato después, cuando se cansó de darle vueltas a la cabeza, se levantó sin hacer ruido y se vistió en silencio, como si con ello pudiera evitar molestar a alguien más que no fuese su propia sombra.

4

Eliana Santoro no recordaba casi nada de la noche anterior.

Ummm.

Déjame pensar.

Sentía la cabeza embotada. Recordaba, entre otras cosas, haber sacado la Vespa del garaje y haberse ido de casa sin rumbo fijo. Hoy es mi noche, se dijo. Kilómetros de carretera solo iluminados por el débil haz de luz de la motocicleta. Porque una es lo que es, pero necesitaba de vez en cuando tomarse un respiro. Y Eliana se permitía escapar de ella misma un par de veces al año. Tres a lo sumo.

No intentaba justificarse. Surgía sin mucha planificación. Entre trabajo y trabajo.

Mi noche.

Ummm.

Eché gasolina, eso también lo recuerdo. Repostaje en una gasolinera en las afueras de Madrid. Una conversación. Un par de hombres hablaban mientras uno de ellos llenaba el depósito de combustible. Algo mayores que ella. Charlaban sobre un garito. Uno en el que había que ir de «non». Sin pareja. Divorciados, separados o como vosotros dos, capullos, pensó Eliana, feos de solemnidad. Decidió seguirlos. No tenía ningún plan mejor. Así que circuló lento entre las calles de un polígono industrial muy cercano al aeropuerto. Hasta la puerta de un garito, bailes de salón. Hombres, mujeres. Bajo la falsa seguridad que supone tomar una copa en corrillo o bebiendo en premeditada soledad. Se sacaban a bailar unos a otros. En la penumbra de la sala de baile intentaban hacerse oír por encima de la música, conversaciones trabadas. Charlaban de sus vidas, de sus problemas, de sus miserias. Eliana recordó que,

cuando la sacaron a bailar, tuvo que improvisar sobre la marcha. A uno le contó que era una viuda joven. A otro, divorciada de un imbécil. Mentiras piadosas. Ambos hombres asintieron con la cabeza, circunspectos, pobre, la historia de siempre.

Al tercero le dijo la verdad: que había terminado bailando flamenco y bachata porque era su noche. Una en la cual se permitía escapar de ella misma durante unas horas. De su deficitario control de impulsos. De sus obsesiones, de sus fobias. De su vida. De una vida en la que desaparecía más gente de la que debiera, gente que debía buscar porque a eso es a lo que se dedicaba. Quería escapar durante unas horas de un mundo plagado de malvados. Gente terrible, como el hombre al que durante muchos años llamó tío Óscar. El hombre que la crio cuando sus padres la abandonaron siendo ella una niña. Un hombre que la educó a base de aplicar la punta incandescente de un cigarro sobre su piel. Un hombre que la obligaba a beber ginebra y que le provocó un principio de cirrosis con catorce años. El mismo que la enseñó todo lo que debía saber para robar carteras de bolsillos despreocupados.

Y se terminó la canción.

O sea que ¿robabas carteras?

Eliana no supo si es que no había escuchado todo lo demás debido a la música o si es que aquel tercer hombre que la había sacado a bailar era un lerdo de campeonato.

Lo sigo haciendo, dijo, pero solo como entretenimiento. Le devolvió el ajado monedero que le había levantado del bolsillo interior de la chaqueta mientras bailaban y le dejó plantado en mitad de la pista de baile. Se acercó a la barra y pidió algo de beber.

Siguió al lerdo con la mirada. Se sentó en una silla del fondo con el monedero todavía en la mano. Sus miradas se cruzaron. Ella levantó la copa en su dirección. Él, con disimulo, abrió la cartera y contó los billetes.

Después, nada. La noche se convertía en un borrón difuso en su mente. ¿Demasiadas copas? No, solo una. Pero una ya es demasiado. Sobre todo, si eres intolerante. Sabía

por experiencia que apenas un par de tragos eran suficientes para que apenas recordase nada.

Ummm.

Veamos.

No sabía dónde estaba. Tampoco sabía si el perfume que flotaba en la habitación era de hombre o de mujer. Desde luego no se había acostado con nadie, esas cosas se saben, aunque una no recuerde gran cosa del último tercio de la noche. Estiró el cuello. Algo de luz por entre las tupidas cortinas color burdeos. Las sábanas eran un revoltijo informe a los pies de la cama.

Joder, ya te vale, se dijo. Aunque..., bueno, podría haber sido peor. Porque la verdad era que la mayoría de sus noches despertaba en casa. Con la misma nebulosa en su cabeza, pero en su propia cama.

La mayoría.

Otras veces no.

Como aquella vez que abrió los ojos cuando un policía local la zarandeaba para que saliese del interior de un cubo de basura. O aquella otra ocasión en que despertó en la cama de un hospital con la pierna rota y enyesada.

Consultó su reloj. Las ocho pasadas. Ya llegaba tarde. Se levantó sin hacer ruido, buscó su ropa a tientas en un rincón de la habitación de hotel y, tras colocarla sobre la cama, caminó descalza sobre la moqueta hasta el baño. Después de una ducha rápida, se vistió. Las arrugas de preocupación en torno a unos enormes y preciosos ojos acerados se quedaron en el espejo sin mirar. Disimuló las suaves curvas de su cuerpo con unos vaqueros ceñidos y una blusa amplia. Sencilla, sin escote, sin maquillaje. Se recogió su ondulada melena en una cola de caballo, rescató su bolso bandolera de una esquina y abandonó la habitación dejando la puerta abierta al salir.

El vestíbulo del hotel, funcional a primera hora de la mañana. Entradas, salidas. Maletas arrastradas de un lado a otro. Eliana sacó unas gafas de sol de su bandolera y se acercó al mostrador. El empleado dejó de mirar la pantalla del ordenador. Sonrisa solemne ensayada una y mil veces.

—Usted dirá.

—Habitación cuarenta y dos.

—Sí, un segundo. —El empleado del hotel tecleó mirando la pantalla—. La habitación ya está abonada. Dejaron pagada una noche por adelantado.

—Dejaron es plural.

—¿Cómo dice?

—Nada, cosas mías. Y dígame una cosa, ¿fue en metálico o tarjeta?

—¿Perdón?

—Le pregunto si la habitación se abonó en metálico o con tarjeta.

Vuelta al monitor.

—Debió de ser en efectivo. No consta registrada ninguna tarjeta.

—Mejor. Sí, mucho mejor. ¿Y no sabría decirme quién pagó?

—¿Cómo dice?

—Que quién abonó el cargo, ¿mi acompañante misterioso o yo?

—Esto... Pues no sabría decirle. Empecé hace una hora. Mi turno es de mañana.

—No está siendo de gran ayuda.

—¿Qué?

—Nada. ¿Usted bebe?

—¿Qué?

—Que si bebe a menudo.

El empleado cambió el peso de un pie a otro. Lanzó una mirada de soslayo a su compañera, que atendía a una pareja de ancianos en la otra punta del mostrador. Al parecer, no encontró la ayuda que buscaba.

—No tiene importancia —dijo Eliana—. Pero no beba. Le jode a uno las neuronas. ¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Claro.

—Es sobre mi acompañante.

—Su acompañante, claro.

—¿Era un hombre o una mujer?

—¿Perdón?

—Nada, déjelo. Supongo que da igual. ¿Podría dejar de sonreír y pedirme un taxi? Voy con algo de prisa.

5

Constanza estaba leyendo la prensa del día y, cuando vio aparecer a Frank por la puerta de su despacho, cerró el periódico con parsimonia. Venía acompañado por Amalia, la mujerona que atendía en recepción. Carnes desbordadas bajo un vestido apretado. Constanza la llamó por su nombre y le dio las gracias. La mujer asintió con la cabeza, le echó un último vistazo de reojo a Frank y los dejó a solas marchándose por donde había venido marcando tacón.

—Le estaba esperando —dijo.

—¿Tan seguro estaba de que vendría?

Constanza se encogió de hombros.

—Digamos que después de fundar esta empresa —buscó la palabra apropiada—, me he vuelto una persona optimista. Dedicándonos a buscar personas desaparecidas no puede ser de otra manera, ¿no cree? ¿Trae el contrato firmado?

Frank asintió con la cabeza y sacó los papeles doblados del bolsillo interior de la chaqueta.

—Bien, bien —dijo Constanza extendiendo los documentos—. Veo que ha firmado en todas las hojas.

Le devolvió una de las copias a Frank y abandonó el despacho. Siéntese, por favor, enseguida vuelvo, dijo. Cinco minutos después estaba de regreso sentado de nuevo frente a Frank.

—¿Todo en orden? Con los de administración, digo.

—Todo en orden.

—Bien, pues ahora contésteme a una pregunta. ¿Por qué ahora?

—Porque ahora es usted el que necesita que alguien le ayude. Porque mi mujer pensaba que era usted un buen hombre a pesar de lo que dicen que hizo. Porque usted,

señor François, me dio la oportunidad de poder llorar a mi hija...

—Y porque Méndez le contó que tenía problemas económicos.

—Eso también. Hace tiempo que sé a qué se dedica, solo esperaba el momento apropiado para devolverle el favor. Se lo debo.

—No me debe nada.

Frank pensó que quizá se había equivocado al aceptar el trato de un día para otro. Cuando alguien te ofrece trabajo por lástima seguramente es que ha llegado el momento de dedicarse a otra cosa.

Se guardó para sí estos pensamientos y dijo:

—Háble me del caso.

—En cuanto esté aquí la señorita Santoro les pondré al día a ambos —dijo Constanza.

—¿Quién?

—Su compañera, por supuesto.

—Ayer no comentó usted nada de ninguna compañera.

Constanza fingió hacer memoria.

—Es probable, pero debe entender, señor François, que, al carecer de licencia, es mejor que trabaje acompañado. Usted, digamos, será su asesor de campo tal y como acordamos ayer. En cualquier caso, esto no debe preocuparle. Creo que trabajarán bien juntos. Tengo buen ojo para estas cosas. Ya lo verá. La señorita Santoro es... —Constanza pareció reflexionar—, digamos que es algo peculiar. Sí, esa es la palabra. Peculiar, pero también puedo afirmar para su tranquilidad que se trata de una de nuestras mejores investigadoras.

Constanza Desaparecidos se encontraba situado en un antiguo edificio a las afueras de Alcalá de Henares, lejos del bullicio de la capital y del barrunto de los aviones que surcaban el cielo a todas horas. Visto desde la carretera asemejaba un sombrero y, de hecho, así lo llamaban todas las personas que allí trabajaban. La planta baja ocupaba

una gran porción de terreno y el piso superior se elevaba desde su parte central e iba más escaso de metros cuadrados. Las cornisas, las alas del sombrero, formaban terrazas a izquierda y derecha que los de mantenimiento utilizaron para instalar sistemas de ventilación y unos generadores de electricidad con autonomía suficiente para funcionar durante unos cuantos días en caso de caída de la red eléctrica.

El taxista dejó a Eliana algo más abajo, pasado el campus de la universidad y mucho antes de llegar al parque tecnológico, donde las empresas de telecomunicaciones, buscando terreno más barato, habían abierto sedes en este y otros polígonos similares por todo el Corredor del Henares. Constanza también se había hecho con el edificio, en vísperas de su demolición, por un módico precio y, aunque muchos pensaban que le habría salido más barato echarlo abajo y construir uno nuevo, reformó el interior a conciencia.

Eliana abandonó los últimos edificios del campus y caminó por la acera entre solares aún por construir. Latas vacías de cervezas, panfletos universitarios de distinto corte político y condones usados. Las primeras edificaciones del parque tecnológico se encontraban un centenar de metros más arriba. El Sombrero rompía con la visión moderna y de conjunto que a los grandes magnates de las empresas de telefonía les hubiera gustado ofrecer. Para Eliana, el vetusto estilo del edificio de Constanza, acabado en ladrillo visto marrón oscuro y sin lustre, estaba fuera de lugar. Según su extraña manera de asociar ideas, el Sombrero llamaba tanto la atención como una cagada de perro en medio de una colección de Swarovski.

Amalia aposentaba sus anchas caderas sobre una silla giratoria y, con un codo apoyado sobre el mostrador de recepción, tomaba café de un vaso de plástico sacado de una de las máquinas de la entrada. Ambas mujeres se saludaron; después Amalia dijo:

—Creo que te están esperando arriba.

—¿El nuevo?

Amalia asintió.

—¿Y...?

—Bueno —dijo Amalia—, no es guapo de girar el cuello, eso no. Pero...

—No te preguntaba por eso.

—Será que estoy hormonando.

—Sí, será eso.

Eliana dejó el ascensor a un lado tras franquear la entrada y subió por las escaleras. Toda la planta baja estaba repartida en modernos cubículos separados por mamparas. Administración, comunicación, prensa, atención telefónica. Bullicio de llamadas, timbres, fax e impresoras a pleno rendimiento con imágenes de desaparecidos. Muy pocas fotografías eran recientes, el mayor volumen de trabajo correspondía a personas de las que nada se sabía hacía ya mucho tiempo.

¿Lo has visto?

Llama a este número.

Un trasiego permanente de gente que parecía llevar la prisa cosida a los talones como una segunda sombra. La Sección de Investigación ocupaba el piso más elevado del Sombrero. La planta alta se dividía en dos: la sala de reuniones, la oficina que ocupaba las dos terceras partes distribuida en mesas de trabajo y la pecera, el despacho acristalado de Constanza.

A simple vista, y en comparación con la planta baja, allí arriba parecía que, independientemente de la época del año, siempre estaban bajo mínimos de personal.

Y así era en realidad. Para los trabajos de campo, como le gustaba llamarlos a Constanza, solo tenía contratadas de forma permanente a un par de personas: Eliana y Santos, un tipo desaliñado y taciturno.

Trabajaban por separado y se desplazaban por todo el territorio nacional cuando las familias de los desaparecidos creían tener información nueva. Al tratarse de casos antiguos, por lo general estas familias tenían la sensación de que la policía no les hacía mucho caso. Y así era. Lo normal pasado un determinado tiempo. Años en su

mayoría. La policía no tenía efectivos suficientes para reabrir casos antiguos y cubrir informaciones vagas e imprecisas. Pistas que, por lo general, no arrojaban avances significativos en la investigación.

Entonces las familias, sobre todo las que carecían de recursos y no podían costearse un investigador privado, recurrían a organizaciones y asociaciones de desaparecidos sin ánimo de lucro como la de Constanza.

Por eso, y aunque coincidiesen los dos únicos investigadores, la oficina siempre estaba envuelta en un silencio apacible.

La voz de Abraham Constanza, ahogada, se filtraba a través del cristal de la pecera. Unas cortinas venecianas de un insulso gris ceniza le daban algo de intimidad. Eliana supuso que estaba hablándole al nuevo. Un reloj de pared marcaba las nueve pasadas.

Tocó con los nudillos y abrió la puerta de la pecera sin esperar respuesta. Las voces cesaron. En una de las sillas dispuestas frente a la mesa de Constanza aguardaba un hombre al que Eliana no conocía de nada. Dio los buenos días.

—Pasa y siéntate, Santoro. Te presento al señor François Durán. Desde hace escasos quince minutos ha pasado a formar parte de la familia Constanza.

El hombre se levantó y Eliana se encontró mirando la pechera abierta de una cazadora de cuero marrón, una camisa lo suficientemente blanca y una corbata de las estrechas mal anudada. Eliana, con un gesto de fastidio, tuvo que levantar la cabeza más de lo deseado para poder encarar al desconocido que acababa de presentarle Constanza. Mirada franca, ojos de un verde oscuro casi negro. Insondables, como las profundas aguas de un estanque. Cabello castaño claro, del que alguna vez fue rubio en su niñez. Necesitaba un buen corte de pelo, mechones rebeldes asomaban aquí y allá con ese aire de dejadez de los que no pierden mucho tiempo delante del espejo.

—Mejor llámeme Frank —dijo alargando la mano en su

dirección.

En lugar de estrechársela, Eliana le rodeó la mano con las suyas tal y como habría hecho un político en plena campaña electoral y le saludó con vehemencia.

—Yo te llamo como quieras, tesoro, pero si vas a trabajar aquí no vuelvas a hablarme de usted. Me hace sentir mayor.

Frank, ceja arriba. La rota no, la otra.

Tomaron asiento. Constanza no perdió su media sonrisa triste en ningún momento, carraspeó en su dirección y se encogió de hombros como diciendo, ¿ves? Te lo dije. Tenía una carpeta abierta sobre la mesa. Miró a los ojos a Eliana y, sin andarse con rodeos, le dijo que antes de abordar el asunto que los ocupaba, hiciese el favor de devolverle el reloj al señor François Durán.

Frank se llevó la mano derecha a su muñeca izquierda. Solo habría de encontrarse con su piel desnuda. Frunció el ceño y giró la cabeza en dirección a Eliana que, sin mirarle, alargaba el brazo hacia él con el reloj de pulsera colgando de su dedo índice.

Entonces Frank pensó que Constanza se había quedado corto al hablarle de Eliana. Peculiar era su bigote a dos colores.

Aquella mujer era... No supo definirla. Otra cosa.

Una vez se hubo ajustado Frank el reloj a la muñeca, y como si todo lo ocurrido fuera de lo más habitual, Abraham Constanza se dirigió a ambos sin levantar la vista de una carpeta abierta que tenía sobre la mesa y les preguntó si les sonaba de algo el nombre de Tomás Moreda.

Silencio por respuesta.

—¿No? ¿Nada? ¿Y el Monstruo de la Tejera Negra?

Eliana negó con la cabeza.

Frank sí que conocía la historia, no solo porque era algo mayor, sino porque había ocurrido en Guadalajara, ciudad donde no solo tenía la asesoría, si no también la provincia donde se había criado. Según recordaba, se trataba de un caso mediático que acaparó portadas en los periódicos y largas horas de televisión en franja de máxima

audiencia allá por finales de los ochenta.

—¿Ese no fue el que asesinó a sus hijos en los bosques de Guadalajara? —preguntó Frank.

—El mismo. Condenado y juzgado, pero los niños nunca aparecieron.

Frank eso ya lo sabía. Uno de los casos recurrentes en programas de radio y televisión. El niño de Somosierra, el niño pintor de Málaga y los mellizos de la Tejera Negra. Uno de los tristes clásicos que recordaban en los documentales de misterios sin resolver.

—Ese caso es de hace más de treinta años —dijo Frank.

—Si es un caso cerrado y tan antiguo —intervino Eliana—, ¿qué pintamos nosotros en todo esto?

—Ha solicitado ayuda a nuestra organización la madre del Monstruo. Vino a verme hace unos días.

—¿Y qué quiere? ¿Qué encontremos a sus nietos treinta años después? —preguntó Eliana.

Constanza entrelazó los dedos de ambas manos sobre la mesa y negó torciendo el gesto. Se tomó su tiempo. Cerró la carpeta y, con las mismas, la volvió a abrir. Consultó algún dato en la segunda o la tercera hoja. Eliana ya había pasado por aquello infinidad de veces. Constanza estaba poniendo en orden sus ideas, lo que quería decir que se trataba de un caso complejo. Hablaba para sí mismo. ¿Dónde estaba? Sí, aquí. Vale. Se humedeció la yema del dedo con la punta de la lengua y pasó una página más. Eliana sabía que en cualquier momento cerraría la carpeta y ya no consultaría ningún dato más a la hora de exponerles el caso.

Esto ocurrió un par de minutos más tarde.

Cerró la carpeta y la empujó con la punta de los dedos sobre la caoba pulida del escritorio en dirección a Eliana.

Y entonces, como el que narra una buena historia, Abraham Constanza, con todos los datos en la cabeza, los puso al día.

—Según he podido saber, Tomas Moreda llevaba fuera de prisión algo más de seis meses, no llegaba al año. Y, como ha dicho el señor Durán, fue condenado por la desaparición y el posterior asesinato de sus hijos. Treinta

años. Cumplida la pena íntegramente. Los cadáveres de sus hijos a día de hoy siguen sin aparecer.

La asociación de ideas por parte de Frank fue inevitable. Otro asesino que se negaba a decir dónde estaban los cadáveres.

—Si el objetivo es presionarlo, seguirlo o lo que sea que tenga en mente para tratar de averiguar qué fue de sus hijos, no cuente conmigo. Puede usted bajar a hablar con los de administración para que rompan el contrato —dijo Frank.

—No se trata de eso. Esto ha llegado a nosotros por otro motivo.

Constanza hizo una pausa. Esperaba, como todo buen contador de historias, la pregunta adecuada.

—¿Y ese motivo es...? —preguntó Eliana.

Constanza sacudió satisfecho la cabeza y contestó:

—Pues que el que ha desaparecido es el Monstruo. No se sabe nada de él desde hace más de una semana. La madre me dijo que estaba convencida de que a su hijo Tomás le había pasado algo. Algo relacionado con la desaparición de sus nietos tres décadas atrás.

Eliana comenzó a formarse una idea en la cabeza y tuvo claro por qué Constanza había aceptado el caso. Conocía demasiado bien a su jefe. Su propia historia. Porque, incluido Constanza, todos los que trabajaban en el Sombrero llevaban consigo una pesada carga. Constanza había aceptado el caso de Tomás Moreda al saber que nadie más se prestaría a hacerlo. ¿Quién se iba a interesar por encontrar a alguien que había cumplido condena por matar a sus propios hijos? Desde luego, la policía no.

Constanza continuó:

—Y la mujer está convencida de que algo grave ha ocurrido porque, antes de desaparecer, su hijo Tomás le dijo que pronto podría dar sepultura a sus nietos como Dios manda.

—¿Su hijo le confesó después de tantos años dónde había enterrado a los niños? —preguntó Eliana.

—No me consta, imagino que no —contestó Constanza.

—¿Y qué dice la policía? —preguntó Frank.

—La policía no dice nada, señor Durán. A nadie le importa. Por eso ha llegado el caso a nosotros.

Eliana guardó silencio. Mirada perdida más allá del hombro derecho de su jefe. Pensaba en todo lo que Constanza acababa de decirles. Quería que encontrasen a un hombre que mató y enterró a sus hijos en algún lugar del bosque.

Frank, con los ojos entrecerrados, intentaba mantener la calma, acompasar la respiración. Cabrearse no le iba bien para el ardor de estómago.

Y es que no le gustaba nada aquel trabajo. Y, desde luego, no le gustaba su compañera. De manera que, antes de abandonar la pecera donde Constanza tenía su despacho, sacó del bolsillo su bote de antiácidos y tragó una de las pastillas.

Ya se estaba arrepintiendo de haber firmado el contrato.

Rácano en cuanto a ventanas y con un único acceso habilitado de entrada y salida, el personal utilizaba las alas del Sombrero para que les diese un poco el aire, despejar la cabeza y salir a fumar. La puerta, que solo se abría desde dentro, la mantenían abierta las veinticuatro horas utilizando el sistema más sofisticado inventado hasta la fecha: una cuña de madera.

Constanza salió a fumarse el cigarrillo de media mañana. Sobre la tela asfáltica que cubría el ala del sombrero esperaba Méndez con un purito pendiendo de los labios.

Se saludaron.

—Mierda —dijo Méndez—. Me he dejado el mechero en el coche.

Constanza le dio lumbre mientras el inspector protegía la llama entre las palmas de sus manos. Después, silencio y bocanadas de humo que se disipaban rápidamente alejadas por la brisa de la mañana.

—¿Has venido a darme las gracias? —preguntó Constanza.

—¿Acaso tengo pinta de ir por ahí dando las gracias?

—Pues para tu información te diré que me ha costado un riñón hacerme con sus servicios. Por no hablar de las deudas de la asesoría.

—Eso no es nada para ti.

—Para ser un inspector con una nómina parece que no le das importancia al dinero.

—Sí que se la doy, pero solo al mío.

—Al menos podías haber pasado a saludar.

—Sí, y de paso os podía haber llevado unos cafés, no te jode.

Constanza no insistió

—Bueno, ¿qué ha dicho Frank? —preguntó Méndez.

—Nada.

—¿No te ha dicho que soy un verdadero cabronazo?

—No, pero lo habrá pensado, eso no te lo niego.

—Pues te digo una cosa Abraham, tres cojones me importa. Es uno de los mejores y, además, ya iba siendo hora de que hiciese algo útil con su vida, joder. Han pasado más de cinco años desde la muerte de Gabriela. Iba a perder la oficina y puede que también su casa. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que prefiero que siga pensando que soy un cabronazo antes que verlo sufrir.

Constanza se rio un poco, tiró los restos del cigarrillo y los aplastó bajo la suela del zapato. Se encaminó hacia la salida de la terraza y, antes de entrar en el Sombrero, dijo:

—Si al final va a resultar que no estás hueco y hasta tienes un corazón que late por ahí dentro.

—Pues por tu propio bien, viejo chocho, asegúrate de que nadie se entere. Tengo una puñetera reputación que mantener.

Pensó en ello hasta que un golpe de tos lo dobló por la mitad. Dejó caer de entre sus dedos los restos del purito y, llevándose un pañuelo a la boca, cerró los ojos. Puntos de luz como descargas entre nubarrones fluctuaron tras sus

párpados.

Abrió los ojos, los tenía anegados en lágrimas por el esfuerzo. Se pasó el antebrazo por la cara a tiempo de ver como una flema sanguinolenta cubría casi todo el pañuelo.

Sobre su cabeza, cirros mezquinos que cuarteaban el cielo de un azul gastado y desvaído. Abajo, caminando sobre la acera de enfrente, vio cómo Frank se alejaba del Sombrero en compañía de una mujer que no dejaba de hablar y hacer aspavientos como si espantase moscas con las manos.

Nada más abandonar el ascensor, Frank renunció a la ilusión de tener una conversación más o menos normal. Aquella mujer no se ceñía a las más elementales normas sociales. Recordaba haber leído en una revista una vez que, dependiendo del número de ocupantes en un ascensor, las personas tendían a repartirse el espacio de tal o cual manera, siempre respetando un mínimo de privacidad y el orden de llegada. Con tan solo ellos dos en apenas un metro cuadrado, la lógica le decía que habrían de colocarse en paralelo, ¿no? Y de cara a la puerta, pensó Frank. Al fin y al cabo, se trataba de dos personas que se acababan de conocer.

Pero, en el escaso tiempo que tardó el ascensor en descender a la planta baja, tuvo que apartar la mirada azorado. Eliana se plantó frente a él de espaldas a la puerta. Apenas treinta centímetros entre ambos. Y lo miraba con curiosidad como el que intenta desentrañar un gran misterio.

—Así que tú eres el famoso Frank Durán.

—Me estás incomodando —dijo él antes del zarandeo final que indicaba el final del descenso.

—Tranquilo, se te pasará. Además, solo intento averiguar si eres un tío legal.

—Ah, bueno, entonces me quedo más tranquilo, pensaba que solo querías volver a levantarme el reloj.

Se abrieron las puertas, Eliana giró sobre sí misma y

abandonaron el ascensor. Dejaron a un lado la sala de trabajo donde el personal de Constanza pululaba de un lado a otro con papeles y teléfonos en precario equilibrio entre el hombro y el cuello. Pasaron frente al mostrador de recepción. Amalia meneó la cabeza y sonrió a Eliana con inquina.

—Diez a uno a que te está mirando el culo —dijo Eliana al salir del Sombrero.

—¿Qué?

—Nada. Déjalo. Hoy parece que estáis todos un pelín espesitos. ¿Tienes coche?

Frank señaló su destartalado Chevy ranchera estacionado al otro lado de la calle. Eliana no dejaba de hablar.

—Es un coche familiar. ¿Tienes familia, Frank? Lo sé, lo sé, no es cosa mía. Perdona. No se te olvide apuntar los kilómetros, ya te lo habrá dicho el viejo, los de administración son unos pelmazos de campeonato. Si quieres que te abonen el combustible has de apuntar los kilómetros de inicio y los finales cuando demos por terminada la investigación...

Bla, bla, bla.

Frank desconectó. Echó de menos la tranquilidad de sus mañanas en la asesoría. Esas mañanas que solía maldecir porque veía pasar todas las horas del reloj en espera de que ocurriese algo, lo que fuese, cualquier cosa.

Abrió el coche. Dentro, el olor añejo de los cigarrillos, el salpicadero cubierto de una ligera capa de polvo y los asientos y el suelo del coche a falta de un buen aspirado.

—Definitivamente no tienes familia, esas cosas se notan —dijo Eliana pasando la yema del dedo por uno de los envejecidos embellecedores de plástico.

—¿Cómo nos organizamos? —preguntó Frank.

—Una vez hice un trío y me hicieron la misma pregunta.

Frank se masajeó las sienes. La mirada perdida en el descampado de enfrente. Esto no va bien, pensó. Tragó en secó otro antiácido.

—A ver, Eliana. Solo quiero saber si tienes coche. Vamos a llevar la investigación desde mi oficina en Guadalajara. No sé dónde vives, si te quedarás por allí en un hotel o si vas a estar yendo y viniendo. De momento solo necesito saber ese tipo de cosas antes de comenzar a organizarnos.

Eliana asintió. Musitó algo así como «suena razonable» y después dijo:

—Vivo aquí, en Alcalá de Henares. ¿Dónde cae tu asesoría?

—¿Conoces algo de Guadalajara?

—Algo.

—En la avenida del Ejército, ¿vale? La principal según entras desde la Nacional II. Bajo los soportales. Desde aquí se tarda algo menos de veinte minutos —le informó Frank.

—Pues entonces creo que puedo ir y venir. Sí, eso haré. Y si la cosa se alarga, ya me buscaré algo por allí.

—Bien. Pues dime dónde tienes el coche —dijo Frank —, yo te acercó. Nos tomamos libre lo que resta de mañana, nos ponemos al día con el expediente que nos acaba de pasar Constanza y esta tarde a primera hora quedamos en mi oficina y decidimos cuál es el primer paso a dar. ¿Te parece?

—En realidad tengo una Vespa —dijo—. Debería ir a buscarla.

—Bien, una Vespa. ¿Dónde la tienes?

Eliana se encogió de hombros y se acomodó las gafas de sol sobre el puente de la nariz.

—No lo sé. Te acabo de decir que debería ir a buscarla.

Frank respiró hondo, arrancó el motor girando la llave de contacto y se incorporó a la carretera. Intentó armarse de paciencia. Todo apuntaba a que iban a ser unos días muy largos.

Tenía esperanzas de poder encontrar al tal Tomás Moreda lo antes posible para poder regresar a su silenciosa y tranquila vida de antes. Al menos hasta que Abraham Constanza lo requiriese de nuevo.

Llevaba tanto tiempo solo que había aprendido a

convivir cómodamente con sus fantasmas.

6

A simple vista, Méndez podía parecer un tipo agradable y socarrón.

Rondaba el metro sesenta de estatura y, de no ser por la mala hostia que gastaba, sus exabruptos y sus malos modales, habría sido un tipo encantador. Nunca sería el alma de ninguna fiesta, eso seguro que no, pero en el improbable caso de que alguien cometiese el error de invitarle a una, tardaría en olvidarlo. Bolsas bajo unos ojos que miraban inquietos a su alrededor, el pelo cortado a cepillo y una sonrisa de medio lado capaz de sacar de quicio a cualquiera.

La misma sonrisa que mostraba aquella mañana mientras meneaba con la cucharilla un café solo y sin azúcar. Asomaba entre los labios la punta del colmillo. Frank, que lo conocía de sobra, sabía que aquella mueca escondía la verdadera naturaleza de Méndez, que no era otra cosa que una serenidad salvaje, contenida.

—Si no le echas leche ni azúcar, ¿se puede saber porque le das tantas vueltas al café?

—Para que no se confíe el muy cabrón.

Esa clase de cosas, según Frank, solo tenían sentido si uno llegaba a conocer a Méndez y sus cuitas particulares con el resto del mundo. Sobre todo, con el médico que le tenía bajo una estrecha vigilancia desde que le detectase una mancha en el pulmón. Joder, si es que no me extraña, decía el propio Méndez, mis análisis tienen más cruces que el cementerio de la Almudena.

Frank tardó más de una hora en localizar la Vespa de Eliana. Una vez a solas, llamó a Méndez. Quedaron en verse más tarde en una cafetería del centro. Se podían permitir el reunirse de un rato para otro sin tener que apañar el

encuentro de antemano, porque un tiempo después de que a Frank lo largasen de la Policía, a Méndez lo ascendieron a inspector jefe. Eso conllevaba, además de un aumento de sueldo, la capacidad de poder moverse a su antojo sin tener que dar explicaciones a nadie.

Frank le habló de su entrevista con Abraham Constanza.

—¿Y...?

—Me hizo una oferta por mi negocio.

—Lo sé. También me consta que la has aceptado. ¿Quieres un consejo?

—Tus consejos no suelen terminar bien.

—Eso decía mi exmujer.

—Méndez, me impuse unas normas sencillas, lo sabes. Y has mandado a mi puerta al padre de la niña Constanza. Que, curiosamente, ahora se dedica a buscar personas desaparecidas.

—¿Eso te dijo?

—Eso me dio a entender.

—Pues entendiste mal.

—Lo pone en su tarjeta. Constanza Desaparecidos.

Cuando Méndez se cansó de hacer girar la cucharilla dentro de la taza, se la llevó a los labios y apuró el café de un trago. Hizo un gesto con la mano, como restándole importancia a lo que Frank acababa de decir.

—Frank, sé lo que pone en sus puñeteras tarjetas. A lo que Abraham Constanza se dedica es a ofrecer ayuda a personas que han perdido toda esperanza. A eso se dedica. Sus investigaciones rara vez arrojan resultados, digamos... satisfactorios. Son casos desahuciados por la policía. No hace falta que te explique cómo funciona este negocio. Tú lo sabes, joder. Los medios que tenemos en la policía son limitados, invertimos nuestros recursos en personas por las que todavía se puede hacer algo. Constanza se dedica a buscar la puta aguja en el pajar.

—Y tú le has hablado de mí.

—Sí, le hablé de ti, de tu situación.

—¿Cuánto sabe?

—Sabe que andas jodido de pasta, eso sabe.

—Pues a mí me dio la sensación de que sabía mucho más. Lo que verdaderamente pasó cuando me largaron de la Policía.

Méndez no contestó. Se encogió de hombros y dijo:

—Paranoias tuyas aparte, ¿qué te ha pedido que hagas?

—Que busque a un hombre llamado Tomás Moreda. El Monstruo de la Tejera Negra. Según su madre lleva desaparecido más de una semana —dijo Frank—, y, al parecer, su madre no solo está preocupada, sino que cree que su ausencia puede estar relacionada con la desaparición de los hijos del Monstruo treinta años atrás. —Frank hizo una pausa y se quedó mirando fijamente a Méndez—. Pero no sé por qué me da que esto tú ya lo sabías.

El inspector dejó un billete de cinco sobre la mesa y se levantó.

—Méndez.

—¿Qué?

—¿Cuál era el consejo?

—Y yo qué cojones sé —dijo antes de marcharse—. Ya no lo recuerdo. Algo relacionado con eso de encontrar la aguja en el pajar. Da igual. Tú ten cuidado de no pincharte el puñetero culo, ¿quieres?

Sorteó por los pelos al camarero, que llevaba una bandeja cargada, y abandonó la cafetería con un insulto inacabado entre los dientes.

7

El tiempo se fue torciendo a medida que avanzaba el día. A eso de las cuatro de la tarde, las nubes, henchidas de humedad, comenzaron a descargar agua sobre la ciudad de Guadalajara. A pesar de la ligera lluvia, Eliana se presentó en la asesoría sin paraguas. Todavía llevaba puesto el casco cuando tocó en la puerta con los nudillos. El chubasquero amarillo, un par de tallas por encima. Parecía el alma errante de un repartidor de *pizzas* o un marinero que acababa de perder el barco.

La sensación de desamparo que transmitía a simple vista desapareció por completo en cuanto abrió la boca.

—Vaya, vaya. Así que en esto es en lo que ha invertido el viejo su dinero —dijo con los brazos en jarra cuando Frank le abrió la puerta.

—Pasa.

Dejó el chubasquero y el casco colgando del mismo brazo del perchero. El agua resbaló lentamente por el plástico y fue formando un pequeño charco junto al pie. Frank tenía abierta la carpeta con el breve informe que les había entregado Constanza esa misma mañana.

La lluvia arreció contra el cristal desnudo de la ventana. Eliana se sentó, cruzó las piernas, y con aire distendido se quedó mirando a Frank.

—¿Sigues intentando averiguar si soy un buen tipo?

—No, qué va. Estaba pensando en cómo eres capaz de montártelo para captar clientes en un sitio tan…

—¿Tan qué?

—Desangelado, mustio, decadente. No sé, obviamente a esto le hace falta algo de buen gusto. No sé —repitió—, algún que otro mueble, una alfombra, unas cortinas. ¿No hay ninguna mujer que te asesore? Siempre un punto de

vista femen...

—Eliana Santoro, ¿verdad? —la interrumpió Frank.

—Verdad.

Frank frunció los labios y entornó la mirada

—Bien, pues, Eliana Santoro —dijo masticando cada palabra—. Te voy a sacar de dudas. No soy un buen tipo. Preferiría trabajar solo y, sobre todo, preferiría no tener que escucharte. Te agradecería que te guardases tus opiniones, nos dejásemos de tonterías y nos pusiésemos con el caso. Cuanto antes encontremos a Tomás Moreda, antes podré volver a mi vida y tú podrás volver a dedicarte a lo que sea que hagas cuando no trabajas para Constanza. Afanar relojes, perder tu moto, mirar fijamente a desconocidos en un ascensor intentando averiguar si son o no son buena gente. Lo que sea. ¿Te ha quedado claro?

Frank daba la impresión de hastío, de cansancio, de estar zambulléndose en una espesa bruma de desazón. Como si a pesar de lo que acababa de decir, estuviese abstraído, con la cabeza en otro lado.

Eliana miró a Frank como si lo conociese por primera vez, en cierto modo así era, y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Como quieras, Frank. Tienes razón. Hagamos nuestro trabajo. Pero te advierto que no soy nadie sin un buen café. ¿No tendrás una cafetera escondida en algún lugar de este páramo desolado al que llamas oficina?

Frank entrecerró los ojos aún más si cabe; un par de navajazos en mitad del rostro. Respiró hondo. Una, dos, tres y hasta cuatro veces.

Estaba claro que aquello no podía funcionar.

Tenían por delante más de una hora de viaje.

Eliana dejó la moto encadenada a una farola y echó el casco y el chubasquero al maletero del coche de Frank. Pidieron un café para llevar en una cafetería cercana e iniciaron ruta. En el informe, Constanza había consignado los pocos datos que pudo reunir. La dirección de la madre

de Tomás Moreda y una fotografía de archivo en la que aparecía con un parche en el ojo. Poco más. Según su madre, y mediante transcripción manuscrita del propio Constanza, a Tomás Moreda no se le conocía oficio alguno desde su salida de la cárcel, y el vehículo en el que se desplazaba era una autocaravana de la que se desconocía su placa de matrícula. Ni dirección actual, ni número de teléfono. Frank había esperado encontrar algo más sobre Tomás Moreda, alguna referencia, algún dosier. Nada. Por eso, tras una breve charla, Eliana y Frank estuvieron de acuerdo en comenzar por la madre. Recabar toda la información posible y luego meterse de lleno en la búsqueda del Monstruo.

Fueron hasta Francisco Aritio y, siguiendo las vías del tren, salieron de Guadalajara por la 101. El terreno, en ascenso. Marchamalo, Fontanar, Yunquera y, a partir de ahí, como en otro mundo. Según se internaban más y más en la Sierra Norte de la provincia de Guadalajara, la tormenta arreció y la luz comenzó a velarse todavía más, como los ojos de un anciano. Luz crepuscular, anochecía de antemano a primera hora de la tarde.

Cuando dejaron atrás los primeros pueblos, la carretera renunció a marcar el norte y comenzó a serpentear por entre la vega, los campos de cultivo, las granjas de pollos y los robledales de corteza amarilla.

Frank conocía la zona. Recuerdos de juventud, de antes de ingresar en la policía. Llegaban sin avisar, como salpicaduras de barro en el parabrisas. Tal o cual pueblo, Humanes, Cogolludo, sus fiestas con su orquesta del pueblo y sus banderolas.

Y Gabriela, sobre todo Gabriela.

Se sacudió estos pensamientos y observó a Eliana por el rabillo del ojo. Veía el mundo correr al otro lado de la ventanilla.

Desde que se conocieron aquella misma mañana, era la primera vez que guardaba silencio tantos minutos seguidos. Frank, en su infinita ignorancia del universo particular de Eliana, pensó que se debía a las duras palabras que le había

soltado en el despacho. Llegó a sentir un ramalazo de culpabilidad.

Nada más lejos de la realidad. Con el tiempo Frank descubriría que Eliana era una montaña rusa. Una cuyas vagonetas carecían de frenos. Su comportamiento mostraba dientes de sierra, altibajos que alternaban la incontinencia verbal con períodos de oscuridad y silencio.

—Así que Tomás Moreda, un monstruo juzgado y condenado, ha desaparecido —dijo Eliana como si supiese que Frank estaba pensando en ella. —Frank asintió—. Desde luego, tendrás que reconocerme que no es un caso muy normal que digamos —añadió Eliana.

Frank no supo qué contestar.

Tampoco tenía muy claro lo que su compañera de viaje entendía por normal. Se centró en las líneas del asfalto y se sumió de nuevo en sus propios pensamientos.

Las primeras montañas en aparecer fueron El Colmillo y La Muela. Una, afilada contra las nubes bajas y zalameras; la otra, achatada. Luego la carretera dejaba de acomodarse al paisaje y comenzaban las tajaduras y los cortados. Heridas abiertas en los cerros de granito como brechas en las cejas de un boxeador.

Cuando el asfalto se adentró por los bosques de pinos, sintieron las primeras corrientes de aire; el agua, más que caer, se desplazaba de un lado a otro empapando todo a su paso. Subió un punto la velocidad del limpiaparabrisas del coche y aminoró la marcha. A más de mil metros de altitud se encontraban literalmente entre las nubes.

Durante un par de kilómetros bordeó el pantano del Alcorlo y pasó por delante de la solitaria ermita donde todavía se reunían los hijos de aquellos que perdieron sus casas bajo las aguas. La historia era de sobra conocida. En su día rodaron documentales para la televisión. Se planificó durante la posguerra, se expropió a finales de los setenta y se terminó de perder bajo las aguas del Bornova a principios de los ochenta. Su madre le llevó en alguna ocasión. En verano. A pasar el día. Fue ella quien le contó lo ocurrido. Más que un drama para muchas familias que

perdieron su casa, sus recuerdos y sus raíces, a Frank, en su mente efervescente de niño, aquello le pareció una historia de fantasmas.

Muchos años después se dio cuenta de que, al pasar junto al pantano, seguía teniendo la misma sensación: la de estar observando un enorme cementerio al que se lo hubieran tragado las aguas. Alejó estos pensamientos y los recuerdos añejos de su madre y se centró de nuevo en la carretera.

Llevaban cuarenta y cinco minutos de viaje, y les quedaba otro tanto hasta llegar a Villacadima, cuando rebasaron el cartel que anunciaba que se adentraban en el Paraje Natural de la Tejera Negra. Desde la ventanilla del coche, kilómetros y kilómetros de bosque cerrado hasta donde alcanzaba la vista. Un pastor que comandaba con su vara un rebaño de ovejas roñosas, empapadas bajo la lluvia, los saludó con la cabeza a su paso por Umbralejo. Lo vieron perderse por los retrovisores y ya no volvieron a cruzarse con nadie hasta llegar a Cantalojas. Los pueblos de la comarca habían sucumbido al abandono. Solo las construcciones más recientes, segundas viviendas en su mayoría, arrojaban algo de lustre. Algunas casas antiguas seguían en pie, pero la mayoría tenía los muros arrebatados de musgo y los tejados hundidos. Ruinas que surgían de la tierra quebrada entre la hojarasca, las zarzas y las malas hierbas.

Frank miraba aquellos cascarones vacíos y pensaba en su mujer.

En su lápida en las afueras.

Donde una vez hubo unos postigos firmes que no dejaban entrar el frío del invierno, solo quedaban paredes derruidas que no retenían el calor y mucho menos los recuerdos.

La curva se cerraba más de lo que parecía en un principio, afianzó el volante con las dos manos y aceleró para ganar tracción y asegurar la trazada. Eliana se sobresaltó y se agarró al asiento con un ligero vahído en el estómago. Al encarar la recta aflojó el ritmo y Eliana

recuperó la compostura estirando algo las piernas.

—Lo siento —dijo Frank—, tenía la cabeza en otro lado.

Eliana dejó de mirar por la ventanilla y se centró en Frank. Le restó importancia al asunto con medio giro de muñeca. Su voz, insospechadamente sosegada y monocorde.

—No te preocupes, Frank. Una vez tuve un novio que se trasconejaba después de hacerlo. Ponía los ojos en blanco y se desmayaba. Ese si te daba unos sustos que te cagas.

Frank abrió la boca y con las mismas la volvió a cerrar. Eliana se inclinó hacia un lado, echó mano a la bandolera tirando de la correa y la dejó a sus pies. Sacó su libreta.

—Según lo que tenemos, la madre se llama María Asunción García y no ha cambiado de domicilio en los últimos treinta años.

Silencio.

Solo el sonido de los neumáticos sobre el asfalto evacuando agua a su paso. Durante unos instantes pareció que Eliana iba a repasar en voz alta algún aspecto más de la investigación, algún dato, quizá alguna de las innumerables dudas que todavía tenían, pero no fue así. Cerró su libreta y no volvió a decir nada hasta que abandonaron Cantalojas y se adentraron en lo poco que quedaba del pueblo que una vez fue Villacadima.

Un cartel herrumbroso a un lado de la carretera recibía a los visitantes. Alguien había tachado las últimas letras y había escrito al lado con un aerosol de pintura negra.

BIENVENIDOS A
VILLACADIMA*tristeza*

Pronto comprendieron el porqué de tan aciago recibimiento.

Algunas casas llevaban vacías mucho tiempo y el grado de deterioro variaba en función del tiempo que llevasen cerradas. Otras mantenían el camino despejado, las cerraduras en las puertas, y sus muros y cancelas libres de verdín. Solo la iglesia se erguía orgullosa y fuera de lugar

en mitad del pueblo; se elevaba por encima de unos tejados que, en comparación, parecían agachar la cabeza en señal de arrepentimiento, culpa y contrición.

Eliana tecleó la dirección en el móvil y le mostró a Frank un punto rojo que fluctuaba en la pantalla. El mapa del navegador situaba la vivienda de la madre de Moreda hacia el final de la calle San Roque.

—Según pone aquí en «Comentarios», Villacadima lleva deshabitado desde 2003.

—Puede que hayamos hecho el viaje en balde.

—Ahora mismo saldremos de dudas.

La calle estaba en peores condiciones que la carretera de acceso al pueblo. Apenas quedaban un par de parches de asfalto exangüe con las malas hierbas creciendo por entre las llagas. Un perro que arrastraba una de sus patas traseras se acercó a recibirlos cuando bajaron del coche. No tenía correa, los olfateó con curiosidad guardando las distancias y volvió renqueando a la sombra de la que había salido para refugiarse del aguacero.

Las dudas de encontrar a la abuela de los mellizos Moreda se disiparon cuando vieron bajo un chaparro un viejo Ford Fiesta. La carrocería parecía hecha a base de abolladuras y salpicaduras de óxido.

Enfilaron hacia las dos únicas casas que parecían estar habitadas y, un poco más allá, vieron cómo una mujer enlutada hurgaba sin remilgos en un contenedor. No era muy alta, de manera que, de puntillas y con medio cuerpo dentro, apenas alcanzaba a trastear en su interior.

Se calaba bajo la lluvia.

—¿María Asunción García?

La mujer apoyó los pies en el suelo y sacó la cabeza del contenedor. La lógica decía que aquella mujer todavía no habría cumplido los ochenta, pero a Frank le pareció mucho mayor. Centenaria. Un espectro de sí misma. Llevaba una chaqueta de lana gruesa arremangada hasta los codos y calzaba unas manoletinas pardas. Un trozo de la oscura cáscara de un plátano le colgaba de uno de los mechones cenicientos del cabello. Se lo sacudió como si nada y se los

quedó mirando con el entrecejo fruncido.

—No sé si os conozco o no —dijo la mujer acercando el rostro y aguzando un poco más la vista—. Me he dejado las gafas dentro. La última vez se me cayeron en el contenedor.

—No nos conocemos, somos amigos de Constanza —dijo Eliana—. Señora, ¿es usted María Asunción García? Si es así, queremos hablar con usted a propósito de su hijo.

—¿Lo han encontrado?

Eliana se acercó a la anciana y la agarró con dulzura del codo mientras le pasaba el otro brazo por encima de los hombros como si intentase arroparla, protegerla de alguna manera de la tormenta.

—¿Qué le parece si pasamos dentro y charlamos tranquilamente, señora? —dijo.

Frank se quedó mirando a su compañera. Ese tono y esa cualidad en su voz, alejados de cualquier tipo de comentario sarcástico y afilado: aquello no tenía nada que ver con la idea que en su cabeza se había formado sobre Eliana.

Se perdieron bajo el marco y se preguntó si no la habría juzgado mal de antemano. O quizá solo se estaba ablandando. Sí, sería eso.

Estaban en un pueblo medio abandonado al que llamaban Villa Tristeza y eso tenía que afectar de una manera u otra.

Cuando María Asunción se sentó, lo hizo sobre el cobertor de ganchillo que revestía el ajado sofá de su casa. Sentía el cuerpo entumecido, tenía las manos cruzadas sobre el pecho y miraba fijamente las grietas del techo, que se ramificaban como oscuros relámpagos en el cielo. Sonrió y dejó caer los párpados. Un par de lágrimas y luego nada. Pasaron los segundos y, cuando volvió a abrir los ojos, se encontró con el rostro de Eliana; pareció despertar de alguna ensoñación. Desorientada, como si acabase de llegar a su propia casa.

—¿Eres un ángel?

—No, señora, no soy un ángel. Venimos de parte de Abraham Constanza. Habló usted con él, ¿lo recuerda?

—No sé si se refiere al policía desabrido o al otro hombre, al educado de sonrisa triste.

—Al de la sonrisa triste —dijo Eliana.

Las manos de la mujer temblaban.

La mirada perdida, cabeceaba haciendo memoria.

Frank se fijó en el mueble frontal del salón, el hueco destinado a la televisión estaba vacío. En su lugar descansaba una canastilla de mimbre de la que asomaban ovillos de perlé y un par de ganchillos. Sobre la madera devastada de la mesa observó un tapete muy parecido al que cubría el viejo sofá. Los asientos de las sillas tenían su propio cobertor.

Todo en aquella casa se desmoronaba por el paso del tiempo y, en lugar de cambiarlos, la madre de Moreda disimulaba los sietes fruncidos y las faltas en la madera con tapetes de ganchillo.

Frank acercó un par de sillas y se sentaron frente al sofá.

—Y díganme, ¿han venido hasta aquí para decirme que ha aparecido mi hijo? —volvió a preguntar.

—No, señora. Pero lo encontraremos.

La anciana guardó silencio y apretó los párpados intentando contener el llanto.

—¿Se encuentra bien? Podemos volver otro día, tómese el tiempo que necesite —dijo Eliana.

Abrió los ojos, enrojecidos y anegados en lágrimas que resbalaron por sus mejillas hasta la comisura de los labios. Se levantó.

—No, por favor, no se vayan. Me encuentro bien. Necesito moverme, solo eso —dijo tras un largo suspiro—. Voy a preparar algo de café. Serán solo unos minutos.

Frank se compadeció de ella, estaba claro que aquella mujer estaba falta de compañía. Eliana se levantó, dejó a Frank a solas en el salón y la siguió a la cocina. Se encontraba limpia y recogida. Tanto los muebles como los electrodomésticos tenían el aspecto de no haber sido cambiados en décadas. La mujer se afanaba sobre una encimera deslucida, tenía entre sus temblorosas manos una

cafetera renegrida. Rellenó la base de agua, pero no atinaba a terminar de enroscar la tapadera.

Eliana posó sus manos sobre las de la mujer para intentar calmar sus nervios, para transmitirle algo de calor. María Asunción soltó la cafetera y se abrazó a Eliana, escondió la cabeza en su hombro y rompió a llorar.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada.

Cuando se separó de ella con torpeza, la anciana intentó esbozar una sonrisa.

—Lo siento —volvió a repetir

—No lo sienta —respondió Eliana.

—En realidad me alegro de que estén ustedes aquí, ¿sabe? Nunca me cayeron bien los policías, ni los guardias civiles —se sinceró María Asunción recuperando la compostura y poniendo la cafetera sobre el fuego—. Supongo que durante un tiempo viví esperanzada con la idea de que me devolviesen a mis nietos con vida. Cuando supe que ya nunca volverían a mi lado, esperé la visita en la que me dijesen que habían encontrado sus cuerpecitos. Es duro resignarse y esperar una visita así.

La cafetera comenzó a crepitar sobre el fogón. Eliana no supo muy bien qué decir e intentó reconducir la conversación.

—¿La ha llamado Tomás en estos días?

—No tengo teléfono y soy la única que sigue viviendo en el pueblo. Imagino que, si ha intentado localizarme, no ha podido. Cuando llega el calor vienen algunas familias a pasar el verano, ellos traen esos modernos teléfonos, pero hasta entonces me las apaño sola.

—¿No ha pensado nunca en cambiar de casa?

María Asunción se encogió de hombros.

—Ahora no lo parece, pero aquí fui feliz hace mucho tiempo. ¿De parte de quién dijo que venía?

No esperó respuesta y retiró la cafetera del fuego con un paño; le indicó a Eliana el mueble de donde podía coger las tazas y regresaron al salón.

—Usted le dijo a Constanza…

—¿El de la sonrisa triste?

—El de la sonrisa triste. Usted le dijo que pensaba que su hijo Tomás había desaparecido. ¿Por qué piensa eso?

Se calentaba, sin beber, con las manos alrededor de su taza. La mirada perdida en su interior. Como si en el negro líquido pudiese encontrar la respuesta a su pregunta.

—Lo sé. Igual que siempre supe que era inocente: mi Tomás nunca le haría daños a sus hijos. Una madre sabe esas cosas.

Frank se encontró a sí mismo retomando viejas costumbres. Procesos mentales olvidados hacía mucho tiempo. Al parecer no estaba tan oxidado como creía: mientras la madre de Moreda hablaba, en su cabeza cotejaba la información. Qué datos eran nuevos y cuáles ya poseía. En el informe de Constanza no constaba ningún número de teléfono a nombre de Tomás Moreda.

—¿Cómo se comunicaba con él?

—De ninguna manera. Venía a verme sin avisar —dijo.

—¿Sabe si tenía pareja o se veía con alguien? —preguntó Frank.

—No, que yo sepa.

—¿Y usted?

—Mi marido nos dejó cuando Tomás era tan solo un niño. Lo crie yo sola. Y visto lo visto, no debí de hacerlo muy bien. Ha pasado más de media vida en la cárcel.

Eliana posó una de sus manos sobre la rodilla de la anciana. Tan solo una caricia. Un gesto amistoso.

—Cuéntenos acerca de Tomás —dijo Eliana retirando la mano.

La mirada de la mujer se abatió unos instantes. Una pesada sombra oscureció sus ojos. Dejó la taza sobre la mesa, se reclinó ligeramente en el viejo sofá y cruzó los brazos sobre el pecho. Parecía abrazarse, protegerse ella misma de sus pensamientos.

—Supongo que es necesario.

—Comencemos por la madre, ¿qué le parece? La madre de los mellizos —dijo Frank.

—Cuando detuvieron a Tomás, ya estaban separados.

Le hablo de hace ya más de treinta años. Apenas dio a luz a los mellizos, se dejaron. Tomás, a pesar de ser buena persona, siempre fue muy complicado de trato. Se llama Carmen Taboada y se fue hace quince, no, dieciséis años.

—¿Se fue? —preguntó Eliana tomando en su libreta nota del nombre de la exmujer de Moreda.

—En realidad sigue entre nosotros, pero de alguna manera se fue.

—No comprendo lo que quiere decir.

—Que perdió la cabeza. Pobrecita. Ya no sabe ni cómo se llama. Lo último que supe de ella fue que la habían internado en un hospital de Guadalajara, ya saben. Uno de esos...

—Un psiquiátrico —dijo Frank.

La madre de los Moreda asintió con la cabeza. Entonces fue Eliana quien tomó la palabra.

—Usted le dijo a Constanza que creía que la desaparición de su hijo Tomás estaba relacionada con la de sus nietos.

—Sí, y lo sigo creyendo.

—¿Y por qué cree eso, señora?

—Porque me lo dijo Tomás.

—¿Y qué le dijo?

—No mucho, la verdad, que creía saber qué fue de los niños.

—¿Y le creyó?

—Siempre le he creído.

Silencio.

Se terminó su café y dejó su taza sobre la mesa.

—Después de aquello, Tomás vino a verme una sola vez más.

Esto lo dijo con la mirada perdida en la ventana. La lluvia repiqueteaba contra el cristal.

—Hará una semana, diez días —continuó—. No quiso entrar. Se quedó en la puerta. Dijo que tenía prisa. Ahora lo pienso y creo que vino a despedirse. Me besó en la mejilla.

La anciana volvió a cerrar los ojos, otro par de lágrimas que se limpió con la manga del raído jersey. Lloraba de a

poco. A Frank le pareció que aquella mujer, de alguna manera, dosificaba su dolor.

—¿Saben?, durante todos estos años —dijo finalmente — le he deseado la peor de las muertes al responsable de la desaparición de mis nietos, y ahora es mi propio hijo el que no aparece. Después de todo lo que ha tenido que pasar. Ni casa tenía el pobre. Le dije que se quedase a vivir conmigo pero no quiso. La primera vez que vino a verme, después de salir de la cárcel, llegó conduciendo... ¿Cómo se dice? Una de esas camionetas con cocina y cama.

—Una autocaravana —dijo Eliana.

—Sí, eso, conducía una autocaravana y llevaba un parche en el ojo y la barba sin arreglar. Al principio no le reconocí, parecía un vagabundo.

—¿Y qué le dijo la última vez que le vio? —preguntó Frank.

—Que lo sentía, que no había sido un buen padre y que encontraría a los niños. ¿Qué le parece? Yo sé que no lo hizo, pero seguía sintiéndose culpable. Le pedí que por favor no se marchase. Pero se subió a la camioneta, o como se llame, y se marchó.

—¿Eso fue todo? —preguntó esa vez Frank tras dar el primer sorbo a su taza de café.

Se había quedado frío.

—No. Me dejó una carta en el buzón. Nunca he temblado tanto como lo hice antes de leerla. Creí que se trataba de algo relacionado con los mellizos, con mis nietos.

—¿Y qué ponía?

—Espere que la traigo y mejor lo ven ustedes directamente —dijo levantándose del sofá.

Se perdió arrastrando la suela húmeda de las manoletinas entre las sombras del pasillo y regresó al momento con un sobre doblado en las manos.

—¿Le importa si leemos la carta? —preguntó Eliana.

La anciana se revolvió en su asiento y les dijo que adelante, que aquello no era ninguna carta. Solo había escritas unas cuantas líneas. Aquello era una nota de despedida, ahora lo sé, dijo.

Comprendo si alguna vez dejaste de quererme, mamá. Yo también tengo razones más que de sobra para odiarme. Lo siento por no haber sabido cuidar mejor de mis hijos. Todavía me pregunto qué pasó aquel día en el bosque. Y pienso averiguarlo, aunque sea lo último que haga.

Te quiere tu hijo, Tomás

Interludio

Centro Penitenciario de Herrera de la Mancha.

Corría el año noventa y tres. Un mal año para los monstruos.

Sí, un mal año. Hay que andarse con ojo, decían. Y no lo decían por decir. Los chascarrillos, los dimes y diretes dentro de la prisión eran nubarrones en el horizonte. Tomás Moreda ya lo había visto otras veces. Otros presos. Acosados por palabras soltadas al aire. Nada que los funcionarios de prisiones pudieran identificar como una amenaza velada.

Demasiado ocupados estaban con sus cosas para darse cuenta de que, tanto en la cárcel como fuera de ella, el infierno es repetición. Frases dichas una y otra vez.

Frases que barruntan tormenta.

Tempestades que se desataban en las celdas, en el comedor, en las duchas o, como en el caso de Tomás Moreda, en el patio de la prisión bajo un sol de justicia.

Amigo, ya deberías saber que corren malos tiempos para los monstruos. Y tienes que andarte con ojo, ¿lo entiendes?

Esto le dijo uno de los hombres que hacían corrillo en torno a él. No llevaba un adoquín en la funda de una almohada como había visto en otras ocasiones. Tampoco un pincho. Ni un cristal. Tan solo portaba una cucharilla que hacía bailar entre los dedos.

Tenía la voz cascada y acento gallego. En mi pueblo, dijo, nos cuidamos de los depredadores. Hay lobos. Bajan de la montaña por la noche o antes si hay niebla. Matan al ganado y, si pueden, como tú, atacan a los niños. Entonces, al igual que hacemos por aquí, nos juntamos unos cuantos y le ponemos remedio. Lo que ocurre es que a veces no

podemos matarlos, ¿entiendes? Deja de temblar y asiente si entiendes, joder.

Tomás Moreda lo entendía.

El orín resbaló por la pernera de sus pantalones. Intentó decir algo, pero el gallego le posó la parte cóncava de la cucharilla en los labios y siguió hablando.

Te decía que no siempre podemos matarlos. Así que los puteamos. Ponemos trampas, cables de nilón tensados a esta altura. Se llevó la mano a la entrepierna. No los mata, pero como no lo ven venir, les jode los ojos. ¿Entiendes? Los puteamos para que no lo vean claro.

Para que no lo vean claro, repitió.

¡Reírse, coño, que es un chiste!

Y los demás presos se rieron mientras la sombra del gallego se cernía sobre él empuñando la cucharilla.

Fue un mal año para los monstruos. Sí, un mal año.

Tomás Moreda, el hombre al que todos conocían por El Monstruo de la Tejera Negra, estuvo un buen rato desorientado y dando tumbos en círculos por el patio de la cárcel.

Hay que andarse con ojo, decían. Y tenían razón.

Llevaba el suyo en la mano.

Segunda parte

Monstruo

8

Cuando comenzaron a perder altura, dejó de llover. A medida que se alejaban de las estribaciones de la Sierra Norte, el cielo se fue despejando hasta cambiar de tonalidad por completo. Las nubes amoratadas y compungidas se fueron disolviendo hasta convertirse en meros arañazos grises que rielaban en el horizonte. Arriba asomaron las primeras estrellas.

Eliana, tan voluble como el propio tiempo, señaló las luces que titilaban en el firmamento. Todavía lejos de la contaminación lumínica de la ciudad, a través de la luna del coche, se apreciaban con claridad. Las fue nombrando una a una. Dubhe, Mizar, Megrez... Una retahíla de nombres que Frank no había escuchado en su vida. Según le dijo Eliana, pertenecían a la Osa Mayor. Seguidamente nombró las del cinturón de Orión y luego, con las mismas, cerró la boca y no volvió a decir nada en un buen rato.

Frank se preguntó cuántas Elianas le quedaban por conocer. Cuántos cambios de registro cabían dentro del cuerpo de aquella mujer menuda. Tan pronto se ensimismaba y desaparecía hacia adentro como te soltaba una chorrada de campeonato. Tan pronto te miraba fascinada, intentando averiguar si eras buena o mala persona, como te hablaba de sus relaciones sexuales con la misma ligereza pasmosa con la que enumeraba estrellas en el cielo. Y luego estaban la delicadeza y la sensibilidad, alejadas de todo lo demás, con las que trató a la madre de los Moreda.

—¿Te gusta la astronomía? —preguntó Frank por romper el silencio instalado dentro del coche—. Las estrellas y todo eso, digo.

—¿Qué te hace pensar eso, Frank? Las odio. Las

estrellas son unas zorras incandescentes. Queman. Ojalá desapareciesen las muy cabronas.

Vale, se dijo, Frank, esto te pasa por preguntar. Y ya no volvieron a cruzar palabra hasta su llegada a Guadalajara.

Quedaron en verse a primera hora del día siguiente. Eliana se despidió sin grandes ceremonias. Recogió su casco y su chubasquero amarillo del maletero del coche, arrancó la Vespa y se largó con el tubo de escape petardeando por la avenida del Ejército. Frank, desde la puerta de la asesoría, la observó alejarse calle arriba.

Una vez se hubo quedado solo, echó un último vistazo a la asesoría. Una rendija de luz se filtraba bajo la puerta. Debí de dejármela encendida al salir, pensó. Sacó la llave del bolsillo pero no llegó a utilizarla. Apoyó la mano en el pomo y la puerta cedió mansamente. Habían forzado la cerradura.

Un hombre le miraba muy serio sentado a la mesa de su despacho.

—Ya era hora —dijo.

Se levantó con desgana. Cabeza rapada al cero, ojos de un azul gastado, metro sesenta y una gabardina de cuero por las rodillas que le hacía parecer todavía más recogido de estatura. Otro hombre aguardaba sentado en la silla que Frank utilizaba para las visitas. La había esquinado de manera que no pudo verlo hasta que puso un pie dentro de la oficina. Tenía una pierna sobre la otra y una escopeta de dos cañones sobre el regazo. También se puso en pie. Era bastante más alto que su compañero. La gabardina de cuero le caía con algo más de soltura. Y, además de la chupa de matón, también debía de gastar el mismo peinado, solo que ese segundo hombre cubría su cabeza pelada con un gorro de lana.

Encañonó a Frank en silencio y con un ligero movimiento del arma le indicó que se moviese.

—Cierre la puerta, por favor.

Y esto lo dijo con cierta reserva, como si le incomodase la idea de haberse presentado allí sin avisar.

Frank dejó la puerta entornada. El más bajo seguía

mirándole desde el escritorio de madera. No se sacó las manos de los bolsillos en ningún momento. Al contrario que su compañero de faenas, no daba sensación de incomodidad, sino más bien de profundo aburrimiento.

Fue el bajo quien habló primero.

—Espero que no tuviese pensado acostarse pronto —dijo.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó Frank.

—Porque, amigo, nos queda una larga velada por delante.

Frank intentó no arredrarse, mantener el tipo de alguna manera. Se disponía a contestar que no eran amigos o alguna idiotez por el estilo cuando sintió el culatazo en la nuca.

Y después ya no sintió nada.

Extrañamente soñó con estrellas.

—Hola, Frank.

—Sí, eso, hola, Frank.

Intentó que sus ojos se adaptasen a la penumbra, solo que el lugar no estaba en penumbra. Y no comprendió hasta que pasaron algunos minutos que las sombras y la falta de luz se debían al golpe sufrido en la cabeza. En realidad, se encontraba sentado en un cómodo sofá de orejas en el salón de una vivienda, un salón con más metros cuadrados que su propio piso, ese piso que no quería perder en las afueras de Guadalajara junto a las vías del tren. A su derecha, a un mundo de distancia, unos gruesos troncos de encina crepitaban en la chimenea. A su izquierda, y ladeando la cabeza con dificultad, pudo ver a los dos tipos de la asesoría. De pie junto a la puerta, las manos cruzadas a la espalda. El más bajo de los dos seguía con su cara de aburrimiento. El alto se miraba la punta de sus propios zapatos.

Frank se sacudió parte del estupor y dirigió la mirada todo lo que pudo en dirección a las voces. Sus párpados se negaban a terminar de abrirse del todo. Cuando consiguió

enfocar la vista, encontró frente a él un enorme sofá de cuero blanco. Y sentados cómodamente, cada uno en una esquina, dos hombres a los que Frank no había visto en su vida.

Traje cruzado al pecho, como si acabasen de salir de una fiesta de gala. El de la derecha, mirada clara, dentadura de un blanco que hacía daño a la vista. Bigotillo fino, gomina, una pierna plácidamente sobre la otra.

El otro, el de la izquierda, parecía una copia defectuosa del primer hombre. Como si a un pintor beodo, al intentar retratarlo, le hubiera salido una caricatura grotesca. Los ojos demasiado grandes, muy juntos el uno del otro, mirada bovina. La boca abierta de los locos, con el labio inferior mucho más grueso y echado hacía adelante, dejaba ver unos dientes torcidos. Intentaba imitar la postura del hombre de la derecha, solo que sus piernas arqueadas no le permitían cruzarlas con soltura y por eso se revolvía incómodo cada poco en el sofá.

—Veo que saben mi nombre.

Frank, que continuaba aturdido, no estuvo realmente seguro de haber hablado hasta que el de la derecha dijo:

—Lleva usted balbuceando un buen rato. Cosas interesantes, por cierto, algunas incomprensibles, eso no puedo negarlo, pero interesantes, al fin y al cabo.

—¿Cómo por ejemplo?

—Le hablaba a alguien, a una mujer, creo. Le decía que tenía derecho a guardar silencio. También habló de estrellas en el cielo y de saltar a las vías del tren. Después no dejó de repetir, una y otra vez, llámame Frank.

—Las personas que hablan en sueños no son de fiar, Vic. Yo digo que lo mandemos a Islandia.

—Hoy no vamos a mandar a nadie a Islandia. Disculpe usted a mi primo, Frank. Se emociona siempre que traemos a alguien inconsciente a casa.

—Entonces, no creo que reciban ustedes muchas visitas.

—¡Oh!, se equivoca. Pero eso ahora da igual. Vayamos al problema que nos ocupa. Entiendo que podríamos

saltarnos las presentaciones. En cualquier caso, yo soy Víctor Lázaro y este, a pesar de que todo el mundo cree que somos hermanos, es mi primo Ulises.

Frank asintió con la cabeza.

—Me van a perdonar, pero sus nombres no me dicen nada y, dejando este detalle al margen, desde luego desconocía que tuviésemos un problema.

—Ya nos conocerá. No se preocupe por eso ahora. Y referente al problema, créame, lo tenemos. Uno en común. Y ese problema se llama Tomás Moreda. Usted lo está buscando y nosotros lo estamos buscando. Llámeme práctico si quiere, pero entiendo que, si dos partes tienen un objetivo en común, lo más razonable sería que dichas partes aunasen esfuerzos, ¿no le parece?

—Para eso no era necesario asaltarme en mi asesoría y arrastrarme hasta dónde quiera que estemos, eso me parece.

—Siempre es necesario.

—¿Para qué?

—Para asentar las bases de nuestra relación, Frank.

—Yo digo que lo mandemos a Islandia.

—Ya te he dicho, Ulises, que hoy no vamos a mandar a nadie a Islandia. El señor Frank es nuestro invitado.

—¿Sabes que es lo que pienso, Vic?

—Sorpréndeme.

Frank asistía a la conversación de los primos como el que observa con atención un partido de tenis.

—Pienso que somos unos mafiosos de mierda, eso es lo que pienso.

—No somos mafiosos, somos hombres de negocios. ¿Te has tomado tus pastillas?

—Tómate tú las putas pastillas.

Después de aquello, Ulises se cruzó de brazos sin quitarle el ojo de encima a Frank. Una mirada que decía a todas luces que, si por él fuese, estaría ya camino de Islandia. Víctor Lázaro, sin perder la compostura en ningún momento, chasqueó los dedos en dirección a los hombres que custodiaban la puerta. El más alto dejó de mirarse los

zapatos y abandonó el salón. En menos de cinco minutos estaba de vuelta con un vaso de agua en una mano y un par de píldoras blancas en la palma de la otra. Lo dejó todo sobre una mesa de centro de mármol negro que había sobre una mullida alfombra beis frente al sofá.

—Tómate las pastillas.

—¿Y si no qué, Vic?

—Si no, me veré obligado a decírselo a Doc. ¿Quieres que llame a Doc por teléfono? —Víctor Lázaro sacó el móvil del bolsillo interior de su chaqueta—. Está bien, sabes que no quiero, pero te juro que lo haré.

Ulises se levantó del sofá y se tragó las pastillas. Su grueso labio inferior le impedía beber con normalidad. El agua, con cada sonora deglución, escapaba a borbotones hacía ambos lados de la boca y goteaba desde su barbilla dejando sendos chorretones oscuros sobre el cuello de la camisa y las solapas del traje.

No apartó su mirada bovina mientras tragaba.

Frank sintió un escalofrío. Todavía no tenía claro de qué iba todo el asunto. Y tampoco quiénes eran en realidad los Lázaro. Pero de una cosa estaba convencido: fuese lo que fuese a lo que se refería aquel lunático, no quería acabar en Islandia.

A los Lázaro les traía sin cuidado la historia familiar de los Moreda, y le hicieron saber a Frank que estaban al corriente de todo. Eran conocedores de que Tomás Moreda, El Monstruo de la Tejera Negra, había desaparecido.

Solo querían recuperar su inversión.

Todo esto lo dijo Víctor cuando su primo Ulises tomó de nuevo asiento en el largo sofá de cuero blanco.

—Así que usted va a encontrar a nuestro hombre y nos lo va a traer de vuelta —añadió Víctor—. Y se le pagará, eso no lo dude. Se le abonará una cantidad de dinero razonable. Siempre acorde a los resultados, claro está.

Frank se tomó su tiempo, como si pudiera permitirse el lujo de rechazar el encargo de los Lázaro. Después dijo:

—Tengo preguntas.

—Adelante.

Ulises, amansado, sentado con las piernas abiertas sobre el sofá, no parpadeaba. Seguía la conversación asintiendo cada poco a las palabras de su primo. Daba la sensación de que las pastillas habían aplacado a la bestia, pero aquel hombre, bajo ese falso letargo, todavía era capaz de erizarle la piel a cualquiera con su mirada.

—¿De qué inversión habla?

—Eso a usted no le concierne. Pero como el hombre es un animal curioso por naturaleza, se lo voy a explicar. Mi primo y yo nos dedicamos a la seguridad. Obras en construcción, partidas de cartas, bares, garitos nocturnos. La gente sabe que, si cualquier persona o negocio está bajo nuestra ala, más vale no causarles problemas, quebrantos. Porque si una cosa garantizamos es que cualquier problema generado a nuestros clientes lo convertimos en nuestro. Ya le he dicho que nos dedicamos a la seguridad. ¿Me sigue?

—Le sigo.

—Perfecto. Pues entonces entenderá lo que le voy a decir a continuación. Y es que también nos dedicamos a la protección dentro de las cárceles. Pongamos, por ejemplo, al señor Moreda. —Víctor Lázaro juntó las yemas de ambas manos frente a él para a continuación seguir con su explicación—. Y por otro lado pensemos en un preso, uno cualquiera, un preso con algo de conciencia social y al que no le gusta nada tener que compartir celda con un tipo que ha asesinado a sus propios hijos. Y resulta que, como las cárceles son como son y allí tienen sus propias normas, este otro preso va con una cucharilla y le salta un ojo al bueno de Tomás en el patio de la cárcel. ¿Qué pensaría Moreda entonces?

—Pensaría que necesita protección si va a pasarse treinta años entre rejas —dijo Frank.

—Veo que lo ha cogido usted al vuelo —contestó Víctor Lázaro—. Y ahí es donde entramos mi primo y yo. Le hacemos llegar una oferta, un compromiso. Una especie de hipoteca. Nosotros cuidamos de él hasta que sale de prisión. Después, si no tiene con qué pagar, ha de trabajar para nosotros hasta saldar su deuda.

—¿Y con qué avala en este caso la persona que se pone bajo su protección?

—Depende. Algunos nos devuelven el pago en forma de bienes inmuebles, joyas, lo que tengan. Otros, como en el caso de Tomás Moreda, su aval es su propia integridad física. En cualquier caso, queremos recuperar nuestra inversión. Porque entenderá, Frank, que si otros presos se enteran de que Tomás Moreda no ha cumplido con su parte, podrían llegar a pensar que a los Lázaro se los puede chulear. Y eso no es bueno para un negocio como el nuestro.

—¿Y qué pasaría si lo encuentro?

—Hay determinadas preguntas para las que es mejor que no tenga respuestas. De esta manera, mi primo y yo no tendremos que preocuparnos de lo que usted sabe o deja de saber. Digamos que sería una forma muy conveniente de que nuestra relación contractual terminase ahí, sin ningún drama excesivo. ¿Es usted hombre de dramas, Frank?

—Creo que ya he tenido demasiados en mi vida —dijo.

—Pues aclarado este punto, dígame, ¿tiene alguna pregunta más? Vamos con algo de prisa. —Hizo una pausa y sacudió una mota inexistente de una de las mangas de su chaqueta—. Porque, aunque no se lo parezca, mi primo y yo somos personas muy ocupadas. Tenemos otros asuntos que atender e imagino que usted también.

—¿Y si me niego?

—¿Si se niega a qué, Frank?

—A trabajar para ustedes, a entregarles a Tomás Moreda cuando lo encuentre.

Víctor Lázaro se encogió de hombros.

—Oh, creo que a esta pregunta le puedo responder con más claridad que a la anterior. —Su fino bigotillo se arqueó ligeramente cuando sonrió en dirección a su primo—. Ulises, por favor, muéstrale a Frank lo que puede llegar a ocurrir si declina nuestra oferta de trabajo.

Y Ulises se levantó. Y fue breve en su explicación de que ocurriría si se negaba a colaborar. Cuando Frank recobró la consciencia yacía en los asientos de atrás de una

berlina con las lunas tintadas. Le llevaban de vuelta a la asesoría. A la jaqueca que todavía le atenazaba la nuca y parte del cuello, se unía el hecho de no poder abrir el ojo derecho. Ramalazos de un dolor agudo y lacerante.

Uno de los hombres de Lázaro, el más alto de los dos, se giró en su asiento y le ofreció a Frank una pequeña bolsa de hielo picado.

—Para el ojo —dijo—. Y póngase el cinturón. Es más seguro viajar con cinturón.

—¿Más seguro? Debe de ser una broma, ¿no?

El más bajito de los dos lo observó brevemente por el retrovisor con su cara de aburrimiento de siempre. Meneaba la cabeza con el gesto de hastío en el rostro de quien ya lo ha visto todo.

—Debería dejar de preguntar estupideces —dijo.

Frank estuvo de acuerdo, y le pareció más conveniente no contestar nada al respecto. Se enderezó todo lo que pudo en silencio, apoyó la espalda en el asiento, se abrochó el cinturón de seguridad y, dejando caer la cabeza hacia atrás, apoyó la bolsa de hielo sobre el verdugón violáceo que cercaba su ojo derecho.

9

Primera hora del día o última de la noche, según se mire. En realidad, a Eliana le traía sin cuidado: se despertó sobresaltada con la ligera sensación de haber tenido una pesadilla que ya no recordaba. El estridente sonido del móvil llegaba desde algún lugar de la casa. Lo dejó sonar mientras una fina pátina de sudor se enfriaba sobre su piel. El reloj que tenía en la mesilla marcaba algo más de las seis. Sabía que una vez despierta le sería imposible volver a pegar ojo. Empujó con los pies el batiburrillo de sábanas hasta el borde de la cama, se quedó sentada cerca de un par de minutos sin pensar en nada y se levantó.

Antes de meterse bajo el chorro caliente de la ducha, el teléfono volvió a sonar. Desnuda, siguió la melodía. La casa, envuelta en una apacible penumbra. A tientas, caminó de puntillas por un suelo helado al tacto. Recorrió el pasillo, fue hasta la mesa del salón en busca de su bandolera y sacó el móvil. Era Frank.

—Espero no molestarte, sé que no son horas.

—Nada, no te preocupes. Me encanta buscar mi teléfono de madrugada en la oscuridad. Y si la búsqueda es en pelotas, es todavía más emocionante. Deberías probarlo.

Turbación y un carraspeo incómodo al otro lado de la línea. Después, y con toda la paciencia de la que fue capaz de armarse, Frank le contó el motivo de su llamada. Sin pausas, sin chorradas.

—Quiero que dejes la Vespa —dijo—, que cojas el tren y te bajes en la estación de Guadalajara. Quiero que cuando salgas de casa, te fijes bien. Un coche, una persona, una pareja con aire despistado, lo que sea que te llame la atención. Cuando llegues, yo te estaré esperando. ¿Comprendes lo que te estoy pidiendo?

Dado que podía considerarse que todavía corría la madrugada de aquella mañana y dado que el deje en la voz de Frank era de genuina preocupación, Eliana se abstuvo de soltarle lo primero que le vino a la cabeza y le dijo que así lo haría.

Después añadió:

—Te estás poniendo muy misterioso. ¿Acaso crees que me están siguiendo?

—No lo sé, Eliana, eso mismo trato de averiguar. Tú haz lo que te pido, ¿quieres?

Y colgó. Eliana se quedó con el teléfono en la mano preguntándose de qué iba todo aquello. Un ligero temblor recorrió su cuerpo. Se abrazó a sí misma y regresó al baño entre las sombras de la casa. Pies descalzos, ligeros sobre el frío enlosado del pasillo. Entró en el baño, dio la luz y se topó con su cuerpo desnudo en el espejo. Dejó caer los brazos. La piel salteada de tatuajes. Aquí y allá. Un pecho, el vientre, la espalda y la nalga izquierda.

Estrellas unidas mediantes líneas rectas. Constelaciones que trataban de cubrir las cicatrices circulares producidas por la quemadura de cigarrillos.

Recuerdos de su niñez.

No estaba de humor.

No le gustaba que su propio cuerpo le recordase al tío Óscar y, desde luego, no le gustaba que la despertasen de madrugada con llamadas misteriosas.

Así que se sumió en uno de sus breves periodos reflexivos y oscuros, apagó las luces y se duchó entre las interrogaciones ondulantes que formaba el vapor de agua en la penumbra.

Dejó la Vespa en la plaza de garaje y se dirigió a pie a la estación de tren. Sobre Eliana, un cielo purpúreo y sin interés, tachonado de nubes grises. El sol, como el dibujo impreciso de un niño, asomaba sin fuerza por encima de los tejados. Un hombre cruzó la calle a la carrera, lo hizo sin mirar y pegándole voces a su teléfono. Unos tacones de

mujer, arrítmicos, como si cojease sobre la acera. La risa de alguien flotó hasta ella antes de desaparecer al doblar la esquina. Un claxon, café y tabaco frente a la puerta de un bar. El ajetreo de gente que iba y venía dispuesta a afrontar la jornada que se les presentaba por delante.

Retazos de conversaciones, griteríos, risas y toses. Nada fuera de lo habitual en una ciudad como aquella a las siete de la mañana. Se detuvo ante un paso de peatones y, rodeada de personas como estaba, le asaltaron algunas dudas. ¿Y si de verdad la estaban siguiendo? Y de ser así, ¿por qué? Torció la cabeza a ambos lados sin ningún disimulo y le alegró el hecho de no encontrarse a nadie con una gabardina modelo espía de película antigua.

Se rio sola. Y le agradó observar que, entre la multitud, sus excentricidades pasaban totalmente inadvertidas. Allí era solo una loca más en un mundo con prisas.

El tren abandonó la estación de Alcalá de Henares. Eliana viajaba sentada junto a la ventana con la bandolera sobre sus piernas. El vagón iba lleno a primera hora de la mañana, sobre todo de gente joven, universitarios en su mayoría. Algunos charlaban entre sí, otros repasaban apuntes y unos pocos, quizá los que viniesen de más lejos, dormitaban en su asiento con la boca entreabierta y la barbilla clavada al pecho.

Nada más subir al vagón, Eliana estuvo segura de que nadie la venía siguiendo. Y cuando llevaba algo menos de diez minutos de viaje, se volvió a preguntar en qué demonios estaría pensando Frank para pedirle que tomase el tren. Esperaba salir pronto de dudas.

Traqueteo plácido, sudor rancio, perfumes ligeros y la lechosa luz del amanecer más allá de los cristales rayados del vagón. Eliana pasó la yema de su dedo índice por las raspaduras del cristal. Los menos creativos y más abundantes se dedicaban a grabar dibujos de mal gusto o simplemente dejaban sus nombres cincelados a punta de navaja. Los enamoradizos descollaban corazones. Pero había de todo. Alguien había escrito:

Calcula tus probabilidades

$$P(\mathrm{A}) = \frac{n(\mathrm{A})}{n(\Omega)}$$

Eliana rebuscó dentro de su bandolera, apartó un paquete de *salvaslip* y un cortaúñas y, entre las monedas sueltas del fondo, encontró lo que andaba buscando. Sacó una pequeña navaja multiusos y se dispuso a raspar lo que opinaba al respecto de la ecuación:

Lo más probable es que no tengas novia

Eliana dejó de repasar las hendiduras del cristal con la punta de la navaja cuando escuchó el anuncio de la siguiente parada por megafonía: Guadalajara. Los viajeros, que hasta aquel momento arrastraban sus conversaciones con voz templada, salieron de su letargo soporífero, se animaron, despertaron a los compañeros caídos de un codazo y se levantaron antes del silbido de los frenos y de que el tren se detuviera por completo en el andén.

Frank aguardaba al final del corto tramo de escaleras con las manos en los bolsillos. Las gafas de sol intentaban, sin conseguirlo, disimular un ojo a la funerala.

—A ver, Frank. Sé que no es problema mío, pero creo que deberías elegir bien con quien te acuestas.

—¿Te han seguido?

—¿Se puede saber de qué va todo esto, Frank?

—¿Te han seguido? —volvió a preguntar.

—No podría asegurártelo. Pero creo que no.

Frank se tomó unos segundos para observar a las personas que abandonaban la estación a espaldas de Eliana. Asintió con la cabeza y dijo:

—Ven, acompáñame.

—¿Vamos a la asesoría?

—No. A mi casa. Está aquí al lado. Nos está esperando.

—¿Quién? —murmuró.

Eliana no obtuvo respuesta a su pregunta. Frank se alejó de ella entre la multitud, cruzó la calle y se encaminó hacia un portal que no quedaba lejos de allí. Las ventanas del edificio, en su mayoría, orientadas hacia las vías del tren.

—Al parecer aquí la única que sigue a alguien soy yo —dijo Eliana antes de reanudar la marcha tras los pasos de Frank.

Se sentaron en torno a la mesa de la cocina. Y una vez Frank hizo las debidas presentaciones, Méndez también quiso saber si la habían seguido. En realidad, la pregunta, con su delicadeza habitual, la expuso en los siguientes términos:

—A ver, guapa, lo único que me interesa por el momento es si has sentido a alguien soplándote en la nuca.

—A menudo —dijo.

—Muy graciosa. ¿Y esta mañana en concreto?

—No.

Antes de eso, claro, el inspector jefe de la policía había saludado a Eliana. Masculló un apenas comprensible «buenos días», que bien podía sonar como un insulto. Frank apoyó las gafas de sol en la mesa de madera y permaneció en silencio. A excepción de los gruñidos ocasionales del policía, que parecía maldecir a alguien en su interior, nadie pronunció palabra hasta que Eliana dijo:

—A ver, señores, ¿se puede saber de qué va todo esto?

Frank, que ya había informado a Méndez de lo ocurrido la noche anterior, repitió la historia para Eliana. Por motivos obvios, omitió la parte en la que exponía sus dudas mediante preguntas estúpidas. Todo lo demás se aproximó bastante a lo que realmente había pasado. Dadas las circunstancias lamentables en las que hizo los viajes de ida y vuelta, no pudo concretar dónde se produjo la reunión con los Lázaro.

Méndez mudó su sempiterno gesto de mala hostia por el de preocupación; el sonrosado de sus mejillas pareció

disolverse como el inexistente azúcar de sus cafés mientras Frank hablaba.

Méndez no mostraba la punta del colmillo ni su sonrisa aviesa. En su lugar apretaba los dientes, marcando los huesos de la mandíbula, y negaba con vehemencia.

—Mierda. Es a mí a quien vino a ver la madre de los Moreda. Fui yo quien le pasó el caso a Constanza. Mierda.

—Pensabas que nos habías pasado un caso frío —dijo Eliana—. La búsqueda de un fulano que no le importa a nadie y ahora resulta que hay otros que también le buscan.

Méndez la ignoró, parecía hablar para sí mismo.

—Supongo que puedo llamar a Constanza y que se olvide del caso.

—Estoy comprometido —dijo Frank.

—Estamos —añadió Eliana.

—Si no te han seguido, no. Debían de tener a alguien vigilando la casa de la madre de Tomás Moreda. A mí —explicó Frank— me esperaron por la matrícula del coche. La dirección que reza es la de la asesoría. Lo más seguro es que a ti no te tengan localizada.

—¿Quieres apartarme? ¿Es eso lo que tratas de decirme, Frank? —Él asintió—. Pues ya podéis iros olvidando —dijo Eliana.

El traqueteo estridente de un tren a su paso por la estación. Después solo el tamborileo de Méndez con sus rechonchos dedos sobre la mesa. Pensaba.

—Vale, vale. Está bien —dijo tras unos segundos de tregua—. Seguid adelante. Pero no hagáis ninguna tontería. No me lo perdonaría.

Tanto misterio estaba poniendo a Eliana de los nervios. Torció el cuello y centró la mirada en la ventana de la cocina. Daba a un patio interior. Entre las cortinas se podían atisbar las cuerdas laxas para tender la ropa.

—Háblanos de los Lázaro —dijo.

—Pues digamos que los Lázaro son esa clase de personas que tienen un sentido del humor muy particular. Al último que se la jugó le costearon en agradecimiento unas largas vacaciones. El fulano en cuestión terminó

maniatado al volante de su coche. Su coche, dentro de un contenedor de esos que trasladan los barcos. Y el contenedor fue a parar a Islandia.

—¿A Islandia? Entonces eso explicaría lo que nos ha contado Frank sobre... ¿Cómo se llamaba el primo feo?

—Ulises.

—Pues eso explica a qué se refería Ulises cuando dijo que quería mandar a Frank a Islandia.

—La historia —continuó Méndez— es que cuando descargaron en el muelle y abrieron la caja, se encontraron con que el tipo en cuestión estaba en bermudas y camiseta de tirantes, y había quedado tan pegado al volante que tuvieron que separar sus manos congeladas con una radial. Las autoridades portuarias se pusieron en contacto con la embajada y el asunto llegó a Madrid. No pudieron demostrar que habían sido los Lázaro, claro. Pero todo el mundo sabe que fueron ellos. Así que, si decidís seguir adelante con el caso, ya podéis andaros con mucho ojo. Y en cuanto se sepa algo de Moreda, me llamáis. ¿Ha quedado claro?

—¿Por qué? ¿Qué piensas hacer si lo encontramos?

Se levantó y sin mirar a ninguno de los dos en concreto, antes de abandonar la cocina, como si ya llegase tarde a algún sitio, dijo:

—Intentar salvar vuestro culo.

Cuando se quedaron a solas, Frank le volvió a preguntar si quería seguir adelante. Su voz delataba culpabilidad.

—¿Y perderme la oportunidad de encontrar a un tipo que asesinó a sus dos hijos en el bosque y al que a la vez buscan un par de primos psicópatas? Vamos, ni de coña. Ah, y haz el favor de ponerte las gafas de sol —dijo Eliana antes de levantarse—; me resulta perturbador que un tío me esté guiñando el ojo a todas horas.

Frank levantó la ceja de su ojo bueno. Y se puso las gafas de sol.

10

Estacionaron el viejo Chevy de Frank en el extremo más alejado del aparcamiento, entre una tienda de muebles cerrada por reformas y un gimnasio con cristaleras que, según el horario xerografiado en las mamparas, abría todo el día. Desde fuera podían observar a los más madrugadores en su carrera hacia ninguna parte pateando sobre las elípticas y pedaleando en las bicicletas estáticas. Eliana observaba a los deportistas con indiferencia. Aquello le parecía tan absurdo como ver un hámster dentro de su jaula haciendo girar la rueda. Así se lo dijo a Frank. Parecían una pareja más que charlaba de sus cosas. En sus manos, café en vasos de cartón. Desayuno apoyados en el capó del coche.

Calle abajo, el aparcamiento estaba atestado de coches, mujeres de mallas apretadas y hombres de chándales holgados. Un incesante trasiego de gente que entraba y salía del gimnasio, zapatillas deportivas de colores chillones que pisaban con prisa el asfalto, bolsas al maletero y a casa.

Frank le dio un último tiento al café, dejó el vaso de cartón sobre el capó y se encendió un cigarrillo. Eliana seguía con la mirada el ir y venir de la gente.

—No tienen sentido muchas de las cosas que hacemos.

—¿Quiénes? ¿Nosotros?

—No. Bueno, supongo que nosotros también al buscar a un tipo que mató a sus hijos. No deberíamos perder el tiempo con alguien que no lo merece. Alguien en deuda con unos tipos como los Lázaro. —Hizo una pausa y terminó su café—. Aunque en realidad, me refería a la gente, a las personas en general y a ellos en particular. —Eliana cabeceó en dirección a las cristaleras del gimnasio—. Vienen hasta aquí en sus coches para andar sobre una máquina o montar en bicicleta... Olvídalo, cosas mías,

supongo que estaba pensando en voz alta —atajó.

Frank apuró el cigarrillo y lo dejó caer en el vaso de cartón. No dijo nada pero entendió a qué se refería. Al final, la pregunta que se terminaba haciendo cualquiera que se dedicase a investigar desgracias ajenas era siempre la misma.

¿Por qué? La respuesta para Frank se alejaba de la curiosidad de saber qué había ocurrido. También de la satisfacción obtenida cuando los resultados eran los esperados. Y, apurando su razonamiento, ni siquiera se trataba, como insinuó Méndez, de ofrecer ayuda a familiares que habían perdido toda esperanza.

Nada de eso. Aunque careciese de sentido, Frank sabía de qué iba la vaina, al menos para él. Llevaba muchos años sin trabajar en una desaparición. Demasiado tiempo compadeciéndose de sí mismo. Sabía que era la única manera de ahuyentar durante un tiempo al fantasma de su mujer. Su recuerdo. Su sentimiento de culpa. Un sentimiento tan desolador que provocaba que buscase otros abismos donde asomarse.

Eligió alejarse de todo aquello porque no quería que la herida se cerrase. No quería abstraerse. No quería obsesionarse con un caso.

No quería olvidarla.

Aunque doliese.

Alejó estos pensamientos de su cabeza, buscó en derredor una papelera donde tirar los vasos de cartón. La localizó unos metros más allá de la entrada al gimnasio. Cuando volvió, se dejó caer en su asiento, giró la llave en el contacto y arrancó el motor del coche.

—Creo que deberíamos centrarnos en localizar la autocaravana de Tomás Moreda.

Eliana asintió.

—Es lanzar una moneda al aire —añadió Frank—; podría estar en cualquier lugar. Pero no se me ocurre ningún hilo mejor del que comenzar a tirar.

—En la carta que le dejó a su madre ponía que quería averiguar qué fue de sus hijos. La lógica nos dice que no

andará lejos de aquí —dijo Eliana.

—Si fuese una investigación digamos, al uso, precedida de una denuncia como Dios manda, podríamos intentar localizar a Moreda mediante su teléfono móvil. Últimas llamadas. Coordenadas de los repetidores activados... El problema es que para eso es necesaria una orden judicial; sin ella, los de las compañías telefónicas no sueltan la información.

Ahora parecía que quien pensaba en voz alta era el propio Frank.

—Bienvenido a la búsqueda de desaparecidos sin medios —dijo Eliana—. Ese es el pan nuestro de cada día.

—Pensaba cómo lo haría un policía.

—Pues mejor piensa en cómo lo harían una detective desenvuelta y un asesor al que le han puesto el ojo morado. Nada de consultar en base de datos de telefonía. Aunque claro, siempre podría ligarme a uno de esos pesados que llaman a la hora de la siesta. Nunca se sabe.

Frank pareció darle vueltas a lo que Eliana acababa de decir. Giró el volante y abandonó el aparcamiento.

—¿Sabes? Estaba pensando...

—¿Como un asesor? —le interrumpió Eliana.

—No, más bien como un expoli. En lo que acabas de decirme.

—¿En lo de ligarme a un tío de alguna compañía telefónica?

—No, en lo de las bases de datos. Quizá sí podamos tener acceso a alguna de ellas sin la necesidad de una orden judicial.

—Bien, eso está mejor. ¿Adónde vamos?

—No lo sé —dijo Frank—. Pero lo sabré en cuanto llamemos a Méndez.

11

Su relación con cualquier aparato más moderno que una radio con dial era harto complicada, por eso el habitáculo al que Méndez llamaba *despacho* constaba de un sillón giratorio, una mesa de escritorio, cuatro someros tabiques y una puerta endeble. Y era la única estancia de toda la comisaría que carecía de ordenador. Ningún monitor coronaba la mesa. Sobre el desgastado barniz de la madera, solo una foto de su exmujer que el inspector jefe miraba con rencor. ¿Por qué no te deshaces de ella? De la fotografía. Esto se lo preguntó Santana en una ocasión. Tras la marcha de Frank, el joven policía del equipo, con su peinado a cepillo y aquel cuerpo de corredor de maratones, se había convertido en su hombre de confianza.

—Según mi médico, también tengo el pecho que parece la puta raíz de un árbol muerto, joder. Y no por ello voy a tirar mis pulmones a la basura. Además, llámame sentimental si quieres, pero mirar su fotografía me relaja. Me transmite cierta tranquilidad saber que ahora le está amargando la vida a otro imbécil.

Y en esas estaba Méndez, mirando la foto de su ex y conteniendo un ataque de tos, cuando tocaron a la puerta con los nudillos. Se encontraba en uno de esos lapsos que denominaba *tierra de nadie*. Y esto no era otra cosa que los periodos de tiempo que se producían en la ciudad de Guadalajara entre un caso y otro. Hacía un par de semanas, su Brigada de la Judicial, un equipo formado por cuatro personas incluyendo a Santana, había desarticulado un grupúsculo que se dedicaba a la recepción y distribución de mercancía robada. La investigación daba sus últimos coletazos, se encontraba en fase judicial. Teléfonos móviles incautados por valor de sesenta mil euros en el mercado

negro. Todo un éxito que engordaba la estadística de casos resueltos en una ciudad con uno de los índices de criminalidad más bajos del país.

Del trabajo diario, el batallero, papeleo más que otra cosa, apenas recibía las novedades precisas para mantenerse informado. Esto se traducía en que los miembros de su equipo solo debían molestarlo si se terciaba algún asunto importante, si el comisario preguntaba por él o si tenían, como ocurría en aquel preciso momento, la información que había solicitado.

Santana entró sin esperar respuesta.

—Aquí tienes lo que me has pedido —dijo.

Y, con las mismas, dejó unos papeles sobre la mesa y se marchó. Cuando Méndez se quedó a solas, sacó sus gafas de lectura de uno de los cajones del escritorio, las acomodó sobre la punta de su nariz y, tras maldecir su vista cansada, hojeó el documento repasando cada línea con la yema del dedo.

—Te encontré, cabronazo —dijo quitándole la caperuza a un rotulador con los dientes y subrayando una línea en el listado que tenía delante de las narices.

El resto del documento terminó convertido en una bola de papel entre sus manos. Intentó colarla en la papelera de la esquina. Falló por bastante. Guardó las gafas y, tras buscar el contacto de Frank en la agenda, pulsó el botón de marcar.

12

Cuando Frank colgó la llamada, se incorporó de nuevo a la carretera. Llevaba un rato conduciendo sin rumbo fijo a ritmo de paseo por las afueras de Guadalajara. Polígonos industriales y comarcales que daban acceso a tal o cual pueblo. No dejó de observar el tráfico por los retrovisores. Ni rastro de la berlina de lunas tintadas de la noche anterior ni de los hombres de los Lázaro. Le extrañó que, después de mostrar tanto interés en la búsqueda de Tomás Moreda, ni siquiera se molestasen en controlar sus movimientos. Dedujo que lo más probable era que estuvieran vigilando la asesoría. Aparcó aquella idea para más adelante y le contó a Eliana la información que le acaba de pasar Méndez.

Frank le había pedido que consultase la base de datos de hospedajes. Sabían que Tomás se desplazaba en autocaravana. Desconocían su matrícula y a nombre de quién estaba registrada. A su madre no le constaba que tuviese un domicilio fijo tras la salida de prisión. La idea que tuvo Frank fue la de consultar el listado de hospedajes. Por su experiencia en la policía, sabía que toda persona que pernocta en un hotel u hostal queda registrada en una base de datos. Y son los propios establecimientos los que están obligados a informar a las autoridades. Con los recintos de acampada y aparcamientos para caravanas ocurre lo mismo.

Y, aunque tardó más de una hora en recibir la información, la idea funcionó.

—El listado se actualiza a diario —dijo Frank— y Tomás Moreda consta de alta en un *camping* de montaña llamado El Marquesado.

—Es un buen comienzo. Un buen hilo del que tirar.

Aunque si te soy sincera, me inquieta la idea de tanto control. Que no puedas pasar la noche donde te dé la gana sin que tu nombre quede registrado en una base de datos.

—La cuestión —dijo Frank asintiendo con la cabeza— es que tenemos la falsa creencia de que somos totalmente libres, pero no es cierto. Puedes decidir qué hacer en cualquier momento y hasta cierto punto es así. Luego comprendes que la verdad es totalmente diferente. Estamos controlados las veinticuatro horas del día, monitorizados. Hospedajes, móviles, registros de llamadas, cámaras de tráfico.

—Gran Hermano.

—Algo parecido, la verdad es que no veo la televisión.

—Me refería al libro de Orwell —dijo Eliana.

—Tampoco leo mucho.

—Y aparte de recibir palizas de mafiosos, ¿qué haces en tu tiempo libre, Frank?

—No lo sé, supongo que no gran cosa. Mirar las vías del tren.

Eliana soltó una risotada sin venir a cuento, como si lo dicho por Frank fuese algo de lo más gracioso. Y lo hizo con los mechones de su cabello bailando al viento por la corriente de aire que se colaba por la ventanilla del coche. Después interrumpió su carcajada con la misma brusquedad y, algo más taciturna, subió el cristal, se arrellanó en el asiento y se sumió en sus propios pensamientos.

Frank, que ya se iba acostumbrando a los radicales cambios de ánimo de su compañera, no dijo nada al respecto y, enfocando con su ojo bueno, se centró en la carretera, dobló en Francisco Aritio y enfiló por la 101 hacia la Sierra Norte en dirección a las montañas. Se desviaron un par de kilómetros en busca de una gasolinera antes de regresar a la comarcal que atravesaba los bosques más allá de la Muela y el Colmillo. La umbría de los primeros árboles los recibió una vez atravesaron el puente que cruza el río Sorbe. El desvío, según las indicaciones del mapa, quedaba unos kilómetros antes de llegar a Hiendelaencina. Se trataba, al menos en sus dos terceras

partes, de la misma ruta que había tomado para llegar a «Villatristeza», solo que esta vez, tras pasar el embalse del Alcorlo, repararon en el herrumbroso cartel: CAMPING EL MARQUESADO. Frank aminoró la marcha y giró a la izquierda en una pista forestal. El camino de grava y tierra prensada, con la anchura suficiente para que circulasen vehículos en ambos sentidos, se internaba un par de kilómetros entre los pinos y abetos. A vista de pájaro, la senda partía el bosque en dos como una larga cicatriz. A ras de suelo, tristones haces de luz que a duras penas se filtraban entre las copas de los árboles.

Tras abandonar la carretera, Frank recorrió los siguientes kilómetros con el pedal a punta de gas. No dejó que su viejo Chevy superase en ningún momento los veinte kilómetros por hora. La pista forestal se encontraba en unas condiciones bastante razonables a pesar de las lluvias, pero no quería arriesgarse a meter una rueda en algún socavón o que el coche patinase sobre la gravilla debido a las pronunciadas pendientes y cambios de rasante.

De manera que tiempo tuvieron de charlar antes de volver a ver algo parecido a la luz del sol.

—¿Cuánto llevas trabajando para Constanza? —preguntó Frank.

—Desde el principio. No mucho después de que tú averiguases dónde habían enterrado a su hija. La primera vez que visité el Sombrero todavía lo estaba reformando. Tenías que haber visto las condiciones en las que trabajábamos, los primeros casos los atendíamos entre sacos de cemento, yeso y botes de pintura. Constanza mandó construir su despacho entre cuatro mamparas, ya lo viste. Antes de eso, las conversaciones las manteníamos gritándonos unos a otros para hacernos oír por encima del ruido de las radiales y los taladros.

—Podría haber esperado a la finalización de las obras.

—Ese era el plan. Eso dijo. Yo lo recuerdo con cierto cariño. Es gratificante comenzar una jornada de trabajo viendo cómo asoman las rajas del culo de los albañiles —dijo con una sonrisa—. Da igual, el caso es que lanzó la

publicidad unos meses antes, ya sabes, los anuncios de radio y televisión. No creyó que el teléfono comenzase a sonar con tanta antelación.

—¿Muchas llamadas?

—Ni te lo imaginas —dijo Eliana—. Antes de que Constanza diese por finalizadas las obras, ya teníamos decenas de peticiones.

—¿Clientes?

—Serían clientes si el viejo les cobrase, pero Constanza no acepta dinero de las familias de los desaparecidos.

—¿Y cómo se financia? ¿Donaciones? ¿Ayudas estatales?

—Nunca le he escuchado nada al respecto. Y si tuviese que apostar, yo diría que Abraham Constanza corre con todos los gastos. La gente cree que vendió todas sus empresas después de enterrar a su hija y tras la muerte de su mujer. Pero no es así. Mantiene un buen número de acciones de todas ellas —añadió Eliana.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—Bueno —dijo Frank—, yo era policía. ¿Cuál es tu historia?

El rostro de Eliana se ensombreció, lo volvió hacia la ventanilla. De fondo, solo el susurrante sonido de las ruedas sobre la gravilla. Más allá del parabrisas, topos de luz sobre el camino que serpenteaba entre los árboles.

Haces de luz como los que se filtraban a través de las raídas y agujereadas cortinas del salón de la casa donde se crio. La casa del tío Óscar.

¿Cuál era su historia? Una en la que se veía a sí misma de niña temblando de pies a cabeza. Desnuda. La punta candente de un cigarrillo bailando en la penumbra del salón. Unas palmadas sobre las rodillas que la indicaban cómo debía colocarse.

Y la voz del tío Óscar desde el sofá.

Una voz grave, desabrida por el alcohol. Una voz que le hablaba de estrellas en el firmamento. Constelaciones. Galaxias.

Esa era su puta historia.

Una en la que podía llorar todo lo que quisiera, pero más le valía no moverse. El tío Óscar se ponía de muy mal humor cuando ella forcejeaba y no podía aplicarle la candente punta del cigarrillo en la piel.

Su único consuelo, dos ideas: que después de aquello, el tío Óscar la obligaría a beber hasta perder el conocimiento, y que, algún día, cuando creciese lo suficiente, mataría a ese hombre.

Eliana perdió la noción del tiempo. No debió de ser mucho, porque cuando encaró de nuevo a Frank, todavía la estaba mirando.

Una solitaria lágrima resbalaba lenta por su mejilla. Se limpió con la manga y volvió a desviar la mirada hacía el bosque del otro lado de la ventanilla.

Frank se dio cuenta de que había metido el dedo en alguna llaga.

—Lo siento. Al igual que tú, solo trataba de averiguar si eras una tía legal —dijo intentando quitarle hierro al asunto.

—Tú eras poli —dijo Eliana sin mirarle a la cara—, pero ese solo es uno de los motivos por el que trabajas para Constanza. Y lo sé porque el viejo solo contrata a gente que, como él, ya lo ha perdido todo.

—¿Tú lo has perdido todo?

Frank se arrepintió en el acto de haber preguntado. Eliana se giró hacía él.

—Das demasiadas cosas por supuesto —dijo con el tono de voz de quien da por zanjada una conversación—. Yo nunca tuve nada que valiese la pena perder.

El morro del Chevy quedó bañado por la velada luz de media mañana. Un claro entre peñascales, una extensión de tierra cercada con barandas de madera antes del hermoso valle que se abría ante ellos.

13

El Marquesado levantaba sus instalaciones en la ribera oriental del río. Ocupaba la planicie más extensa del valle y se acomodaba plácidamente como un cachorro dormido entre la escarpada ladera de la montaña y las violentas aguas del Bornova. Dejaron estacionado el Chevy en el claro y, apoyados en la baranda de madera, pudieron observar todo el conjunto. Una barrera con el cartel colgado de PROPIEDAD PRIVADA impedía que pudiesen descender los pocos metros que restaban hasta llegar al *camping*. Una cuadrícula de postes metálicos delimitaba las parcelas habilitadas para zona de acampada y el estacionamiento de caravanas. No vieron ninguna tienda de campaña montada, lo cual tenía su lógica, dado que estaban entrando ya en finales de octubre. La mayoría de caravanas, no más de media docena, diseminadas aquí y allá, estaban preparadas para afrontar el invierno cubiertas por lonas. Solo un par de ellas quedaban a la vista. Eliana las señaló con el dedo. Frank asintió. Ninguno dijo nada, pero ambos pensaron lo mismo: que quizá alguna de ellas era la caravana en la que se movía Tomás Moreda. El resto del *camping* lo conformaba un edificio achaparrado construido en hilera, que no debía de ser otra cosa que los aseos comunitarios, un par de canchas de tenis desangeladas y el embarcadero. Algo más arriba, precedido por arcadas de ladrillo visto, se abría paso el edificio de administración: un caserón de enormes ventanales con muros de piedra y de cuyos tejados de pizarra negra asomaba un campanario. De una de sus chimeneas se elevaba una fina hebra grisácea de humo que se perdía sinuosa hacia el cielo.

—El paraje es de postal —dijo Eliana—, muy romántico y tal, pero imagino que no me has traído hasta

aquí para contemplarlo.

Frank asintió con la cabeza mientras daba lumbre a un cigarrillo.

—Pues bajemos de una vez y veamos si una de esas caravanas es la de Moreda —añadió Eliana con las manos entre las axilas—. Me estoy quedando pasmada de frío.

Sortearon la barrera de acceso bajo el cartelón que les daba la bienvenida al *camping* y descendieron por el camino hasta una fuente circular. En el centro, la escultura de una mujer que sostenía un cántaro del que, supusieron, debía de salir en temporada alta el caño de agua. La rotonda improvisada servía de cruce de caminos. Junto a ella, clavado en el suelo, un poste de madera con diversos carteles en forma de flecha. Aseos, zona de acampada, muelle, admisión.

Siguieron la dirección marcada por este último y pasaron bajo los arcos de ladrillo donde la avenida de grava se convertía en camino adoquinado. Lo escucharon antes de verlo. Una sucesión de golpes sordos espaciados en el tiempo. A un lado de la escalinata de acceso, un hombre manco cortaba leña sobre un viejo tocón de árbol. Lo hacía a una sola mano y contraía su único brazo de una manera extraña. El hombro apenas rotaba en ningún momento y la fuerza del impacto parecía conseguirla con un ecléctico movimiento de cadera. Cuando se percató de la presencia de los visitantes, dejó de golpear los troncos, clavó el hacha en la madera y, después de escupir seco entre los dientes, se acercó a ellos.

Caminaba con dificultad, como si no pudiese adelantar un pie sin permiso del otro. Se limpió el sudor de la frente con la manga de la polvorienta guerrera y se quedó plantado ante ellos con su único brazo caído al costado. Y, a pesar de su media barba y la aspereza de su rostro, los miró con los ojos muy abiertos y con la misma ilusión con la que un niño miraría los regalos de Navidad. Sonrisa de genuina felicidad. Y lo hacía con la boca muy abierta, mostrando una dentadura irregular, como si hubiese ordenado sus dientes con prisa antes de salir de casa y los

hubiera dejado caer sobre sus encías de cualquier manera.

—Buenos días —dijo Frank—, quisiéramos hablar con el encargado.

El hombre cabeceó con vehemencia sin dejar de sonreír. Se tomó unos segundos antes de contestar y, cuando lo hizo, pareció que las palabras al salir de su boca se atropellasen unas a otras.

—Me llamo Lolo —dijo extendiendo su brazo en dirección a Frank.

La fuerza con la que estrechó la mano de Frank no le resultó indiferente, las sucesivas sacudidas con el vigor y la alegría de un crío pequeño tampoco.

Turno de Eliana. Le ofreció su manaza, pero cuando ella se disponía a recibir un saludo como el de Frank, Lolo cogió su mano con toda la delicadeza de la que fue capaz y, como haría un caballero, le propinó un beso casto en el dorso.

—Guau, chico —dijo Eliana—, tú sí que sabes cómo conquistar a una dama. Yo me llamo Eliana y este es mi amigo Frank.

Lolo asintió, luego torció el cuello con rubor y les hizo un gesto para que lo siguiesen. Anadeó en dirección a la casa.

—Vamos a ver a Mami —dijo.

Lo siguieron en silencio por la breve escalinata, empujó el portón con el hombro y se encontraron en un vestíbulo tenuemente iluminado con plafones y cuyas paredes estaban revestidas de tapices y pinturas antiguas con motivos de caza y pesca. Mullidos sofás en torno a mesas de centro con revisteros vacíos y un mostrador de recepción donde no atendía nadie. En el aire flotaba el olor de un guiso. Pasaron junto a una puerta de doble hoja con los cristales esmerilados. El cartel de Comedor sobre el marco. Rodearon el mostrador, dejando a un lado las escaleras en curva que daban acceso al piso de arriba, y se internaron en un pasillo bañado por la luz ambarina del fondo.

El dulzón aroma que flotaba en el ambiente se intensificó.

—Hoy toca cocido montañés —dijo Lolo explicándoles a los nuevos visitantes el motivo de tan delicioso olor.

La cálida luz hacia el final del pasillo salía de la cocina. Entraron y pudieron ver a una mujer meneando el interior de un puchero con una chuchara de palo.

—Mami —dijo Lolo.

La mujer levantó un dedo en su dirección sin mirarle y se llevó la punta de la cuchara a los labios. Asintió satisfecha y, entonces, sí levantó la cabeza. Miró a su hijo con ternura y, sin cambiar la expresión, fijó sus ojos en la visita. El hombre tranquilo con su ojo morado y la mujer inquieta con su bandolera colgada del hombro.

—Mami —repitió Lolo—, quieren hablar contigo. Se llaman, se llaman... —Se mesó los cabellos con frustración —. Lo siento. No lo recuerdo.

—No pasa nada, cariño. ¿Has terminado con la madera?

Lolo negó con la cabeza.

—Anda, ve.

Lolo, con gesto contrariado, hundió la barbilla en el pecho y se marchó.

—Bueno —dijo la mujer, bajó el fuego y colocó una tapadera sobre el puchero—, veo que ya conocen a mi hijo. Es muy buen chico. Muy trabajador. Pero... —titubeó midiendo sus palabras— especial para ciertas cosas.

—A mí me ha parecido todo un caballero.

—Eso seguro, cariñoso y besucón es un rato. Pero no le siga mucho la corriente. Es tremendamente enamoradizo este hijo que Dios me ha dado y luego, ya sabe, se pone pesado.

Dicho esto, hizo un gesto con la mano y los invitó a sentarse en torno a una enorme mesa de cocina. Tenía la madera embrutecida y repleta de las estrías y desconchones típicos de quien trabaja la hachuela sobre ella. La mujer se quitó el delantal y, tanto Frank como Eliana, pudieron apreciar que la mujer, que debía de tener al menos sesenta años, se mantenía en plena forma y se desenvolvía con la gracia de quien se sabe atractiva. Tenía unos ojos algo

violáceos que le daban un aire apaciblemente felino y el pelo teñido de castaño oscuro y recogido en un moño alto que dejaba a la vista su cuello. Tanto la piel de su rostro como la del cuello se mostraban tersas y firmes, solo unas ligerísimas patas de gallo y las arrugas de unas manos rudas y nudosas delataban su verdadera edad.

Consultó un reloj de pared.

—Tarde para un café. ¿Puedo ofrecerles otra cosa?

Negaron con la cabeza. Entonces la mujer tomó asiento frente a ellos y se presentó. Dijo que su nombre era María Isabel, pero que allí, en El Marquesado, todos la conocían por Mami. Y una vez se hubieron presentado Eliana y Frank, les preguntó por el motivo de su visita.

—Buscamos a un hombre llamado Tomás Moreda.

Mami apoyó las manos sobre la mesa en una postura de profunda consternación y frunció el ceño en señal de disgusto.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—¿Le conoce? —preguntó Eliana—. A ver, sabemos que se hospeda aquí y que quizá una de esas caravanas de ahí fuera sea suya. Pero, por la forma en que se ha referido a él...

—Conozco a su familia, a lo que queda de ella. A él lo encerraron por lo de sus hijos hace más de treinta años, pero antes de eso ya le conocía. Solía venir a esta parte del río a pescar.

—Entonces —añadió Frank—, entiendo que no está aquí.

Mami entrelazó los dedos de las manos y negó con la cabeza.

—Lleva una semana sin aparecer por el *camping*. Cuando salió de la cárcel, no tenía dónde vivir, consiguió una autocaravana y le di permiso para que se quedase como huésped permanente. Solo trabajamos en temporada de verano. No me agradaba en absoluto tenerlo por aquí, mi marido... —Volvió a consultar el reloj de pared—, que por cierto debe de estar al venir, no estuvo de acuerdo, pero dejé que se quedase; lo hice por su madre.

—Y sigo pensando que fue una mala idea. No me gusta tener cerca a un asesino de niños —la voz, a su espalda, venía del pasillo.

Provenía de la silueta de un gigante uniformado apoyado en el quicio de la puerta. Un hombre enorme, barbudo y barrigón que se desabrochaba con parsimonia el correaje del que colgaban unos guantes de trabajo y un zurrón de cuero gastado.

El gigante dejó el correaje colgado de un gancho que había tras la puerta de la cocina y, en un par de zancadas, se plantó detrás de su mujer. Mami levantó ligeramente la barbilla y él, apoyando las manazas en sus hombros, se agachó y la besó en la mejilla. El uniforme que portaba era de un verde tan desvaído como sus propios ojos. Se incorporó, se ajustó los pantalones tirando de las trabillas y se acercó al fogón. En la espalda del uniforme, Eliana y Frank pudieron leer UNIDAD FORESTAL.

Levantó la tapa de la olla y aspiró satisfecho.

—Si el cocido montañés de Mami no es el mejor del mundo —dijo el gigante—, que baje Dios y lo vea. Deberían quedarse a comer. ¿Qué dicen?

Declinaron la invitación y, tras presentarse, le dijeron que venían de parte de la madre de Tomás Moreda.

—Así que están buscando al Monstruo.

—Humberto, por favor —dijo Mami.

El hombre se encogió de hombros.

—Solo me llama Humberto cuando está preocupada y yo no quiero que Mami se preocupe —dijo.

Se sentó a su lado y, tras un par de palmaditas cariñosas a modo de disculpa, apoyó la palma de su enorme mano sobre las de su mujer.

—Por aquí todo el mundo me llama Oso —explicó—; los adultos, claro. Para los niños de los campistas en temporada de verano soy Osito.

—Osito, mola —dijo Eliana.

—Nada de Humberto, en cualquier caso —aclaró—. Bueno, ahora contadme en qué podemos ayudaros.

Fue Frank quien tomó la palabra y le contó a Oso que

en la base de datos de la policía rezaba como huésped Tomás Moreda, y que por ese motivo se habían acercado hasta allí.

—¿Es policía?

—Lo fui. Todavía tengo los contactos adecuados.

Oso dejó de sepultar las manos de su mujer, apoyó un codo en la mesa y se acarició la frondosa barba. Cavilaba.

—Ya se lo ha dicho Mami. Le alquilamos una parcela hará un par de meses. Y además se lo dejé bien claro. Solo para pasar el invierno. En primavera debía abandonar el *camping*. No lo quería rondando por aquí cuando comenzase la temporada. De todos modos, lleva una semana sin aparecer. ¿Quieren saber lo que pienso?

—¿Qué piensa? —preguntó Frank.

—Que se ha largado. Sin más.

—¿Y su autocaravana?

—Sigue aparcada ahí fuera.

—¿Y cree que se ha podido marchar sin llevarse su autocaravana? —preguntó Eliana.

Oso enarcó una ceja.

—¿Y quién sabe qué pasa por la cabeza de un monstruo?

Mami se tensó sobre su asiento. El cambio de postura corporal no pasó inadvertido para su marido.

—Lo siento, lo siento —dijo en apenas un susurro.

Frank entendió entonces que toda aquella historia de Tomás Moreda incomodaba a la mujer. De alguna manera, tanto Tomás como ahora ellos preguntando por él habían perturbado su paz interior. Además, la complicidad y el cariño mostrado entre ellos flotaba en el ambiente al igual que el olor que despedía la olla. Le recordó, más de lo que habría querido, a su relación con Gabriela, a ese amor implícito en cada gesto, en cada detalle. A veces ocurría, llegaban sin avisar. Algo que le hacía recordar, detalles sin importancia, casi intrascendentes: un aroma, un vestido de verano, una ligera risa, una pareja de la mano al otro lado de la calle, cosas así. Sintió una punzada de malestar en el estómago, sacó uno de sus antiácidos del bote y se lo echó a

la boca. Como si con ello pudiese aliviar algo del dolor que lo carcomía por dentro.

—En cualquier caso —dijo Oso—, sigo pensando que Tomás Moreda se ha marchado y, a pesar de que nos adeuda una semana, ojalá no vuelva nunca más por aquí. Y no deberían preocuparse tanto por la dichosa autocaravana.

—Querrá recuperarla, digo yo —espetó Eliana.

—Quien querrá recuperarla, me imagino, será su verdadero dueño.

—¿Nos está diciendo que no le pertenecía? —preguntó Frank.

Oso dejó de acariciar el hirsuto pelaje de su barba, elevó los mofletes como si sonriese y, fijando en Frank sus desgastados ojos verdes, asintió con su enorme cabezota.

—Bueno, yo solo soy un guardabosque, no he sido poli, pero también tengo mis contactos. Me llevo muy bien con la Guardia Civil de Jadraque. Cuando Tomás Moreda vino por aquí, lo primero que hice fue tomar nota de la matrícula y pasársela a los guardias.

—¿Y qué le dijeron?

—No les salió ninguna historia pendiente, eso dijeron, que estaba todo en orden, pero que el vehículo estaba a nombre de otra persona.

—¿Recuerda su nombre?

—No, pero sí recuerdo que me dijeron que el propietario, al igual que Tomás Moreda, tenía un largo historial de antecedentes penales. Si en otra semana no aparece Tomás por aquí, volveré a llamar para que localicen al dueño y venga a por ella.

Durante unos segundos solo se escuchó el burbujear de la olla sobre el fogón.

—Quiero pensar —dijo Oso rompiendo el silencio— que no habrán venido hasta aquí solo para escuchar esto. Imagino que querrán echarle un vistazo a la autocaravana

—Eso no sería muy legal que digamos —dijo Frank.

—No, no lo sería, pero no sé quién diablos va a venir a impedírnoslo. ¿No les parece?

Tras despedirse, dejaron a Mami frente al fogón con la

mirada absorta en el interior de la olla. Abandonaron la cocina adentrándose de nuevo en la oscuridad del pasillo, rodearon el mostrador de recepción, caminaron de vuelta por entre los sofás, pinturas y tapices y asomaron sus rostros al débil sol de mediodía. Seguían los pasos de Oso. Descendieron los escalones del porche. A un lado de la senda de adoquines se encontraba estacionada una *pickup* verde oscura. Tenía el puente con las luces prioritarias cubiertas de una gruesa capa de polvo y tierra. Las ruedas enfangadas y cuarterones de barro reseco adheridos a los bajos del vehículo. En los laterales y en el portón trasero, vinilos reflectantes de Unidad Forestal Sierra Norte.

Algo más adelante, Lolo seguía cortando leña a una mano.

—¿Cómo lo llevas, campeón? —preguntó Oso.

Levantó la cabeza, y se disponía a contestar cuando sus ojos repararon en Eliana. Cambió el peso de un pie a otro y allí se quedó, con aquel desastre de sonrisa, sin saber bien qué decir y saludando con su único brazo sin soltar el hacha. Eliana agitó la mano en su dirección. Un buen rato después de perderlos de vista bajo las arcadas de ladrillo, Lolo continuó, como en una grotesca llamada a las armas, barriendo el aire con el hacha a modo de despedida.

—Veo que ya conocen a Lolo, es muy buen chico... —dijo Oso sin aminorar la zancada.

Y esa era toda la similitud que pudieron encontrar respecto a las palabras de Mami, porque Oso siguió hablando camino de las parcelas y donde ella había utilizado el término *especial* para referirse a su hijo, Oso les dijo sin ambages que no le siguiesen mucho la corriente a Lolo porque era retrasado. Y como si fuese capaz de adivinar lo que Eliana y Frank estaban pensando, también les dijo que a las cosas había que llamarlas por su nombre.

—Lo que es, es —terminó diciendo.

—A mí su hijo me parece un encanto —dijo Eliana.

—Una cosa no quita la otra. Además, no es hijo mío. Es hijo de Mami, de su anterior matrimonio. Lolo cumplirá treinta, no, treinta y uno la primavera próxima. Mami y yo

llevamos juntos desde hace veinte.

Hacia el final del entramado de postes que delimitaban las parcelas de acampada había cerca de una docena de caravanas cubiertas con recias lonas preparadas parar afrontar el crudo invierno que todavía estaba por llegar. En la parte más cercana a los baños, a una veintena de metros uno del otro, se encontraban los dos únicos vehículos que parecían habitados. La primera de ellas tenía la entrada adornada con parterres donde despuntaban los brazos espinosos de una gran variedad de cactus dispuestos con buen gusto. El suelo terroso estaba cubierto de recia malla y tenía el toldo del cenador desplegado para proteger la entrada. Pasaron de largo.

—Esta es la de Lolo —dijo Oso.

—¿No vive en la casa con ustedes? —preguntó Eliana.

—No quiere. Hace un año se le metió en esa cabezota suya que ya tenía edad para independizarse. Y a ver, entre nosotros, edad tiene, pero sesera no —dijo Oso tirando de las trabillas de sus pantalones—. Esto es lo máximo a lo que puede aspirar. Y a él le encanta. Fue idea de Mami.

El siguiente vehículo era una autocaravana con multitud de raspones y abolladuras repartidos por toda la carrocería. Las ventanillas estaban tintadas y tenía la luna delantera cubierta con un parasol para preservar algo de intimidad. Al contrario que ocurría con la caravana de Lolo, aquel vehículo ofrecía a sus visitantes una estampa triste y desangelada. Imagen que quedaba reforzada por el hecho de tener las gomas carcomidas.

Parecía que la carrocería llorase óxido. Chorretones oscuros que rezumaban aquí y allá entre las junturas.

Frank rodeó el vehículo. Se fijó en la temeraria falta de dibujo de las ruedas sobre las que apoyaba todo el peso del vehículo. Y, excepto por el cable de la luz que asomaba del cajeado e iba a la toma de corriente de uno de los postes, nada parecía indicar que el vehículo estuviera habitado en lugar de abandonado a su suerte.

Se reunió con Eliana y Oso frente a la puerta. Si alguno de ellos llegó a pensar que iban a necesitar forzar la puerta,

se equivocó. Esta cedió mansamente cuando Oso giró la manija. La luz parpadeó unas cuantas veces antes de quedar encendida.

No les llevó mucho tiempo registrar el interior de la autocaravana de Moreda. Nada de ropa en el armario. Solo polvo sobre los estantes. La guantera vacía. Ni recibo de seguro, ni permiso de circulación, ni ficha técnica.

Nada.

Sobre el somier del camastro un somero colchón sin ropa de cama.

—Parece que dejó esto bien limpio antes de largarse —dijo Oso.

—Al parecer, sí que se dejó algo —dijo Eliana.

Estaba de cuclillas frente a lo que parecía un armario más, pero despedía algo de luz tenue y emitía un ronroneo apenas perceptible. El pequeño refrigerador estaba vacío a excepción de un par de frascos. Se incorporó y le pasó uno a Frank, que se quedó allí plantado negando con la cabeza. Aquello, desde luego, no tenía ningún sentido.

Debió de expresar lo que pensaba en voz alta, pues Oso le preguntó qué era aquello que no tenía sentido.

—Que se largue y se lleve todo a excepción de sus medicamentos.

—¿Acaso estaba enfermo? —preguntó Oso.

—Son viales de insulina —dijo Eliana—, así que podemos suponer que Tomás Moreda debe inyectárselos regularmente.

—Es diabético —añadió Frank.

—Vaya por Dios, así que un monstruo diabético —puntualizó Oso antes de abandonar la autocaravana.

Dejaron los viales de insulina en el refrigerador, aunque a esas alturas y visto el interior de la cochambrosa vivienda con ruedas, no creyeron que Tomás Moreda pensase en volver a recogerlos. Eliana utilizó la cámara del móvil para fotografiar la etiqueta de los medicamentos y la placa de matrícula cuando salieron del vehículo. Allí quedaba poco más por hacer. Oso se ofreció a acompañarlos de vuelta al Chevy de Frank.

—Lamento que hayan venido hasta aquí solo para esto —dijo Oso.

Eliana, sin perder el paso, sacó una tarjeta de su bandolera y se la dio a Oso.

—Detrás tiene el teléfono. Le agradeceríamos que nos llamase si vuelve o tiene noticias de Tomás Moreda.

Oso no dijo nada. Constanza Desaparecidos, leyó antes de guardarse la tarjeta en el bolsillo de la pechera del uniforme.

Coronaron la cuesta, rebasaron la barrera de acceso y, cuando ya se estaban despidiendo, desde los asientos delanteros del coche vieron a Lolo acercarse con el ligero trote que le permitían sus piernas torcidas y su único brazo bamboleando al costado. Respiraba sofocado por el esfuerzo. En la mano traía un pequeño frasco tapado con un corcho. Briznas oscuras danzaban suspendidas en un líquido parduzco y correoso. Se lo tendió a Frank por la ventanilla.

—Es para ti —dijo Lolo tras pensar un segundo—, para tu ojo. Dice Mami que te lo pongas justo tras la caída del sol.

Y dicho esto, Lolo pareció perder todo interés en Frank y se quedó mirando a Eliana con la boca desencajada, una sonrisa bobalicona con su buen puñado de dientes al aire.

—Mami y sus ungüentos —dijo Oso antes de plantar su manaza sobre el hombro de Lolo para apartarlo del coche —. Despídete, estos señores ya se marchan.

La sonrisa de Lolo se desvaneció, ladeó la cabeza con un mohín de disgusto y, tras mover su mano un par de veces para despedirse de ellos, obediente siguió a Oso y se perdieron cuesta abajo en dirección al *camping*.

Tan solo habían avanzado un centenar de metros cuando Eliana le pidió a Frank que detuviese el coche. Cabeceó en dirección al retrovisor. Lolo corría tras ellos haciéndoles aspavientos con su única mano.

Frank pisó el pedal del freno levantando algo la polvareda del camino que Lolo se sacudió como espantando moscas sin detenerse. Eliana se asomó por su ventanilla. Le sonrió con dulzura.

—¿Se nos olvida algo, corazón? —preguntó.

Lolo negó con la cabeza como un perrillo zalamero sacudiéndose las pulgas.

—No os he contado mi secreto —dijo.

—¿Y qué secreto es ese?

—Bueno, yo... —pareció trabarse con su propia lengua, carraspeó y luego continuó—. Sé que habéis estado mirando la caravana. La mía no, la otra. Yo sé que estaba vacía.

—¿Y por qué lo sabías?

—Porque vi cómo un fantasma se llevó todas las cosas la otra noche.

—Podría ser su dueño.

—No, era un fantasma. Más delgado que su dueño. Más rápido. Más fuerte, sí, más fuerte. Se llevó todo en dos sacos, así en lo alto, como si no pesasen.

Eliana le sonrió de nuevo.

—¿Guardaréis el secreto?

—Prometido —dijo Eliana antes de acariciarle la mejilla.

14

Frank condujo su Chevy hasta la capital y tomó la ronda norte, la carretera de circunvalación le evitaba tener que atravesar la ciudad. La ruta quedaba lo bastante alejada de la estación de tren y de la asesoría como para no tener que preocuparse. No quería encontrarse de nuevo con los Lázaro, al menos hasta que no tuviese más claro qué estaba ocurriendo y qué hacer en el caso de que encontrasen a Tomás Moreda. A Eliana le pareció bien siempre y cuando no tardasen en parar para comer algo. Le dijo que tantas horas sin meter nada en el estómago la volvían irascible. Y vistos los cambios de ánimo de Eliana, Frank no quiso comprobar a qué se refería con ese término y paró camino del Sombrero en un bar de carretera.

Al igual que durante todo el trayecto de vuelta, la comida transcurrió envuelta entre largos silencios solo rotos por Eliana: frases inconexas, erráticas, como si su cabeza fuese una olla a presión y tuviese que dar poco a poco salida a sus pensamientos para evitar que reventase. La válvula de escape, sus comentarios lanzados al aire.

Habló del tiempo mirando por las cristaleras de la cafetería. De su delgadez debido a su metabolismo acelerado cuando le trajeron todo lo que había pedido para comer. Y de su intolerancia al alcohol cuando eligió solo agua para beber.

Frank, y esto ya lo había aprendido durante el viaje en coche, no se molestaba en contestar. Dedujo que, de haber estado sola, Eliana habría dicho las mismas cosas. Aquellas frases, aquellas ideas, no estaban destinadas a iniciar ninguna charla, eran otra cosa. Y cuando intentó entablar conversación, solo recibió silencio por parte de Eliana o alguna que otra contestación cortante.

El verdadero intercambio de ideas se produjo cuando les retiraron los platos y les sirvieron el café. Frank miraba el trajín de los camioneros en el aparcamiento al otro lado de los ventanales cuando Eliana se dejó de naderías, tanteó en el interior de su bandolera y sacó su libreta. Tenía varias anotaciones que fue repasando en voz baja:

—La carta de Tomás Moreda a su madre. La deuda con los Lázaro. La autocaravana, de la que ya tenemos su número de matrícula, y la cual pertenece a un hombre con antecedentes penales. Y el hecho de que Moreda fuese diabético y se hubiese llevado todo a excepción de sus medicamentos ¿Me dejo algo?

—Lo que nos ha contado Lolo.

—Podría ser el propio Moreda. También puede haberlo soñado. De momento esa información, sea cierta o no, no nos dice gran cosa. ¿Algo más?

—Su exmujer —dijo Frank—. ¿Cómo se llamaba?

Eliana se humedeció la yema del dedo y retrocedió un par de hojas en su libreta.

—Carmen. Según la madre de Moreda, internada en un psiquiátrico. ¿Crees que pueda...?

—¿Haberla visitado? —terminó Frank la pregunta—. No lo sé. Podemos intentar averiguarlo.

—Yo creo que primero deberíamos probar suerte con el dueño de la autocaravana. Tanto lo que nos contó su madre como el hecho de hospedarse en El Marquesado nos hace pensar que Tomás Moreda estaba intentando averiguar qué fue de sus hijos.

—Eso si nos creemos que él no tuvo nada que ver. Recuerdo vagamente el caso y todo lo que sé procede de documentales antiguos. No tenemos más información que cualquier aficionado a los programas de misterio.

—Yo ni eso —dijo Eliana—. ¿Qué cuentan en esos programas?

—Que yo recuerde, no gran cosa, la verdad. Que se llevó a sus hijos al bosque y que estos nunca más aparecieron. Tomás Moreda siempre negó que tuviera nada que ver y alegaba que no recordaba nada de lo que pasó.

Nadie sabe qué ocurrió en realidad. Sin embargo, en el juicio se encontraron pruebas suficientes para declararlo culpable.

—¿Y eso es todo? —preguntó Eliana.

Frank asintió dando un sorbo a su café y dijo:

—Yo creo que, ya que estamos dando palos de ciego, deberíamos dejar esa historia al margen y centrarnos en lo que tenemos. Sin desechar ninguna vía. Yo intentaré hablar con Méndez esta tarde a ver si puede conseguirnos el titular y la dirección del propietario de la autocaravana. Y tú podrías intentar averiguar en qué psiquiátrico se encuentra su exmujer. ¿Te parece?

—A mí lo que me parece es que quieres perderme un rato de vista.

Eso también, pensó Frank. Pero no lo dijo, en lugar de eso levantó una mano y pidió la cuenta.

Frank salió de la cafetería y le preguntó si la acercaba a casa. Al fin y al cabo fue él quien insistió en que cogiese el tren a Guadalajara. Eliana dijo que no. Alegó que nunca subía a nadie en sus primeras citas.

—¿Qué?

—Nada.

Desde luego, bromear con alguien como Frank, que carecía por completo de sentido del humor, hacía que cualquier comentario ingenioso perdiese toda su gracia. Caminaron en silencio por el aparcamiento los pocos metros que los separaban del coche bajo un cielo despejado y, una vez estuvieron sentados en los asientos delanteros del Chevy, Eliana le pidió a Frank que la dejase en el Sombrero. Desde allí tenía pensado conseguir el listado de centros psiquiátricos e intentaría averiguar el paradero de la exmujer de Moreda. Si Constanza andaba por allí, lo pondría al día sobre el caso.

En apenas un cuarto de hora, la vieja ranchera atravesaba el campus universitario y se detenía frente al edificio de ladrillo. Con el motor a ralentí, Eliana se despidió de Frank.

Amalia, la recepcionista, no estaba en su silla. La hora

del móvil señalaba que todavía no eran las cinco. Pronto para el turno de tarde. La gran sala repleta de cubículos donde se generaba todo el papeleo que entraba y salía del Sombrero se encontraba sumida en un estado de silencioso letargo. Nada que ver con el resto de horas del día. Subió en el ascensor a la segunda planta. La puerta de la pecera, entreabierta, indicaba que Constanza no se encontraba por allí. Solo una de las mesas que precedían al despacho del viejo estaba ocupada. Santos, el otro investigador que Constanza tenía en nómina de manera permanente, hundía sus ojos cansados en un monitor. Entre cuarenta y cincuenta, difícil saberlo. El cabello ensortijado se unía por las patillas con una barba rala sin arreglar. Su ropa, siempre a falta de un buen planchado, le confería el astroso aspecto de quien había pasado la noche dormitando en las incómodas sillas de algún aeropuerto. Sorbía fideos chinos utilizando los palillos con la pericia distraída del que está habituado a comer mientras trabaja. Llevaba la comida de la caja de cartón a la boca mientras repasaba un listado de vuelos en una página que cotejaba los precios en diversas agencias de viajes. Saludó sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Mucho curro? —preguntó Eliana.

—Barcelona —contestó.

La respuesta no la sorprendió. Santos definía sus casos por la ciudad a la que debía desplazarse. Y esa fue toda la conversación. Tampoco tenían mucho más de qué hablar. Eliana ocupó una de las mesas, encendió el ordenador y fue recopilando datos de los centros psiquiátricos y anotando sus números de teléfono.

Una labor de extracción de datos que no le desagradaba en absoluto. Un trabajo mecánico que la ayudaba a no tener que pensar en nada.

A dejar de lidiar con ella misma.

Con sus fantasmas.

Con esa forma de ser díscola y cortante con la que intentaba mantener al resto del mundo a una distancia prudencial.

Se le debió de ir el santo al cielo en algún momento,

pues cuando levantó la cabeza, la tarde llegaba a su fin. Santos ya no estaba pegado a su monitor y la luz se colaba oblicua por la ventana. Movió los hombros de un lado a otro para liberar la presión de cuello, y se disponía a marcar el primer número de teléfono de su lista cuando alguien carraspeó a su espalda.

Se giró. Abraham Constanza, desde la puerta de la pecera, le indicó que se acercase. Eliana apagó el ordenador, cogió la libreta que estaba sobre su mesa y lo siguió al interior del despacho. Al cruzar la puerta, Eliana captó en el ambiente el tufo del tabaco pegado a la ropa y el ligero aroma del perfume pasado de moda que arrastraba Constanza consigo a todas partes. La mezcla no le resultaba molesta; todo lo contrario, le agradaba. No sabría explicar muy bien por qué. Quizá le resultaba familiar de alguna manera. Lo cual no dejaba de sorprenderla. Ella nunca tuvo una familia ni nadie a quien recordar que no fuese con odio y rencor.

Constanza le indicó a Eliana que tomase asiento e hizo lo propio; se sentó en su sillón de oficina, cruzó las piernas y, tras apoyar los codos sobre la mesa, le preguntó por el caso.

—¿Alguna noticia sobre Tomás Moreda?

Eliana fue repasando todas las anotaciones de la libreta, su entrevista con María Asunción, la madre de Moreda, y relató su viaje al Camping El Marquesado de esa misma mañana y el hallazgo de la autocaravana y los medicamentos. Y como Constanza no había vuelto a ver a Frank y no sabía nada de su ojo morado, omitió todo lo referente a los Lázaro. Pensó que aquella parte sería mejor que se la contase el propio Frank o, ya puestos, el tal Méndez.

—¿Y con qué estáis ahora?

—Frank iba a tratar de identificar al propietario de la caravana, yo intento averiguar dónde está ingresada Carmen Taboada, la exmujer de Moreda.

Constanza se cruzó de brazos y se arrellanó en el sillón.

—Y por lo demás, ¿qué tal?

—Si por lo demás te refieres a cómo nos va trabajando juntos, bien. No es la alegría de la huerta, no tiene mucha conversación que digamos, pero desde luego sabe de qué va la vaina.

—Conozco a Frank —dijo Constanza—. Sabía que, una vez aceptado el trabajo, se lo tomaría con seriedad. No te preguntaba por eso, te preguntaba por ti.

Eliana cerró la libreta y la dejó apoyada en su regazo.

—¿Qué quieres saber? Pregunta abiertamente.

—Mmm, supongo que solo quiero saber eso, cómo te encuentras.

—¿Comparada con quién?

—Eliana, por favor.

—A ver, comparada contigo, con Frank o con Santos, que estará camino del aeropuerto, imagino que no me lo monto mal del todo. Me miento lo suficiente a diario para poder seguir adelante. No intento arreglar nada, pues no hay nada que arreglar. Tampoco echo de menos a nadie, para eso habría que querer o haber querido, ¿no?

Constanza se encogió de hombros y un buen rato después de que Eliana abandonase el despacho seguía pensativo, reflexionando sobre los distintos tipos de soledad.

La suya, la de Frank y la de tantos otros venía desde fuera. Como fantasmas que llegaban si avisar, una pena impuesta por la pérdida de personas que se marcharon prematuramente.

La de Eliana era diferente.

Una soledad que venía desde adentro.

Una donde ella era el fantasma.

La tarde para Frank fue todavía menos productiva.

Uno de los hombres de Méndez atendió la llamada y le dijo que no se encontraba en comisaría. Probó con su teléfono particular: nada. Deambulaba sin rumbo fijo. Pensó en acercarse a la comisaría y preguntar por Santana, el tipo que le había cogido el teléfono. Si se presentaba,

quizá estuviese dispuesto a ayudarlo. Necesitaba los datos del propietario de la caravana, antecedentes, dirección, todo lo que pudiera conseguir. Desechó la idea casi tan pronto como surgió en su cabeza. No sabía en qué estaba metido Tomás Moreda y, con los Lázaro detrás, sería mejor que, a excepción de Méndez, nadie estuviese al día de sus investigaciones. Además, se tuvo que recordar a sí mismo que no tenía licencia de investigador. Eres un asesor, no lo olvides.

Cuando se cansó de patear las calles, se montó en el Chevy y pasó discretamente un par veces por delante de la asesoría. Ni rastro de los matones de la otra noche.

Y sin nada mejor que hacer, decidió dejar de quemar combustible y regresó a casa. Dejó aparcado su coche a un par de calles de la estación de tren. De camino pensó en lo que necesitaba, que no era otra cosa que poder acceder a la base de datos de Tráfico.

Hacía tiempo que no echaba tanto de menos el hecho de ser policía. Y aunque fuese su mejor amigo, quizá solo su único amigo, le dio rabia depender de Méndez para una gestión que en otro tiempo no le habría llevado más de cinco minutos.

Pero la cagaste, se dijo, es lo que hay. Fin de la historia.

Y dándole vueltas a esto, Frank le dio una patada a una lata de cerveza abollada tirada en medio de la acera e introdujo la llave en la cerradura de su portal. Subió las escaleras hasta la entrada de su casa. El felpudo a los pies de su puerta estaba del derecho, lo que solo podía significar que la mujer que se ocupaba de la limpieza del portal había pasado por allí.

Podía leerse: «Sonríe y se feliz».

Sí, claro, no te jode.

Aquella alfombrilla la compraron en un mercadillo antes del accidente. Frank se agachó y le dio la vuelta dejándola del revés. Colgó su chaqueta del perchero que había tras la puerta, puso a calentar un cazo de agua a fuego lento y se fue desnudando sin ceremonias camino de

la ducha. En el bolsillo se topó con el frasco que le había dado Lolo antes de marcharse del *camping*.

¿Qué había dicho? Que se lo aplicase en el ojo justo después de la caída del sol. Le quitó el tapón de corcho y acercó la nariz. El mejunje olía como la tierra mojada después de la lluvia. Lo volvió a tapar y lo dejó sobre la repisa.

Diez minutos más tarde, envuelto en su albornoz y con una toalla de mano enroscada en la cabeza, volvió a la cocina y vació el contenido de un sobre de consomé en el agua burbujeante. Le dio un par de vueltas con un cucharón de palo, bajó el fuego un poco más y se fue a su habitación en busca de la radio.

Nada de música, solo un par de tertulianos sesudos le daban vueltas a la corrupción política y a la incomprensible factura de la luz. Más de lo mismo; para Frank, ruido de fondo que llenaba el silencio de su propia casa.

Se sentó a la mesa de la cocina y, como siempre que iniciaba la andadura de un caso nuevo, en su cabeza zumbaban como moscas multitud de ideas y preguntas. *Interrogaciones cojoneras* las llamaba.

La novedad inquietante se produjo a mitad del plato cuando, entre cucharada y cucharada, se le fue el santo al cielo y terminó pensando en Eliana. Recordó, como si fuesen las caras opuestas de la misma moneda, la cantidad de sandeces que soltaba por su boca casi todo el tiempo y la seriedad con la que luego se aplicaba en su trabajo. La única lágrima derramada aquella misma mañana. También le vino a la cabeza el momento justo en que la conoció, cuando, sin darse cuenta, se dejó mangar el reloj de muñeca en el despacho de Constanza.

Cuando fue consciente de que divagaba se le cerró el estómago, se enojó consigo mismo y, sin saber muy bien por qué, se sintió tremendamente culpable por estar pensado en Eliana.

Hizo añicos el plato cuando lo lanzó contra la pared de enfrente. Se quedó un buen rato en silencio mirando los restos del consomé resbalando lentamente por el alicatado

de la cocina. Se levantó y barrió los trozos de loza diseminados por el suelo. Le pasó un paño a la pared, lavó el cazo, apagó las luces y, con la radio encendida en la mano, regresó al baño y se aplicó el ungüento de Mami sobre el morado del ojo.

Ya se había puesto el sol.

15

Méndez era consciente de que no debería estar rebañando el plato con el pan. ¿O sí? Seguramente, ya daba igual. Se trataba de la cafetería de siempre con el camarero de siempre. Un tipo espigado con la cara picada de viruela al que le tiene dicho que nada de grasas y nada de azúcar. Da igual lo que te pida, da igual si te amenazo.

¿Queda claro?

Queda claro, inspector.

Se excusaba a sí mismo por el mero hecho de que la tarde anterior había resultado un completo desastre. Tuvo cita con el médico: había bajado de peso, pero aquello fue lo menos importante. Los resultados de las pruebas habían concluido que solo con algo de suerte llegaría a las siguientes Navidades.

Hay que joderse, rumió: dos infartos y ahora esto. Cáncer de pulmón. Metástasis avanzada. Células tumorales en estómago y páncreas.

Golpeó la mesa con el puño. La cubertería tintineó sobre el plato.

Qué mierda todo, pensó.

Se había quitado el azúcar del café, reducido la ingesta de alcohol y unas cuantas cosas más que se suponía que habrían de alargarle la existencia. Pero al parecer todos sus esfuerzos no habían sido suficientes. Al menos no para cubrir las exigencias de su médico. Estaba frustrado y decidió tomarse el resto de la tarde libre; no quería saber nada de nadie y apagó el teléfono. La noche no fue mucho mejor, le daba vueltas y más vueltas a la misma pregunta: ¿cómo sería dejar de existir?

No llegó a ninguna conclusión razonable y, cuando despuntó el día y se cansó de dar vueltas en la cama, se

levantó y se acercó a la comisaría. O esa era la intención, pues cuando pasó frente a la cafetería, cambió de idea. Entró y pidió unos huevos rotos con bacón, un café y una tostada.

A tomar por culo la dieta, se dijo.

El camarero de siempre trató de persuadirlo.

—Usted dijo....

—Ya sé lo que dije. Tú ponme lo que te he pedido, ¿quieres?

El camarero conocía a Méndez y, si normalmente uno no sabía cómo acertar con el inspector, cuando el hambre le roía las tripas todavía menos.

Y en esas estaba cuando conectó el teléfono. Comenzaron a saltarle mensajes y avisos de llamadas perdidas. Las borró sin leerlas. Cuando apuraba el último trago de café, el teléfono comenzó a sonar. Maldijo por lo bajo y se limpió con una servilleta de papel. Era Santana.

—No son horas.

—Ayer llamaron preguntando por usted, un tal Frank.

—¿Y qué tripa se la ha roto esta vez?

—No me lo dijo.

—Vale, ya le llamaré. ¿Algo más?

—Sí. Han pasado un aviso sobre un requerimiento interno que dejó usted grabado para las patrullas en el día de ayer, uno referente a un hombre llamado Tomás Moreda.

Méndez no tuvo que preguntar a qué se refería: cuando vio cómo le habían dejado los Lázaro el ojo a Frank, dio orden de dejar grabada una requisitoria. Solo a nivel informativo. Si por cualquier motivo, alguna patrulla, ya fuese de su gente, de la Guardia Civil o de la Policía Local, identificaba a Moreda, les saltaría un aviso. No implicaba detención, solo era a nivel informativo. Una requisitoria policial en la que la Policía Nacional rezaba como interesada y Méndez como la persona a la que había que dar cuenta en el caso de que esto ocurriese.

Y había ocurrido. Santana le informó de que había sido identificado por la Guardia Civil. Al parecer, hacía una hora, habían encontrado su cadáver flotando en el río

Bornova.

—¿Su cadáver? —preguntó Méndez.

—Bueno —dijo Santana— me han mandado una foto. Han encontrado lo que queda de él.

Interludio

El viejo tenía licencia para la pesca del cangrejo. También tenía un cigarrillo pendiendo de los amoratados labios, las manos protegidas del frío bajo el chubasquero y la barba arrebatada de humedad debido a la errática lluvia que barría el pantano desde donde se encontraba hasta la ribera del otro lado. Millones de partículas en suspensión que no terminaban de caer. Aguardó a que la pareja de la Guardia Civil llegase vadeando la orilla del río. Llamó su atención agitando los brazos cuando los vio descender por el camino de tierra. Los perdió de vista tras los bloques de granito y al rato volvieron a aparecer cerca de la orilla, entre la neblina.

Cuando llegaron a su altura, se saludaron. Se conocían del pueblo.

—¿Sabemos quién es?

—Por su aspecto podría ser cualquiera —dijo el vejete.

—¿Lo has tocado?

—Joder, claro que lo he tocado. Saqué la mitad del cuerpo del agua. Si lo llego a dejar como estaba, lo habría arrastrado la corriente. Ahora lo estarían ustedes buscando pasada la presa, en el pantano del Alcorlo, en el Sorbe o vaya usted a saber dónde.

Uno de los guardias asintió con la cabeza.

—¿Y se puede saber dónde está? —preguntó el otro.

—Allí —dijo el viejo lanzando los restos de cigarrillo a las oscuras aguas del Bornova—. Tras aquel recodo. Y tengan cuidado por donde pisan, la puñetera pizarra resbala.

Los guardias lo siguieron por la orilla. A sus pies, espuma y borbotones.

—¿A qué hora lo encontraste?

—Sobre las seis de la mañana.

—¿Y qué se supone que hacías por aquí?

—Pescar.

—¿Tan temprano y con este tiempo?

—Para los lugareños esto es buen tiempo, no jodamos. Si ni siquiera está lloviendo como Dios manda. Esto es una nube revirada, nada más.

—¿Y qué pescabas?

—Cangrejos. De los rojos, americanos, de los otros no, que ya no quedan. Son unos cabronazos —dijo el viejo sorteando un peñasco—. Es por aquí, síganme.

Tuvieron que subir unos metros, sortear un grupo de aliagas y rodear peñascos cubiertos de líquenes. Al bajar se encontraron con un pequeño cortado por el que pasaban de sobra un par de personas y, unos metros más lejos, se veían unas piedras de pizarra que se internaban medio metro en el río.

Cuando llegaron, se quedaron un buen rato en silencio mirando al muerto. El cuerpo del hombre yacía bocarriba. Abotagado, henchido y deforme. La ropa pegada al cuerpo y, donde la piel asomaba, en el rostro y manos sobre todo, lo hacía de un blanco espectral que desentonaba con las oscuras aguas del río donde había aparecido flotando. Uno de los guardias se acuclilló y examinó más de cerca el cadáver.

Aún conservaba algunos mechones de pelo dispersos por el cuero cabelludo. Jirones de piel le colgaban en los carrillos. Le faltaba la mayor parte de las orejas y la mitad derecha de la nariz.

Y no tenía ojos.

En su lugar, un par de cuencas vacías anegadas de agua.

—Se lo dije, son unos cabronazos.

—¿Quién?

—Los cangrejos, claro —dijo el viejo dando lumbre a otro cigarrillo—. Los ojos son lo primero que se comen.

Tercera parte

Dientes de leche

16

Hacía mucho tiempo que Frank no era capaz de conciliar el sueño sin la sordina de la radio de fondo. Por eso, cuando sonó el teléfono pasadas las ocho de la mañana, pensó que se trataba de la radio y la apagó metiendo la mano bajo la almohada. El teléfono continuó sonando en la mesilla de noche. Era Abraham Constanza.

—Señor François —la voz monocorde y flemática le devolvió a la realidad—. ¿Está despierto?

—Ahora sí.

—Me ha llamado Méndez. Hay novedades importantes.

La modorra abandonó el cuerpo de Frank, se sacudió las sábanas de encima y quedó sentado al borde de la cama.

—¿Tomás Moreda?

—Me temo que sí.

—¿Y qué ha dicho?

Y fuese lo que fuese lo que Méndez había dicho, Frank tendría que esperar para enterarse. Constanza le dijo que se verían en su despacho en una hora y colgó.

Bostezó, se levantó y comenzó a vestirse. Antes de salir se lavó la cara en el lavabo y encaró su rostro en el espejo. Su media barba seguía allí, al igual que su ceja partida y su nariz algo aplastada. Sin embargo, la inflamación bajo el párpado y el morado del ojo casi habían desaparecido por completo durante la noche. Se palpó con la yema de los dedos encima del pómulo. El dolor también había remitido.

Tomó el frasco de la repisa del baño y lo observó unos segundos con incredulidad. Desde luego, pensó, aquel potingue de Mami hacía milagros.

Salió de casa. Tenía una hora por delante y decidió tomárselo con calma. Supo por la llamada que había cambio de planes. El paradero de la exmujer de Moreda y el

propietario de la autocaravana quedaron relegados a un segundo plano cuando Constanza le dijo que había novedades sobre el propio Tomás.

En el bar de la esquina pidió un café para llevar y se lo tomó sentado en el capó del Chevy. Se preguntaba, entre sorbo y sorbo, qué novedades serían esas que tanto urgían a Constanza.

¿Habría aparecido? Intentó no adelantar acontecimientos. Se terminó el café, tiró el vaso de cartón en una papelera cercana, volvió al coche y arrancó el motor. Dejó atrás el desvío de la autopista y atravesó el descampado pasado el campus universitario. El sol asomaba sin calentar entre las nubes. Sorteó una pancarta que abogaba sobre la igualdad entre hombres y mujeres e intentó no pasar las ruedas por encima de los restos de latas y botellines esparcidos por el asfalto.

Dejó el Chevy estacionado junto a la Vespa de Eliana y se encaminó a la entrada del Sombrero. Saludó a la recepcionista y, una vez dejó atrás el mostrador, tomó el ascensor. Las venecianas de la pecera estaban echadas. Frank tocó con los nudillos y abrió la puerta del despacho sin esperar respuesta.

Constanza se acariciaba con la punta de los dedos su bigote a dos colores y se revolvió incómodo en su asiento cuando lo vio aparecer. Frunció el entrecejo y las arrugas de preocupación en su frente se marcaron como surcos en la tierra, pero no hizo ningún comentario sobre su ojo, lo cual indicaba que su aspecto ya no era ni mucho menos tan alarmante como el día anterior.

Eliana lo saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Siéntate —dijo Constanza—, tengo algo importante que comunicaros.

Una pausa, nada que ver con los silencios que utilizó a la hora de plantearles el caso. Nada de contar una historia.

Aguardaron a que Constanza pusiera sus ideas en orden y continuara.

—Mirad—dijo al final entrelazando los dedos—, no me voy a andar con rodeos. Méndez me ha llamado esta misma

mañana. Tomás Moreda ha aparecido muerto. Un pescador sacó su cuerpo del pantano de madrugada.

Otra pausa.

—¿Se sabe cómo murió? —preguntó Frank.

—Todavía no —dijo Constanza—. Méndez ha dicho que me llamaría en cuanto supiese algo. Solo quería comunicaros formalmente que dejamos el caso. El señor François puede volver a sus quehaceres diarios en la asesoría. Tú —mirando a los ojos a Eliana— puedes tomarte el resto de la mañana libre. Esta tarde te vienes conmigo. Iré a ver a la madre, quiero comunicarle en persona el fallecimiento de su hijo.

El rostro de Frank no dejaba entrever lo que estaba pensando. Eliana, sin embargo, parecía decepcionada.

—¿Y ya está?

Constanza clavó la mirada por encima de la cabeza de Eliana. Pareció cavilar al respecto mientras se rascaba distraído el bigote a dos colores.

—Sí, me temo que eso es todo —dijo Constanza—. No podemos hacer nada más. No nos dedicamos a buscar respuestas, nos dedicamos a buscar personas desaparecidas. Ahora tenemos un cadáver, eso es cosa de la policía. Lo siento, Eliana, pero no se me ocurre ningún motivo por el que debamos seguir investigando.

Constanza levantó las manos de la mesa. Las palmas hacia arriba y su negación de cabeza daban a entender que lo sentía, pero que no podían hacer nada más.

—Pero...

—Pero nada, Eliana. Eso es todo. Fin de la historia.

Constanza se puso en pie dando por finalizada aquella conversación.

Solo que para Frank la historia no acababa ahí. Quería saber de qué había muerto Tomás Moreda. Quería saber por qué alguien se largaría llevándose todo consigo a excepción de los medicamentos.

—Es como un *coitus interruptus*.

—¿Qué?

—La muerte de Moreda, es como un *coitus interruptus*

—repitió Eliana antes de que se abriesen las puertas del ascensor—. Pensé que quizá, si le encontrábamos, podríamos averiguar qué fue de sus hijos. Aparece muerto y, no sé, es un poco frustrante, ¿no crees?

Frank salió de su ensimismamiento, esbozó una breve sonrisa y preguntó:

—¿Has localizado a la exmujer de Moreda?

Eliana le contestó que todavía no.

Abandonaron el Sombrero bajo la atenta mirada de Amalia.

Frank se dejó caer tras el volante del Chevy y bajó la ventanilla. Eliana ya tenía puesto el casco y estaba sentada a horcajadas en su Vespa.

—Llámame en cuanto sepas dónde está —dijo Frank.

—¿Qué piensas hacer?

—Tú llámame.

Arrancó el motor, abandonó el aparcamiento del Sombrero, encaró la salida del campus y se incorporó a la carretera.

17

Medicina Legal se encontraba en los niveles inferiores del Tanatorio de Guadalajara, en la carretera de salida hacia los pantanos de Entrepeñas y Buendía. Desde la ciudad no se tardaba más de cinco minutos en coche. Estacionó en el aparcamiento, saludó a su paso al hombre trajeado de la funeraria y se perdió escaleras abajo.

La forense Verdesoto rellenaba unos informes apoyada en una de las mesas metálicas cuando tocaron a la puerta de la sala de autopsias número uno.

Méndez asomó la cabeza. Con su aspecto trasnochado y su mirada inquieta, se adentró en la sala y quedó bañado por la aséptica luz blanca de los plafones.

Verdesoto había llamado a la comandancia para preguntar qué unidad se hacía cargo del cadáver del Bornova. Entendía que, al haber aparecido el fallecido en una zona rural, pertenecía a la Guardia Civil. Sin darle mayores explicaciones, le dijeron que se ocuparían ellos de las gestiones y del papeleo, pero que había alguien de la policía que estaba interesado en ver el cadáver y le pusieron en contacto con Méndez. Se conocían de vista, de otros muertos.

—Póngase bata, guantes y mascarilla —dijo sin levantar la cabeza—. Lo tiene todo ahí mismo. Junto a la puerta.

Méndez gruño algo incomprensible, rezongando por lo bajo hizo lo que le pedía y se acercó a la forense con una bata ridículamente estrecha, dos o tres tallas menos de lo que su barriga exigía. El cuerpo de Tomás Moreda yacía en medio de la sala, sobre la mesa de acero, cubierto por un plástico blanco. Descubrió el cadáver y se lo quedó mirando unos instantes. Joder, es él, fue lo único que dijo antes de

volver a tapar el rostro del muerto.

La forense se puso en pie y rodeó la mesa de trabajo. Acababa de terminar parte de los informes y le confirmó a Méndez lo que ya sabía, que la muerte, a pesar del fuerte golpe en la cabeza, no le sobrevino por un traumatismo craneoencefálico.

—Dada la profundidad de la herida y la nula pérdida de masa encefálica, podemos descartar esta hipótesis —dijo —. Puede ser un factor determinante el hecho de que perdiera la conciencia, pero sin ningún género de dudas la muerte le sobrevino por ahogamiento.

—¿Ninguna lesión más?

—Contusiones y laceraciones por el resto del cuerpo, pero todas ellas se produjeron *post mortem*. Y como curiosidad le diré —continuó la forense sin mirarle—, que en una observación más detallada de la devastación de las zonas blandas, el sujeto perdió todos los apéndices superiores a excepción del globo ocular derecho.

—Sí —dijo Méndez—, sabemos que era tuerto; vamos, que ese ojo ya lo traía perdido de antes.

—Conclusión —dijo Verdesoto ignorando el último comentario de Méndez—. Muerte accidental, puede que suicidio. No se puede descartar que en su fallecimiento hayan intervenido terceras personas, pero eso se lo dejo a ustedes. Mi opinión, basándome en el traumatismo de la cabeza y en los restos de ropa que todavía llevaba puesta, es que o bien se precipitó al agua desde una gran altura o, a falta de más lesiones que nos indicasen lo contrario, saltó por voluntad propia.

—Así que suicidio.

—Es la hipótesis más plausible.

Al otro lado de la sala, sobre una mesa larga y acerada, se encontraba lo que la forense Verdesoto quería mostrarle a Méndez. El motivo por el que lo había llamado. Lo tenía depositado en una bandeja metálica.

Méndez se acercó con paso cansino y observó que en el fondo metálico estaban depositadas unas diminutas piezas irregulares algo renegridas.

—Esto es lo que quería que viese —dijo la forense a su espalda—. Lo debió de ingerir justo antes de morir. Por su tamaño consiguieron llegar al estómago. Mañana a primera hora, cuando tenga terminados los informes, los mandaré al Instituto Anatómico Forense de Madrid para que los analicen a ver si consiguen sacar muestras de ADN.

Méndez seguía mirando el contenido de la bandeja sin saber exactamente qué estaba viendo.

—Las partes oscuras se deben al paso del tiempo y a los jugos gástricos del estómago —aclaró Verdesoto.

Al final, Méndez se dio por vencido.

—¿Puedo coger uno?

—Adelante, pero tenga cuidado —accedió la forense.

Entonces Méndez entendió qué eran aquellas piezas.

—Son dientes —dijo— y están...

La forense Verdesoto terminó la frase por él.

—Bañados en plata. Y, o mucho me equivoco, o por su tamaño se trata de dientes de leche.

18

Ya de vuelta en Guadalajara, Frank estuvo más de una hora sentado al volante. El motor apagado, el codo apoyado en la ventanilla. Esperaba. Pensaba. Fumaba un cigarrillo tras otro. Al otro lado de la calle, como un grifo mal cerrado, el incesante goteo de gente que entraba y salía de la comisaría. Uniformados, de paisano, algunos con aquel aire despistado de los que se ven obligados a entrar allí para presentar una denuncia sin saber bien a quién dirigirse. Otros, citaciones en su mayoría, se movían entre los policías con mayor descaro. Ligeros de pies, desenvueltos.

Por experiencia sabía que, fundamentalmente, había dos clases de personas: unas eran palomas; las otras, halcones. El mero hecho de observar cómo se manejaban a la hora de entrar y salir de la comisaría dejaba claro a qué grupo pertenecía cada uno.

Frank esperaba a un halcón. Uno de los grandes. Pero ni rastro de Méndez.

Seguía sin contestar a sus llamadas. Pensó que se habría dejado el móvil en el cajón de la mesa de su despacho o simplemente lo llevaría en silencio. Frank sabía que su antiguo jefe no se llevaba bien con la tecnología, la aborrecía. Por eso entendió que la mejor manera de dar con él sería esperar a que apareciese por comisaría.

Tiempo tuvo de pensar. La parte buena, que pronto recibiría noticias del banco. Firmado el traspaso de la asesoría solo cabía esperar que las cartas de embargo por impago dejasen de llegar. El aval sobre su piso desaparecería, los acreedores dejarían de volar como buitres en círculos sobre su cabeza y podría continuar con su vida hasta que Constanza lo requiriese de nuevo. Adiós a sus problemas económicos.

La parte mala, esa forma de ser tan suya. Terco como una mula, habría dicho Gabriela. Sabía que dicho así parecía una perogrullada. Pero no lo era. Siempre fue así, desde niño. Desde que tuvo uso de razón, tenía que dejar cualquier trabajo, por insignificante que fuera, finalizado. Zanjado.

Se crio no muy lejos de allí, en los arrabales de la ciudad, cerca del río. Su padre se marchó de casa cuando él nació, de manera que su madre, una francesa recién llegada al país, fue quien lo sacó adelante a base de robarle horas al reloj. Cuando Frank llegaba del colegio, su madre ya no estaba en casa. Se calentaba la comida, recogía los platos y hacía la tarea. Algo mecánico, algo que había que terminar antes de salir un rato a la calle.

En el barrio, tres cuartos de lo mismo. Los chicos de su edad compartían descampado con chavales mayores que ellos. Normalmente iban a lo suyo, pero cuando las cosas se torcían era a Frank a quien le tocaba dar la cara. Quizá porque era alto para su edad, quizá porque no aguantaba tonterías de nadie. En cualquier caso, se lo tomaba como algo que había que hacer. Y lo hacía. No se achantaba, y más de una vez regresó a casa molido a golpes. Se limpiaba las magulladuras lo mejor que podía y preparaba la cena para cuando su madre llegase.

Y aunque nunca se quejaba e intentaba limpiarse las heridas a conciencia, ella siempre supo —porque una madre es una madre— cuándo estaba metido en algún lío. ¿Tienes algo que contarme, François? Nada, mamá. ¿Todo bien? Todo bien.

Pero lo más seguro es que la cosa no anduviese nada bien. Los chavales mayores, más de una vez pensando que así se arredraría, solían citarle para el día siguiente. A las seis te espero, capullo. Y como si de su tarea se tratase, allí se presentaba. Porque daba igual si le daban de hostias: los asuntos había que terminarlos.

Y esa cabezonería, esa terquedad, que se había suavizado con los años, regresó con más fuerza tras la muerte de Gabriela. Sentía como si se hubiese partido el eje

sobre el cual orbitaba su mundo, su punto de apoyo, su equilibrio, y se aplicaba con tenacidad en cualquier tarea por nimia que pareciera. Obsesivo.

Recordó las palabras de Oso, el guarda forestal: porque al final lo que es, es.

Y por eso, en lugar de dar el asunto por zanjado y pasar página, seguía dándole vueltas. Pensaba en Tomás Moreda, en los Lázaro y en como su tranquila soledad se había visto asaltada por un viejo conocido que se sentía en deuda con él. Por no hablar de su compañera de trabajo, que o no cerraba el pico o bien se tiraba las horas muertas sin pronunciar palabra.

Unos nudillos golpearon la carrocería del otro lado del coche. Frank, ensimismado, no lo vio llegar. El rostro malhumorado de Méndez asomaba tras el cristal. Ventanilla abajo.

—Dime que no me estabas esperando.

—No te estaba esperando.

—Moreda está muerto.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes —dijo Méndez—. Joder, fui yo quien se lo comunicó a Constanza. Dime que no estás aquí porque quieres saber más.

—No estoy aquí porque...

—Vale, vale, déjalo. Mientes de puta pena, ¿lo sabías?

Para tranquilizar a su viejo amigo, Frank le dijo que solo quería saber las circunstancias de la muerte de Moreda.

—Y luego lo dejas.

El despacho de Méndez olía a humo de puro. Un tufo rancio que impregnaba la ropa del inspector jefe y lo acompañaba allá dónde fuese.

—¿Qué te dijo el médico?

—No me cambies de tema. Nos conocemos, Frank.

Méndez parecía más cabreado que de costumbre, también más tenso.

Esto último solo podía apreciarse si uno conocía bien al

inspector. Nada que saltase a la vista. No tenía ningún tic nervioso, ni siquiera apretaba los dientes marcando los huesos de la mandíbula. Tan solo entrecerraba los ojos y respiraba profundamente. Una inquietud soterrada bajo la falsa apariencia de calma y sosiego. Frank también poseía algo de esa actitud indolente ante la tormenta.

Por eso decidió no andarse con rodeos.

—¿Cómo ha muerto?

—Según la forense, la hipótesis más probable es que se suicidó. Murió ahogado. Se tiró al río, se golpeó la cabeza y, bueno, nadie se echa una cabezadita bajo el agua sin que le cueste la vida.

—¿Nada más?

Méndez agarró el marco que tenía esquinado en la mesa y sostuvo durante unos segundos la imagen de su exmujer ante sus ojos.

Por nada del mundo le contaría a Frank lo encontrado en el interior del estómago de Moreda. Conocía demasiado bien a su amigo: si le daba cuerda, era capaz de ahorcarse con ella. El Monstruo, antes de suicidarse, se había tragado un buen puñado de dientes de leche bañados en plata. Claro que había que esperar a los resultados de ADN. Méndez estaba seguro de que pertenecerían a sus propios hijos, pero cosas más raras se habían visto en aquel trabajo suyo.

Dio la vuelta a la foto de su exmujer entre sus dedazos y, tras un golpe sordo, la dejó boca abajo sobre la mesa.

—Mira, Frank. Si quisiera que alguien me interrogase con preguntas estúpidas, todavía seguiría casado. No estoy de humor, ¿vale? Yo le pasé el caso a Constanza. El tío ha aparecido muerto. —Dio una palmada que resonó hueca en la quietud del despacho—. Está bien, está bien... Hay que joderse. ¿Qué más quieres, Frank?

Él se palpó la rugosa piel bajo el párpado. La inflamación había remitido por completo. Se quedó mirando por la ventana del despacho. Desde la silla solo se apreciaba una pequeña porción de cielo azul intenso.

—Joder, conozco esa mirada. Déjalo, ¿quieres? —dijo Méndez.

—Todavía tengo que hablar con los Lázaro.

—Déjame eso a mí. Yo te metí en esto.

—No.

Frank se levantó.

—Oye, mira...

—He dicho que no —repitió Frank—. Yo lo solucionaré. Y respecto a Moreda, si hay alguna novedad, ¿me llamarás?

Méndez asintió con la cabeza. La boca entreabierta dejaba entrever la punta del colmillo.

El silencio se escurrió entre ellos, solo roto por el murmullo de voces proveniente de la oficina. El timbre de un teléfono, el arrastrar de una silla. Frank se preguntó si su antiguo jefe era consciente de que él también mentía de puta pena. Lo dejó correr.

—Bueno, he de marcharme —dijo Frank antes de abandonar el despacho—. ¿Vas a contarme qué te dijo el médico?

—Lo de siempre, joder. Nada de alcohol, nada de tabaco, nada de grasas.

—Hazle caso, vivirás más.

—Sí —contestó Méndez—, pero me da que se me va a hacer largo de pelotas.

Sigues mintiendo y lo sabes, pensó Frank tirando del picaporte de la puerta. Todavía llevaba en el bolsillo el papel donde tenía apuntada la matrícula de la autocaravana.

Lo dejaría para más adelante. Para cuando Méndez estuviese algo menos a la defensiva. Algo más receptivo. Menos huraño. Si es que eso era posible.

Estaba apoyado en el capó del Chevy frente a la asesoría. Cavilaba sobre la mejor manera de proceder con los Lázaro. Méndez se había ofrecido, pero no lo contemplaba como una opción. Recurrir a la policía no podía llevarle a nada bueno. No con los Lázaro. Quizá Víctor entendería la posición de Frank como expoli, pero dudaba que su primo

Ulises fuese tan comprensivo al respecto.

No, no podía dejar que Méndez le sacase las castañas del fuego en esa ocasión. Tendría que apañárselas solo. Y una vez tuvo esto claro, supuso que su mejor baza era esperar frente a la asesoría. No quiso aguardar dentro. Los acontecimientos de la otra noche le dejaron claro que trataba con gente peligrosa. A plena luz del día, y en una de las principales arterias de entrada a Guadalajara, sería complicado que intentasen algo más que no fuese una charla cordial.

Los hombres de los Lázaro no tardaron en aparecer. Empalmaba los restos del último cigarrillo con uno nuevo cuando la berlina de lunas tintadas estacionó delante del Chevy. Los dos hombres se apearon. Sendos portazos. Rodearon su vehículo con tranquilidad. El más alto se apoyó en el portón del maletero del coche con las manos en los bolsillos. El más bajo se sentó junto a Frank en el capó. Mirada al frente. Piernas cruzadas. La actitud distendida de tres amigos que charlan de sus cosas.

—No sé, Frank. Tengo la ligera impresión de que has estado esquivándonos.

—¿Y qué os hace pensar eso, chicos?

—Creí que habíamos dejado claro que era contraproducente para tu salud preguntar gilipolleces.

Se produjo un silencio que se prolongó algo más de la cuenta. Uno de esos silencios en los que alguien ha de carraspear, cambiar de tema o apartar la mirada. El más alto fue quien se encargó de terminar con aquello. Se abrió ligeramente la gabardina. Asomaba la culata y la empuñadura de la escopeta recortada. Después se colocó de nuevo el gabán. Conservaba aquella expresión que parecía decir «Lo siento, pero es lo que hay».

Frank le pegó una última calada a su cigarrillo. Una columna de humo zigzagueó entre ellos antes de disiparse en busca del claro azul del cielo.

—Necesito hablar con los Lázaro.

—¿Por qué, Frank? Habla con nosotros —respondió el más bajo.

Continuaba sentado junto a Frank sobre el capó del Chevy. Las manos en los bolsillos. La misma actitud que la otra noche, como si todo aquello le produjese un tremendo aburrimiento. Parecía a punto de soltar un bostezo.

—Hablad con vuestros jefes, organizadlo como queráis. Pero necesito charlar con ellos —dijo Frank levantando su culo del capó—. Estaré en mi oficina.

Se encaminó hacia la asesoría sin volver la vista atrás. Tenía la sensación de que en cualquier momento recibiría un disparo en la espalda.

No ocurrió, claro. Uno, porque a pesar de todo no les había dado motivos suficientes. Al menos todavía. Y dos, porque estaban en una de las avenidas más concurridas de Guadalajara.

Ninguna de las dos premisas logró tranquilizarle lo suficiente.

Cuando entró en la oficina fue consciente de que le temblaban ligeramente las piernas.

Samael

De niño.

Río adentro.

El brillo de la luna rielaba sobre el acero en manos de su padre.

—¿Sabes qué es esto?

—Un cuchillo.

Su padre negó con la cabeza mientras el pequeño corzo se retorcía en el interior del saco. La barcaza se mecía sobre las mansas aguas. Olor a madera, a frío y a humedad mezclada con los orines del animal.

—No. Es algo más que eso —dijo el viejo—. Es una herramienta y un arma. Es la prolongación de tu brazo, de la mano que lo empuña y de tu voluntad. ¿Entiendes lo que digo?

Silencio.

Su padre tiró de la maroma e izó al corzo de las patas traseras, lo aseguró al poste de manera que quedó colgando bocabajo. El animal exhalaba su aliento inquieto, pequeñas nubecillas blancas que se disipaban con rapidez en la noche. Tensó un poco más la cuerda y, con un resuelto movimiento, le clavó el cuchillo entre las cervicales. Giró la muñeca y retiró el cuchillo. Todavía limpiaba la hoja con un trapo que llevaba atado a la trabilla de los pantalones cuando el corzo pataleó espasmódico una sola vez antes de morir.

Y con este recuerdo en la cabeza, Sam pasaba la hoja del cuchillo por la piedra de afilar cuando oyó el teléfono. Desnudo como estaba, descruzó las piernas, se levantó de la moqueta y se inclinó sobre la alfombra para alcanzar el

aparato. Informó de la aparición de Moreda. Cadáver, dijo. Lo que venía a significar que sí había terminado el trabajo aquella tarde en el bosque.

Solo que no lo sabía.

—Asegúrate de que no tienen en su poder aquello que nos robó. Si lo tienen, deshazte de ello. Haz lo que debas, porque tú eres Samael.

Para este primer encargo contaba con total discrecionalidad. Lo que quería decir que le dejaban manga ancha. Libertad de elección. Algo parecido a una trémula sonrisa afloró en su pétreo rostro.

—¿Algo más?

—Sí.

El segundo trabajo que le encomendaron le restituyó las facciones inexpresivas de siempre. Tenía un nombre. Alguien a quien debía dar caza. Solo que esta vez las instrucciones eran bien precisas al respecto: debía parecer un suicidio.

Lo que significaba que no podría usar el cuchillo.

Colgó el teléfono y se quedó un buen rato mirando su débil reflejo en la pantalla muerta del televisor. Su imagen etérea flotaba sobre una tranquila oscuridad. Inmóvil, como una pálida luna dibujada en un río en calma antes de la tormenta.

19

Constanza sabía que nada, salvo un intenso dolor, podía llevar a una persona a querer distanciarse del mundo. El cerebro desconectaba los enlaces necesarios y era entonces cuando se producía la pérdida total de consciencia. Con aquello el organismo seguro que prevenía un buen puñado de cosas: infartos y derrames sobre todo. A la persona le cortaban las cuerdas que la sujetaban a la realidad y caía como un títere desmadejado.

Cambiaba una realidad dolorosa y vertical por la indolente horizontalidad de los muertos.

Y lo sabía por experiencia. Su mujer siempre había sido más fuerte que él. Siempre. Porque a pesar de todas las lágrimas derramadas, mantuvo la entereza hasta el final. La mantuvo cuando la hija de ambos desapareció. La mantuvo en la vista donde el asesino, ante el juez, declaró que había acabado con ella tras un ataque de celos. También se mantuvo de una pieza el día que la fueron a enterrar. Constanza solo vio a su mujer derrumbarse una vez. Una sola. Y fue cuando Frank, todavía en la policía, se presentó en su casa para comunicarles que habían encontrado el cuerpo de su hija.

Porque una cosa son las palabras y otra, los hechos. No era lo mismo creer que saber.

Por eso, aquella misma tarde no se extrañó cuando, tras comunicarle el fallecimiento de su hijo, la madre de Tomás Moreda exclamó:

—¡Jesús, María y José!

Eso fue lo único que atinó a decir la mujer antes del cambio de semblante, del vahído, de que le fallaran las rodillas y cayera desplomada a los pies de Eliana.

Un buen rato después, dejaron atrás «Villatristeza».

Eliana manejaba el volante. Circulaban sin prisa por la carretera que había de llevarlos de vuelta a Guadalajara. Constanza tenía grabado en la retina el momento exacto en que María Asunción cayó inconsciente. Imposible no pensar en su mujer. En calibrar el dolor de ambas madres como uno solo. Se preguntó entonces cómo habría sido su vida de no morir su hija. Probablemente habría seguido presidiendo juntas de accionistas, su mujer no habría muerto de pena y no estaría montado en un coche atravesando los oscuros bosques de la Sierra Norte de Guadalajara.

—Está bien —dijo Eliana—. A la mierda.

Abraham Constanza esbozó su triste sonrisa de siempre.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—Estaba pensando en voz alta.

—¿Y qué pensabas exactamente?

—En que tienes la mente más obtusa de lo que cabría esperar —dijo Eliana sin desviar la mirada de la carretera —. Más teniendo en cuenta...

—¿Has meditado bien lo que vas a decir?

—Déjalo.

—Bueno, entonces lo diré yo por ti.

Constanza pensó que, en una sala de juntas, aquel tipo de comentarios rozaría el agravio. Una norma no escrita es que jamás se mezclaban los asuntos de índole personal con los negocios. Con Eliana se obligó a tener una paciencia de la que hace años había carecido. Pero las cosas cambian, las personas cambian.

Y para qué engañarse: Constanza Desaparecidos nunca había sido un negocio.

—Piensas que como yo perdí a mi hija me creo en la obligación de encontrar a los hijos de los demás —continuó Constanza—. Pero no es así. Creé Constanza Desaparecidos para ayudar a la gente, para ofrecerles un bastón en el cual apoyarse, para decirles que no caminan solos.

—¿De qué coño hablas? —preguntó Eliana.

—De dar esperanzas cuando las palabras todavía no se han convertido en hechos fehacientes. Tomás Moreda está

muerto. Nuestro trabajo era encontrarle y ya ha aparecido. Si lo que tratas de insinuar es que deberíamos seguir investigando la desaparición de sus hijos hace más de treinta años, estás muy equivocada.

Los primeros edificios de la ciudad se recortaban contra un cielo púrpura más allá del exangüe amarillo de los campos de cultivo.

—Creí que nos dedicábamos a eso —dijo Eliana.

—Nosotros no nos dedicamos a desenterrar cadáveres.

Eliana negó con la cabeza.

—Mira —dijo Constanza dando por finalizada su explicación—, María Asunción sigue creyendo que su hijo era inocente. Y quizá lo sea, quizá no. Da igual. Tampoco sabe qué fue de sus nietos. Solo son palabras. Ideas que no han tomado forma. Digamos que no han cristalizado. Eso la mantiene con vida. El día que sepa toda la verdad y no tenga nada que cuestionarse, ese día dejará de tener sentido su vida y se morirá. Créeme, sé de lo que hablo.

El silencio se asentó entre ellos como un pasajero más de aquel coche. Constanza se preguntó si Eliana habría entendido lo que había tratado de decirle. En cualquier caso, comprendía que estuviese disgustada. Él también se odiaba a sí mismo por decisiones como aquella.

Eliana apenas pronunció palabra alguna hasta que llegaron al Sombrero. Probó con la radio. FM. Algo de música. Ritmo de pop latino. Una de Maná en la que se cantaba la historia de una loca, una que aguardaba mirando el mar la llegada del marido:

Su cabello se blanqueó,
pero ningún barco a su amor le devolvía,
y en el pueblo le decían,
le decían la loca del muelle de San Blas.

Apagó la radio sin dejar que terminase la canción y entonces Constanza tuvo la total seguridad de que Eliana había captado el mensaje.

—Que mierda todo, jefe.

Eso fue lo que dijo.

20

Mantuvo la asesoría abierta toda la tarde. No entró ningún nuevo cliente, ni tampoco aparecieron los hombres de los Lázaro. El trabajo ya escaseaba de por sí antes de aquel asunto del Monstruo de la Tejera Negra; supuso que, si a esto le sumaba el hecho de no aparecer por la oficina en toda la semana, no habría de extrañarle que aquello pareciera, como dijo Eliana, un páramo desolado. Su ausencia no ayudaba en absoluto a mantener una cartera de clientes más o menos activa. Ni hablar de captar nuevos trabajos. Fue consciente de que la absorción de la asesoría por parte de Constanza había salvado sus finanzas y que, si no fuese por aquella inversión, aquel trabajo no tendría futuro alguno.

Frank vio que el reloj se acercaba peligrosamente a las nueve. Aguardaría una hora más y después se iría a casa. Cerró los ojos. Nada, solo unos cuantos segundos envuelto en un apacible sopor. La Ley de Murphy. Cabeceó, hincó la barbilla en el pecho y abrió los ojos.

Allí estaba, silencioso, observándole desde el umbral, uno de los hombres de los Lázaro. El más bajo. El aburrido. No dijo nada. Solo le indicó con un movimiento de cabeza que le acompañase. Frank salió de la oficina. No se había molestado en llamar a un cerrajero para que le cambiase la cerradura, así que dejó la puerta entornada y lo siguió a la berlina de lunas tintadas.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Frank al llegar a su altura.

—¿Cómo hacemos qué?

—¿Me subo tal cual o me dejáis inconsciente antes? ¿Un saco en la cabeza tal vez?

No se molestó en contestar, tan solo negó con la cabeza

y emitió un chasquido de desaprobación con la lengua antes de subir al coche.

La puerta trasera que daba a la acera se abrió. También lo hizo la ventanilla del acompañante. Ocupando uno de los asientos de atrás se encontraba Víctor Lázaro. El psicópata de su primo estaba sentado delante. Ninguno de los dos le quitó a Frank los ojos de encima. Uno, con su bigotillo arreglado y su gomina y su mirada clara. Sonreía. El otro intentaba imitarlo, solo que su sonrisa era una mueca y su mirada, bovina y sin apenas esclerótica, le daban el aspecto de un animal muerto.

—Hola, Frank.

—Sí, eso, hola, Frank.

La berlina se incorporó al tráfico rodado de Guadalajara con parsimonia. Nada de acelerones bruscos. No tenían prisa por llegar a ninguna parte, tan solo iban a dar un paseo. Torció en el primer semáforo y, tras hacer un cambio de sentido en la avenida del Ejército, enfiló hacia la salida de la capital.

—Gracias.

—No nos dé las gracias, Frank. No se trata de ningún detalle por nuestra parte. Andábamos cerca por otra serie de asuntos que no vienen al caso. Negocios. De no haber sido así, mis hombres le habrían venido a recoger —dijo Víctor Lázaro.

—Les daba las gracias por ser tan considerados. La última vez que nos vimos terminé con un ojo morado y estuve inconsciente en un par de ocasiones.

—No sea rencoroso, Frank. Ya se lo dije. Nos gusta sentar las bases, sobre todo cuando alguien no ha oído hablar de nosotros. No somos gánsteres, ¿verdad, Ulises?

Su primo emitió una especie de bufido a modo de respuesta. Víctor le pidió a Frank que lo disculpase, Ulises se comportaba así siempre que se enfrentaba a un nuevo ajuste en su medicación. Lo dijo encogiéndose de hombros, como si hubiese pasado mil veces por aquello.

La berlina abandonó la autovía por la Ronda Norte. El paisaje se despejó. Los bloques de pisos dieron paso a

campos de cultivo, secarrales, lomas y crestas salpicadas de pinos. Alguna casa de campo, huertas, granjas de gallinas. El hombre de los Lázaro no rebasó el límite de velocidad.

—Bueno, dejémonos ya de gilipolleces. Al parecer, tiene algo importante que decirnos.

Vamos allá, pensó Frank. Le inquietaba saber cómo iban a encajar la noticia. Así que no se demoró más de la cuenta y le dijo a Víctor todo lo que sabía. La aparición del cadáver de Tomás Moreda en el Bornova.

—¿Se lo cargaron?

—No, al menos que sepamos. Aún tengo contactos en la policía. La forense afirma que la hipótesis más probable es la del suicidio.

Ulises se rio de una forma extraña y balbuceó algo que Frank no logró comprender. Víctor levantó ligeramente la barbilla y se quedó con la mirada perdida en el respaldo del asiento del conductor.

—Bien, bien —dijo al rato—. ¿Sabe si lo van a hacer público? ¿Saldrá en la prensa?

—¿Su muerte? —preguntó Frank.

—Su suicidio.

Frank le dijo que no tenía ni idea.

—Sería bueno para el negocio —dijo Víctor—. Dice que tiene contactos en la policía. Asegúrese de que sale en la prensa.

—¿Por qué?

El conductor le echó a Frank un rápido vistazo por el retrovisor. Sacudió la cabeza y, abriendo exageradamente las aletas de la nariz, respiró hondo.

—Lo sé, lo sé. Nada de preguntas estúpidas —dijo Frank.

Víctor le restó importancia con un leve movimiento de la mano.

—Un suicidio es un mensaje. Uno ambiguo. Es bueno para el negocio. No hace falta que digamos nada, todos los que nos deben algo de pasta pensarán que tuvimos algo que ver. La policía sabe que no. Así que todos contentos. ¿Lo entiende ahora, Frank?

—¿Y qué gano yo con eso?

—Veo que comienza a hacer las preguntas apropiadas. Pues... digamos que, si hace lo que le pido, daremos nuestra relación contractual por finiquitada y no volverá a saber de nosotros. ¿Le parece un buen trato?

A Frank le pareció un trato estupendo. Ahora solo quedaba convencer a Méndez.

Ya era noche cerrada cuando dejaron a Frank de regreso frente a la asesoría. El grandullón dormitaba en el asiento delantero. El conductor detuvo el coche y el ronroneo del motor fue sustituido por los ronquidos de Ulises Lázaro.

—La medicación —dijo Víctor.

Frank no contestó, se bajó de la berlina, prendió un cigarrillo y se quedó en la acera observando cómo el vehículo se perdía en la noche de Guadalajara. No se preocupó de comprobar si la puerta del despacho seguía entornada. Se montó en su coche y se largó a casa.

Samael

Al volante de una Transit con la caja ciega, Sam tomó la curva cerrada que habría de colocarle de nuevo en dirección a la ciudad. Pasó de largo el Tanatorio y el edificio adjunto de Medicina Legal. Algo más abajo se encontraba la entrada del Hospital Universitario de Guadalajara. Apenas un centenar de metros separaba ambos complejos. No le pareció mal, le encantaba la simplicidad, la economía de esfuerzos. Si un paciente fallecía, su último viaje (porque Sam creía en la resurrección de la carne, pero no en una vida más allá de esta) se reducía a cruzar una calle.

Dejó la furgoneta en el aparcamiento y entró en el vestíbulo del hospital. Calzaba una gorra, gafas de pasta y un mono gris de trabajo, botas con aislamiento de goma y una tarjeta pendiendo del bolsillo del pecho que le identificaba como Sam, solo Sam, sin logos, sin catalogación profesional. Consigo portaba una caja de herramientas y una garrafa de diez litros vacía.

Todo el conjunto, como un segundo disfraz, invitaba a pensar que se dedicaba al mantenimiento de las instalaciones del hospital.

Dio las buenas noches y atravesó la sala de Urgencias, torció en uno de los pasillos, dejó atrás los ascensores. Se cruzó en su camino con un par de mujeres. Batas blancas. Una de ellas llevaba una tablilla en la mano; la otra, un café que removía con un trozo de plástico. No le miraron. La clave para colarse en cualquier área del hospital, de cualquier hospital, era caminar con la seguridad del que sabe hacia dónde se dirige.

Bajó unas escaleras de servicio. Buscaba la salida por el muelle de carga.

Tres minutos más tarde salía al frío de la calle. Noche oscura sin estrellas. Se deslizó en la penumbra como una sombra más. Localizó un camión en la zona más alejada del muelle. Se acuclilló junto al vehículo, sacó una goma de la caja de herramientas y retiró el tapón del depósito de combustible. Colocó la goma y se llevó el otro extremo a la boca. Succionó con fuerza hasta que notó el metálico sabor de la gasolina. Escupió e introdujo la goma en la garrafa. Cuando tuvo diez litros, recogió todo y se acercó al enrejado. De la caja de herramientas sacó la navaja técnica. Tanto valía para cercenar un cinturón de seguridad con un solo movimiento de muñeca como para abrir un agujero en la verja oxidada de la tapia trasera del hospital.

La entrada de Medicina Legal, a pie de calle, distaba un buen puñado de metros de la de Urgencias, pero, desde donde se encontraba, a ambos recintos solo los separaba aquella valla descuidada.

El resto del trabajo fue incluso más sencillo.

Con un destornillador hizo saltar la cerradura de la cancela por donde solían acceder los vehículos que transportaban los cadáveres en su último viaje. Una vez dentro, la seguridad se reducía a puertas con barras de seguridad anticierre. Dio con el cuerpo de Tomás Moreda en el depósito. Su nombre rezaba en una de las puertas de las cámaras refrigeradas. Tiró de la bandeja metálica. Chirrió hasta quedar a su altura. El fiambre estaba cubierto con un grueso plástico verde; del dedo gordo del pie colgaba una etiqueta. Nombre, edad, un número de referencia que Sam intuyó que identificaba al médico que había efectuado la autopsia y la sala de la misma.

Descubrió el rostro de Moreda.

Cadavéricas las facciones de su cara.

Las cuencas de los ojos vacías.

—Ahora sí que pareces un monstruo —le susurró al muerto—. No tenías por qué hacerme correr tras de ti en aquel bosque. No tenías por qué, pero lo hiciste. Esa fue tú decisión. Igual que elegiste saltar desde aquel barranco. —Suspiró resignado con la mirada fija en las oscuras

oquedades de aquel rostro sin vida—. Mi cuchillo habría sido más piadoso, eso tenlo por seguro.

Cubrió de nuevo el cadáver, empujó la bandeja sobre los raíles, cerró la puerta del refrigerador y abandonó la morgue. La sala de autopsias número uno se encontraba al final del pasillo. Hizo saltar el perno de la cerradura con la punta de la navaja y se coló dentro. De fondo, bajo el aséptico olor de los disolventes, como una estela persistente en el cielo, flotaban los efluvios dulzones de la muerte.

Un hedor metálico y visceral.

El encargo recibido le indicó que buscase aquello que el Monstruo había robado: dientes de niños bañados en plata. Los llevaba encima cuando saltó al río. La pregunta era si los conservaba cuando encontraron su cuerpo.

Enseguida comprobó que sí. Los encontró dentro de una nevera acristalada que despedía una tenue luz azulada. Se hallaban suspendidos en un líquido ambarino dentro de un recipiente cilíndrico y transparente.

En la pegatina:

Dientes de leche.
Supuesto baño de plata.
Tomás Moreda.

Sam sonrió en la oscuridad. Se guardó el cilindro en el bolsillo y regresó al pasillo donde tenía la garrafa con los diez litros de combustible.

Diez minutos más tarde dio las buenas noches en el mostrador de Urgencias y abandonó el hospital con su caja de herramientas y su garrafa vacía. Desde la carretera vio cómo su infierno particular iluminaba la noche. Las primeras llamas lamían las paredes del edificio de Medicina Legal.

De vuelta a su casa no se cruzó con ningún camión de bomberos.

Ya tenía la cabeza puesta en su siguiente encargo. Pero eso sería más adelante, antes tenía que afilar la hoja de sus cuchillos. No porque los fuese a necesitar. Nunca usaba su

propia herramienta para simular un suicidio.

Pero entonces, ¿para qué?

Porque tú eres Samael.

Recuérdalo.

21

Después del incendio. Antes del entierro. Llovía. Sin acritud, un vaporoso manto de agua como un sollozo contenido sobre la ciudad de Guadalajara.

Méndez caminaba pensativo bajo la lluvia. Y es que aquello era lo mínimo que podía hacer después de todo. Le pasó el caso de Tomás Moreda a Constanza porque, a decir verdad, le traía sin cuidado lo que pudiera haberle ocurrido al Monstruo de los cojones. ¿A quién diablos le importa un tío que mató y enterró a sus hijos en algún lugar del bosque? A alguien como Abraham Constanza, a nadie más.

Además, sabía que, aunque le hubiese hecho caso a la madre de Tomás Moreda, una desaparición, sobre todo en adultos, hasta pasado un tiempo prudencial no se consideraba de riesgo. Luego resultó que su cadáver apareció flotando en un río y no se sentía culpable, eso no, pero sabía que, aunque no lo sintiese en absoluto, lo suyo era hacer de tripas corazón, acercarse al entierro y ofrecerle su pésame a la madre del Monstruo.

Luego estaba lo del incendio. Santana le había dado la noticia aquella misma mañana.

—Han llamado —dijo en cuanto Méndez apareció a primera hora por el despacho—. Un incendio. Dependencias de Medicina Legal. Anoche.

—¿Accidental?

—Según el perito, intencionado.

—¿Daños?

—No mucho. Por lo visto el fuego afectó solo en la sala de autopsias número uno. Los bomberos no tardaron en llegar. También ha dejado un mensaje la forense.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. Quería hablar con usted personalmente.

Y con esto en la cabeza enfilaba el último tramo de la calle Toledo cuando recibió la llamada. Sintió el móvil vibrar en el bolsillo. Lo dejó sonar. Dos, tres, cuatro veces.

—Méndez —dijo.

Era la forense.

—Llamaba para decirle que han desaparecido las muestras encontradas en el estómago de Moreda. Los dientes de leche bañados en plata.

—¿En el incendio?

—No —dijo la forense—. Si hubiesen quedado dañadas en el incendio, se lo habría dicho. Han desaparecido. Alguien se las ha llevado, eso es lo que estoy tratando de decirle.

Le dio las gracias y colgó la llamada.

Méndez sintió un gran peso caer sobre sus hombros. No podía asegurarlo, pero intuía que otro tipo de tumor se gestaba entre las sombras, uno que crecía más allá de su propio cuerpo.

Porque aquello no podía ser fruto de la casualidad. Los Lázaro, la muerte de Moreda y un incendio provocado donde desaparecen unos dientes que debían ser enviados al Anatómico Forense.

Solo tenía una cosa clara. Nada de aquello debía llegar a oídos de Frank. Méndez conocía demasiado bien a su amigo. Si se enteraba de aquello, nada ni nadie podría impedir que siguiese investigando. Y, joder, era la única persona en el mundo que todavía le importaba algo.

Siguió camino del cementerio. La lluvia arreció a su paso por una tienda de amplios escaparates. Saldos, Ropa de niños, Tallas Grandes. Se detuvo y observó su imagen reflejada en la cristalera. El tipo del otro lado se deshacía emborronado por el agua. Pensó que algo muy parecido debía de estar ocurriendo en su interior. El puñetero cáncer haciendo de la suyas, deshaciéndolo por dentro. Se mandó a tomar por culo y se instó a seguir caminando cuando sintió un agudo dolor en el pecho.

Reprimió un golpe de tos y se quedó sin resuello. Méndez apoyó las manos en las rodillas y agachó la cabeza.

El agua le golpeaba en la coronilla y se escurría por los laterales de su cabeza, el puente de la nariz y el mentón. No se movió.

Míralo por el lado bueno, se dijo. Quizá sea la última vez que te calas bajo la lluvia.

Entonces llegó un nuevo acceso que no pudo contener y, esa vez sí, un repentino golpe de tos lo dobló por la mitad. Quedó sentado con la espalda apoyada en el escaparate. Cerró los ojos. Puntos de luz como descargas eléctricas entre nubarrones estallaron tras sus párpados.

Lloró del esfuerzo antes de perder el conocimiento. No pudo ver una sangrienta flema flotando sobre un charco a sus pies. Y tampoco pudo ver cómo, segundos después, arrastrada por la corriente, fue a perderse en la oscuridad de una boca de alcantarilla unos metros más allá.

Cuando despertó, se encontraba en una cama del hospital. Al principio le costó salir del sopor. Luz tenue. El ronroneo de alguna máquina que no podía ver. Intentó moverse, pero las cánulas introducidas en las fosas nasales le rasgaron por dentro. Sentía cómo le insuflaban oxígeno de manera regular. Intentó relajarse. Siguió con la mirada el tubo de plástico de la vía intravenosa. Iba de su brazo a una bolsa colgada de un gancho. Supuso que se trataba de algún tipo de calmante.

Giró la cabeza y vio a Frank. Estaba ahí, mirándolo con gesto serio, sentado en una silla junto a su cama. Meneaba la cabeza en señal de preocupación.

—¿Cómo te encuentras?

—Diría que me estoy muriendo, pero lo mismo solo es un puto resfriado —dijo Méndez.

Ninguno de los dos se rio. Méndez cerró los ojos; solo será un segundo, pensó. Pero debió de quedarse dormido porque cuando abrió los ojos de nuevo Frank ya no estaba allí.

Entre sueño y sueño, cuando Méndez recuperaba la consciencia, se encontraba con Frank la mayoría de las

veces. Por lo visto, no se había separado de él en ningún momento. Siempre le preguntaba lo mismo. ¿Es de día o de noche?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

Luego volvía a dormirse. En realidad, lo preguntaba para saber si seguía con vida. Una vez había leído que el infierno era eso, repetición. La misma mierda una y otra vez. Y como estaba convencido de que no había sido buena persona y de que iba a ir derechito al infierno cuando muriese, quería estar seguro. Una eternidad despertando una y otra vez con el aburrido de Frank ahí sentado, sin decir nada, sería un verdadero coñazo.

Un par de días después le retiraron el oxígeno. También le debieron de bajar la dosis de calmantes o lo que diablos fuera que le estaban dando, pues ya no se quedaba adormilado a cada rato. Sus pulmones sonaban como una locomotora enfisematosa, pero, por lo demás, no se encontraba del todo mal.

Fue a verle Constanza. Le miraba con su sonrisa triste de siempre y se atusaba su bigote a dos colores. Hablaron de esto y de aquello y, ante la insistencia de Méndez, terminó por contarle cómo había ido el entierro de Tomás Moreda. Dijo que apenas habían asistido media docena de personas, contando al cura y al tío de la pala que debía darle sepultura.

—¿Y ya está?

—Ya está, Méndez. Fin de la historia.

—¿Me harías un favor?

—Claro.

—Asegúrate de que también sea el fin de la historia para Frank.

—¿Por qué?

—Tú solo prométemelo. Sé de lo que hablo.

Abraham Constanza le dio su palabra antes de marcharse.

Esa misma tarde, justo después de una merienda frugal a base de leche y galletas, se dejó caer por allí el

subinspector Santana. Venía acompañado del comisario, su jefe, el Gordo Garrido. Cortesía profesional. Rostro de circunstancias. A pesar del carácter de Méndez, eran compañeros de trabajo. La visita no duró mucho. Lo justo para soltar las frases de rigor y para comunicarle que había sido cesado en el mando. Baja permanente.

—Lo siento.

—No pasa nada, ya lo suponía —dijo Méndez—. Además, la función debe continuar.

El comisario mudó su semblante, apretó los labios, se despidió y abandonó la habitación. Santana se acercó a la cama cuando se quedaron solos. Se acomodó la montura de las gafas de pasta.

—Joder, jefe. Es de admirar.

—¿De qué se supone que estás hablando si puede saberse?

—Pues de su entereza. De cómo se ha tomado lo de su cese. De que la función debe continuar...

A Santana lo tragaba, lo consideraba un buen policía, pero estaba claro que todavía le faltaban un par de clases sobre retranca e ironía policial. No sé molestó en explicarle que el Gordo Garrido (que había tratado de expedientarle en más de una ocasión), en realidad, se había ido de allí indignado. Méndez lo consideraba un payaso sin gracia. Y el comisario lo sabía.

A la mañana siguiente, el día en que debían darle el alta, al despertar se encontró con la doctora Rivas. No llevaba una tablilla en las manos, no había nada más que consultar. La suerte ya estaba echada. Claro que no lo dijo con esas mismas palabras, pero es lo que le dio a entender a Méndez.

—Mi médico dijo que tenía hasta Navidades. Por el amor de Dios, eso fue hace tan solo unos días. Pensé que antes de morir podría darme el jodido gusto de verme delgado.

—Esa era la previsión optimista —le dijo Rivas—. Ha sufrido un síncope. Un desvanecimiento por privación de oxígeno. Hoy, a lo largo del día, le daré el alta, pero no se

engañe, señor Méndez: cuando además de sus pulmones comiencen a fallar otros órganos, la cosa irá a peor.

La doctora guardó silencio. Sabía que los pacientes en aquellas circunstancias necesitaban tomarse su tiempo para asimilar esa clase de noticias. Méndez contestó casi en el acto, como si todo aquello, el saber que tenía los días contados, no fuese más que un detalle inoportuno.

—Vale, ¿de cuánto tiempo hablamos?

La doctora negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—No sabría decirle. Está claro que es usted un hombre fuerte. Tiene la metástasis muy extendida. Lo que me extraña es que haya estado tan bien hasta ahora. Otros pacientes en su estado suelen estar sedados la mayor parte del tiempo. Los dolores de espalda se vuelven insoportables. Pierden peso con gran rapidez. Está claro que ese no es su caso.

Entonces Méndez sí que guardó silencio. Se quedó con la mirada perdida en las inútiles e inservibles flores de plástico que alguien durante esos días había dejado en su mesilla. La doctora Rivas poco más tenía que añadir. Aun así, dijo:

—¿Me permite darle un consejo?

—Normalmente soy yo el que dice eso —dijo Méndez — y sé que, cuando lo digo, nadie suele hacer ni puñetero caso. Pero aquí quien manda es usted, así que, qué coño, adelante.

—Voy a darle el alta. Aproveche que todavía es capaz de valerse por sí mismo y ponga todos sus asuntos en orden. No todos tienen la oportunidad de hacerlo.

Y dicho esto, la doctora Rivas le dejó a solas en la habitación.

Méndez se quedó mirando las flores de plástico como si en ellas estuviesen las soluciones a todos sus problemas. Se levantó y se acercó adonde se encontraban. Tenía las rodillas anquilosadas de haber estado tumbado tanto tiempo. Crujieron. Arrastró los pies hasta la otra esquina de la habitación mientras se sujetaba la abertura de la espalda

e intentaba caminar con la poca dignidad que ofrecía la ropa de hospital.

La luz de la mañana dibujaba un cálido triángulo sobre el lacado de la madera. La tarjeta se encontraba dentro de un pequeño sobre blanco sin remitente. Rasgó el lateral con sus dedazos. Dentro, un cartoncillo. Sin dibujos.

Llevas toda la vida peleando por los asuntos
de lo demás,
ha llegado la hora de que lo hagas por ti.
Te desea lo mejor,
A.

Era la letra pulcra de su exmujer. Los ojos le escocían. Vamos, no me jodas, se dijo. Tragó, pero no había nada que tragar excepto el nudo en la garganta. Ahogó el sollozo en su antebrazo. Era la primera vez en muchos años que lloraba. Y no pudo dejar de hacerlo hasta pasado un buen rato.

Cuando llegó la enfermera con el informe de alta médica, del tiesto solo asomaban los tallos descabezados de las flores. La enfermera miró a Méndez pero no dijo nada. Estaba acostumbrada a que a los pacientes terminales les diese por hacer cosas raras.

22

Constanza le pidió (más bien le obligó) a tomarse un par de días libres tras el entierro de Moreda. Dos días con sus dos noches en los que Eliana tiempo tuvo de olvidarse del caso y de atiborrarse a comida basura.

Nada de alcohol, nada de desaparecer hacia dentro.

Se lo tomó con relativa tranquilidad. El teléfono sonó una sola vez, lo hizo en la tarde del segundo día e interrumpió una película que seguía con desinterés. Era alguien que se había equivocado al marcar. Le pareció bien, porque no todo el mundo necesita compañía. ¿O sí? Estuvo el resto del día dándole vueltas al asunto. Hablando consigo misma. No llegó a ninguna conclusión. No hubo acuerdo y se acostó disgustada.

Por la mañana, ante el espejo, todavía se notó algo de rencor en la mirada. Porque podía discutir en soledad, pero hacer las paces consigo misma siempre le llevaba algo más de tiempo.

Salió de casa y se dirigió al trabajo montada en su Vespa. Agarró el atasco de primera hora de la mañana y el cabreo de la noche anterior se disipó rápidamente. Sorteó los coches y el aparatoso rodar de los camiones y cruzó el puente bajo la Nacional. El asfalto todavía rezumaba la humedad de la lluvia de los últimos días. Devolvía el vago reflejo espejado de los faros a su paso.

Como un mal recuerdo.

¿Acaso los había buenos?

No empieces, ¿quieres?

En la planta superior del Sombrero se respiraba el confortable ambiente de tranquilidad mezclado con el olor a cerrado y a suelo recién encerado. El ligero tufo rancio de los cigarrillos de Constanza apenas estaba presente, lo cual

le hizo pensar a Eliana que el viejo llevaba días sin aparecer por su despacho. Silencio. Hasta allí arriba no llegaba el barullo de la gran sala de la planta baja, ni el timbre de ningún teléfono, ni el ruido de la fotocopiadora a todas horas.

Pulsó el botón de encendido de uno de los ordenadores, no tenía nada que hacer hasta que Constanza le asignase un nuevo encargo. Así que decidió que no perdía nada por rescatar el listado de teléfonos de centros psiquiátricos que había estado recopilando la otra tarde. Intentaría localizar a la exmujer de Moreda y le pasaría la información a Frank. Si es que seguía interesado, claro. Mientras arrancaba el equipo informático, se acercó a la pecera y asomó la cabeza entre la puerta. Sobre la mesa del despacho de Constanza, en una pila bien ordenada, toda la correspondencia por abrir. Amalia la había ido dejando en la bandeja y había creado una buena montonera de papeles.

Dejó la puerta entornada, regresó al ordenador y se quedó unos minutos mirando el monitor. No recordaba cuándo fue la última vez que Constanza no se dejó caer por allí dos días seguidos. No, no lo recordaba. Sacó el móvil del bolsillo. No necesitó revisar llamadas ni mensajes. Buscó su contacto y marcó el número. Apagado o fuera de cobertura.

Se mandó a su propio correo electrónico el documento con el listado de teléfonos y apagó el ordenador, se echó la bandolera al hombro y abandonó la sala. Luego tomó el ascensor. En el breve trayecto de bajada se miró en el espejo y se obligó a sonreír. Sin venir a cuento. Una mueca forzada que no duró más que un par de segundos. Enseguida volvió a ser ella misma, con su mirada perdida, impotente, como una abeja atrapada en su propia melaza.

Abandonó el ascensor y fue en busca de Amalia. Alguien la saludó sin mucho entusiasmo. Esperaba a que la fotocopiadora dejase de escupir papeles. Eliana pasó de largo. Dejó atrás la gran sala de trabajo, que olía a tinta de impresora, café y lociones mañaneras.

La recepcionista estaba sentada sola contemplando un

gran tazón de café donde metía los restos de un bizcocho con parsimonia.

—¿Sabes algo de Constanza?

Negó con la cabeza. Terminó de mascar, tragó el bocado y se pasó la punta de la lengua por los dientes.

—Hace dos días fue al hospital a visitar a un amigo —dijo Amalia cuando pudo pronunciar palabra.

Eliana sabía que el policía que Frank le presentó en su casa después de que unos matones le pusieran el ojo morado, el tal Méndez, había sufrido un desvanecimiento en plena calle. Al parecer estaba en las últimas. Constanza y Frank se enteraron tras el entierro.

—Desde entonces no me coge el teléfono —añadió.

Eso tampoco era propio de Constanza, pensó Eliana.

Se despidió de Amalia y salió del Sombrero.

También hacía dos días que no llovía pero, al contrario que su jefe, los charcos seguían allí, destilando su olor a humedad y reflejando un sol que apenas templaba sus huesos.

Frank conducía su viejo y destartalado Chevy camino de la casa de Méndez. El inspector recibió el alta médica y abandonaron el hospital a eso de las diez de la mañana. No habían hablado gran cosa y, desde que se subió al coche de Frank, el silencio se deslizó entre los dos como la pesada losa de un ataúd. El policía iba con los ojos entrecerrados, sereno, casi como si estuviese aturdido y le molestase la luz del día. Frank le observó de reojo, los dos días de hospital le habían pasado factura. Su piel había adquirido un color mortecino y la ropa le caía más holgada.

Pisó el freno y se detuvo en un semáforo frente a una glorieta en la que habían plantado grandes rodales de césped, de cuyos parterres asomaban rosas rojas y blanquecinos nardos.

—Odio las putas flores.

Frank asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa. Cuando el semáforo cambio a verde, rascó la caja de

cambios al meter primera y pisó el acelerador.

—¿Se puede saber qué cojones te hace tanta gracia?

—Bueno, me tienes preocupado.

—¿Y...?

—Y nada. Que sigas odiando me parece una buena señal.

Sonó el teléfono. Era Eliana y Frank dudó si responder o no. A su mente acudió lo último que hablaron cuando Constanza dio el caso de Moreda por cerrado. No quería que Méndez se enterase que seguía dándole vueltas al asunto. Podía resultar un verdadero peñazo si se lo proponía. Y como si le estuviese leyendo la mente, le preguntó:

—¿No contestas? —El colmillo le asomaba entre los labios.

Frank se resignó y cogió la llamada. Manos libres. La voz destemplada de Eliana se escuchaba lejana y le llegó ahogada desde los altavoces del coche.

—Frank —contestó.

—Me alegra saber que sigues siendo tú mismo.

—¿Qué quieres, Eliana?

—No mucho. Solo una cosita, corazón.

Frank suspiró. Miró de reojo a Méndez, que enarcaba una ceja con socarronería.

—A ver, dime, Eliana.

—¿Sabes algo de Constanza?

—No he vuelto a saber de él desde el entierro de Moreda. ¿Por qué?

—Lleva dos días sin aparecer por el Sombrero y tampoco ha llamado a la oficina —contestó Eliana—. Eso no es propio de él. Voy a acercarme a su casa.

—Lo mismo está enfermo.

—Lo mismo.

Colgó sin despedirse.

Frank encontró un hueco libre frente al bloque de pisos donde vivía Méndez. Un barrio antiguo cuyas casas, como la mayoría de sus vecinos, envejecían a marchas forzadas. Méndez seguía mirándole con la ceja arriba.

—¿Puedes quitar esa cara de una vez? —preguntó Frank dando un portazo.

—Lo que tú digas, corazón.

A Frank no le hizo ni pizca de gracia. A Méndez, sí. Solo que no pudo disfrutarlo. El ramalazo de una carcajada pasó a convertirse en un violento golpe de tos que le hizo doblar las rodillas. Sus pulmones no estaban de humor.

Eliana buscaba la forma de entrar en casa de Constanza. La más sencilla. Porque hay quien, tras la muerte de un familiar cercano, hereda un piso, una casa en la playa o algo de dinero. Joyas, baratijas, menudencias. Otros, los más desafortunados, heredan deudas por pagar. Esa es la parte tangible del asunto. Cosas concretas, palpables, evidentes. Se marchan al otro barrio sin nada, de vacío, como el que ilusionado toma asiento en torno a una mesa de *blackjack* y se levanta de la silla desplumado.

Fin de la partida.

No ponga cara de sorpresa, usted debería saberlo.

Aquí siempre gana la banca.

Cuando murió su tío Óscar, la herencia de Eliana se redujo a un buen puñado de cicatrices. También le dejó una acusada intolerancia al alcohol y, según un psiquiatra al que estuvo viendo durante un tiempo, un trastorno bipolar que, si bien no le impedía interactuar con cierta normalidad, sí que le iba a poner las cosas complicadas a la hora de relacionarse con otras personas.

Eso hablando de cosas concretas. Mensurables. Luego estaban los intangibles, aquellas otras cosas heredadas que no rezaban en ningún informe médico y, desde luego, nunca lo harían en un *curriculum vitae*: colarse en las casas de los demás, por ejemplo.

Y aprendió bien.

Por la cuenta que le traía.

A eso se dedicaba cuando conoció a Constanza. El hombre que le ofreció una nueva vida, una alejada de un futuro más que incierto cuyo final no sería otro que el de

terminar en alguna prisión para mujeres del país.

Por eso se le hizo extraño estar buscando la mejor forma de poder colarse en la casa del viejo. Pero tenía claro que no podía marcharse de allí sin antes echar un vistazo. Cuando llegó, dejó la Vespa aparcada en la acera y tocó el timbre. Nada. El coche del viejo estaba estacionado a la puerta. Intentó echar un vistazo por las ventanas pero tenían las persianas echadas. Desde fuera daba la impresión de que no hubiese nadie en la casa. Vivía en una urbanización a las afueras de Alcalá de Henares. Humildes unifamiliares de una sola altura y un par de habitaciones. Nada que ver con la suntuosa finca que ocupaba antes del asesinato de su hija y de la muerte de su mujer. Allí, el terreno quedaba relegado a un escueto jardín de entrada donde solo crecían las malas hierbas. Si los socios de las juntas de accionistas de sus empresas viesen donde vivía, creerían que había perdido la cabeza. Que aquello no tenía sentido. Para Eliana sí que lo tenía: Constanza era un pobre hombre que solo tenía dinero.

Rodeó la casa. Ningún vecino, ningún perro ladrando. Eligió uno de los ventanales de la parte de atrás. Supuso que daría al salón. Una contraventana de doble hoja. Sin rejas. Apoyó las manos en el cerco y presionó haciendo vacío entre las jambas de aluminio. Cuando soltó de golpe, la cerradura cedió tras un sonoro clic. Levantó la persiana y se coló dentro.

No se equivocó, el escueto salón se encontraba en penumbra. Se detuvo. Intentó captar algún ruido. Un ronquido, una tos, lo que fuera. Algo que confirmara que Frank tenía razón, que quizá Constanza estaba enfermo y que el hecho de allanar su casa solo era una locura de las suyas.

La réplica saltó como un resorte en su cabeza. Una justificación más que razonable, al menos para ella, a lo que estaba haciendo: a ver, se dijo, si no se ha marchado a ninguna parte, ¿por qué está su coche en la puerta? ¿Y por qué no contesta al puñetero teléfono?

Aguardó unos cuantos segundos más en los que tan

solo escuchó el sonido de su respiración. Se puso de nuevo en movimiento. Abandonó el espartano salón, que tan solo contaba con un par de estanterías repletas de libros, un sofá y una mesa de centro, cuyo único adorno era un cenicero atestado de colillas.

El breve pasillo daba a las habitaciones. La que quedaba a mano izquierda debía de utilizarla de trastero. Se encontraba llena de cajas atestadas de enseres personales que, casi con total seguridad, debieron de pertenecer a su mujer y a su hija. Eliana no se atrevió a tocarlas.

La otra habitación era el dormitorio del viejo. La cama estaba deshecha, con la ropa caída en un batiburrillo a sus pies. Sobre una mesilla, una fotografía familiar, un paquete de Lucky, un mechero y otro cenicero colmado de restos de cigarrillos. En la otra mesilla, bajo el plafón de una lámpara encendida, Eliana encontró la cartera de Constanza y las llaves del coche.

No puede andar muy lejos, pensó. Y, en efecto, así era.

La última puerta al fondo del pasillo daba al cuarto de baño. Un tenue haz de luz se filtraba por el resquicio existente entre la madera y el suelo. Nada más tirar del pomo, le asaltó el olor acre y metálico de la sangre. Se llevó la mano a la boca para contener el grito y la amarga bilis que le subían por la garganta.

Ambas cosas al mismo tiempo.

Abraham Constanza yacía sin vida en la bañera. Desnudo. Con las carnes fofas y henchidas de los que llevan tiempo sumergidos en agua. Un agua turbia y sonrosada. La mirada perdida en los azulejos de la pared de enfrente. El rictus de su cara no era otro que una versión severa de su triste sonrisa de siempre. Tenía las rodillas dobladas y los brazos apoyados y estirados sobre sus escuálidos muslos. Las palmas de las manos hacia arriba mostraban los cortes en las muñecas por donde se le había escapado la vida.

Eliana se obligó a dar dos pasos para acercarse un poco más a la bañera. Bajo el agua, por encima del pene fláccido del viejo y de su hirsuto y canoso pelo púbico, un cuchillo reposaba sobre su vientre.

Le temblaban las piernas y tuvo que sentarse en la taza. Con el cadáver de Constanza en la bañera a un metro de ella, y al borde de una de sus crisis nerviosas, le dio por romper a reír en una carcajada chillona y estridente. Al momento, se puso a llorar desconsoladamente.

Aquello también formaba parte de la herencia recibida.

Cuando fue capaz de controlarse, abandonó el cuarto de baño, recorrió el pasillo de vuelta, se dejó caer en el sofá del salón y llamó a la policía.

Interludio

Para Frank, la única manera de salir adelante era centrarse en su trabajo. Había pasado algo menos de un año desde la muerte de Gabriela, tenía el hígado algo más inflamado de lo normal y el corazón roto. Las manos frías y el aliento cálido de los alcohólicos. Y lo peor de todo: era consciente de su fragilidad. Una flaqueza mental que amenazaba con romperle en mil pedazos si se detenía. Tenía la sensación de que, si vacilaba y se dejaba llevar por la pena, ya no le quedaría ningún motivo que mantuviese su corazón en marcha.

Y estaba convencido de que, si eso llegaba a ocurrir, se le abriría un abismo en el pecho y desaparecería. Devorado por el dolor y el rencor que sentía hacia sí mismo. Nada le haría cambiar de opinión acerca de lo ocurrido la noche que su mujer perdió la vida. Fue un accidente, dijo el psicólogo. Frank estuvo de acuerdo en eso. Pero estaba convencido de que pudo hacer algo más. Al fin y al cabo, era él quien llevaba el volante entre las manos. No quería minimizar su parte de culpa.

Tenemos una cuota de responsabilidad en todo aquello que hacemos.

Todo lo que comenzamos.

Las personas a las que fallamos.

Y esa es la razón por la cual se volcó de lleno en el trabajo, hasta el punto de llegar a obsesionarse con resolver aquel caso que le traía de cabeza. Por eso tenía a un hombre maniatado en el maletero de su coche.

Anochecía. Hacia el oeste, el cielo era una pulpa de pizarra y hueso. Las gomas del limpiaparabrisas chirriaban lastimeras una y otra vez sobre la luna delantera del coche; la tormenta se fue tan rápido como había llegado a la

ciudad y la humedad sobre la luna era solo un recuerdo babeante.

A Frank parecía no incomodarle el molesto sonido y mantuvo su postura indolente. Los pies sobre el salpicadero, un cigarrillo moribundo pendiendo de un lado de la boca y una botella de White Label por empezar entre las piernas.

La iban a necesitar. Los dos.

Cada poco consultaba la hora en el reloj del móvil y aprovechaba el movimiento de la mano para palmear las pavesas que caían sobre su pecho.

Y pensaba en la chica Constanza. En realidad, no la llegó a conocer en vida, de manera que pensaba en su fotografía. En un cartón de diez por quince, una instantánea mentirosa que no dejaba entrever lo que estaba por venir. La chica Constanza era frágil, menuda, bonita. Sonreía a la cámara y entrecerraba los ojos con timidez. En aquella imagen siempre tendría veinticuatro años. Una delicada flor que tuvo la mala suerte de crecer entre las grietas del asfalto.

Frank llevaba la fotografía de la chica en el bolsillo. De vez en cuando rozaba sus bordes con las yemas de los dedos. Se había convertido casi en un acto reflejo. Una manera como otra cualquiera de prometer que terminaría el trabajo. Se la había dado el padre de la chica mientras buscaba su cadáver en uno de los vertederos de la ciudad.

Recordaba el día. Hacía calor y los efluvios dulzones de la basura llegaban a su nariz como diciendo que era imposible que algo tan bello estuviese enterrado allí. Sin embargo, Abraham Constanza estaba convencido y regresaba al vertedero día tras día. Como las ratas y las cucarachas, pasó a ser un habitual. Bajo la mirada de los que nada sabían, era solo un loco con una pala. No le importaba, pues ya no concedía entrevistas.

Por aquel entonces, nadie buscaba ya a la chica Constanza. Ni policías, ni jueces, ni fiscales.

Solo Frank.

El cigarrillo se consumió al ritmo de sus cavilaciones. Miró de nuevo el reloj, lanzó la colilla por la ventanilla y

bajó los pies del salpicadero. Había llegado el momento. Se encontraba aparcado en un camino de tierra que serpenteaba por las faldas de un cerro a las afueras de Guadalajara, cerca del límite de provincia, un lugar lo suficientemente elevado para ver como las luces de la periferia salpicaban la oscuridad eclipsando la boina gris de la capital.

No es el paisaje lo que le había llevado hasta allí, era la antigua granja de gallinas abandonada que había al final del camino de tierra.

De los asientos de atrás agarró una bolsa de lona. La dejó caer a sus pies y tiró de la cremallera. Metió la botella de *whisky* junto a la maroma, la lámpara de queroseno y la navaja de barbero. Se echó la bolsa al hombro y se perdió en la oscuridad de la vieja granja. Instantes después, una tenue luz titilaba a través de una de las ventanas sin cristales.

Cuando regresó, abrió el maletero y se quedó mirando a Rafael Escolano: el asesino confeso de la chica Constanza. Se retorcía dentro del maletero en posición fetal, con las manos y los pies atados con cinta aislante y una mordaza en la boca. Parecía querer decir algo, balbuceaba.

—Ya tendrás tiempo de hablar —dijo.

Lo dejó caer en el suelo sin miramientos y lo arrastró de los pies al interior de la vieja granja. Ya tenía preparada la soga. Le pasó el lazo alrededor del cuello y tiró de la maroma hasta dejar a Rafael Escolano de puntillas. Ató el extremo de la cuerda en un poste, se acercó y le sacó la mordaza de la boca.

Lejos de cagarse de miedo, el chaval, porque al fin y al cabo solo era un chaval, comenzó a echar espumarajos por la boca.

—Mañana me verá un juez, capullo de mierda —dijo cargado de odio—. Y le pienso contar que me has sacado de mi celda y me has torturado.

—¿Dónde enterraste a la chica?

Se las apañó para escupir, soltar una carcajada y mantener el equilibrio al mismo tiempo.

—Yo voy a ir a la cárcel, pero tú también. Allí nos veremos.

—¿Dónde enterraste a la chica?

—Jódete.

Frank dio lumbre a otro de sus cigarrillos.

—Cuando cambies de opinión y quieras decirme dónde la enterraste, házmelo saber. Si no puedes hablar, escupe, parpadea muchas veces, lo que sea antes de morirte.

Y no es lo que dijo, sino cómo lo dijo. Con la serenidad y la determinación del que sabe que está a punto de arrebatarle la vida a otra persona. Y Rafael Escolano lo supo incluso antes de que Frank comenzase a tirar de la soga. Lo vio en unos ojos que, como los suyos, habían pasado por aquel mismo trance.

—Está bien, te lo diré.

Y se lo dijo. La chica estaba enterrada en una antigua gravera. Quedaba no muy lejos de allí. Cerca del río. Conocía el lugar. Frank negó con la cabeza.

—Créeme, tío, te lo juro. Es la verdad.

—Te creo.

Y le creía, pero continuó tirando de la cuerda hasta dejar a Rafael Escolano suspendido a una cuarta del suelo. No le valió de nada el pataleo. Vio fluctuar estrellas más allá de sus párpados y notó cómo la oscuridad se abría paso desde su pecho.

Frank tardó medio minuto en arrepentirse de lo que estaba haciendo. Soltó la soga y el cuerpo de Escolano cayó como un fardo. Aflojó el nudo corredizo. Sus pulmones comenzaron a llenarse de aire con urgencia. Con los ojos desorbitados y enrojecidos por la ruptura de algunos de los capilares, comenzó a boquear como un pez fuera del agua.

Frank lo arrastró de vuelta al coche y lo metió de nuevo en el maletero. Recogió la soga y la lámpara de queroseno y se puso en marcha.

Camino de la gravera, estiró su brazo hacia los asientos de atrás y tanteó dentro de la bolsa de lona. Segundos después, sin soltar el volante, le pegó el primer tiento a la botella de *whisky*. Necesitaba un trago antes de llamar a su

jefe.

Quedó con Méndez en la gravera.

—Ya puede ser importante.

—Lo será si traes una pala.

Un par de horas después habían desenterrado los restos de la chica Constanza. La botella de *whisky* iba por menos de la mitad. Se quedaron mirando retales de un vestido manchado de barro y lo poco que quedaba de ella.

—Tenemos que avisar a la familia —dijo Méndez.

—Sí.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Me lo dijo Escolano.

Estaban apoyados en el maletero del coche de Frank. Cercos de sudor en sus camisas. Tierra entre los dedos que sujetaban sendos cigarrillos torcidos.

—Recuérdame que cuando regresemos a comisaría me pase por su celda y le dé las gracias a ese cabronazo.

—Puedes dárselas ahora mismo si quieres —dijo Frank —. No está en su celda. Está justo debajo de tu culo.

—Tiene que ser una broma. Dime que es una maldita broma, Frank.

—Compruébalo tú mismo.

Frank se levantó del coche y se alejó unos pasos. Estaba algo borracho. Se quedó mirando el agujero excavado en la tierra. La luz de la luna iluminaba tenuemente lo que una vez fue la chica Constanza.

Méndez abrió el maletero y se quedó con los ojos clavados en el interior. Comenzó a maldecir y a darle patadas al parachoques trasero.

—Mañana se lo dirá al juez, yo me hago responsable.

—Claro que te vas a hacer responsable, lunático de los cojones —gritó Méndez—. Frank, este tipo está muerto.

La noche no había hecho más que empezar.

Cuarta parte

Matrioska

Samael

Sam sabía que la verdadera naturaleza de las personas mostraba su auténtico rostro en los momentos finales y tuvo que reconocer que Constanza había abandonado este mundo con una dignidad asombrosa. No intentó negociar una salida, no imploró por su vida y tampoco intentó escapar. Llevaba demasiado tiempo en el negocio. A pesar de su aspecto frágil y descarnado, el viejo estaba hecho de una pasta muy diferente a la del resto.

Una mezcla de aplomo, determinación y saber estar.

Sam lo supo en el mismo momento en que el viejo abrió la puerta de la casa y le colocó el cuchillo en el cuello. Apenas hablaron. Sam le fue ordenando una serie de cosas que Constanza obedeció con diligencia.

—¿Tiene armas de fuego en casa?

Negó con la cabeza.

—Entonces el proceso será algo más lento. Vamos a la cocina.

Eligió un cuchillo, le ordenó que se desnudase y luego le indicó que llenase la bañera. Cuando el agua ocupó las dos terceras partes, le dijo que se metiese dentro.

—Supongo que esto es el final.

—Solo el suyo. Las palmas hacia arriba.

El cuchillo de cocina del viejo no estaba bien afilado. Los cortes desgarraron la piel y los tendones de sus muñecas. Su sangre comenzó a derramarse. Flores rojas se devoraron unas a otras al caer al agua. Peces difusos y oblongos veteaban el cuerpo flojo del viejo y teñían el agua del color de un cielo en llamas.

No cerró los ojos. Sonrisa triste.

—¿Puedo saber por qué? —dijo antes de perderse en un sueño.

—¿Acaso una serpiente justifica lo que hace? ¿O un lobo?, ¿o un león? No, señor. Solo es el orden lógico de las cosas. Donde otros ven el mal, nosotros vemos orden en el caos. Yo solo soy el instrumento, la carne débil y putrefacta al otro lado del cuchillo. Porque yo soy Samael, nosotros somos Samael.

—¿Nosotros...? —la pregunta de Constanza sonó casi como el incomprensible balbuceo del que habla en sueños.

—Sí, señor, nosotros. Porque Samael vive en nosotros y nosotros somos legión.

Esas fueron las últimas palabras que el viejo escuchó en vida.

Abandonó este mundo con su sonrisa triste de siempre bajo su bigote a dos colores. Le reconfortaba la idea de saber que pronto estaría más allá del dolor con su mujer y su hija.

De aquello apenas quedaba nada en su recuerdo.

Y ya solo le restaba una cosa por hacer. Recoger las cenizas del «perro». Así que hizo que el taxi atravesara media ciudad para dejarlo frente a una clínica veterinaria. Le dijo al taxista que esperase. No pensaba tardar. El conductor le miró por el retrovisor.

—Usted manda.

Sam regresó a los cinco minutos con una pequeña urna bajo el brazo. El taxista volvió a echarle otra mirada por el espejo.

—Ayer incineraron a mi perro.

—Lo siento —dijo.

—Cosas que pasan. A la estación de autobuses.

Y lo que ocurrió fue que, tras finalizar el asunto de Constanza, a Sam le encargaron que se deshiciese de los dientes de leche bañados en plata que había recuperado de la sala de autopsias.

Por completo. Asegúrate de que no quede rastro.

Sam sabía que la única forma de hacer desparecer dientes humanos era la incineración y el posterior molido

de los restos. Tanto los huesos como cualquier otra parte dura que hubiesen sobrevivido a la cremación quedaban pulverizadas al pasar por la tolva de molido.

Y eso hizo. Se acercó a la perrera municipal y adoptó un perro. Una sucesión de jaulas. Orejas gachas y rabos entre las piernas. Un almacén lúgubre y mal ventilado donde todos eran ojos zalameros entre los barrotes.

—¿Cuál quiere?

—El más viejito que tengan.

—A este lo íbamos a sacrificar mañana.

—Pues este.

Rellenó los papeles. El animal no dejó de menear el rabo en ningún momento. El chucho le lamía las manos cada poco.

—Estos animales son muy agradecidos —dijo la joven que atendía las adopciones de la perrera—. Apenas se acaban de conocer y mírelo, se lo come a besos. —Sam estuvo de acuerdo.

El perro murió dos horas más tarde. Sam ató un cordel a un quitamiedos de la carretera y le pasó el otro extremo alrededor del cuello. El animal no hizo amago de moverse en ningún momento. Allí se quedó esperando hasta que Sam, a toda velocidad, le pasó por encima con la furgoneta que tenía alquilada. Antes le había hecho tragar al perro los dientes de leche.

Cosas que pasan.

Abonó la carrera al taxista y se perdió entre los pilares del aparcamiento. En el primer cubo de basura que encontró, tiró la urna con las cenizas del perro.

Atravesó la estación de autobuses y salió por la entrada principal. Y caminó por la acera perdiéndose entre las calles de la ciudad. Cemento, vidrio, acero y hormigón. Con el ir y venir de sus gentes. Una pequeña y ridícula Babilonia. El cielo, un tapiz insulso.

Y en Samael toda idea se desvanecía para volver a surgir.

Pues el infierno no es otra cosa que repetición.

23

De fondo, violín flamenco.

Párvula luz sobre la madera lacada. Cálidos rodales se deslizaban sobre la barra en forma de ele. Casi con timidez. Solo iluminaban las bebidas servidas y las manos de sus clientes. Sus rostros quedaban en la penumbra. Los taburetes, con el cuero zurcido, atornillados al suelo. Más allá de la barra, un camarero taciturno acostumbrado a no servir cafés a primera hora de la mañana. A ninguna hora. Sobre su cabeza, el lema del local, un cartel que rezaba: ESTO ES UN BAR DE COPAS SERIO.

No se dejaba caer por allí desde hacía años. El mismo tiempo que llevaba sin beber algo más fuerte que una cerveza. Había vuelto esa misma tarde después del entierro de Abraham Constanza y lo hizo con desgana, como el reo que se dirige al patíbulo, arrastrando sus pies hacía el garito bajo los últimos ramalazos de un sol moribundo.

Frank apuró su copa. Solo quedó el hielo tintineando contra el cristal. Salió del Bublé poco después del anochecer y se dirigió a casa con el periódico bajo el brazo. El felpudo volvía a estar del revés. «Sonríe y sé feliz». Le dio la vuelta con la punta de la bota antes de dejar la puerta cerrada con la llave trabada dentro. No se molestó en dar las luces. Tiró la cazadora en el sofá y fue en busca de la botella de *bourbon* que tenía bajo el fregadero.

La había comprado aquella misma mañana. Sin vaso, a gollete. Tragos de a poco. Apenas sentía el frío de la noche. Se quedó sentado en su silla de lona en la terraza con el viejo chal de su esposa sobre los hombros. No esperaba la llegada de ningún tren en concreto. Tan solo se sumergió en sus cavilaciones con los ojos perdidos en las vías del tren.

Todavía llevaba encima el periódico. Al día siguiente se

lo llevaría a Méndez. La muerte de Abraham Constanza ocupaba una breve necrológica en las últimas hojas. Bla, bla, bla. Luego: «Tus familiares, amigos y socios no te olvidan». Como si en vida hubiese estado rodeado de personas queridas.

No fue así. Ni si quiera en su viaje final. A su entierro solo acudieron una docena de personas. Amalia, Eliana, Santos (que había cogido un vuelo desde Barcelona), Méndez, un par de tipos trajeados que debían de ser socios de alguna de las empresas de Constanza, algunos empleados del Sombrero y el propio Frank. Nadie más.

Metieron su féretro en el panteón familiar, donde aguardaban los restos de su mujer y su hija. Y eso fue todo. Nadie hizo preguntas. Al menos, no en voz alta. Todos daban por buena la versión de la policía. La casa estaba cerrada por dentro. Ningún signo evidente de violencia. Solo el cuerpo enjuto y marchito del viejo desangrado en la bañera.

Eliana, claro está, tuvo que dar muchas explicaciones. Pasó gran parte de aquel día sentada a una mesa de la comisaría. Al fin y al cabo, era ella quien había llamado a la Policía y se encontraba en casa de Constanza cuando llegó. Cuando corroboraron que trabajaba para el viejo y comprobaron su coartada, la dejaron marchar con alivio.

El día antes del entierro habían podido echarle un ojo al atestado. Fue Méndez quien solicitó una copia del informe.

El ángulo de los cortes se correspondía con aquellos que cabría esperar de alguien que se cercenaba las venas. Las heridas de las muñecas encajaban con la hoja del cuchillo encontrado sobre su cuerpo. Informe toxicológico: en su sangre, nada de alcohol ni trazas de fármacos ni rastro de otro tipo de sustancias. Tampoco hallaron ninguna carta. Se fue sin despedirse y sin esas últimas palabras en *off* de los suicidas.

Y a pesar de lo sorprendente del asunto, hasta Frank dio por buena la información. ¿Quién sabe qué pasa por la cabeza de alguien que decide quitarse la vida? Ya lo había

visto otras veces. Sobre todo en policías. Compañeros que un buen día te sonreían en el coche patrulla y al siguiente se metían el cañón en la boca y apretaban el gatillo.

Pero eso fue antes de acercarse al quiosco y comprar la prensa del día. Antes de entrar en la tienda de ultramarinos de su barrio y hacerse con una botella de *bourbon*.

Ahora, y a pesar de los informes, ya no las tenía todas consigo. Y es que Frank había hablado con Méndez la tarde que salió del hospital. Un poco antes de recibir la noticia de la muerte de Constanza. Le contó su entrevista con los Lázaro y, bien sea por que le pilló flojo de ánimo o porque quería evitarle problemas a Frank, Méndez accedió a filtrar la noticia de la muerte de Tomás Moreda.

Y había salido en la prensa aquel mismo día. El asunto ocupaba media página. A mitad del periódico. Sección de sucesos. «Muere El Monstruo de la Tejera Negra». Nada nuevo para Frank hasta que leyó el último párrafo. El periodista, según fuentes oficiales, aseguraba que se trataba de un suicidio. Uno que nadie lloraría. Y más sabiendo que el Monstruo había abandonado esta vida sin decir dónde enterró a sus hijos. Luego añadía que, cuando se le realizó la autopsia, hallaron en el interior de su estómago dientes de leche bañados en plata. Presumiblemente unos dientes que pertenecieron a sus hijos. Y, como de corrido, enlazaba esta noticia con otra publicada en el mismo periódico días atrás.

El incendio provocado en la sala de autopsias número uno de Medicina Legal. Aquí el artículo volvía a citar presuntas fuentes policiales que aseguraban al periodista que, durante el incendio, habían desaparecido los dientes de leche bañados en plata.

Cerraba el artículo sin darle muchas vueltas. Sin conjeturas de ninguna clase. Solo: «Un misterio más que añadir a uno de los casos de desaparición de menores más famosos y mediáticos del país».

Esa era la razón por la cual Frank pensaba llevarle el periódico a Méndez al día siguiente. Quería que le diese explicaciones. Y más después de la muerte de Constanza.

Porque suicidio o no, una cosa estaba clara, y es que Frank no creía en las casualidades.

El viento había perdido su aroma de otoño y el barrio viejo olía a estufas de *pellets* y al gasóleo quemado en las calderas comunitarias. El sol de la mañana apenas templaba los huesos.

La silueta del inspector quedó recortada cuando abandonó su portal. Tiró de las trabillas de los pantalones. Ya no tanto para acomodarlos bajó la barriga, sino porque parecían quedarle un par de tallas más grandes. Las mangas de la chaqueta, demasiado largas, como si además de perder peso hubiera menguado en estatura y encogido de hombros. Frank lo observó desde la ventanilla, el cristal emitió un sonido lastimero al descender. Méndez renqueó hasta el coche. Lo rodeó y se dejó caer agotado en el asiento del copiloto. Para sentarse no tuvo más remedio que quitar antes el periódico y lo tiró a los asientos de atrás.

—Qué poco sutil.

—¿Lo has leído?

Méndez le mostró su colmillo con gesto de agotamiento. No solo su ropa parecía más holgada, los mofletes habían perdido su tersura sonrosada de siempre. Unido a sus párpados descolgados, Frank tuvo la sensación de estar mirando la cara de un sabueso tristón.

—Claro que lo he leído, joder. Le dije al periodista que se ciñese solo a la muerte de Moreda. Sube la ventanilla y arranca de una vez, me estoy quedando helado.

Frank giró el volante, puso el intermitente y se incorporó a la carretera. Enfiló por la calle Toledo y tomó la rampa de salida a la autovía. Se salió por el siguiente desvío para entrar de nuevo en la ciudad de Guadalajara. Era lo más rápido para llegar a la comisaría.

—¿No pensabas contarme lo de los dientes de leche?

—No —contestó Méndez.

—Te pregunté si había algo más en la autopsia, ¿recuerdas?

—Tengo los pulmones como la puta raíz renegrida de un árbol muerto, pero la cabeza todavía me funciona. No me fastidies, Frank. Claro que lo recuerdo. Yo también recuerdo que me dijiste que lo dejabas.

Silencio. El semáforo cambió de rojo a verde.

—Supongo que mentimos fatal.

—De puta pena.

—Entonces supongo que no vas a dejarlo —añadió Méndez.

No era una pregunta.

—Sabes que no puedo. Todo el asunto de Moreda... Su muerte. El incendio, los dientes. —Hizo una pausa frente al edificio de la comisaría—. Y ahora Constanza.

—Se suicidó. No tiene nada que ver.

—Supongo —dijo Frank—, pero tengo que asegurarme.

Méndez abrió la puerta del coche.

—No tienes que hacer una mierda. Redimir lo de tu mujer ayudando a otras personas puede que tenga algo de sentido en tu puñetera cabeza. No lo comparto, pero créeme que lo entiendo. Además, Frank, en este caso no hay nadie a quien salvar. El Monstruo está muerto y, por el amor de Dios, sus hijos desaparecieron hace más de treinta años.

—Esto no tiene nada que ver con Gabriela.

Méndez sacudió la cabeza con pesar. No contestó. Se quedó mirando la comisaría. Era el día en que todo aquello llegaba a su fin. Le habían llamado para que recogiese sus cosas. El inspector bajó del destartalado Chevy de Frank, cerró dando un portazo y, con las manos dentro de los bolsillos de su gabán, recorrió los pocos metros que lo separaban de las puertas batientes del edificio policial.

Frank se quedó dentro del coche. Cuando perdió de vista a Méndez, golpeó el salpicadero. Fueron tan solo un par de puñetazos a los embellecedores de plástico. Lo dejó cuando uno de los policías uniformados que vigilaban el acceso a la comisaría se acercó al coche.

—¿Se encuentra bien, amigo?

—Solo intento salvar a alguien.

—¿A quién, si puede saberse?

El policía echó un vistazo al coche por si había alguien más en los asientos de atrás, alguien a quien no hubiese visto.

—No lo sé —dijo Frank—, supongo que a mí.

El policía le aguantó la mirada unos segundos. Ceño fruncido cargado de suspicacia. Al final lo dejó estar y regresó a la garita de entrada.

No le quitó el ojo de encima.

Con los chalados nunca se sabe.

Mientras Méndez caminaba por los pasillos de la comisaría, se cruzó con un par de compañeros. Asintieron con la cabeza cuando estuvieron a su altura como diciendo vaya putada. Eso fue todo. Cuarenta años de servicio estaba claro que le habían servido para ascender, pero no para hacer amistades. Imaginó que no le tenían preparada ninguna fiesta de despedida en su unidad. Y aunque así fuese, no se quedaría. Sería como asistir a su propio velatorio.

En las oficinas solo se encontraba Santana. Se levantó nada más ver a Méndez. Se acomodó sus gafas de pasta. Tensó la mandíbula, cara de circunstancias. Le dijo que el resto de la unidad había salido a un seguimiento. Y lo dijo como intentando justificar la ausencia total de personal. Méndez pasó junto al subinspector y le palmeó el hombro.

—Bueno —dijo—, tú estás aquí.

La luz del despacho era pobre y sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra. Alguien había dejado una caja de cartón sobre su mesa con su nombre escrito a rotulador en una de las solapas. Se sentó en su butaca de cuero gastado y se quedó un buen rato con el gesto serio mirando a su alrededor, tratando de acompasar su respiración y despidiéndose mentalmente de todo aquello.

Llamó a Santana. Su cabeza asomó por la puerta tras tocar con los nudillos.

—Usted dirá, jefe.

—¿Podrías hacerme un último favor antes de que me marche?

—Claro.

Cuarto de hora después, Santana asomó de nuevo las narices por la puerta.

—Jefe, el expediente que me ha pedido. Puede llevárselo, es una copia.

Méndez le dio las gracias, agarró la carpeta que le ofrecía Santana y salió del despacho tan solo con la foto de su mujer.

—¿No se lleva la caja?

—No —le dijo a Santana antes de despedirse—, se la dejo al siguiente que venga y ocupe mi puesto. La va a necesitar para sacar todas mis mierdas.

Se negaba a salir de allí con una caja de cartón en brazos. Como si uno pudiese embalar cuarenta años de su vida.

El trayecto de vuelta a casa no dio para mucho. Los dos viejos amigos descubrieron que apenas tenían nada que decirse. Frank pensó que quizá fuese porque todavía andaban molestos el uno con el otro.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

Esperó que se les pasase pronto y pudiesen volver a sus silencios cómodos de siempre.

—No te llevas gran cosa.

—Solo la foto de mi exmujer —dijo Méndez—. No quiero que el siguiente que plante su culo gordo en la silla se lleve una impresión equivocada de mí.

—¿Y eso? —preguntó Frank señalando la carpeta que su amigo llevaba sobre las piernas.

—Esto es para ti. Considéralo mi regalo de despedida.

—¿Sí? ¿Y qué es, si puede saberse?

—La copia del expediente de Tomás Moreda. De cuando lo detuvieron. Sé que no vas a dejarlo y también sé que lo conseguirías por tus propios medios, así que he decidido ahorrarte las puñeteras molestias.

—Gracias.

—Puedes meterte las gracias donde te quepan. Tú solo prométeme una cosa, ¿quieres?

Frank estrangulaba el volante con ambas manos, le miró de reojo sin perder de vista la carretera y sacudió la cabeza.

—No creo que te sirva de gran cosa. Los suicidios de Moreda y Constanza no tienen relación con lo que pasó hace más de tres décadas. Pero si encuentras... algo, lo que sea, la más mínima señal de que todo lo que ha ocurrido está relacionado con la desaparición, se lo pasas a la policía y te olvidas.

Los dos amigos guardaron silencio. Pensando en sus cosas y con la vista perdida más allá del cristal; miraban el discurrir del tráfico y de los conductores, con sus nudillos crispados y sus caras vacías mordidas por la prisa.

24

La reunión en el Sombrero estaba prevista a las seis de la tarde. Eliana y Santos atendían a las explicaciones del abogado apoyados en una esquina del vestíbulo con los brazos cruzados. Además de ellos dos, en silencio y con evidentes signos de frustración y preocupación, asistía el resto de la plantilla.

Tan solo unos segundos después de presentarse como el albacea personal del señor Abraham Constanza, el abogado extrajo de su maletín un buen puñado de papeles que se repartieron con rapidez entre todos los asistentes. Y para que no quedasen dudas al respecto, comenzó a detallarles lo que tenían en las manos. Una de las últimas voluntades de Constanza: tras su muerte, Constanza Desaparecidos echaba el cierre.

Toses, carraspeos y algún que otro comentario airado, aunque la noticia no les cogiese por sorpresa. El que más y el que menos sabía que todo aquello lo financiaba el viejo de su propio bolsillo.

Y, lo más importante, aquel trabajo no reportaba ningún beneficio.

El abogado les explicó que el señor Constanza, al ser consciente de esto, decidió que, si algo le ocurría, todos los trabajadores recibirían, además de su finiquito, una gratificación por los servicios prestados y la parte proporcional, repartida en partes iguales, correspondiente de la venta del edificio.

—Y esto quiere decir que, cuando se tase el inmueble y se proceda a su venta, todos ustedes recibirán una parte de los beneficios. Es lo que Abraham Constanza quería y así lo dejó consignado. ¿Hay alguna pregunta? ¿No? Bien, pues solo me queda decirles que deben recoger sus cosas entre

hoy y mañana. En un par de días se va a proceder a la limpieza del edificio y a su cierre.

Aguardó unos instantes antes de darles las gracias por su asistencia, cerró el maletín y se marchó por donde había venido. Eliana y Santos fueron los primeros en salir del Sombrero y lo vieron alejarse. Su pelo pajizo y quebradizo se despegaba del cuero cabelludo y aleteaba de lado como el plumaje de un pájaro muerto en la carretera.

Santos tenía el culo apoyado en el frío metal de unas de las farolas de la calle. Los pantalones le caían arrugados sobre unos zapatos gastados y los faldones de la camisa le asomaban desiguales bajo la chaqueta. Eliana, a horcajadas sobre su Vespa con el casco entre las piernas, observaba cómo todos los trabajadores iban saliendo del Sombrero en busca de sus coches.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Con el dinero? —preguntó Eliana.

Santos se rascó con desazón dentro del nido de avispas que era su ensortijada barba.

—Con tu vida.

Eliana se encogió de hombros. No tenía ni la menor idea.

—¿Y tú?

—Tenerife.

No le sorprendió, porque si Santos siempre definía sus casos por los lugares a los que viajaba, por qué no habría de hacerlo con el resto de su vida.

Se estrecharon la mano y se desearon suerte. Eliana se colocó el cascó en la cabeza, metió las llaves en el contacto, arrancó el motor de su motocicleta y dejó el pasado a sus espaldas. El único faro de la Vespa alumbraba la carretera y sus lindes. No iluminaba gran cosa.

Como un futuro incierto que se acercaba a gran velocidad.

El tipo que ocupaba el taburete de al lado sonrió y revolvió el interior de su cóctel con una pajita. De fondo, pop latino,

no muy alto, lo justo para no tener que andar gritando. Quería seguirle el rollo. Estaba convencido de que aquella noche tendría suerte. Una mujer guapa no se sienta a charlar al lado de uno así porque sí. Eso era ley de barra de bar. Todo el mundo lo sabía. Y aquella mujer no había dejado de hablar desde que se sentó a su lado; así que decidió seguirle el rollo.

—La vida —dijo Eliana acodada en la barra— está compuesta de aquellas cosas que pensamos. Las que recordamos. Deudas que adquirimos que nunca seremos capaces de devolver...

Todavía no le había pegado el primer trago a su bebida. Giraba el vaso de cristal con las manos como buscando las palabras apropiadas en los peces de hielo que buceaban en el *whisky* de malta.

—... Y, créeme, no hay nada peor que sentirte en deuda con alguien a quien nunca podrás devolverle todo lo que ha hecho por ti.

—Sé de lo que hablas —dijo el tipo.

—¿Sí?

—Claro, estoy pagando hipoteca.

Joder, será cretino el tío, pensó.

Levantó el vaso, brindó por el viejo y por olvidarse de todo durante una noche, y por los imbéciles, a quien seguro que también los quiere Dios. Todo esto dijo antes de beberse la copa de un trago y abandonar el garito.

Después de aquello, nada. La nada más absoluta, en la que se sumergía cada vez que tomaba una gota de alcohol. Una amnesia como un cielo negro, una piel sin estrellas tatuadas. Una caída hacia el olvido que duró hasta que abrió los ojos a la mañana siguiente.

No sabía dónde se encontraba, pero a diferencia de otras veces, el olor que flotaba en aquella habitación le era tremendamente familiar, el mismo que emanaba de la camiseta de hombre que llevaba puesta bajo las sábanas.

De algún lugar de la casa le llegó la sordina de una radio. Se sentó en la cama. Ni rastro de su ropa. Su bandolera colgaba del respaldo de una silla. Se levantó.

Descalza y ligeramente mareada, se acercó a la única ventana. Los fraileros estaban echados. Tiró del cordel y quedó bañada por un amanecer timorato. El sol parecía esconderse tras los achaparrados bloques de pisos que daban al este. Posó la palma de su mano en el cristal. Sintió el frescor del relente y la humedad en su piel. Entonces la ventana comenzó a vibrar. Una reverberación que se extendió a las paredes, como si aquella habitación se estremeciese de frío.

Acababa de pasar el primer tren de la mañana.

25

Frank pasó la tarde estudiando en profundidad el expediente que le había pasado Méndez. Calentó café y se sentó a la mesa de la cocina.

En un papel aparte fue anotando los detalles importantes. Cada hora, más o menos, hacía una pausa, agarraba la botella de *bourbon* de debajo del fregadero, se lo pensaba, negaba con la cabeza, se llamaba estúpido, la volvía a guardar sin desenroscar siquiera el tapón y seguía leyendo.

Aquellos papeles hablaban de muertes y desapariciones. Como una enfermedad contagiosa que no hubieran conseguido erradicar y hubiese llegado hasta el momento actual llevándose por delante a Moreda y a Constanza. Porque Frank se obligó a tener la mente abierta y no dar por supuesto que ambos hombres se habían suicidado.

Uno quería averiguar qué fue de sus hijos y apareció muerto en las aguas del Bornova, con dientes de leche bañados en plata en su estómago.

Aquello no tenía ningún sentido. La muerte de Constanza, menos.

Frank no veía al viejo con un cuchillo de cocina en la mano, metiéndose desnudo en la bañera y diciendo hasta aquí he llegado. No. Porque si algo tenía claro es que Constanza era más fuerte de lo que podía parecer a simple vista. Había visto la entereza de aquel hombre en los peores momentos imaginables. En la identificación del cadáver de su hija y en el posterior entierro.

Una entereza que el propio Frank hubiera querido para sí tras la muerte de Gabriela. De haberla tenido, no habría matado a un hombre y no habría perdido su trabajo.

Dejó de darle vueltas a la cabeza y se centró en el expediente.

Veamos qué tenemos aquí, dijo.

Las fotocopias estaban dispuestas atendiendo a la cronología de los hechos. Y si algo le quedó claro a Frank desde el principio fue que se trataba de un caso complejo. Siempre que alguien es condenado por asesinato sin que aparezcan los cuerpos, lo es. Pero aquello... Conocía la historia de oídas, pero desconocía los detalles, cosa que no le extrañaba en absoluto, pues cuando ocurrieron los sucesos en la Tejera Negra, Frank contaba con apenas diez años de edad. Con el paso de las páginas descubrió aspectos inquietantes de la investigación.

Joder, pensó, ¿se puede saber en qué historia me he metido?

Repasaba lo escrito y seguía tomando notas. Los papeles abarcaban desde 1987 hasta hacía solo unos días. Un cálculo mental rápido le vino a confirmar que los niños, de seguir con vida a día de hoy, tendrían más o menos su edad.

La primera hoja era una exposición de hechos redactada por el guardia civil que atendió la primera llamada. Firmaba con su número de agente, imposible saber su nombre. Constaba el número de teléfono y la persona denunciante. Se trataba de la exmujer de Tomás Moreda:

> En Guadalajara, domingo, a 23 de septiembre de 1987 y siendo las 23:17 horas, el Agente abajo firmante y destinado en la Central Operativa de Servicio (COS) atiende la siguiente llamada efectuada por Dña. Carmen Taboada.
>
> Y transcribo (no literal):
>
> Que al parecer del Agente, la denunciante, tras su identificación, expresa gran preocupación por el paradero de sus hijos. Ambos menores de edad (mellizos).
>
> —Enrique Moreda Taboada (6 años).
>
> —Rosa María Moreda Taboada (ídem).
>
> A la pregunta de lo ocurrido, la denunciante manifiesta que en el día de hoy su exmarido, D. Tomás Moreda, se llevó a sus hijos al bosque a pescar y a pasar el día. Que

están en trámites de separación y que, según el preacuerdo que firmaron, le tocaba tener a los niños durante el día y devolverlos a su casa antes de las 21:00 horas. Que ha intentado localizarlo llamando al teléfono que Tomás tiene en el piso alquilado en el que ahora vive, pero que no contesta a sus llamadas. Que a pesar de tener una mala relación a causa de la separación, su exmarido nunca había dejado a sus hijos de vuelta en casa más allá de las nueve de la noche.

A las preguntas del Agente de dónde se pueden encontrar, la denunciante manifiesta que lo desconoce, que en otras ocasiones en las que los niños han ido a pescar y a pasar el día con su padre, dicen haber visitado el río Sorbe y el río Bornova, pero que podrían estar en cualquier parte de la zona boscosa conocida como la Tejera Negra.

Por parte del Agente de servicio se recaba información sobre la residencia de la denunciante y de su exmarido y se participa a los Puestos de la Guardia Civil de Atienza, Cantalojas, Cogolludo, Humanes y Jadraque respectivamente para que efectúen gestiones sobre lo sucedido.

Después, avanzando más en el sumario, salieron a la luz los problemas que arrastraba Tomás Moreda con el alcohol. El abogado defensor que, a pesar de lo mediático del caso, fue el de oficio que atendió en primera instancia a Tomás Moreda, manifestó que los problemas de su cliente con la bebida se vieron agravados por el proceso de separación. Esto no supuso ningún atenuante en la pena ni en reducción alguna de condena.

La siguiente diligencia, datada a las cinco de la tarde del día siguiente, era la denuncia presentada por la madre de los niños en persona en el puesto de la Guardia Civil de Jadraque. La información aportada, prácticamente la misma que había ofrecido la noche anterior. En aquel momento, tanto su exmarido, Tomás Moreda, como sus hijos llevaban sin dar señales de vida cerca de veinte horas.

A Frank le pareció que el tiempo trascurrido entre la llamada al COS y la denuncia era demasiado para una madre preocupada. Frank no sabía si algo de aquello le iba a servir de ayuda o no, pero tomó nota de ese dato.

Los documentos posteriores eran dos exposiciones de hechos redactadas por los agentes de servicio de un par de patrullas de los puestos de la Guardia Civil más cercanos al lugar de la desaparición y una motorizada del SEPRONA, que se acercó para dar apoyo desde Guadalajara. Según los informes, peinaron durante todo el lunes siguiente los cauces del Bornova y el Sorbe y recorrieron las sendas más comunes de la Sierra Norte de Guadalajara. Más tarde se ampliaría el radio de búsqueda a toda la comarca que comprendía la Tejera Negra. Nada. Resultado negativo.

Ni rastro del padre y sus hijos. En las hojas siguientes, extraídas del atestado principal del caso, se narraba la detención de Tomás Moreda y su traslado a dependencias de la Comandancia de la Guardia Civil de Guadalajara.

Frank intentó imaginarse lo ocurrido.

Al parecer, la central COS recibió un aviso a eso de las ocho de la tarde. Una colisión en la CM-1001, kilómetro 55. Implicados: un camión que volvía sin carga desde Atienza y un turismo. Más concretamente un Suzuki Vitara, el mismo modelo de todoterreno que, según rezaba en la denuncia, manejaba Tomás Moreda.

Los primeros en llegar al lugar del siniestro fueron los guardias civiles de Jadraque. Movilizaron a un equipo de Atestados de Tráfico del destacamento de Guadalajara. De los informes se desprendía que no hubo que lamentar víctimas mortales. Según manifestó el camionero, el todoterreno salió del cruce a toda velocidad y, dado el resultado y las vueltas de campana posteriores, también sin mirar. No pudo hacer nada por evitar la colisión. La sorpresa se la llevaron al identificar al conductor del Vitara. Pasaron su filiación por transmisiones y resultó ser Tomás Moreda. El mismo al que llevaban buscando todo el día.

Lo sacaron del coche con unos cuantos cortes y magulladuras, un severo golpe en la cabeza a la altura de la sien y en un alto estado de ebriedad.

Según el informe de atestados, se encontraba consciente pero apenas se valía para mantenerse en pie.

De los niños, ni rastro.

Frank levantó la cabeza del expediente. Estaba claro que iba a necesitar más café.

Pasó de página y se encontró con un parte médico del servicio de Urgencias. A Tomás Moreda lo trasladaron al hospital. Se lo pudo imaginar engrilletado a la baranda de la camilla. Lo había visto en multitud de ocasiones. Después de reyertas a navajazos, encontronazos violentos con individuos a los que había que detener o tras una persecución que, como norma general, terminaban en una salida de vía.

Historias así. Según Frank, un coñazo en cualquier caso. Ya que después del subidón de adrenalina no podías trasladar al detenido a dependencias oficiales y terminar con el engorroso papeleo y dar carpetazo al asunto. Qué va. Lo que venía a continuación eran horas y horas de tediosa custodia junto a una camilla en el hospital, hasta que le diesen el alta al detenido de turno.

Y lo que leyó en la siguiente página era un clásico entre los clásicos. Tan clásico como el «Yo solo conducía», «No sé por qué se me detiene»; el manido «Yo no he hecho nada» o el que más odiaba Frank: «Usted no sabe con quién está hablando».

En este caso, lo que manifestó Tomás Moreda a los agentes que lo custodiaban fue que no se acordaba absolutamente de nada de lo ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas.

Según el parte médico y los diagnósticos posteriores, la desorientación y la pérdida de memoria podría deberse al traumatismo craneoencefálico que presentaba el paciente en la sien derecha. No estaban seguros.

La tasa de alcohol en sangre no era tan significativa como pensaron en un principio. Lo que más llamó la atención fueron los restos de sustancias tóxicas encontrados en su organismo: psilocibina, muscimol, ácido iboténico y ketamina.

Frank dibujó un par de interrogaciones en uno de los márgenes del expediente. Algunas de aquellas sustancias, como la ketamina, usada por los violadores para anular la

voluntad de sus víctimas, le eran conocidas. De las otras no había oído hablar. Se preguntó si la mezcla de todas ellas sería la responsable de conformar un cóctel capaz de hacer perder la memoria a un hombre.

Siguió leyendo. A Tomás Moreda le dieron el alta un par de días después; para entonces, ya todo el mundo pensaba que a los niños debía de haberles pasado algo grave. Seguían sin aparecer.

Fue entonces cuando llegó a la cobertura mediática del caso. Un par de recortes de periódicos. En uno de ellos, de la provincia de Guadalajara, se veía a Tomás Moreda saliendo por la puerta del hospital con un guardia uniformado de cada brazo. Las manos, envueltas en una chaqueta y la barbilla clavada al pecho. Un artículo escrito en media página en la sección de sucesos. El titular: «¿Dónde están tus hijos?».

La siguiente fotocopia era de un periódico de tirada nacional. Página completa. Entre otra serie de cosas, se trataba el tema de las patrullas vecinales por el bosque. Todo ello coordinado por un puesto de control y gestión de la Guardia Civil. La carpa la ubicaron en las afueras de la localidad de Hiendelaencina. En el aparcamiento del Camping El Marquesado. El mismo donde encontraron la caravana de Moreda.

La fotografía no era de buena calidad. El centro de la imagen lo ocupaba un par de guardias civiles repartiendo panfletos frente a una carpa montada sobre el terreno. Al fondo, la falda de los montes en su descenso hacia el valle del Bornova. A un lado, en la esquina inferior derecha, estaba Mami con un caldero en las manos. La dueña del *camping*. Pudo reconocerla a pesar de la baja resolución. Por su aspecto, en aquella época ya debía de rondar los cuarenta, quizá más. A su lado un par de chicos jóvenes que no pudo identificar. Uno de complexión fuerte, el otro chupado, escurrido y seco. Al niño de dos años que tenía a sus pies sí pudo identificarlo. Era Lolo. Se enroscaba con su único brazo a una de las piernas de su madre. Tomó nota de todo aquello y siguió leyendo.

Centralizaron la búsqueda en aquel lugar basándose en la información que les proporcionó la madre de los niños. De otras excursiones en las que Tomás Moreda se había llevado a sus hijos al bosque. Peinaron los cauces del Bornova y el Sorbe algo más al sur, el bosque de pinos y sus sendas, las principales y las menos conocidas y accesibles. Barrancos, pozas y las ruinas de las antiguas minas. Nada.

Otro periódico. El titular en esta ocasión: «Continúa la búsqueda de los Mellizos de la Tejera Negra». Abajo, un tríptico:

Foto izquierda de los niños sentados en el grueso tocón de un árbol. Les colgaban los pies y sonreían al objetivo. El chico, con cara de pícaro. Pelo revuelto, regordete y mofletudo. La niña era una raspa de pescado al lado de su hermano. Pecosa y pizpireta. Sacaba la lengua a la cámara. El pelo recogido en una trenza que le caía por encima del hombro.

Foto central del puesto de control. Al fondo, las primeras tiendas de campaña del *camping* tras una baranda de madera y un par de caravanas estacionadas en el aparcamiento. En el centro de la imagen, un hombre joven de uniforme. Por los galones, sargento. En cualquier caso, se veía al suboficial entregando papeles a un grupo de personas. Algunos con atuendo de cazador, otros con ropa de calle, vaqueros y botas. Se disponían para una nueva batida. Abajo, en el cuerpo del escrito, se describía aquel panfleto como instrucciones precisas. Una foto en blanco y negro de los críos y las órdenes de no tocar nada, marcar la senda tomada y avisar lo antes posible.

Foto derecha de Tomás Moreda fumando un cigarrillo con los grilletes puestos en la puerta de los calabozos de la Comandancia de Guadalajara. Tras él, la avenida de Castilla. Unos cuantos coches patrulla y, en la acera de enfrente, un reducido grupo de manifestantes con pancartas. En ellas, fotos de los críos, RECUERDA Y CONFIESA y un desmarcado con un DIOS LO VE TODO.

Era el principal sospechoso y seguía manteniendo que no recordaba nada. Ni siquiera el hecho de haber recogido

a sus hijos de casa de su exmujer y habérselos llevado de pesca al río.

Según el artículo, la Guardia Civil era prudente al respecto de la culpabilidad o no de Tomás Moreda. Según declaraciones, presunción de inocencia y bla, bla, bla...

Para la prensa y la opinión pública, era culpable a todas luces y era cuestión de tiempo que confesase qué había hecho con los niños.

Frank se frotó los ojos con los puños.

Un punto de jaqueca comenzó a instalársele en algún lugar indeterminado tras los ojos. Cogió una gragea del cajón y la pasó por el gaznate con el último trago de café frío que quedaba en el fondo de la taza.

La oscuridad era ya casi total más allá de la ventana de la cocina. Las primeras gotas de lluvia golpearon arrítmicas contra el cristal. Hoy dormiré mejor, pensó, no tendré que poner la radio. Se había acostumbrado a llenar el silencio de la noche con voces de fondo. Daba igual de lo que hablasen, economía, política, deportes...

El sonido de la lluvia en los cristales y en los aleros y el agua al correr por los canalones del edificio producían en él un efecto sedante.

Frank consultó su reloj, eran algo menos de las ocho de la tarde. Se sentó de nuevo a la mesa de la cocina y siguió leyendo.

Según los extractos de la sentencia, a lo largo del mes de octubre de 1988, más de un año después, Tomás Moreda fue juzgado y condenado como responsable de la desaparición y asesinato de sus hijos. Durante todo ese tiempo, no se dejó de buscar, los GEAS se sumergieron en los ríos, se amplió la orden a nivel nacional partiendo de la base de que, en las cuarenta y ocho horas que tardaron en dar con el padre, podía haberse movido a cualquier parte del país. Se centraron en todo el entorno natural de la Tejera Negra, sus bosques y sus pueblos. No se dejó por escudriñar ningún paraje, ningún vertedero, ninguna caseta abandonada en mitad del campo. La fiscalía intentó negociar una reducción de condena si confesaba dónde

había enterrado a los niños.

No consiguieron nada y la fiscalía terminó por pedir la pena máxima; el juez se la impuso.

A lo largo del juicio, Tomás Moreda se mantuvo en sus trece y declaró una y otra vez que no recordaba nada de lo sucedido.

Se dieron como hechos probados que Tomás se llevó a sus hijos de casa de su exmujer. En la sentencia se nombraba a un par de testigos. Una vecina que vio a Tomás subir a su todoterreno con los niños a primera hora de la mañana. No solo los vi, es que, al cruzarme con ellos, me dieron los buenos días, manifestó. El otro testigo era el trabajador de una gasolinera situada a la salida de Atienza. Sí, claro que lo recuerdo, dijo. Tomás y yo nos conocemos desde el colegio. Iba con los críos en el coche. Me hicieron burla desde el otro lado del cristal. Me sacaron la lengua y yo hice como que me enfadaba. No era la primera vez, se trataba de unos niños simpáticos y divertidos. Su padre, después de abonar el combustible, les compró unas bolsas de patatas fritas y unas chocolatinas.

Tras el accidente se desmontó el vehículo de Tomás Moreda pieza por pieza. No se encontró nada reseñable a excepción de una caja con sedales y carretes viejos, un tique de compra de la gasolinera, restos de latas de cerveza, una botella de *whisky* vacía y el envoltorio de una chocolatina.

Frank volvió atrás y luego pasó unas cuantas páginas hacia delante. Nada. No encontró por ninguna parte fotos detalladas de cómo quedó el Suzuki de Moreda tras el accidente y su posterior desmontaje. Repasó de nuevo el atestado de la patrulla de Tráfico. Un croquis del accidente, pero ninguna fotografía.

Releyó. Alto estado de ebriedad, pero no se mencionaba nada de los restos de sustancias hallados en su sangre. Tampoco encontró referencia alguna a restos de barro y tierra bajo las uñas o adheridos a la ropa. Se trataba del año 87 y Frank supuso que no se le dio importancia a esto o sencillamente que, en el momento de su detención,

no tuvieron en cuenta que se podía estar hablando de un doble enterramiento.

En cualquier caso, el informe sí describía los objetos hallados en el coche. Entre ellos no se mencionaban herramientas... azadas, picos o palas.

Frank tomó nota. Miró de reojo las puertas del armario que estaba bajo el fregadero. Pensó en la botella de *bourbon* colocada entre el cubo de basura y los productos de limpieza. Debería estar sentado en la silla de loneta de la terraza, se dijo, mirando el puente y las vías del tren, medio borracho y calándome hasta los huesos. Se calentó otra taza de café y continuó con la lectura del expediente.

Se corroboró, por lo tanto, que Tomás Moreda se había llevado a sus hijos, que paró en la gasolinera y que, con independencia de lo que ocurriese con los mellizos, estuvo todo el día bebiendo.

Sin embargo, la prueba más consistente que la fiscalía utilizó en su contra fue el hallazgo practicado por una de las patrullas vecinales dos semanas después de la desaparición. Ampliaron el radio de búsqueda y uno de los componentes fue a dar con lo que parecían los restos de un enterramiento. En un claro en el bosque entre la localidad de Valverde de los Arroyos y el Pico del Ocejón. A unos treinta y cinco kilómetros del lugar donde comenzó la búsqueda. Un trozo de tela rosa asomaba entre lo que parecía tierra removida hacía días. Cuando vieron que se trataba de parte de la manga de un jersey infantil, dejaron de escarbar y dieron aviso.

Hallaron la ropa de los mellizos. La madre confirmó que eran las prendas de vestir con las que sus hijos habían salido de casa. Toda. Calzado, jerséis, pantalones, anoraks, calcetines y ropa interior. Los restos de sangre en una de las perneras de los pantalones pertenecían a la niña.

Se mantuvo el secreto de sumario hasta la celebración del juicio. Cuando todo esto se hizo público, a Tomás Moreda comenzaron a llamarle en todos los medios El Monstruo de la Tejera Negra.

Los cuerpos nunca aparecieron.

El último documento del expediente databa de hacía menos de una semana. Meses después de su puesta en libertad.

Atestado de Policía Judicial: suicidio, levantamiento de cadáver y posterior autopsia practicada a Tomás Moreda.

Leyó:

> Por causas desconocidas se produce la muerte del sujeto por politraumatismo craneoencefálico incompatible con la vida. En el atestado también se mencionaba que, tras la inspección ocular del fallecido, se encuentra documentación que identifica al cadáver como Tomás Moreda. Imposible corroborar en el momento de levantar el cadáver por la alta degradación del cuerpo.

Más adelante, aclaraba que la identificación se produjo al introducir las huellas dactilares en la base de datos SAID. En su ficha, ningún domicilio y ningún vehículo a su nombre.

Frank pasó página.

La última hoja del expediente.

La autopsia.

Se saltó los preliminares técnicos y fue al grano:

> Depredación ojo izquierdo y partes blandas, ojo derecho inexistente en el momento de la muerte.
>
> Análisis de toxicología negativo: ni rastro de alcohol ni drogas ni de otras sustancias reseñables.
>
> Vaciado del canal digestivo, estómago y tracto intestinal: se encuentran en perfecto estado en el interior de la bolsa estomacal un total de seis piezas dentales bañadas en plata. A la espera de resultados de ADN y complementarios, pertenecientes a sujetos menores de edad.

Frank lo volvió a leer antes de cerrar la carpeta. Terminó de anotar aquello sin lograr encontrarle sentido alguno. Tamborileaba con los dedos en la mesa de la cocina.

¿Antes de morir se tragó los dientes?

¿Eran de sus hijos desaparecidos hacía treinta años?

Frank había oído que algunas personas guardaban los dientes de leche de sus hijos como recuerdo. Pero... ¿bañarlos en plata? Eso sin tener en cuenta que aquellas piezas dentales, en concreto, molares, premolares e incisivos, las llevaban los críos sujetas a las encías en el momento de su desaparición.

¿Cómo pudo hacerlo entre el momento de su muerte y la detención?

Cerró el expediente Moreda y consultó el reloj. Todavía era temprano, apenas acaba de caer la noche y no tenía prisa por meterse en la cama. Su lado del colchón era demasiado grande y sus pies estaban demasiado fríos. Volvió a mirar el armario bajo el fregadero.

Mierda, pensó. Y sintió un escalofrío.

Se levantaba en busca de la botella cuando escuchó un golpe sordo. Provenía de la puerta de entrada. No tenía armas de fuego en casa, pero sí su palo de hacer amigos. Así llamaba al bate con la empuñadura forrada de cinta aislante que escondía bajo el sofá del salón.

Asomó un ojo por la mirilla. Las luces de la escalera estaban encendidas pero no se veía a nadie. Tiró de la manija y terminó de abrir la puerta con la punta de la bota. El bate, agarrado con ambas manos por encima de su hombro. Listo para golpear. Bajó el bate.

Eliana yacía inconsciente sobre su felpudo.

26

Frank, con la boca ligeramente abierta y abrazado a un bate de beisbol, dormía en el sofá arropado con un viejo chal de mujer. Respiraba profundamente sin que el ligero ronquido pasase de un bufido de apacible cansancio. Eliana se acercó y se lo quedó mirando. Intentaba recordar cómo había llegado hasta allí, por qué Frank dormía con un bate y lo más importante, ¿dónde diablos estaba su ropa?

Vayamos paso a paso, se dijo. Primero, algo de café. Y tan solo con la ropa interior bajo la enorme camiseta de Frank, abandonó el salón de puntillas como el sospechoso que huye de la escena de un crimen.

Cuando Frank abrió los ojos, Eliana regresaba de la cocina. Ella le dio un sorbo a su café y se quedó mirando la mellada madera del bate.

—¿Eso es por mí?

Frank se desperezó y se sentó en el sofá. Todavía llevaba puesta la ropa del día anterior. Se quedó ensimismado como el que, tras despertar, intenta recordar un sueño. Esperó sin éxito a que las palabras salieran de su boca.

Al cabo de un rato guardó el bate de beisbol bajo el sofá y dijo:

—¿Me prepararías una taza de café?

Sentados uno frente al otro en la mesa de la cocina. Tazas de café recién hecho. Sorbos melindrosos. Luz brumosa al otro lado de la ventana. Las paredes volvieron a vibrar. Frank aguardó a que pasase el tren y luego habló sin apenas levantar la vista.

—Te encontré tirada sobre mi felpudo.

—¿Desnuda?

—¿Qué...?

—Te pregunto si iba en ropa interior. Solo por curiosidad.

—No. Claro que no... —dijo Frank—. Pero estabas calada hasta los huesos. No despertabas, así que te quité la ropa, te sequé, te puse una de mis camisetas y te metí en la cama.

Lo dijo todo de corrido, como el chiquillo que da explicaciones e intenta terminar lo antes posible.

Luego añadió:

—No sabía qué otra cosa podía hacer.

—¿Y mi ropa?

—Tendida en el radiador de la entrada. Imagino que ya estará seca.

Eliana lo miró como si todo aquello fuese de lo más gracioso. Frank clavó la vista en la taza de café. Notaba que sus mejillas ardían. Buscaba una justificación a por qué había desnudado a una mujer que se había presentado en la puerta de su casa hecha un guiñapo. La había sostenido en brazos intentando no mirar las estrellas tatuadas en su piel. Sus cicatrices. Quería olvidar la sensación de llevarla en volandas, su cuerpo tibio. Le había resultado perturbador. Era la primera vez que sostenía en brazos a una mujer desde la muerte de Gabriela. Y por el amor de Dios, estaba en ropa interior. Ella veía su azoramiento con cierta ternura.

—Frank...

—¿Qué?

Iba a disculparse, a decirle que no toleraba el alcohol desde que su tío Óscar la obligaba a beber de niña. Que necesitaba desconectar de vez en cuando del mundo. Pero Eliana se lo pensó en el último segundo, se levantó de la mesa de la cocina y le dio un agua a su taza en el fregadero.

—¿Por qué dormías con un bate?

Frank también debió decirle lo que pensaba: que había escuchado un golpe y..., bueno, que con todo lo que había pasado, decidió sacar el bate de debajo del sofá. Por si las

moscas. También pudo contarle que, tras meterla en su cama, le dio por pensar que quizá había aparecido en la puerta de su casa porque de alguna manera estaba en peligro.

En lugar de eso, no contestó, se levantó y abandonó la cocina. Cuando regresó, Eliana seguía de espaldas en el fregadero aclarando la otra taza de café bajo el chorro de agua. La camiseta le caía como un vestido. Uno muy corto. Apartó la mirada de las piernas negando con la cabeza y sintiéndose tremendamente culpable. Dejó caer sobre la mesa el expediente Moreda. Eliana se secó las manos y se acercó a la mesa. Miró los papeles.

—¿Y esto?

—Por eso no me deshice del bate. Eliana, ya no me fío de nada. Primero ponte la ropa y luego te lo cuento.

Por su tono de voz, Eliana supo que hablaba en serio. Se abstuvo de hacer ninguna coña al respecto y salió de la cocina.

No mucho después, charlaban bajo la entrada al portal. El cielo cerrado, nubes bajas y oscuras, compactas. Charcos sobre el asfalto que reflejaban una ciudad vaga e imprecisa. Como la fotografía mental que tenía Frank del caso de los mellizos Moreda. Carecía de una imagen nítida a la que agarrarse. Tomás Moreda, en términos policiales, era una sombra, alguien sin domicilio, sin vehículo y sin teléfono.

De alguna manera inexplicable, la noche anterior, Eliana había conseguido llegar a Guadalajara montada en la Vespa. Encontraron su moto volcada en la misma acera. El casco, enganchado al manillar, colgaba de la trabilla.

—No estoy segura de querer entender lo que acabo de leer. ¿Crees...? —Eliana dejó la pregunta en el aire.

—Solo creo que hay más —dijo Frank.

—¿De qué hablas?

—De Moreda, de Constanza... Sus muertes... No tiene sentido que uno se suicide después de treinta años. Por la carta que le dejó a su madre, yo diría que en sus últimos días anduvo buscando la verdad. Que la realidad era que nunca supo qué fue de sus hijos. Y fuese lo que fuese lo que

encontró, estaba relacionado con los dientes de leche que tenía en el estómago.

—¿Y el viejo?

—No creo que Constanza abandonase este mundo sin más. Tú piénsalo, ¿quieres?

Y sabía que con aquello la estaba haciendo partícipe de sus sospechas, de su obsesión. Se preguntó si no estaría cometiendo un error.

—¿Y qué se supone que quieres que haga? —preguntó Eliana.

—Me vendría bien algo de ayuda. Sigue donde lo dejamos. Localiza a la exmujer de Moreda. Luego ya veremos. ¿Estás bien para conducir?

—Claro, si te digo que no..., eres capaz de volver a quitarme la ropa.

Por la mirada que la echó, supo que Frank no se había tomado muy bien ese último comentario. Comenzó de nuevo a llover.

—Oye, Frank.

—¿Qué?

—Nada, esto... Gracias.

Entonces Eliana, sorprendida por sus propias palabras, se colocó el casco y se fue pitando de allí. Hacía mucho tiempo que nadie cuidaba de ella sin exigir nada a cambio.

En realidad, hacía mucho tiempo que nadie cuidaba de ella, punto.

Esa misma mañana Frank recibió la segunda visita inesperada del día. El albacea de Constanza esperaba en la puerta de la asesoría bajo su oscuro paraguas. A duras penas el trozo de tela resguardaba su corpachón de la lluvia. Traje gris ceniza. Peinado a raya. Perfil de águila cabreada. Sin embargo, cuando se presentó, su voz sonó meliflua y educada.

—Debería cambiar la cerradura.

—Podría haberme esperado dentro.

—Nunca se me ocurriría, señor Durán. Solo he venido a

traerle esto.

Le entregó un sobre color manila.

—Léalo con atención —añadió el albacea—. Si tiene alguna duda, tiene mi número de teléfono anotado al dorso. Disculpe que no pueda entretenerme. Tengo otros asuntos que atender.

Y, sin estrecharle la mano, el albacea se marchó bajo la lluvia en busca de un taxi que lo devolviese de nuevo a Madrid.

27

El sobre color manila fue a parar a uno de los cajones de la mesa del despacho. Frank se quedó mirando las gotas de lluvia que tamborileaban en el cristal. Según los papeles entregados por el albacea, el viejo no había comprado la asesoría de Frank como le prometió. Liquidó todas las deudas, eso sí, y liberó el aval que pesaba sobre su piso. Pero el propietario seguía siendo Frank. Y había más. Al ser trabajador en nómina de Constanza Desaparecidos, le correspondía, como al resto del personal, una parte de los beneficios que generase la venta del Sombrero.

Se habían girado las tornas, decididamente ahora era él quien se sentía en deuda con Constanza. Aunque el viejo hubiese querido dejar el caso, al menos le debía el averiguar qué había ocurrido en realidad. Tan solo un segundo después se preguntó si aquella idea no sería una excusa más para seguir adelante.

Percibió movimiento por el rabillo del ojo. Alguien se resguardaba de la lluvia bajo el quicio de la puerta. Tos perruna.

Frank miró a Méndez. Era la primera vez en años que lo veía a falta de un buen afeitado. Tenía los ojos perdidos, sin brillo. La papada le colgaba laxa como el arrugado zarzo de un gallo viejo. Le dio las buenas nuevas. La herencia recibida por parte de Abraham Constanza.

—¿Qué te parece?

Méndez se encogió de hombros y levantó una ceja como diciendo: «¡Vaya con el viejo!».

Méndez ocupaba el asiento del copiloto del Chevy. Giraba un cigarrillo entre los dedos, lo maldecía entre dientes y lo

guardaba de nuevo en la cajetilla. Al poco lo volvía a sacar. No se decidía. Se moría de ganas por echárselo a la boca y darle un par de buenas caladas, pero le acojonaba que le diese un ataque de tos. Uno que lo mandase de vuelta al hospital. Estaba convencido de que, si lo ingresaban de nuevo, ya nunca saldría de allí.

Sonó su teléfono. Méndez había cambiado el tono por compases fúnebres. Mensaje entrante de Santana. Ya tenían la dirección del dueño de la autocaravana en la que Tomás Moreda había estado viviendo los últimos meses. Pertenecía a un tal Jesús Valverde, el Chuso. Méndez le dio a Frank la dirección.

El GPS marcó que el lugar se encontraba al noreste, a unos cuarenta minutos en coche desde Guadalajara. Todavía les quedaba un buen trecho del viaje por delante.

—En serio —dijo Frank sin perder de vista la carretera —, ¿estás seguro de que quieres acompañarme?

—¿Sabes lo que me dijo la doctora antes de que me dieran el alta?

—No.

—Que pusiese mis asuntos en orden, que no todo el mundo tenía la oportunidad de hacerlo. Imagino que la muy zorra quería decir que no todo el mundo sabe, como yo ahora, que, en un par de meses, tres a lo sumo, estaré criando malvas. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? —preguntó Frank accionando la palanca del limpia.

La lluvia les dio una tregua, pero las ruedas de los vehículos que circulaban por delante no cesaban de salpicar de barro y agua el parabrisas.

—Pues que me ha llevado menos de un día —dijo Méndez—. Triste de cojones, lo sé. No tengo mujer, no tengo hijos, joder, Frank, ni siquiera tengo un perro que mueva el rabo cuando entro por la puerta de casa. Por otro lado, digamos que me siento responsable de ti. Yo te metí en esto. Y además, están los cabronazos de los Lázaro.

—¿Qué pasa con ellos?

—Imagino que después de publicar la noticia de la

muerte de Tomás Moreda, nada. Pero siempre puedo cubrirte las espaldas.

—Méndez, no necesito una niñera.

—Da igual. No sé qué diablos piensas encontrar. Sigo creyendo que Tomás Moreda se suicidó, al igual que Constanza. Y no, no necesitas ninguna puñetera niñera. Quizá sea yo quien necesita compañía —esto último apenas sonó en boca de Méndez como un balbuceo—. Así que sí, quiero acompañarte.

Méndez encendió el cigarrillo y echó la cabeza hacia atrás mientras aspiraba tranquilamente el humo. Cerró los ojos. Le dio otra calada mucho más breve antes de aplastarlo en el cenicero del Chevy. Bajó cuatro dedos el cristal, sacó el paquete del bolsillo, lo estrujó y lo tiró por la ventanilla.

Sonrió a Frank con la punta del colmillo asomando ligeramente por entre sus exangües labios. Tosió un par de veces sin dejar de sonreír. Luego tosió unas cuantas veces más, pero ya contraía el rostro con su gesto serio de siempre y un brillo de preocupación en los ojos.

Frank condujo en silencio con un nudo en la garganta. Méndez quería acompañarlo no porque se sintiese responsable de nada, sino porque era la forma en la que su viejo amigo había decidido despedirse.

Resultó que la dirección que le había facilitado Santana era la de un garito de carretera que llevaba por nombre Val Club. Por alguna extraña razón, el lugar olía a tarima recién encerada. Lo cual no podía ser, claro. Uno se daba cuenta de esto en cuanto plantaba un pie en el correoso suelo del local. Dada la hora, el antro estaba prácticamente desierto. Un par de hombres ocupaban una de las mesas del fondo junto a la única ventana abierta. Una luz pobre los iluminaba. Bebían cerveza en jarra y jugaban una partida de dominó. Golpeaban con las fichas la superficie desconchada de la mesa. Además de ellos, el único otro habitante del local era un gato gordo y perezoso que dormitaba en el extremo más alejado de la barra. La televisión, colgada de una esquina, estaba apagada. El resto

de las mesas tenían encima las sillas con las patas apuntando a un techo donde las luces mostraban al menos un dedo de polvo y su correspondiente telaraña.

Los hombres dejaron de lado la partida en cuanto los vieron en la entrada del local. Cuando acomodaron los ojos a la oscuridad y pudieron discernir algo más que sombras, vieron que uno de los hombres era el doble de grande que el otro. Y posiblemente el doble de ancho.

Los hombres, sin apenas girar la cabeza, se miraron el uno al otro unos segundos en silencio y asintieron, como en una señal convenida. El gesto no le pasó inadvertido a Frank.

—¿Qué quieren? ¿No ven que está cerrado?

El más grande de los dos fue quien habló. Se puso en pie arrastrando la silla hacía atrás. Quedó bañado por la claridad tristona que se colaba por la ventana. Se trataba de una mole con la piel cuarteada por el sol y cuyo peso le hacía meter las rodillas hacia adentro.

—Buscamos a Chuso Valverde —dijo Frank.

—¿Por qué?

—Porque sabemos que era amigo de Tomás Moreda.

Silencio.

Podría haberse escuchado el zumbido de una mosca. Lo que se oyó fue el crujido de los nudillos del grandote justo antes de que se girase y agarrase la mesa y la lanzase en dirección a Frank. Las jarras de cerveza y las fichas de dominó volaron por los aires. El tipo profirió un grito —que a Frank le sonó algo así como «maniobra de distracción»— y salió corriendo hacia ellos con los brazos abiertos como un gorila desquiciado. Frank esquivó el vuelo de la mesa por un pelo y fue Méndez quien se llevó la peor parte. Cayó despatarrado sobre el sucio suelo del garito en un revoltijo de madera, cristales y fichas de dominó.

Lo último que Frank escuchó antes de que la mole se le viniera encima y lo derribara fue otro grito:

—¡Corre, hermanito!

El otro hombre no se lo pensó dos veces, saltó por la ventana y desapareció. Esto lo pudo ver Frank por el rabillo

del ojo antes de sentir en las costillas el primer golpe que le dejó sin resuello.

Luego vinieron muchos más. Nada grave. A pesar de la distinta corpulencia entre Frank y la mole gritona, los golpes impactaban sin fuerza al carecer del recorrido suficiente. Primero, porque el gigante estaba encima de él, lo cual limitaba sus movimientos. Y segundo, porque los brazos rollizos y pesados no contaban con la velocidad necesaria para hacerle realmente daño.

Los chillidos y los puñetazos cesaron cuando se escuchó amartillar un arma.

El tipo sintió la boca de fuego apoyada en la nuca.

—Como muevas un solo gramo de grasa, gordinflón de los cojones, te juro que desparramo la poca sesera que tienes por este suelo lleno de mierda. Abre los putos brazos.

Méndez apretaba su nueve corto con una sola mano contra la cabeza del tipo mientras Frank intentaba zafarse de él.

Nada, imposible.

—¿Cómo te llamas?

—José María, pero todos me dicen Chema.

Su voz había perdido fuelle y sonó más aflautada de lo que cabría esperar en un hombre de su corpulencia.

—Muy bien, Chema. Ahora, levántate —dijo Méndez.

Lo que ocurrió era que Chema no podía levantarse, no sin ayuda. Así que rodó sobre su barriga, aplastando todavía más a Frank contra el suelo, hasta quedar panza arriba a su lado. Chorretones de sudor le corrían por la frente bulbosa y los carrillos. Y respiraba con dificultad, como si todo aquello le hubiese supuesto un gran esfuerzo.

Frank primero clavó una rodilla en el suelo antes de conseguir incorporarse. En un somero control de daños tras levantarse la camiseta, pudo observar cómo un verdugón purpúreo se extendía como una mancha de aceite en uno de sus costados. Le dolía al respirar y esperó no tener ninguna costilla rota. También se llevó la mano a un lado de la boca. Tenía el labio partido.

Se limpió la sangre con la manga de la chaqueta,

renqueó hasta la barra y se quedó apoyado de espaldas. Luego se lo pensó mejor y, mientras Méndez le ordenaba una y otra vez al tipo que se levantase del suelo, rodeó la barra y agarró una botella de *bourbon*. No se planteó el hecho de usar un vaso, habría perdido más tiempo en limpiarle la roña que en echar un trago.

—¡Que te levantes, joder!

—No me mates —dijo Chema alzando sus enormes manazas como si con ello pudiera repeler un disparo.

—No voy a matarte, solo quiero que te levantes.

—No puedo, tío. Si ni siquiera me veo la polla cuando meo.

Frank le dio un largo trago al *bourbon*. Cuando notó cómo el calor le recorría las tripas, se sintió mucho mejor. Dejó la botella en la barra, se acercó a Chema y le tendió la mano.

—Venga, arriba grandullón.

Mirada de desconfianza.

—Nadie va a matar a nadie. Aquí mi amigo, el de la pistola, es inspector de policía. Solo queremos encontrar al Chuso Valverde y hacerle unas preguntas, ¿entendido?

Chema asintió con la cabeza antes de alzar ambos brazos hacia un techo repleto de telarañas. Frank le agarró del izquierdo y le hizo un gesto a Méndez para que le echase una mano. Este soltó un suspiro de resignación, recogió el martillo con el pulgar y encajó el arma en su cintura antes de enganchar a Chema del brazo derecho.

—A la de tres...

—Creo que nuestros riñones agradecerían que le pegásemos un tiro. Pero sí —dijo Méndez—, a la de tres.

Uno.

Dos.

Tres.

Joder, ¿cuatro?

El gato no se había movido un centímetro al otro lado de la barra. Los miraba con aquella curiosidad felina y apática, poco más.

28

La conversación con la clínica psiquiátrica fue de lo más surrealista. Así se lo pareció a Eliana. Localizó a Carmen Taboada en el sanatorio mental de Alcohete. La charla fue tal que así:

—Hola.

—Hola.

—Pregunto por Carmen Taboada.

—Espere, que consulto los archivos. No cuelgue.

La persona que atendió la llamada tenía la voz cantarina y risueña. Comenzó a sonar la melodía de *La Tarara*. Solo que no era el hilo musical. La persona se había puesto a canturrear como si Eliana no fuese a darse cuenta de lo que ocurría.

Ay, Tarara loca
mueve la cintura
para los muchachos
de las aceitunas.
Ay, Tarara, sí, ay Tarara, no
ay, Tarara, niña de mi corazón

Mediada la canción, Eliana dijo:

—Oiga, ¿podría dejar de tararear?

—Enseguida termino. Atenta, ahora viene la mejor parte.

Y del otro extremo de la línea le siguió llegando el soniquete de la canción hasta que se cortó de repente. Eliana escuchó un golpe, como si el teléfono hubiese chocado contra alguna superficie dura, y se oyó a alguien a lo lejos que gritaba:

—¡Adela! ¡Te he dicho mil veces que no contestes las

llamadas!

Cuando volvieron a responder al teléfono, lo hizo alguien diferente. Otra mujer cuya voz sonaba mucho más sobria y contenida.

—Disculpe —dijo—, es un centro abierto y los pacientes deambulan por las instalaciones. Les tenemos dicho que no cojan el teléfono. Bueno..., dígame, ¿en qué puedo ayudar?

Una sonrisa se dibujó en la cara de Eliana. No estaba segura de lo que acababa de ocurrir, pero juraría que una chiflada le había tomado el pelo. Cuando se repuso de la sorpresa, le dijo a la nueva voz que estaba buscando a Carmen Taboada.

—Un segundo, no cuelgue.

Y esa vez, sin que nadie se pusiese a tararear, esperó cerca de un minuto hasta que le confirmaron que la exmujer de Moreda estaba allí ingresada.

—¿Podríamos ir a visitarla?

—¿Usted y cuántos más?

A oídos de Eliana aquella frase, tal y como la soltó la mujer, sonó como la de alguien que busca pelea a la salida de un bar de copas. Se preguntó si no estaría tratando con otra chalada.

—Dos.

—¿Usted y dos más?

—Solo dos

—¿Son familiares?

—Amigos de la familia.

—Sin problema entonces. Podrán ver a la señora Taboada cualquier tarde que les venga bien. El horario de visita es de seis a siete entre semana. En fin de semana hay que concertar cita previa.

Después de aquello, la mujer volvió a pegar una voz. Le decía a alguien, que no debía andar muy lejos del teléfono, que se guardase la manguera y dejase de regar las flores.

—Lo siento, pero tengo que dejarla.

Colgó.

Sí, definitivamente había sido una llamada surrealista.

29

Frank había esperado una gran espantada por parte del Chuso Valverde. Pensó que habría puesto tierra de por medio y que les iba a costar lo suyo dar con él. Al fin y al cabo, saltó por la ventana del Val Club cuando el gordo de su hermano comenzó lo que había denominado como «maniobra de distracción». Tiempo tuvo más que de sobra para huir. Y, además, según Chema, era muy probable que pasadas un par de horas hubiera abandonado el país.

Lo dijo jadeando todavía por el esfuerzo, sentado con los enormes brazos apoyados en una de las mesas del garito, que habían puesto en pie, junto a tres sillas, tras el estropicio montado. Las patas de la silla crujían con cualquier leve movimiento y tenía el cuello y la cara cubiertos por una pátina de sudor.

—No conocen al Chuso —dijo—. Fue militar. Sabe confundirse con el entorno. Ahora mismo estará camino de algún aeropuerto y entonces... ¡puf! —añadió mostrando las palmas como el mago de cualquier función cutre—, ya habrá desaparecido para siempre.

Hablaba con la tranquilidad de saber que aquellos hombres no habían ido hasta allí para matarlos.

Frank colocó la botella de *bourbon* en la mesa. Se llevó la mano al costado, hizo una mueca y se sentó con cuidado.

—Tú, llámale, ¿quieres?

—Habrá desconectado el móvil. No podrán rastrear las llamadas. —Soltó la típica risotada rasposa y gutural del que se parte de risa con sus propias bromas sin gracia—. Amigos, lo siento. Ahora mismo buscáis a un fantasma.

Méndez se acercó por la espalda. Tan solo fue un golpe. En el cogote. A mano abierta, como el pescozón que recibiría un niño después de que le pescaran en una

travesura. Sonó como un latigazo en el silencio del local.

—¡Que le llames! O te juro que la próxima vez te arreo con la culata.

La pesada cabeza de Chema apenas se movió. Sin dejar de sonreír, metió los rechonchos dedos en el bolsillo del pantalón y sacó su teléfono móvil. Parecía ridículamente pequeño en aquella manaza. Se encogió de hombros. Miró a Frank como dándole a entender que aquello no iba a servir de nada y marcó el número de su hermano.

La melodía que el Chuso Valverde tenía instalada en su móvil eran los conocidos acordes de la película *Misión imposible*.

Y lo más raro de todo es que los tres la estaban escuchando. El sonido les llegaba ahogado desde algún lugar no muy lejos de allí. Méndez sacó de nuevo el arma.

—Oye, dijiste que no ibais a disparar a nadie.

Frank se levantó y se llevó un dedo a los labios instando a Chema a guardar silencio. Localizó el sonido. Venía de la ventana abierta por la que se había fugado Valverde. Se acercó y asomó la cabeza.

—Pues sí. Tienes razón —dijo sin volverse—, todo un fantasma este hermano tuyo.

El Chuso estaba bajo la ventana con la espalda apoyada en la pared del Val Club. Chispeaba. Sin poder moverse, se calaba lentamente bajo la fina lluvia. Se agarraba la pierna. Llevaba tatuados sus escuálidos antebrazos. Tinta azul carcelaria. Un pedazo de hueso asomaba entre la piel un poco por encima del tobillo. Levantó la cabeza cuando percibió a Frank.

—Joder, tío —dijo—. Creo que me la he roto.

Frank no supo si aquel pobre infeliz tenía la cara empapada a causa de la llovizna o si realmente estaba llorando de dolor.

Seguía sonando la de *Misión imposible*.

La tonalidad de la luz pasó de una claridad razonable a un gris plomizo y crepuscular. Las nubes hacia el norte

cerraban filas sobre sus cabezas como si quisieran atraer la noche antes de tiempo. Frank le señaló a Chema una silla en un rincón al fondo del local. Estaba al otro lado de la mesa, lo suficientemente alejada de la ventana como para que al Chuso Valverde no le volviese a dar por saltar. Capaz era de romperse la otra pierna si intentaba escapar de nuevo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Méndez cuando Chema entró por la puerta del garito cargando con su hermano en brazos—. Mira a quién tenemos aquí. Si es Tom Cruise. Te hacíamos camino del aeropuerto.

El Chuso Valverde le dedicó una mirada cargada de odio. Era como un muñeco roto en brazos de Chema. De la comisura de los labios le salía una espumilla espesa, tan blanca como la capa de grasa que asomaba de la herida donde la tibia se había roto.

Frank cerró por dentro la puerta del Val Club y le ordenó a Chema que diese las luces. La barra, el correoso suelo y el resto de mesas quedaron bañados bajo el resplandor de los halógenos. Una luz cruda que solo debían de encender cuando quitaban la música y daban por terminado el turno de noche. El grandullón volvió junto a su hermano.

—Necesita un médico. Hay que llevarlo al hospital.

Méndez se encontraba de pie a sus espaldas.

—Y yo necesito unos pulmones nuevos. Pero es lo que hay.

Frank encendió un cigarrillo. Llevaba todo el día intentando no fumar delante de Méndez. Aun así, le ofreció uno mostrándole el paquete. Para su sorpresa, este lo rechazó moviendo la cabeza. Se sentó frente a los hermanos Valverde. Le pegó un tragó a la botella de *bourbon* y se la pasó al Chuso.

Negó con la cabeza.

—Solo los alcohólicos beben de la botella.

—¿Quieres un vaso?

—Quiero que me digáis lo que queréis de una puta vez y os larguéis. —Se sujetaba la pierna en un ángulo extraño.

—Queremos hacerte algunas preguntas sobre Tomás Moreda, eso es todo. La autocaravana en la que vivía está a tu nombre. Eso ya lo sabemos.

—¿Qué sois, polis?

—Ya no.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el Chuso Valverde.

—Significa que no vamos a leerte tus derechos. —Méndez amartilló el arma—. Significa que me estoy muriendo y que el tiempo se ha vuelto algo extremadamente valioso para mí. Y sobre todo significa que, como no contestes a nuestras preguntas, me da que cuando yo la palme, vosotros dos, mierdecillas, me vais a estar esperando al otro lado.

Frank se echó al coleto otro trago de *bourbon*. No estaba ebrio, pero tampoco sobrio. Se encontraba en esa linde difusa que separa lo razonable de lo que no lo es. Se dijo a sí mismo que debía tomárselo con calma. No quería emborracharse. Todavía no.

—Mira —dijo Frank reclinándose en el respaldo de la silla—, no queremos más problemas. No es necesario que nos creas, pero no vamos a ir a ninguna parte hasta que contestes a unas cuantas preguntas.

Bajo la decadente luz del local, el Chuso Valverde lo miró sin parpadear. Sonrió a pesar del lacerante dolor de la pierna. Arqueó una ceja partida en dos por un mechón de pelo lacio y grasiento. La pose del que sabe de qué va el juego de poli malo, poli bueno. Frank también había pasado por aquella escena en multitud de interrogatorios en su época como policía. Y los detenidos, como el Chuso Valverde, se protegían bajo una actitud chulesca que no era más que una última y desesperada intentona de parecer peligrosos a pesar de encontrarse en una situación vulnerable. La verdad era que, salvo en raras excepciones, los tipos del otro lado de la mesa no trasmitían sensación de peligro alguno.

Como le ocurría al Chuso Valverde. Su actitud de tipo duro y esa sonrisa torcida no engañaban a nadie.

—¿De qué conocías a Tomás Moreda?

—Tú de qué crees. De la prisión. Compartimos celda en Alcalá Meco unos cuantos años. No era muy popular. No tenía amigos. Vino a verme cuando lo soltaron.

—¿Le prestaste la autocaravana?

—Se la alquilé. Era algo temporal. Hasta que encontrase otro sitio donde vivir. No creo que eso sea ningún delito.

—No lo es —dijo Frank—, solo que no tenía trabajo.

Chuso Valverde hizo una mueca y mostró sus dientes torcidos. Una sonrisa aviesa con espumarajos resecos en la comisura de los labios.

—¿Los Lázaro? —preguntó Frank.

Silencio.

Chuso siguió con aquella estúpida sonrisa en el rostro hasta que Méndez se acercó por detrás y golpeó a su hermano con la culata del arma en la coronilla. El grandullón ladeó un poco la cabeza y miró extrañado a Méndez, como preguntándole: «¿A qué ha venido eso, tío?».

Después se venció poco a poco hacia un lado de la silla y cayó desplomado al suelo.

—Ya te he dicho que me estoy muriendo —dijo Méndez.

—Joder, tío. ¿Y eso qué tiene que ver? —la voz del Chuso Valverde sonó como la de un gallo afónico.

Méndez se encogió de hombros.

—Tiene que ver con que voy pillado de tiempo. No solo contigo, con la vida en general —dijo—. Así que, como tengo algo de prisa, la próxima vez le meto a tu hermano una bala en la rodilla.

—¿Cómo te pagaba el alquiler? —preguntó Frank.

—Les debía dinero a los Lázaro. Estuvo bajo su protección los últimos años de prisión. Allí todos sabían que El Monstruo de la Tejera Negra era intocable.

—Eso ya lo sabemos.

—¿Y cómo crees que les pagaba? El tío no tenía ni dónde caerse muerto, joder. Trabajaba moviendo mercancía para ellos.

—¿Qué clase de mercancía?

Otro silencio.

Méndez suspiró y se acercó al cuerpo de Chema.

—Coca, vale, solo coca. No mucha.

—Y con lo que sacaba, saldaba su deuda y de paso te pagaba el alquiler por la autocaravana —añadió Frank.

—Algo así.

—¿Algo así?

—Venga —dijo el Chuso Valverde—, no me mires así, tío. Éramos amigos, ¿vale? Le hice un favor. Compartimos celda cuatro años. Da igual lo que dijesen que había hecho. El Monstruo me caía bien.

—¿Alguna vez habló de eso? ¿De su caso?

—¿Estás de coña? Estaba obsesionado. Dijo que, cuando saliese, averiguaría qué había ocurrido. Seguía diciendo que no recordaba nada del día en que sus hijos desaparecieron. Y luego estaba aquella otra historia.

—¿Qué otra historia? —preguntó Frank.

—La de su exmujer. Se volvió loca y la metieron en un manicomio. No paraba de hablar de ello. Oye, ¿mi hermano respira?

—Respira —dijo Méndez.

—¿Pensaba que estaba relacionado? —preguntó Frank para no perder el hilo de la conversación—. Lo de su mujer, digo.

—Eso mismo le pregunté yo —dijo el Chuso Valverde mirando de reojo a su hermano—. Y me contó que su mujer había descubierto algo. Estuvo más de quince años sin hablarle. Le hacía responsable de la desaparición y muerte de sus hijos. Pero me dijo que un día fue a visitarlo a prisión.

—¿Te contó de qué hablaron?

—No. Eso ocurrió mucho antes de que yo compartiese celda con él. Solo decía que su exmujer descubrió algo que la hizo cambiar de opinión. Mira, tío —añadió el Chuso Valverde—, no es conmigo con quien tenéis que hablar.

—¿Y con quién se supone que debemos hablar?

—Con el Pater, el cura de la cárcel. Era con quien más tiempo pasaba. Yo no sé nada de sus mierdas.

—¿Sabes cómo se llama?

—Todos le decíamos don Anselmo.

Fue Frank quien guardó silencio en esa ocasión. Intentaba procesar todo lo que el Chuso Valverde acababa de contarle. Tomás Moreda hablaba mucho con el cura y recibió una visita de su exmujer en la cárcel. Ella había descubierto algo relacionado con la desaparición de sus hijos. Algo que podría exonerarle.

Se pasó la mano por la barba sin rasurar y preguntó:

—Vale, ¿por qué huías?

El hombre se soltó la pantorrilla, se llevó la mano temblorosa al bolsillo de la camisa y sacó una hoja de periódico doblada varias veces. La dejó sobre una vieja quemadura de cigarro que adornaba la mesa y volvió a sujetarse la pierna.

Frank abrió el recorte. Era el artículo en el que daban la noticia de la muerte de Moreda, los dientes de leche y la posible conexión con el incendio provocado en la sala de autopsias. Lo volvió a doblar y lo deslizó sobre la mesa.

—Y esto ¿qué tiene que ver contigo?

Silencio.

Fue Chema quien habló desde el suelo. Había recuperado el conocimiento y, como no podía incorporarse sin ayuda, se dedicaba a taponar la brecha que tenía en la coronilla con la mano.

—Díselo —su voz salía por la enorme bocaza como un sollozo lastimero—. Cuéntaselo todo. Deshazte de esa mierda y volvamos a nuestras vidas.

—Cierra el pico —le dijo el Chuso Valverde a su hermano.

—Sabes que llevo razón. Mírame, soy un guardaespaldas de mierda. Hostia, hermano, si ni siquiera soy capaz de levantarme del suelo. Yo solo quiero volver al campo con mi tractor, con las alpacas. Te lo digo en serio, esto no es para mí.

—¡Que te calles de una puta vez!

—¿Deshacerte de qué? —preguntó Frank.

—Díselo.

—Sí, anda, dínoslo, Chuso —dijo Méndez desde algún lugar inconcreto detrás del Chuso.

Valverde se quedó con la vista perdida más allá de la ventana abierta. La tormenta se cernía sobre los campos de cultivo y secarrales al otro lado de la carretera donde se encontraba el Val Club. Vislumbró un relámpago lejano entre las nubes. Luego llegó el trueno.

Finalmente volvió la cabeza. La mirada que le echó a su hermano destilaba una profunda decepción. Con lo grande que era y se había venido abajo a las primeras de cambio.

—Debajo de la pila del fregadero —dijo.

Méndez se encaminó hacia la barra, la rodeó y metió la mano libre bajo la pila. Tras un breve tanteo, sacó un pequeño bulto envuelto en un trapo. Lo dejó sobre la mesa antes de situarse de nuevo tras los hermanos Valverde.

Frank apuró los restos del segundo cigarrillo, lo dejó caer al suelo y lo aplastó con la punta de la bota. Le dio vueltas al trapo en las manos hasta que en la mesa quedó un tarro vacío de conservas. Sin etiqueta. Solo una pieza renegrida en el fondo.

Frank lo levantó para que la luz de los halógenos incidiese directamente sobre el cristal. Lo giró entre sus manos un par de veces sin saber qué es lo que estaba viendo. La pieza tintineó al chocar contra las paredes del tarro.

—Y esto ¿qué se supone que es?

—Ya te lo he dicho —dijo el Chuso Valverde—, éramos amigos. Yo tampoco sé lo que es. Solo me pidió que lo guardara. Algo importante para él, supongo.

—¿Te dijo qué hacer con esto si le ocurría algo?

—No, hostia, tío. Solo que alguien lo estaría buscando y que me cubriese bien las espaldas. Pensé que se refería a los Lázaro. Por eso, después de leer la noticia de su muerte en el periódico, le pedí al inútil de mi hermano que dejase el pueblo y se viniese conmigo una temporada. Por si las moscas.

El resplandor de un rayo se coló por la oquedad de la

ventana. Méndez sintió un escalofrío. Porque Frank no sabía lo que tenía entre las manos. Él sí. Ya lo había visto antes en Medicina Legal: un diente de leche bañado en plata.

Otro trueno.

Uno que, como aquel dientecillo, indicaba que la verdadera tormenta se cernía sobre ellos.

Antes de largarse, Méndez le metió una tarjeta de visita al Chuso Valverde en el bolsillo de la camisa.

—A ver, cosas a tener en cuenta, Tom Cruise —dijo sin soltar el arma—. El frasco nos lo llevamos nosotros y, en lo que a vosotros respecta, nunca ha existido. Recoged vuestra caravana, está en un *camping* a orillas del río Bornova. Si te ponen alguna pega, les muestras mi tarjeta. ¿Hasta aquí me vas siguiendo? —Chuso Valverde asintió con la cabeza—. Perfecto —añadió Méndez—, ahora viene lo más importante. Si alguien viene a veros preguntando por Tomás Moreda, me llamáis. Ahí tienes mi número. ¿Ha quedado claro?

Los dos hombres volvieron a asentir a la par.

—Así me gusta.

—¿Me ayudaréis a levantarme antes de iros? Por favor —suplicó.

Era Chema desde el suelo, con los brazos alzados de nuevo hacía las vigas de madera del Val Club. Tenía la cara compungida. Parecía un bebé enorme a punto de hacer pucheros.

Frank levantó el culo de la silla.

—¿A la de tres?

Pero Méndez ya se encaminaba hacia la puerta del garito.

—Que Tom Cruise llame a una puta ambulancia —dijo Méndez—. Yo ya no estoy para estos trotes.

De vuelta a la ciudad de Guadalajara Frank observó cómo su amigo caía presa del sopor y el agotamiento. Méndez se quedó dormido en el asiento del acompañante con la

cabeza apoyada en el cristal. Su respiración se truncaba casi con cada inspiración y emitía toda una serie de cacofonías y ruidos extraños. La culata de la pistola asomaba por la cintura del pantalón. A Frank le pareció demasiado grande, como si su amigo estuviese menguando por momentos. El cáncer, como una plaga de termitas haría con un edificio ruinoso, lo estaba carcomiendo desde dentro, pensó. Lo consumía.

Se cruzaron con una ambulancia. Llevaba las luces del puente encendidas. Giraban bajo la lluvia. El sonido de la sirena se fue alejando a medida que el vehículo se perdía en la carretera.

Tras tomar la curva, cogió la salida al tanatorio, rodeó el edificio y estacionó en la entrada de Medicina Legal. Todavía se podían observar las paredes oscurecidas por el incendio. Zarandeó a Méndez del brazo hasta que abrió los ojos.

—Hemos llegado —dijo.

Un cuarto de hora más tarde, Méndez salía del edificio por la puerta de servicio. Caminó sin prisa bajo la cortina de agua. Se dejó caer en su asiento y cerró la puerta.

—¿Qué ha dicho la forense? —preguntó Frank mientras arrancaba el coche.

—Verdesoto dice que no puede vincular el diente a la autopsia de Moreda. Pero lo va a mandar analizar. Como un favor. Cuando tenga los resultados, ha prometido enviarnos una copia. Llegará a tu oficina, le he dado la dirección de la asesoría. Ahora solo queda esperar.

Solo queda esperar.

Solo esperar...

Lo repitió unas cuantas veces más antes de cerrar de nuevo los ojos.

Ya no hablaba del diente.

30

Hacia el oeste se adivinaba el límite de la tormenta. Los primeros rayos de sol que veía en un par de días le sorprendieron a media tarde en la carretera. El gris plomizo dio paso a los característicos marrones del otoño. El paisaje tenía ese aspecto desamparado propio de los secarrales. Campos de cultivo. Caseríos derruidos. Granjas de gallinas. Girasoles muertos. Condujo por la Nacional 320. Camino de los pantanos. Por la ventanilla entreabierta, dejaba escapar el humo del cigarrillo lejos de la cara de Eliana.

—... Y eso es todo.

Acababa de ponerla al corriente de lo que habían averiguado aquella mañana por boca del Chuso Valverde. Había dejado a Méndez descansando en casa y volvió a la asesoría. De camino paró en una gasolinera y compró un par de sándwiches. Cuando Eliana llegó a Guadalajara, ya había dado cuenta de ellos.

—Así que movía coca para los Lázaro. Protegen a fulanos en prisión y cuando salen mueven droga para ellos. Hay que reconocerles que es un planteamiento creativo. Tienen las manos limpias en todo momento y, si algo sale mal, a los tipos a los que detienen son exconvictos con antecedentes.

Frank le dijo a Eliana que estaba en lo cierto. Un modelo de negocio con un bajo coste y riesgo limitado. Tenían a Tomás Moreda cogido por las pelotas.

—¿Y qué opinas del diente de leche bañado en plata?

—No sé qué decirte —contestó Frank.

—Apunta a que Moreda no tenía intención de suicidarse. Se quedó con todos menos uno. ¿Una especie de seguro? —Eliana lanzó la pregunta al aire masajeándose las sienes.

Todavía le estaba pasando factura la escapada de la noche anterior. Tenía la piel extremadamente pálida y ocultaba las ojeras tras unas grandes gafas de sol. Frank no tenía mucho mejor aspecto. Llevaba el labio partido y un dolor en el costado que le hacía ladearse ligeramente al caminar. Estaba claro que o practicaban sus mejores sonrisas o dudaba que los dejasen acceder a las instalaciones del psiquiátrico.

—Podría ser —contestó Frank—. Y si estamos en lo cierto, es que las demás piezas dentales se las tragó antes de morir. Antes de que lo matasen. Antes de saltar al río. En cualquier caso, nunca podremos saberlo. Da igual. A ver qué sacamos de su exmujer.

—¿Crees que ella descubrió algo?

—Ni idea.

—¿Y qué hay del cura?

—Tendremos que localizarlo y hablar con él —dijo Frank.

El rumor de las ruedas sobre el asfalto mojado rompía como las olas contra las piedras de un malecón.

—A mí, todo esto me recuerda a las matrioskas —dijo Eliana—, las típicas muñecas rusas. Esas tan feas pintadas de colores extravagantes. Esas que abres y sale otra. Abres la siguiente y otra. Y así. Cada una un poco más pequeña que la anterior. Es inquietante de narices.

—Nunca he entendido el sentido… —dijo Frank.

—Son rusos. Nadie entiende a los rusos. Pero supongo que no tiene ningún sentido. Cuando llegas a la última se acabó.

—Pues lleguemos a la última.

Sacó el Chevy de la Nacional. Ciudad Valdeluz. Un barrio en mitad de un páramo donde solo crecían bloques y bloques de edificios, un lago artificial cuya agua llevaron en camiones cisterna, y largas avenidas. Levantado a base de comprar voluntades y vender tierras de cultivo en tiempos del boom inmobiliario. En mitad de ninguna parte, con campo de golf, estación de tren de alta velocidad y el sanatorio mental de Alcohete.

Enfiló por la principal, una cuchillada que partía la pequeña ciudad en dos. Cuando los altos edificios de ladrillo se acabaron, tomaron una curva que rodeaba una chopera, rebasaron el muro de hormigón de los depósitos de agua y tomaron el camino de acceso al psiquiátrico.

Les sorprendió descubrir que, tanto la zona residencial como el sanatorio, estaban a menos de un kilómetro de distancia el uno del otro. Pero no se veían. Dos mundos separados por un camino entre la arboleda.

Como la fina línea que separa la cordura de la locura.

Rodearon una plazuela. Marmolina de colores y arbustos. Dejaron el coche en una de las cuatro plazas de aparcamiento reservadas para las visitas. Desde allí solo se veía el achaparrado edificio de acceso. El conjunto hospitalario y las habitaciones quedaban ocultos por los árboles.

«Llamen al timbre y esperen a ser atendidos». El portón de doble hoja se abrió transcurrido un buen rato. Una mujer cuadrada y compacta como un armario ropero los observó unos segundos desde la apacible oscuridad del umbral. Uniforme de enfermería. Tonos pastel. Rostro sereno del que ya lo ha visto todo. La melena pelirroja recogida en una cola de caballo. Se presentó como Gloria, la celadora jefa. Eliana le dijo que había llamado esa misma mañana y que venían a visitar a Carmen Taboada.

—Lo recuerdo —contestó Gloria—, fui yo quien atendió la llamada.

—¿La que tarareaba o la otra? —preguntó Eliana

Ella ignoró la pregunta. Rostro pétreo. Estaba acostumbrada a escuchar sandeces todo el día. Los invitó a pasar y cerró el portón de entrada con tres vueltas de cerrojo a sus espaldas.

Dentro del edificio, colores tibios y balaustradas de nogal. Las habitaciones se articulaban entorno a un vestíbulo iluminado por claraboyas del que salían un par de escaleras.

—Firmen aquí. —Gloria les pasó una tablilla que sacó de uno de los cajones del mostrador más cercano a la

entrada—. Nombre de la interna, parentesco y fecha.

Le devolvieron la tablilla con el documento firmado. Ceja arriba. ¿Primos segundos?

—¿Son periodistas? Porque no tienen pinta de periodistas —dijo Gloria.

—No somos periodistas —contestó Frank.

—Tampoco primos segundos —dijo Gloria—, pero supongo que da igual. Miren —añadió con el mismo gesto de infinita paciencia que debía utilizar con los locos—, no me importa que quieran ver a Carmen. Ningún interno tiene restringidas las visitas, pero con Carmen Taboada tenemos un cuidado especial. Entenderán que, siendo la madre de los niños que desaparecieron en la Tejera Negra, tomemos precauciones. Ya hace tiempo que nadie pide verla. Pero hace años tuvimos algunos problemas con la prensa. Querían grabarla en vídeo para documentales y todo tipo de programas de misterio.

La celadora jefa levantó ligeramente el mentón marcando la musculatura de un cuello robusto; una pose que dejaba a las claras que podía transmitir una imagen de mujer tranquila y sosegada, pero que no se confundiesen en absoluto: por las malas era una mujer de armas tomar.

—No somos periodistas —repitió Frank—, somos investigadores. Y estamos tratando de averiguar si Carmen Taboada... Da igual. Es muy largo de explicar. Solo queremos hablar con ella.

—Pues si la intención es ver cómo está y pasar algo de tiempo a su lado, perfecto. Si han venido hasta aquí para hablar con ella —les previno Gloria indicándoles que la siguiesen por una de las escaleras—, me da que se van a volver de vacío. Lleva quince años en un estado de catatonia permanente.

Camino de la habitación no se cruzaron con nadie. Ningún interno, ningún celador. Nadie. El sonido de sus pisadas repicaba en un suelo de baldosas tan gastadas como limpias.

—Por las mañanas hay mucho más ajetreo —les explicó Gloria cuando encararon uno de los corredores—.

Como le dije por teléfono, es un centro abierto, los internos se mueven por el edificio con casi total libertad. Ahora en invierno se recogen en sus habitaciones a las seis de la tarde.

—¿Trabajaba usted aquí cuando la ingresaron?

—Sí —contestó Gloria sacando un manojo de llaves con pletinas de plástico—, llevo en el sanatorio más de veinte años.

—¿Y dijo algo entonces?

—Cuando la trajeron ya estaba tal y como la van a encontrar ustedes ahora.

Se detuvo delante de una de las habitaciones. Puerta lacada con una pátina de un blanco crudo. Eligió una de las llaves del manojo y abrió.

—Tienen veinte minutos —dijo—. Hoy no tenemos más visitas, así que les espero en el pasillo. Dejen la puerta entornada. Ah, y denme sus móviles.

La habitación estaba iluminada por la biliosa luz del atardecer que se colaba por el ventanal enrejado. Del otro lado del cristal, el resto del mundo. Un mundo constreñido entre los chopos que circundaban el sanatorio y una porción reducida del cielo. Dentro, un lugar aséptico y funcional. Un par de cuadros con motivos florales, una cama de noventa sin arrugas, un armario que solo contenía batas y camisones y una mesilla con un vaso de plástico con agua hasta la mitad.

La silla de ruedas encaraba la ventana. El enredado pelo de Carmen le caía sobre los hombros. Sin teñir. Entre cano mate y castaño triste. Tenía la cabeza ladeada y la piel laxa de los silentes. Un hilillo de baba escapaba por un lado de la boca entreabierta. La mirada sin brillo de los idos. Ojos resecos de párpados azulados. No reparó en la presencia de Eliana y Frank.

No quisieron moverla de dónde estaba. Tampoco tenían ninguna silla donde sentarse. Podrían haberlo hecho en el borde la cama, pero Frank se situó a un lado de la ventana y Eliana se acuclilló junto a la silla de ruedas. Las manos nudosas de la mujer descansaban inertes sobre sus

rodillas. Eliana cogió una de ellas y le acarició el dorso con la yema del dedo. La piel estaba fría al tacto.

Nada.

Eliana miró a Frank; este negó con la cabeza. No sabían qué se iban a encontrar, pero desde luego no iban a irse de allí con información. María Asunción, la madre de Tomás Moreda, estaba en lo cierto cuando les dijo que Carmen se había ido.

Pasados diez minutos, Eliana se incorporó y le dijo algo al oído. Después la besó en la mejilla y salieron de la habitación. Gloria aguardaba sentada en uno de los bancos corridos del pasillo. Se levantó al verlos, les devolvió los teléfonos y cerró la puerta de la habitación con llave.

Bajando las escaleras se cruzaron con un celador, llevaba una bandeja con medicamentos, una jarra de cristal y un montón de vasos de plástico apilados. Los saludó sin detenerse con un silencioso movimiento de cabeza.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Gloria afrontando el último tramo de escaleras.

—Nada —dijo Frank.

—Es una buena definición. Yo no soy médico, pero trato con personas como Carmen todos los días. La ciencia tiene nombres técnicos para estas cosas. Lo que yo creo es que Carmen sigue estando ahí dentro. En algún lugar. No busca la salida porque no la hay. Simplemente, entre lo que queda de ella y el mundo exterior hay una niebla insalvable. No pueden asirse a un recuerdo. No hay nada que los ayude a cruzar esa bruma. No hay una cuerda, no hay puente, no hay... nada.

Tres cerrojazos más tarde los despedía desde el portón.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

El rostro apacible se ensombreció y frunció los labios. Porque toda paciencia tiene un límite; aun así, dijo:

—Adelante.

—¿Sabe qué la hizo perder la cabeza? —preguntó Frank.

—Está claro que usted ve poco la televisión.

—¿Por qué dice eso?

—Porque todo el mundo lo sabe. Ha salido una y mil veces en los programas de misterios sin resolver. No sé cómo lo hicieron, pero algún medio tuvo acceso a su historial médico.

—No sé de qué habla —dijo Frank.

—Pues de que todo el mundo sabe que la exmujer del Monstruo de la Tejera Negra perdió la razón por una sobredosis. Les aconsejo que se descarguen algún programa. Ya saben, de Internet.

—De Internet, claro.

Después de esto, le dieron las gracias a Gloria y rodearon la plazuela. Frank hizo volver a la vida el motor de su viejo Chevy y puso la calefacción. Maniobró en aparcamiento y enfiló por el camino que rodeaba el psiquiátrico.

—¿Tú sabías algo de una sobredosis?

Eliana negó con la cabeza. Había entrado en uno de sus periodos oscuros. En su cabeza, las palabras de la celadora. Su reflexión sobre aquella niebla, sobre aquel vacío insalvable. Se preguntaba si entre ella y los demás existía algo parecido. Un vacío que le impedía relacionarse con el resto del mundo.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Frank un rato después.

—¿Qué?

—A Carmen. ¿Qué le has dicho al oído? Si puede saberse, claro.

Eliana seguía mirando por la ventanilla. La noche caía sobre los edificios y sus interminables avenidas. Las farolas se erguían sobre charcos de luz. Y sobre ellos, por entre las nubes en repliegue, una miríada de estrellas. Puntos brillantes, como cigarrillos en la oscuridad, que no desaparecían aunque cerrase los ojos.

—Que pensaba llegar a la última matrioska. Sé que no se deben prometer estas cosas, pero no sabía que otra cosa decirle.

Lo dijo sin volver la vista hacia Frank.

Interludio

Era Chema quien conducía.

—Pues no ha ido tan mal —dijo.

—Cállate.

Y Chema, con cuatro puntos de sutura en su cabezota, se calló. Pero para él no había ido nada mal. Tuvieron que pedir un taxi, que les había salido por un ojo de la cara. Los dejó frente a una verja cerrada con un candado. Bajaron por la rampa de tierra y entonces apareció por allí el tal Oso, el guardabosque, un tipo enorme y barbudo que se presentó como el marido de la propietaria. Llevaba una escopeta en las manos y les preguntó qué se les había perdido por allí a esas horas. Le dijeron que venían a llevarse la autocaravana y asintió sin decir nada. Solo cuando Chuso se apoyó en una de las muletas y se sacó del bolsillo de la camisa la tarjeta que le había entregado esa misma tarde el policía, el gigantón pareció relajarse.

—¿Inspector Méndez?

—Puede llamarle, fue él quien nos dijo que viniésemos a recogerla.

Entonces fue cuando el guardabosque sonrió satisfecho y bajó el cañón del arma.

—No se muevan de aquí, enseguida vuelvo.

Al rato regresó y le devolvió a Chuso la tarjeta de visita del policía.

—Solo trato de asegurarme. Síganme, es por aquí, cuidado con las muletas. Las raíces asoman tras las lluvias y son peligrosas.

Y no dijo nada más.

Coser y cantar.

Bueno, ahora que lo pensaba, sí que el tal Oso dijo una cosa, pero solo al final. Antes de que arrancaran el motor de

la autocaravana.

—Si vuelvo a ver este montón de chatarra por aquí, le meto fuego. ¿Estamos?

Estamos.

O sea, que daba igual lo que pensase su hermano, la cosa no había ido nada mal. No les habían disparado, ni roto ningún hueso más, ni golpeado con la culata de una pistola.

No señor, pensaba Chema, pero que nada mal.

Chuso Valverde, por su parte, intentaba no pensar en nada, mantener la cabeza alejada de todo aquel asunto. Solo tenía ganas de llegar al Val Club, agarrarse una buena curda y olvidarse del dolor de la pierna. De momento iba avanzando tarea. Se encontraba recostado en el asiento del acompañante, llevaba una lata de cerveza caliente en las manos y la pierna enyesada estirada sobre el salpicadero. La carretera serpenteaba en la noche. La autocaravana avanzaba con lentitud entre las montañas como un formidable animal marino lo haría bajo las aguas. En la radio, algo de música. Simon and Garfunkel.

When you're down and out,
when you´re on the street,
when evening falls so hard,
I will confort you.

Chuso sintió un ramalazo de dolor en la pierna. Sacó de uno de los bolsillos de la chaqueta la caja de antiinflamatorios. Se la habían dado en el hospital aquella misma tarde. Tomó una grajea dando un último trago a la cerveza; después, estrujó la lata y la lanzó por la ventanilla.

Ninguno de los dos se percató de la cadena de pinchos que cruzaba la carretera. Las cuatro ruedas reventaron casi al mismo tiempo.

Chema dio un volantazo intentando hacerse con la vieja y oxidada mole de chatarra. Imposible. La autocaravana arrancó a su paso un buen tramo del quitamiedos y se precipitó al pantano del Alcorlo.

El agua helada comenzó a colarse por las ventanillas, por el bloque del motor, por las toberas de aire. Fuera del cristal de la luna delantera, el fondo del pantano era más oscuro que la noche más negra.

La música siguió sonando unos segundos.

When darkness comes,
And pain is all round,
like a bridge over troubled water.

¿La canción?

Puente sobre aguas turbulentas.

Oportuna de cojones, habrían pensado de saber inglés los hermanos Valverde.

Quinta parte

Mitos y leyendas

Samael

Sam recogió la cadena. Una serpiente de clavos y tachuelas enroscada en una caja de latón. La agarró del asa y caminó unos metros por el arcén. Pensaba en sí mismo como en un viajante, un comerciante de carne que trasladaba su producto de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad. ¿Acaso era otra cosa? No. Era Samael. La muerte errante. Una figura con un maletín en mitad de la noche. Una imagen perturbadora, fuera de lugar. Pero es que Sam no tenía un lugar concreto en este mundo. Vivía permanentemente en la encrucijada. A mitad de camino de ninguna parte, donde él era el nexo de unión, el dolor y la tragedia que unía a todas las personas que se cruzaban en su camino.

No eran delirios. Se trataba de un hecho fehaciente.

En un recodo de la vereda, alejado de la cuneta y de los destellos que provocaban los faros de la carretera, tenía escondida la nueva furgoneta. Cambiaba de vehículo cada poco. Las alquilaba, se movía una temporada con ellas y las cambiaba por otras. Esa vez se había hecho con una Berlingo. De menor tamaño que las utilizadas normalmente pero, al igual que las anteriores, con la caja ciega. Abrió los portones traseros y dejó la maleta de latón en el suelo de la furgoneta. Cerró y volvió a la carretera.

Sus ojos escudriñaban las aguas. Y al fondo, muy al fondo, si enfocaba bien la vista, podía atisbar las luces de la autocaravana apuntando hacia la superficie. Eran dos lunas amarillentas atrapadas en lo más profundo del pantano.

Al otro lado del Alcorlo, alejada de la orilla, se erguía la ermita que coronaba la colina. Pasiva, vetusta, silenciosa. Como el dios al que representaba.

A Samael le caía bien. Según Sam, un dios sordo, ciego e indiferente para con los suyos no era un mal dios. Era otra

forma de matar. Una más lenta si cabe.

Su cuchillo era más piadoso.

31

Eliana estaba convencida de que le venía bien mantener la cabeza ocupada en el caso. Sí, te viene bien, se dijo mirándose al espejo. Y es que estaba mucho más animada. Se observó nuevas arrugas en el contorno de los ojos, cauces secos, quebradas al borde de su rostro. Pero al contrario que en otras ocasiones, en las que se sentía deprimida y fuera de lugar, las miró como lo que eran: dobleces en su piel que hablaban de ella.

Y algo más, algo que la animaba soterrando sus fantasmas y sus idas de olla. Y es que, tras sus escapadas nocturnas, se tiraba hecha un desastre unos cuantos días, completamente abstraída del mundo real e incapaz de hilvanar una idea coherente con otra. Pero esa vez era diferente.

¿Por haber despertado en casa de Frank? ¿Por haberse sentido cuidada, para variar? Hablaba sola delante del espejo.

¿Tú te estás oyendo?

Sí.

Pues corta el rollo, bonita, que tienes trabajo. Calle arriba. Al abrigo de un sol tempranero que por fin se dignaba a comparecer. Las pocas nubes, alargadas en cielo color mostaza, se retiraban como los últimos soldados de una batalla perdida. Eliana caminó hasta la plaza Cervantes, antes llamada plaza del Mercado. En la Edad Media allí se montaba un mercado semanal y los comerciantes, venidos desde las pedanías y pueblos cercanos, se organizaban en puestos alrededor de la plaza refugiándose bajo los voladizos.

Ahora, la plaza con sus jardines, su quiosco de música y la estatua del escritor, albergaba el edificio del

Ayuntamiento de Alcalá de Henares, la torre de la antigua iglesia de Santa María la Mayor y las marquesinas. Los antiguos puestos habían pasado a ser bares, cafeterías, tiendas de moda, franquicias de comida rápida y comercios chinos.

Se internó en la calle mayor y eligió La Rollerie para tomarse un café. Rollo provenzal a ojos de Eliana, un lugar tranquilo alejado del barullo de los bares a primera hora. El olor de la cafetera a pleno rendimiento, la conversación tranquila de un matrimonio a su espalda y poco más. Música de fondo, instrumental, sin letra, sin quebraderos de cabeza. Consultó el reloj y pidió la cuenta.

El día anterior había llamado al número que, según la página web de Encuentros cristianos, correspondía a la diócesis de Alcalá. Preguntó por don Anselmo y le dijeron que el párroco hacía años que no visitaba la prisión. Tampoco oficiaba ni tenía ninguna iglesia a su cargo. Por un momento pensó que el cura había muerto, pero dedujo que no cuando le dieron otro número al que llamar. Correspondía a la residencia diocesana.

La informaron de que don Anselmo dormía poco y mal y madrugaba mucho.

—¿A qué hora podría ir a verle? —había preguntado.

—Oh —le había dicho la voz santurrona y sosegada de mujer al otro lado de la línea—, a partir de las ocho y media de la mañana, cuando quiera.

Eliana deshizo parte del camino por la calle Libreros hasta la iglesia de Santa María la Mayor y giró hacia la calle de las Beatas un poco antes de llegar a la Facultad de Derecho.

El párroco tenía fijada su residencia en el convento de las Clarisas de San Diego. Oficiaba misa para las monjas y ocupaba una de las habitaciones de la planta superior. En uno de los cuarterones de la puerta había un cartel fijado en el que podía leerse: VENTA DE ALMENDRAS GARRAPIÑADAS. LOS DOMINGOS NO SE ABRIRÁ.

Dentro, una breve sala con un par de puertas cerradas. La recibió una mezcla de olores a sábanas limpias y algodón de azúcar. En lo alto de una de las paredes, una vitrina con arquillas de madera labradas con las figuras de don Quijote y Sancho, hornacinas de cristal grabado y almendras en cajas de cartón. Cada una con su correspondiente precio. Bajo la cristalera había una ventana cerrada con los postigos de madera y el pulsador de un timbre.

Se escuchó el sonido lejano de unas campanillas y, poco después, asomó el rostro redondo y sonrosado de una mujer.

—Ave María purísima...

Y la clarisa levantó las cejas como instándola a contestar. Aguardó con paciencia y una sonrisa sincera dibujada en el rostro. Tras unos segundos de duda, el «sin pecado concebida» de Eliana sonó débil y con el regusto a interrogación del que responde a una pregunta sin estar convencido de lo que está diciendo. La mujer se rio con ganas desde el otro lado de la ventana.

—Ha tenido suerte —dijo la monja—, cambiamos la contraseña todas las semanas. —Eliana también sonrió, no era para menos—. ¿Ha venido a por almendras?

—Llamé ayer, he venido a ver a don Anselmo —dijo Eliana mostrándole su identificación.

—Ah, sí. Me lo comentaron. La está esperando en la capilla. Deme un segundo, que salgo y la acompaño.

Se cerró la ventana y, tras esperar unos minutos, escuchó el ruido del cerrojo al abrirse. La monja clarisa se presentó con el nombre de sor Ana y la invitó a entrar. La condujo por un pasillo hasta la sala de la capilla.

Estaba vacía a excepción del hombre sentado en uno de los primeros bancos. El bastón asomaba entre sus piernas y tenía la mirada fija en el Cristo más allá del púlpito.

—Les dejo a solas —dijo Ana—. Cuando termine, regrese por el mismo pasillo.

—Gracias.

La clarisa volvió a sonreír antes de marcharse. Eliana se encaminó por el pasillo que dejaban las dos hileras de

bancos corridos y se sentó junto al párroco. Vestía de negro, sin alzacuellos, y respiraba con dificultad, como si se sintiese fatigado a pesar de estar sentado. Parecía que todo en aquel hombre había perdido fuerza. Sus manos, una sobre la otra, temblaban ligeramente apoyadas en la empuñadura. Su piel, fina como las obleas con las que ofrecía la comunión. El pelo raleaba por todo el cuero cabelludo y dejaba a la vista unas manchas cerúleas aquí y allá.

Eliana le dio los buenos días y le dijo que solo serían unos minutos.

—Tiempo es todo lo que me queda —dijo.

—Pues intentaré no robarle mucho.

—Bueno, no sé si es mucho o poco lo que me queda. Eso depende del Jefe —continuó el párroco a lo suyo, levantando la punta del bastón en dirección a la cruz—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me gustaría que me hablase de Tomás Moreda.

—Oh..., vaya. ¿Ha vuelto a prisión?

—Ha muerto —dijo Eliana.

Don Anselmo meneó la cabeza como si ya se esperase aquella respuesta y se quedó con la vista perdida en Cristo crucificado.

—Lo siento.

—No lo sienta —dijo el párroco—. Ahora estará con sus hijos. Dios lo perdona todo, incluso a los malos padres.

—¿Le dijo dónde los enterró? Intentamos averiguar los motivos de su muerte y, no le voy a mentir, estamos dando palos de ciego.

—¿Es policía?

—No.

El párroco guardó silencio. Meditó una respuesta, pero no dijo nada más al respecto. Era un hombre prudente y poco curioso. Pero sí quería saber una cosa, así que preguntó:

—¿Lo asesinaron?

—Dicen que se suicidó. Saltó al río Bornova desde lo alto de un barranco. Se encontraron... —Eliana se lo pensó

mejor, evitó dar más detalles y, finalmente, decidió no hablarle de los dientes de leche bañados en plata— objetos que llevaban sus hijos encima cuando desaparecieron en el bosque, por eso pensamos que antes de morir volvió al lugar donde enterró sus cuerpos.

—Trabajo complicado el suyo. —Don Anselmo pareció divagar mientras se rascaba una de las manchas oblongas que le asomaba en la coronilla—. Me refiero a buscar personas muertas hace años. Debe de ser muy ingrato. El resultado final... ya lo conocen. No hay lugar para la esperanza. Porque si no son policías —dijo—, son personas que buscan la verdad sin las herramientas apropiadas.

Eliana reflexionó antes de responder.

—Imagino que así es. Pero alguien tiene que hacerlo.

En esos momentos pensaba en Constanza. El viejo no era tan diferente al cura. Intentaba dar descanso a las familias que continuaban atormentadas. Si salía bien, les ofrecía un lugar concreto donde seguir llorando a sus muertos. Tantos años después, Abraham Constanza sabía que aquella era toda la justicia que se les podía dar.

Don Anselmo sufrió entonces un ataque de tos. Cuando se recompuso, le pidió a Eliana que lo disculpase.

—¿Quiere que le pida un vaso de agua?

—No, ya pasó. Siempre pasa. Da igual. Me preguntaba usted si me dijo dónde enterró a sus hijos y la respuesta es no, no lo hizo. Me dijo muchas cosas que quedan bajo secreto de confesión y no creo que ninguna de ellas le fuese de gran ayuda. Lo que sí le puedo contar es que se sentía culpable.

—¿Por lo que hizo o por no decir nunca donde escondió los cuerpos de sus hijos?

—Se sentía culpable por no recordar lo ocurrido. ¿Pudo haberlo hecho? Él me dijo en más de una ocasión que siempre había sido un hombre violento, de mal carácter y que a su exmujer... bueno, no entró en detalles, pero me dio a entender que le puso la mano encima alguna que otra vez, sobre todo cuando bebía. También dijo que nunca pegó a los niños, que los quería. En realidad, no crea, no charlamos

mucho sobre el tema. Y es normal, piense que solo hay una cosa peor que los remordimientos y la sensación de culpa, y es no saber si dentro de ti vive un monstruo o no. Y..., no sé, poco más le puedo contar.

—Cualquier cosa que recuerde —dijo Eliana—. Dónde pensaba ir, trabajo, aficiones, familia, amigos...

—No mucho, quitando su último compañero de celda, un tal Jesús Valverde, con el que parecía llevarse algo mejor, no hizo ningún amigo en prisión. Y fuera —continuó el párroco— solo tenía a su madre. La mujer le mandaba algo de dinero para tabaco y poco más. Según me contó, apenas iba a visitarle.

—Y, respecto a su exmujer, ¿sabe si retomaron el contacto antes de su salida de prisión?

—Sí, ahora que lo dice, sí. Hablaba a menudo de eso. Antes de caer en la locura, ella decía que había descubierto algo. Yo no sé qué pensar, quizá quiso acercarse para ver si confesaba qué hizo con los niños. No lo sé. Pero él estaba convencido y me pareció bien. Es bueno creer en algo.

—¿Creía en Dios? —preguntó Eliana.

El párroco se lo pensó un segundo y al final dijo:

—No, al menos no más que usted. No me mire así, ya soy perro viejo. ¿Quiere confesarse? Quizá necesite que otra persona haga las preguntas y así pueda vaciar parte del peso que lleva dentro de usted.

Eliana no supo qué contestar. Don Anselmo aguardó a que la lucha interior de ella cesase. El viejo cura sabía. Al fin y al cabo, se había pasado la mayor parte de su vida entre personas que se sentían culpables por una cosa o por otra.

—Se lo agradezco, pero lo dejaremos para otra ocasión —dijo Eliana levantándose del banco.

—Siento no haber sido de más ayuda.

—No se preocupe, de todas maneras, si recuerda algo más...

—Bueno, ahora que lo pienso —la interrumpió el párroco—. Me preguntó por sus aficiones.

—Sí.

—Recuerdo que siempre que iba a verle, llevaba un libro bajo el brazo. Sé qué libro porque me hizo el encargo. No todo lo que a uno le gusta leer lo puede encontrar en la biblioteca de la prisión.

—¿Y dice que recuerda el título?

—Sí. *Mitos y leyendas de Guadalajara*. Lo que no recuerdo es su autor, lo siento. De cualquier manera, no me haga mucho caso, no creo que tenga importancia.

—Nunca se sabe.

Eliana sacó la libreta de la bandolera, anotó el título del libro y la volvió a guardar.

—Si cambia de opinión y algún día siente la necesidad de confesarse, ya sabe dónde encontrarme..., bueno —dijo don Anselmo cabeceando de nuevo en dirección a la cruz—, si no me llama antes el Jefe y me toca abandonar este valle de lágrimas.

Eliana le estrechó la mano y le volvió a dar las gracias antes de marcharse. Recorrió el oscuro y silencioso pasillo de vuelta y, antes de abandonar el convento, tocó el timbre.

Al otro lado de los postigos apareció la misma cara rosada y sonriente de antes.

—Ave María purísima.

Esta vez no dudó. Se sabía la contraseña.

Compró una caja de almendras garrapiñadas y se despidió de sor Ana.

32

Frank intentó llamar a Méndez desde la asesoría. El buzón de voz saltó en cada ocasión. No se molestó en dejar ningún mensaje. Lo más seguro es que estuviese durmiendo. Así que lo dejó estar durante un par de horas, tiempo que utilizó para poner la correspondencia al día. No entró nadie más. Desde que aceptó trabajar para Constanza y, más aún, desde que Méndez cayó enfermo, no había vuelto a tener ningún otro cliente. Aquello venía a confirmar algo que ya sabía, y es que casi todos los encargos que entraban en la asesoría se los proporcionaba el propio Méndez. Sus problemas económicos se habían solucionado, pero dudaba que pudiese ganarse la vida con aquello. Sus ingresos distaban mucho de ser, lo que se dice, regulares.

Sospechó que, una vez terminado el asunto de Tomás Moreda, le iba a tocar traspasar el negocio y dedicarse a otra cosa. ¿Había llegado el momento de pasar página? Todo parecía indicar que sí.

Se levantó, dejó atrás la mesa de su despacho y se quedó apoyado en el marco de la puerta. Fumaba. Todavía le dolía el costado. Aunque, a decir verdad, la inflamación había bajado bastante. La noche anterior, antes de acostarse, se aplicó más de aquel ungüento que le había dado Lolo. Y, como ocurrió con el ojo morado, aquella pasta blanduzca de Mami parecía funcionar de maravilla. Estuvo un buen rato observando el trajín de vehículos y personas y, cuando consideró que había pasado tiempo más que suficiente para pillar despabilado a Méndez, volvió a la carga con el teléfono.

Nada.

Estaba bien avanzada la mañana cuando dejó entornada la puerta de la asesoría y cogió su vieja Chevy

ranchera. Necesita pensar, almorzar algo. ¿A quién quieres engañar? Circuló hacía el oeste y se zambulló en una ciudad lenta de barro y melaza. Dejó de mentirse cuando estacionó frente al Bublé. Dentro, el camarero y un par de tipos a lo suyo. Movimientos lánguidos, miradas de rencor dirigidas al fondo del vaso. Violín flamenco. De una de las esquinas del local colgaba un televisor. Noticias 24 horas. Sin volumen. Los titulares corrían bajo las imágenes. Frank ocupó uno de los taburetes al final de la barra, pidió un par de dedos de *whisky* con un solo hielo y llamó a Eliana.

Tres o cuatro tonos de llamada. Mientras, releyó el cartel: ESTO ES UN BAR DE COPAS SERIO.

Entonces estoy en el lugar apropiado, pensó Frank. Beber antes del mediodía es un asunto lo suficientemente serio.

—Dime, tesoro.

Suspiró. ¿Resignación? ¿Agotamiento? Ambas. Contó hasta diez y meneó la piedra de hielo que tintineó contra el cristal de su copa. Todavía no se había acostumbrado a las respuestas de Eliana. Dio un sorbo. Sintió el calor recorrer su interior desde el esófago hasta las tripas. Es igual, pensó, cuando todo este asunto termine, cada uno que tire por su lado y adiós muy buenas. Y no la volvería a ver. Regresaría a su tranquila vida de antes. A su conocido dolor de siempre. Sin tonterías. Así debía ser.

—¿Sigues ahí? —preguntó Eliana.

—Cuéntame cosas —dijo Frank con la mirada puesta en la televisión.

Y Eliana le contó su entrevista con el párroco aquella misma mañana. También le habló del libro: *Mitos y leyendas de Guadalajara*.

—¿Crees que puede ser importante?

—Ni idea —dijo Frank—, ¿puedes intentar hacerte con él?

—Puedo.

En realidad, Eliana ya lo había pedido en la librería que estaba un par de calles más arriba de su casa. El librero le había dicho que en dos días podía pasar a recogerlo.

—Pues entonces supongo que, de momento, no hay mucho más de dónde tirar, ¿no? —dijo Frank disperso.

Hacía girar el culo de la copa entre sus manos con la mirada perdida en la televisión de la esquina. El programa rompió su sucesión de noticias en bucle. Última hora.

—Quizá ver esos documentales y programas de misterio. Porque a ver, corazón...

Pero Frank ya no estaba escuchando a Eliana. Dejó el teléfono sobre la mesa y se acercó al televisor. Continuaba sin volumen. Leyó los rótulos de la noticia mientras mostraban las imágenes. Los bomberos y unos cuantos guardias civiles trabajaban en torno a una grúa enorme en lo que parecía una playa de granito en un mar sin olas. Recogían el cabrestante de acero. Estaban sacando de aguas del Alcorlo una autocaravana. La imagen cambió. Primer plano del jefe de bomberos. Confirmaba que habían rescatado del interior del vehículo los cuerpos de dos personas sin vida. Todavía estaba pendiente confirmar su identidad. Bla, bla, bla...

Frank regresó al taburete. Eliana había colgado. Le dejó un mensaje en el buzón de voz: «Mira el canal Noticias 24 horas, porque, o mucho me equivoco, o esa era la autocaravana de Chuso Valverde. Te espero en veinte minutos en la asesoría».

Volvió a llamar a Méndez. La misma alocución: apagado o fuera de cobertura.

Apuró el *whisky* de un trago y, golpeando la madera de la barra con los nudillos, le indicó al camarero que le sirviese otra ronda. Cuando el agonizante hielo chocó contra el fondo del vaso, pidió la cuenta y salió del Bublé. No se le iba de la cabeza la imagen de la oxidada autocaravana saliendo del agua y aquel terrible momento de comprensión que tuvo frente al televisor. Y es que Frank fue consciente de dos hechos evidentes: que aquello estaba relacionado con su visita del día anterior al Val Club, y que los dos cadáveres pendientes de identificar no podían ser otros que los hermanos Valverde.

Eliana salió hacia Guadalajara en cuanto recibió la llamada de Frank. La autovía se encontraba poco cargada a esas horas, así que no tardó ni cuarto de hora en tomar la salida hacia la ciudad. Estacionó la Vespa frente a la asesoría. Frank esperaba sentado sobre el capó del Chevy. Eliana gruñó una especie de saludo y le tendió la caja que llevaba en las manos.

—¿Y esto?

—Almendras garrapiñadas de las clarisas. Son para ti. Por echarme un cable la otra noche. Me presenté en tu casa, bueno... ya sabes.

Se sentía algo azorada, no sabía muy bien qué decir. Hacía años que no le regalaba nada a nadie. Frank tomó la caja.

—No era necesario —dijo contrito y dejó la caja en los asientos de atrás.

Y no dijo nada más al respecto. Eliana agradeció la parquedad de Frank, porque si no estaba acostumbrada a mostrar gestos de gratitud, mucho menos a que le diesen las gracias por algo.

Comentaron la noticia camino de la casa de Méndez. Frank giró a la izquierda para salir de la avenida del Ejército y coger la Cuesta del Matadero. Aunque hacía frío, Eliana llevaba la ventanilla de su lado bajada. Tenía el cabello algo aplastado por el peso del casco que se acababa de quitar y el aire, barruntando las primeras heladas, hacía revolotear los mechones sueltos de su pelo.

—Que Méndez esté ilocalizable entra dentro de lo normal, pero quiero cerciorarme antes.

—¿Y luego? —preguntó Eliana.

—Luego ya veremos. Puede que Constanza tuviera razón. Puede que haya llegado el momento de dejarlo —dijo Frank tras tirar del freno de mano y sacar las llaves del contacto.

—¿Sí? ¿Tú vas a dejarlo? —No contestó—. Vuelves a hacerlo —añadió Eliana.

—¿El qué?

—Alejarme. Yo también estoy en esto, ¿vale? No lo

olvides. Constanza no solo era mi jefe, también era mi amigo. Así que déjalo, ¿quieres? Además, no suenas nada creíble.

No, no sonaba para nada creíble. La cuestión es que ya no estaba seguro de querer alejarla para recuperar su paz mental. Al menos no solo por eso. Moreda, Constanza y ahora los Valverde. De algún modo pensó que si la alejaba del caso... No quería cargar con ninguna desgracia más. En algún lugar, todo hombre tiene un límite, una línea imaginaria que es mejor no traspasar.

—Solo digo...

—No digas nada.

Eliana abrió la puerta del coche y salió dando un portazo. Frank rodeó el Chevy y, envueltos en un silencio más incómodo de lo habitual, se acercaron al portal y pulsaron el telefonillo.

Nada.

La escalera olía a desinfectante y verduras hervidas. Cada planta del edificio se dividía en tres pisos. El tercero C quedaba más a la derecha. Un felpudo marrón y anodino les dio la bienvenida. Desconchones en la madera y una mirilla como el ojo de un pez muerto.

Tocaron el timbre. Nadie respondió. Eliana se agachó y se quedó observando a un palmo de sus narices el ojo de la cerradura. Se incorporó, apoyó la mano en la madera y empujó. La puerta no cedió.

—Todo parece normal —dijo Eliana.

Frank golpeó la puerta con la palma de la mano. Una, dos, tres veces. Llamó a Méndez a gritos.

Eliana se le quedó mirando.

—No será necesario que tires la puerta abajo, ahorra fuerzas para tu próxima pelea. Visto lo visto, las vas a necesitar.

—Muy graciosa —dijo Frank.

—Lo mejor será que hablemos con la señora de Ortiz.

—¿Quién diablos es la señora de Ortiz?

—La vecina que vive en la puerta de al lado —dijo Eliana—. No nos ha quitado el ojo de encima desde que

hemos puesto el pie en el descansillo del tercer piso.

Frank se acercó a la puerta de al lado. Daba la impresión de ligereza, de estar flotando sobre una bruma de preocupación permanente. Captó un leve movimiento al otro lado de la mirilla. Bajo esta, una placa de bronce sobre la madera envejecida que rezaba: SRA. DE ORTIZ.

Tocaron el timbre y, cuando la mujer abrió la puerta, lo hizo con la cadena del pasador puesta. Una cuarta, lo suficiente para que asomase, entre la hoja y el marco, un óvalo blanquecino. Tenía la nariz diminuta y los ojos demasiado grandes y oscuros, muy juntos el uno al otro, como dos botones mal cosidos en la cara de una muñeca de trapo.

—Señora de Ortiz, ¿verdad?

El óvalo blanquecino se movió arriba y abajo y dijo que sí con una voz estridente.

—Somos compañeros del señor Méndez —mintió Eliana.

—A él lo he visto por aquí alguna vez —dijo cabeceando en dirección a Frank—, pero tú no tienes aspecto de policía. ¿Y por qué tocan a mi puerta? ¿Han robado donde Luis?

Hacía años que Frank no oía llamar a Méndez por su nombre de pila. Le resultó tan extraño y ajeno que tuvo la sensación de que estaban hablando de dos personas distintas.

—Veníamos a hablar con él. Pero no nos abre, no contesta a las llamadas. Estamos preocupados.

La mujer pareció pensárselo unos segundos. Al final dijo:

—Yo tengo llave de su casa.

—¿Y sería tan amable de abrirnos?

—¿No deberían enseñarme una orden firmada por un juez? Lo he visto en las series.

—Por qué no retira esa cadena, señora y charlamos con tranquilidad —dijo Frank armándose de paciencia.

La señora de Ortiz frunció la delgada línea de su entrecejo y cerró la puerta en sus narices. Sonido de la

cadena al liberarse del pasador. Volvió a abrir. Debía de rondar los setenta, llevaba el pelo corto y teñido de rubio recogido en rulos de plástico. A la altura de sus canillas, donde terminaba una bata rosa con las mangas deshilachadas, asomaba el faldón de un camisón amarillo. Calzaba unas zapatillas de estar por casa del mismo color que la bata.

No los atendió desde la puerta como esperaban y les dijo que pasasen. No los invitó a sentarse en el sofá y no les ofreció café, pero tampoco les pidió una orden judicial. Eliana supuso que enterarse de lo que le había ocurrido a su vecino era demasiado interesante como para perderse en disquisiciones legales.

Pero se equivocaba.

La mujer con los talones sonrosados arrastró las zapatillas por la entrada hasta la puerta de la cocina. Una olla a presión silbaba sobre el fuego. Ya sabían de dónde venía el olor a verdura hervida que flotaba por todo el edificio. Se apoyó en la encimera de formica sin lustre y les volvió a preguntar si habían entrado a robar donde Luis.

—Queremos ver si todo está en orden —contestó Frank —, nos gustaría entrar y echar un vistazo, eso es todo.

La señora de Ortiz bajó la intensidad del fuego. Levantó la olla y la metió en la pila bajo el chorro de agua fría. Cuando perdió presión, retiró el pitorro con un paño, abrió la olla y la volvió a colocar en el fuego.

—Ahora a esperar que rebaje el caldo —dijo.

—Estamos...

—Preocupados —la señora de Ortiz terminó la frase por Frank—. Eso ya lo ha dicho antes. Pero si conocen a Luis, sabrán que es muy suyo. Yo tengo llave de su casa porque le entro a limpiar dos veces por semana. Si se entera de que voy dando sus llaves al primero que me las pide... Bueno, ya le conocen.

Y como para corroborar lo que estaba diciendo, sacó del bolsillo de su bata un manojo de llaves. Contó cuatro con sus dedos arrugados y nervudos y les mostró una en concreto.

—Entiendo —contestó Eliana acercándose a la mujer —. ¿Qué está cocinando? La verdad es que huele de maravilla.

La señora de Ortiz dejó caer el manojo de llaves en el bolsillo de la bata y agarró una cuchara de palo que tenía en la encimera. Revolvió el contenido de la olla mientras, con la otra mano, abanicaba el aire alejando los vapores para que Eliana echase un vistazo al guiso.

—Porrusalda. Caldo de verduras a base de puerro.

—Tiene muy buena pinta —comentó Eliana—. Debe de ser usted una excelente cocinera.

—Eso no lo dude, jovencita. —La mujer chasqueó la lengua satisfecha.

Eliana volvió junto a Frank.

—Bueno, señora, disculpe las molestias. Si viese a Méndez..., a Luis —corrigió Eliana sobre la marcha—, dígale que, por favor, llame a Frank.

La señora de Ortiz volvió chasquear la lengua, los acompañó a la entrada y cerró sin despedirse. Eliana dedujo sin mucho esfuerzo que la mujer seguía observándolos con el ojo pegado a la mirilla. Suspiró.

—Echemos un vistazo —le dijo a Frank acercándose a la puerta de Méndez.

Sacó de bolsillo la llave que la señora de Ortiz les había mostrado hacía tan solo un instante. Frank levantó las palmas y se encogió de hombros. ¿Cómo?

—No solo puedo levantar relojes de las muñecas de los incautos —dijo metiendo la llave en la cerradura—. Las llaves en bolsillos de ancianas también entran dentro de mis especialidades. Venga, deja de mirarme como un pasmado y entremos antes de que la señora de Ortiz llame a la policía.

El piso de Méndez consistía en un recibidor, la cocina al final del mismo y un poco antes, a la derecha, se abría una puerta que daba al salón. Un espejo, una réplica del piso de la señora Ortiz, pero del revés. Las persianas de la casa estaban subidas y no fue necesario dar las luces. En el recibidor había un mueble estrecho con repisa de mármol, un espejo envejecido y un perchero de pared del que

colgaba la chaqueta azul de Méndez.

Recorrieron el resto del piso en silencio.

—No parece que haya nada fuera de lugar—dijo Eliana.

—No, no lo parece.

Eliana no supo si con aquel comentario Frank le estaba dando la razón o quería indicar todo lo contrario. No preguntó al respecto y lo siguió por la casa.

Todo en orden, cada cosa aparentemente en su sitio. Ningún cajón abierto, nada revuelto. Desde el salón salía un breve distribuidor, un cuarto de baño y un par de habitaciones. La primera tenía la persiana echada y olía a cerrado, a tabaco rancio y a naftalina. Frank subió la persiana. La ventana daba a un patio cerrado donde los vecinos pasaban cuerdas en rodillos de una ventana a otra y aprovechaban para tender la ropa. La luz que entraba por la cristalera era muy pobre y Eliana pulsó el interruptor de la luz. La cama de matrimonio estaba deshecha. A los pies, un edredón de un azul apagado y una colcha bordada a mano. Una de las almohadas estaba caída hacia el lado de la puerta, la otra tenía un par de manchas de sangre recientes. Frank se acercó a una de las mesillas de noche, la que tenía una lamparilla de tulipa y una foto enmarcada. Era una fotografía que Frank conocía más que de sobra. La misma que Méndez tuvo en su despacho durante años. En ella se veía a una joven pareja. Ambos apoyados en una gruesa baranda de madera. Un mirador de grava con el mar al fondo, una palmera. La exmujer de Méndez sonreía, él lo intentaba.

Sujeto bajo una esquina del marco, un informe de Urgencias.

Frank cogió el papel y lo leyó con atención. Ya sabía porque Méndez no contestaba a sus llamadas.

—Ingresó anoche en el hospital —dijo—. Según esto, avisó a Urgencias a eso de las tres de la madrugada por una crisis respiratoria.

La cosa no pintaba bien, aun así Frank se sintió aliviado. Su mente no había dejado de conjeturar hasta

aquel momento. Finales más aciagos. Que no contestase a sus llamadas, unido a la muerte de los hermanos Valverde le hizo pensar que le había sucedido algo. No pensó para nada en el verdadero monstruo que lo acechaba y lo consumía por dentro.

Eliana ya salía al descansillo de la escalera cuando Frank se acercó a la chaqueta colgada en la entrada. Metió una mano en el bolsillo derecho, sacó el nueve corto de Méndez y se encajó el arma entre la cintura y la espalda. Cerró la puerta.

—¿Qué hacemos con la llave? —preguntó Eliana.

—Devolverla.

Tocaron de nuevo al timbre del piso de al lado. El rostro mortecino de la señora de Ortiz asomó entre la puerta y el pasador. Eliana le tendió la llave. La mujer la miró un segundo con inquina antes de comprobar el llavero. Frunció el entrecejo antes de arrebatarle la llave de las manos.

—Lo siento —dijo Eliana.

—Más lo vais a sentir cuando Luis se entere —contestó antes de darle con la puerta en las narices.

Cuando salieron del portal, Frank llamó al hospital. Les dio nombre y apellidos del paciente. Lo tuvieron un rato en espera. Ya estaban ocupando los asientos del Chevy cuando la mujer que atendía las llamadas le informó que Méndez había estado toda la noche en observación, pero que a primera hora de la mañana lo habían subido a planta. Se encontraba estable dentro de la gravedad. Le dieron el número de habitación. Oncología. 214. Frank le dio las gracias y colgó.

Eliana se giró, estiró los brazos y cogió la caja de almendras garrapiñadas de los asientos de atrás.

—Llévale esto de mi parte.

—Claro.

Pero Frank no pudo dársela.

Cuando llegó al Hospital Universitario de Guadalajara, tomó el ascensor hasta la planta de oncología y se dirigió a la 214. Tocó con los nudillos y entró sin esperar respuesta.

La habitación se encontraba vacía.
Méndez, no muy lejos de allí, estaba a punto de morir.
En un infierno oscuro y gélido.

Samael

Los campos en barbecho, páramos y pedregales, patéticas heridas abiertas que limitaban con la ciudad y sus contornos, ofrecían a Sam una visión melancólica de lo que aguardaba más allá de la muerte. Desolaciones y eriales yermos. Todo aquello que dejaba tras de sí. Un otoño eterno bajo un sol que palidecía en la quietud del cielo.

La cabeza inclinada hacia delante dentro la furgoneta, los brazos anémicos, relajados, estirados sobre la piel sintética del volante. La brisa de la mañana corría a través de las ventanillas abiertas zarandeando su cabello, sacudiendo las mangas de su abrigo y enfriando su debilidad.

Sentimiento que Sam debía ahuyentar.

Como se sacuden las pesadillas diluyéndolas en el olvido.

Porque tras mandar al hombre llamado Méndez a su infierno particular, llamó por teléfono. Los otros debían saber, pues todos eran Samael. Y fue entonces cuando le afearon su conducta y le dijeron que era débil, que había sucumbido ante la carne. Al pútrido disfraz que portaba. A la fragilidad humana. Como si no fuera un dios, sino una herramienta oxidada y fuera de lugar.

¿Qué has hecho, Samael?

Y Sam contó lo que había hecho tras sacar la autocaravana de la carretera. Vagar en la noche hacia el hombre llamado Méndez. Hasta su casa. Hasta las luces vacuas de la ambulancia. Se llevaron al hombre llamado Méndez y los siguió hasta el hospital. Y aguardó como aguardan los hombres de paja en los campos y, cuando lo subieron a una de las habitaciones, cayó sobre el hombre como caen las tinieblas.

Y se lo llevó de la habitación. A un lugar donde el frío quebraba los sueños y el hombre llamado Méndez moriría en un invierno eterno.

Por eso Sam se encontraba a las afueras de la ciudad en aquella postura retorcida dentro de la furgoneta. Como un ídolo mediocre, como el dios sentado de los cristianos.

Porque le habían llamado débil.

Y le dijeron algo más:

—No debes matar a menos que se te ordene. Y nunca a un policía, ya deberías saberlo. Porque tú eres Samael y Samael somos todos. No lo olvides.

33

Méndez se sumergía en un sueño, una larga noche sin luna. Allí dentro solo existía el frío y la negrura más absoluta. El consuelo del calor solo lo emitía su propio cuerpo y este, como una vela en la oscuridad, se extinguía lentamente.

Lo que más le jodía de todo el asunto era que no estaba preparado para dejar de existir; todavía no había conseguido hacerse a la idea. Dudaba de que nadie en sus cabales fuese capaz de conseguir tal cosa. Tanto sufrimiento con sus puñeteras noches en vela, temiendo una muerte devorado por el cáncer y, al final, se iba a largar al otro barrio con las pelotas congeladas. Sentía los brazos y las piernas entumecidos, su respiración se había ralentizado hasta alcanzar tan solo unas pocas inspiraciones por minuto. La desagradable sensación de frío y las tiritonas dieron paso a unas terribles convulsiones y sacudidas que recorrieron todo su cuerpo en forma de punzantes y dolorosas descargas eléctricas. Pero todo eso había desaparecido hacía rato y, por muy extraño que pudiera parecer, era la primera vez en mucho tiempo que no le dolía nada.

Recuerdos y pensamientos trazaban complicadas espirales en su mente. Un cadáver. Un hombre muerto hacía años le vino a la cabeza. La había palmado de frío. Nevaba dentro de su cabeza. El hombre dormía entre cartones en un callejón. Piel azul, uñas azules, el cielo en el blanco de sus ojos. Érase un hombre azul en una puta ciudad gris. Y en esto pensaba Méndez. Porque así lo iban a encontrar.

También recordaba a su exmujer. Estaba con ella en un prado cubierto de flores descabezadas.

Ella le decía adiós.

Y así debía ser, porque Méndez es Méndez, se dijo como si pensase en otra persona. Un cabronazo que no cuida lo que tiene y ella se merece más. Así que la observó marchar entre los verdes pastos sin rencor.

Se quedó solo y retornó a la oscuridad. Intentaba recordar dónde se encontraba. No lo sabía y, si alguna vez lo supo, no lo recordaba. Su mente hacía tiempo que había desconectado dando la batalla por perdida. Se hallaba al borde de un sueño al que intentaba aferrarse. Solo que no era un sueño, era el inicio irreversible de la muerte cerebral. La última caída hacia el olvido.

¿Dónde está esa puta luz de la que tanto hablan?

Ni luz, ni túnel, ni hostias.

Todavía conservaba algo de cordura. La justa para instarse a un último esfuerzo.

¿Cómo se llama?

El nombre se le escapaba, su mente era una cabrona resbaladiza. Una pendiente helada donde ningún recuerdo podía asirse. Durante un par de segundos, que duraron toda una vida, se dio por vencido. Miraba los recuerdos pasar en su descenso hacía el olvido.

Entonces lo vio. Allí estaba el cabronazo que lo había metido en aquel agujero. El mismo que lo sacó de la habitación del hospital y que le dijo su nombre. Su verdadero nombre. Porque tenía más de uno. Y añadió algo más. Dijo:

—Irás al infierno. Cuando llegues, no olvides mencionar quién te envía.

Un recuerdo atrapado al vuelo. Solo eso. Suficiente para que Méndez, sin apenas sensibilidad en los dedos, se arrancase la vía del brazo y escribiese con sangre el nombre de su asesino. O al menos lo intentase.

Después, cerró los ojos.

Y dejó de existir en aquel ataúd de acero.

34

Frank intentaba mantener la calma, simular que nada había ocurrido; al menos, nada grave. Lo hacía paseando inquieto frente al mostrador de enfermería. Apretaba los puños y tensaba la mandíbula. Ramalazos de dolor traspasaban sus dientes sin poder evitarlo. De continuar así, terminaría por partirse una muela. Y no sería la primera vez.

Se acercó una vez más al mostrador.

—¿Podría volver a llamar?

La enfermera alzó la vista por encima de la montura amarilla de unas gafas de lectura. Dejó de mirar unos papeles que no estaba leyendo y negó con la cabeza.

—Ya se lo he dicho, sea paciente. Lo habrán llevado a radiología, el señor Méndez tenía previsto examen con el radiólogo.

—Sí —dijo Frank—, pero usted dijo que esa consulta, o lo que sea que tuviesen que hacerle, sería por la tarde. Son las doce de la mañana y no está en su habitación.

—Sea paciente, por favor —insistió la enfermera antes de volver a agachar la cabeza.

En realidad, estaba tan extrañada como aquel hombre tan pesado. Lo terrible era que el paciente debería estar en su habitación. Pero no podía hacer otra cosa más que esperar a que sonase el teléfono. Había movilizado al personal de seguridad. Además, pensó mientras miraba los papeles que fingía leer, por el amor de Dios, estamos en un hospital, aquí la gente no desaparece sin más.

Pero se equivocaba.

Cuarenta minutos más tarde el teléfono de enfermería rompió el pastoso silencio del pasillo de Oncología. Cada vez que asentía, el rostro de la enfermera se tornaba un tono más blanco. Cuando colgó, se levantó y rodeó el

mostrador en busca de Frank. Pálida a juego con su uniforme y las cejas crispadas como las líneas de un electrocardiograma. Se decía a sí misma que no se lo podía creer.

—¿Lo han encontrado?

La enfermera meneó la cabeza arriba y abajo. Luego, guardó silencio.

—¿Dónde? —preguntó Frank, conteniéndose para no gritar en mitad del pasillo.

—En el sótano —balbuceó—. En el depósito de cadáveres.

Frank salió corriendo en dirección a los ascensores. La enfermera, con un caminar errático e indeciso, volvió a su puesto tras el mostrador. De fondo, a intervalos regulares, como la gota de agua en una cisterna mal cerrada, se oía la voz queda de la mujer.

No me lo puedo creer, repetía una y otra vez.

No me lo puedo creer.

Frank, que había tenido que identificar a más de un muerto en sus años como policía, sabía perfectamente dónde se hallaba el depósito de cadáveres. El hospital universitario no había sido remodelado en años. Se apresuró a cruzar el pasillo hasta la puerta de acero. Empujó la pesada barra metálica y la hoja cedió. Llegó a tiempo de ver cómo un par de operarios de seguridad sacaban a Méndez de una de las cámaras frigoríficas. A su lado, un médico de bata blanca y estetoscopio al cuello negaba con la cabeza.

Méndez parecía una caricatura de sí mismo. Los labios se habían tornado negros y la boca permanecía abierta y torcida en una mueca grotesca. Pareciera estar disgustado con algo. Los ojos, exageradamente abiertos, miraban sin ver. Las manos crispadas y agarrotadas las tenía pegadas al pecho. Algo de escarcha brillaba sobre el pelo ralo. Y toda su piel era tan azul..., un azul imposible... que hacía daño a la vista bajo la intensa luz de los halógenos.

Un celador ocupaba un taburete metálico en una esquina de la sala. Su uniforme era de un verde desvaído. A

pesar de su juventud, parecía haber envejecido de golpe. Una de sus piernas, en un gesto nervioso, no paraba de moverse taloneando sin control contra los deslucidos baldosines del depósito. Debía de tratarse de la persona que había encontrado el cuerpo de Méndez. El cadáver de un paciente que no tenía que estar allí. No reparó en Frank.

Quien sí lo hizo fue uno de los hombres de seguridad. Un tipo achaparrado de espaldas anchas, brazos forrados de pelo negro y espeso y una enorme frente que, seguramente, le hacía parecer más estúpido qué peligroso. Llamó la atención del médico y este miró a Frank.

—Señor —dijo—, no puede estar aquí.

Pasaron unos segundos sin que Frank consiguiera apartar la vista del cuerpo de Méndez. Se fijó en la aguja plateada al final de la cánula de goma. En el embolo todavía se podían apreciar restos de sangre espesa y coagulada. Se había arrancado la vía del brazo antes de morir.

—Señor, ¿es que no ha oído a mi compañero?

Esta vez fue el otro operario quién habló. Era mucho más joven. Un muchachote rubicundo que portaba un corte de pelo al rape y unos enormes bíceps comprimidos bajo las mangas de una camisa dos tallas por debajo de lo razonable.

Frank apartó la vista de los restos mortales de Méndez. El vigilante achaparrado lo miraba con la curiosidad legítima que le daba su trabajo. Cejas interrogantes, nada más. El rubio clavaba los ojos en Frank con la hostilidad típica de los gimnasios. El doctor había perdido su interés en aquel hombre y centraba toda su atención en el interior de la cámara frigorífica. Sacó de sus holgados bolsillos una linterna que normalmente utilizaba para contraer las pupilas de los pacientes y mirar gargantas enrojecidas. Pulsó el interruptor con el pulgar y enfocó la parte superior del cubículo.

Frank se adelantó un par de pasos con la intención de ver qué había encontrado el doctor. El guardia fornido salió a su encuentro. Iba a decir algo. Cara de mala leche. Pero se

lo pensó mejor cuando Frank se levantó el faldón de la cazadora y le mostró la empuñadura de la pistola de Méndez. No fue necesaria ninguna otra explicación. Ambos vigilantes de seguridad se hicieron a un lado.

El médico seguía encorvado con la cabeza metida en el interior de la cámara. Enfocaba la parte superior, el haz de luz trémula fluctuaba sobre techo metálico.

—¿Es usted policía? —preguntó el doctor al notar la presencia de Frank a su lado.

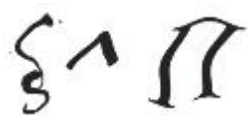
Negó con la cabeza.

—Lo era.

—No debería estar aquí —repitió el doctor.

—Mi amigo tampoco.

Y ninguno de los dos dijo nada más hasta pasado un buen rato. Estaban absortos en los signos escritos con sangre en aquel ataúd helado:



Frank estaba sentado en un banco de la sala de espera. Miraba el incesante ir y venir de personas que pululaban por el vestíbulo del hospital. Niños, hombres y mujeres, ancianos. Risas, gritos, voces destempladas, llantos. Temor e ilusión. Flores por los que nacen y también por los que mueren. El ciclo de la vida entre cuatro paredes. La incesante rueda que, como su cabeza, nunca deja de girar.

A eso de la una del mediodía, sacó un sándwich de la máquina. Lo dejó a la mitad. Tenía el estómago cerrado. Se moría de ganas por echar un trago, pero decidió aguantar hasta que hubiese hablado con la policía.

Después del hallazgo del cuerpo de Méndez, no tardaron en llegar. Un par de patrullas uniformadas y un agente de paisano, un subinspector que, por su complexión, parecía que, más que trabajar en la policía, se dedicase a correr maratones. Iba impecablemente vestido. Peinado a raya, gafas de pasta. Traje oscuro sin corbata, funcional. Se

presentó como Santana y, tras una breve charla con los tipos de seguridad, se acercó a Frank y le estrechó la mano.

Apretó con fuerza. Otro que quería asentar las bases. Dejar claro quién mandaba allí. En cualquier caso, a Frank le sorprendió la presión que aquella mano tan escuálida en apariencia ejercía sobre la suya.

—Sé quién es —dijo Santana—, Méndez me habló de usted. Me consta que eran muy amigos así que, antes de nada, por favor, acepte mi más sentido pésame.

Hablaba con corrección, con una solemnidad para nada impostada. Frank agradeció el gesto. Después de eso, endureció la voz haciéndose oír en el pasillo y les pidió a los vigilantes que lo acompañasen a la salida.

—Espéreme en el vestíbulo si es tan amable. —Y entró al depósito de cadáveres.

Desde entonces ninguno de los vigilantes le quitó el ojo de encima a Frank. Se turnaban cada media hora y lo vigilaban desde una distancia prudencial. Pero no se dirigieron a él en ningún momento, porque Frank tenía el aspecto de alguien a quien es mejor no tocar las narices; su amigo había aparecido muerto y, además, llevaba un arma encajada en la cintura de los pantalones. El policía de paisano les había dicho que no tenían de qué preocuparse, pero que se asegurasen de que no se fuera hasta que él terminara su trabajo.

Santana apareció cerca de las dos de la tarde. Miró los restos del sándwich con aire ausente, se disculpó con Frank y le invitó a dar un paseo.

—¿Ha traído coche?

—Lo tengo en el aparcamiento.

—Bien, le acompaño. Charlaremos de camino.

El aparcamiento estaba ocupado en su mayor parte; los que no encontraban hueco donde estacionar tras unas cuantas vueltas lo hacían sobre los bordillos de las aceras. Frank sacó su paquete de cigarrillos. Le ofreció uno a Santana, que negó con un gesto de la mano.

—Fue el celador que vio sentado en una esquina quién encontró a Méndez —dijo Santana.

—Lo supuse.

—No se explican qué pudo pasar —continuó Santana con las manos en los bolsillos—. El doctor lo atribuye a un error. Un nombre anotado por equivocación. Algo así. Se niega a pensar que alguien entró en el ala de Oncología y se llevase a Méndez de su habitación en una camilla sin que nadie se diese cuenta.

Frank dejó escapar el humo del cigarrillo por un lado de la boca.

—¿Así que un error?

—Frank, dejémonos de gilipolleces, ¿quiere? Usted y yo sabemos que no ha habido ningún error. Méndez ha sido asesinado. Y pienso abrir una investigación, sé que eran amigos, sé que en su día fue un buen policía..., me consta, a pesar de lo que se dice de usted.

—¿Qué quiere?

—Lo mismo que usted. Atrapar a quien le ha hecho esto. Era mi jefe... —dijo cuando llegaron al lugar donde Frank tenía estacionado su destartalado Chevy—. Mire, no se lleve a engaño por mi juventud, yo no me chupo el dedo. Sé sumar dos más dos. Méndez me pidió un listado de hospederías. En aquel listado aparecía el nombre de Tomás Moreda. Lo sé porque días más tarde también fui yo quien fotocopió su antiguo expediente el día que Méndez fue a la comisaría a recoger sus cosas. El expediente de un tipo condenado por el secuestro y la muerte de sus hijos hace más de treinta años. El mismo que había aparecido flotando en un río unos días antes. A esto hay que sumarle que, ayer mismo, Méndez me pidió que sacase de la base de datos el titular de una matrícula. De una autocaravana para ser exactos. El dueño era un tal Jesús Valverde. ¿Le suena? —Frank no contestó. Apuró el cigarro en una última y larga calada antes de abrir la puerta del coche—. Sí, claro que le suena. Ha salido en las noticias —añadió Santana apoyando una mano en el capó—. Muerto junto a su hermano en un accidente y, oh casualidad, en el pantano del Alcorlo, no muy lejos de donde se encontró el cuerpo de Moreda, aguas arriba del río Bornova. Y ahora esto...

—Y ahora esto —repitió Frank.

—¿Por qué no me cuenta todo lo que sabe? ¿En qué andaba metido Méndez?

Frank se dejó caer sobre el asiento y se lo pensó un instante antes de arrancar. Cerró la puerta y bajó la ventanilla para terminar de hablar con Santana.

—La verdad es que no sé gran cosa. Además, ¿por qué tendría que saber nada? Trabajo en una asesoría. Ya no me dedico a investigar.

Méndez habría dicho que mentía de puta pena.

Santana se agachó al otro lado de la ventanilla. Sus ojos quedaron a escasos centímetros de los de Frank. Ambos se observaron en silencio unos segundos.

—Frank —dijo al final Santana—, ya se lo he dicho, por favor, no me tome por gilipollas. Podría joderle ahora mismo si quisiera. Quizá no pueda demostrar que está usted ejerciendo de investigador, cosa que tiene prohibido, pero puedo cachearle. Según los vigilantes va armado. Algo que también tiene prohibido.

—¿Quiere que me baje del coche para que pueda hacerlo?

El intenso cruce de miradas terminó cuando Santana apartó la vista y sonrió con desgana.

—Solo quiero detener a la persona que le ha hecho esto a Méndez —dijo Santana dando un paso hacia atrás para que Frank pudiera maniobrar y sacar el Chevy de la plaza de aparcamiento.

Frank guardó silencio, encendió otro cigarrillo, giró la llave del contacto y pisó con suavidad el pedal del acelerador. La imagen del subinspector se fue perdiendo en el espejo retrovisor. Con su traje informal y las manos en los bolsillos.

Esa es la diferencia, pensó Frank, yo no quiero detener a nadie. Porque no sabía qué o quién era «Sam», pero era el último mensaje que dejó Méndez antes de morir. Escrito con su propia sangre.

No, no pensaba entregar al responsable. Y tampoco pensaba contarle nada a Santana. Frank no sabía qué

fuerzas se movían en las sombras, qué engranajes había puesto en funcionamiento al investigar a Tomás Moreda, pero lo que sí tenía claro era que no podía fiarse de nadie.

35

—¿Alguien quiere decir unas palabras antes de la cremación?

Frank se levantó del primer banco de la capilla y rodeó el féretro. Cerrado. Madera lacada, sin motivos cristianos. Una banda blanca, sin lema ni frase. Un ramo de flores a los pies del ataúd daba algo de color al acto. Y eso gracias a que su exmujer insistió en comprar uno. Rosas, claveles y nomeolvides. Todo lo demás, incluidos los pocos asistentes, le otorgaban una sobriedad vacía y decadente. Ningún maquillaje pudo corregir los estragos del frío en su cuerpo, el aspecto compungido y cianótico de su piel. Joder, le había dicho uno de los operarios del tanatorio, si ni siquiera hemos sido capaces de cerrarle los párpados como Dios manda.

Frank desdobló el papel que llevaba en la mano y levantó la cabeza hacia los asistentes: Eliana, taciturna, con un pañuelo en la cabeza y portando sus enormes y oscuras gafas de sol. La exmujer, Alejandra, que había llegado en avión aquella misma mañana desde La Palma y a quien el propio Frank había ido a recoger al aeropuerto. Y el subinspector Santana, con quien apenas cruzó un par de palabras.

Desolador.

Cuatro personas. Menos que en el sepelio de Moreda y todavía menos que en la ceremonia oficiada por la muerte de Constanza. Frank se preguntó cuánta gente asistiría a su entierro. Supuso que no muchas más. Tanto Méndez como él se habían convertido en tipos solitarios.

Alejó esta idea de su cabeza y centró la vista en el breve discurso que había preparado la noche anterior:

—Luis Méndez fue policía más de cuatro décadas,

resolvió innumerables casos y mandó a chirona a cerca de medio centenar de criminales. Severo de trato, ecuánime con compañeros y subordinados, un dolor de muelas para sus superiores y un cabronazo retorcido para el resto del mundo. Lo mejor que se puede decir de él es que era un hombre íntegro, sin ambages, sin dobleces. También fue la única persona que estuvo a mi lado cuando más lo necesitaba, cuando menos lo merecía, cuando debí irme al infierno y no lo hice.

Frank volvió a mirar a los asistentes, dobló de nuevo el papel, se lo guardó en el bolsillo y, antes de abandonar el pequeño púlpito, dijo:

—Descansa en paz, amigo.

Minutos después, todo lo que alguna vez el inspector fue o soñó ser se consumía hasta quedar reducido a cenizas. A Frank no se le escapó la ironía: Méndez, después del asunto del cadáver en el maletero, después de ayudarlo a enmascarar lo que Frank había hecho con el asesino confeso de la chica Constanza, nunca dejó de pensar que cuando la palmase iría de cabeza al infierno.

Se quedó corto. Típico de Méndez.

Murió congelado en la morgue y, en esos momentos, su cuerpo se consumía pasto de las llamas en el interior del horno crematorio.

De momento, llevaba dos infiernos.

36

Dos días después de la incineración de Méndez, Eliana recibió la llamada de la librería a eso de las seis de la tarde. Se frotó los ojos enrojecidos. Llevaba todo el día en casa, buceando en Internet. En muchas páginas de misterio y teorías de la conspiración encontró referencias sobre el caso. El Monstruo de la Tejera Negra y la desaparición de los mellizos en el bosque eran tristemente famosos dentro de aquel mundillo sensacionalista. Fue desechando todas las páginas una a una. Había de todo. Informaciones que decían que los niños habían sido atacados por una manada de lobos, otros que relacionaban la desaparición con el tráfico de órganos y, algunos, los más alucinantes, que aseguraban que los mellizos habían sido raptados por los extraterrestres; esta última hipótesis venía avalada por el hecho de que su padre, Tomás Moreda, no recordase nada de lo ocurrido, síntoma más que conocido en los casos de abducción. Tan solo encontró un vídeo en formato documental que tratase el tema con rigor y seriedad.

Lo descargó en el ordenador portátil, se desperezó, se puso la chaqueta y salió hacia la librería. Su calle se encontraba en fase de despedida y cierre. La oscuridad se había instalado mansamente en el barrio y las farolas apenas iluminaban las aceras con débiles topos de luz. Las personas que por allí pululaban caminaban sin prisa y charlaban de sus cosas sin alzar mucho la voz. El trasiego de coches también había cesado con la caída prematura de la noche. Alguna motocicleta cuyo petardeo se perdía a lo lejos y un taxi solitario fuera de servicio buscando aparcamiento. Un par de manzanas más adelante, Eliana se cambió de acera y entró en la librería. Minutos después salía con el libro bajo el brazo. Siguió alejándose hasta

detenerse en un restaurante de comida turca. Entró y pidió un kebab con guarnición para llevar.

De vuelta en casa se dejó caer de nuevo en el sofá. Despejó la mesita de centro, recogió el ordenador y dejó la bolsa con comida. Abrió el libro entre una mezcla de olores a especias y salsa moruna. Extrajo el kebab de la bolsa. En la boca notó el fuerte sabor de la carne mechada. Tras unos cuantos bocados, dio la cena por amortizada y comenzó a leer.

Mitos y leyendas de Guadalajara. El volumen constaba de cuatro tratados correlativos que dividían los casos de folclore popular más famosos de la provincia de Guadalajara. Una rápida ojeada le valió para comprender que cada parte del libro venía precedida de una breve explicación que servía al lector para situar cada mito y leyenda en su debido contexto histórico.

Consultó el índice. Tres de ellos se centraban en pueblos y zonas rurales que nada tenían que ver con lo que andaba buscando. El que le llamó la atención fue el tercer tratado, que versaba sobre la Sierra Norte y las postrimerías orientales del paraje conocido como la Tejera Negra.

Buscó la página y comenzó a leer.

Desde un principio le quedó claro que la riqueza de aquellas tierras era conocida desde la época de la dominación romana, pero no se explotó la extracción de minerales hasta bien avanzado el siglo XIX. Un área rica y próspera que giraba, florecía y crecía en torno a las aguas del río Bornova. El apogeo llegó con la incorporación de la Sociedad Minera Británica Bella Santa Ana, que financió la apertura de nuevas minas, trajo el progreso e hizo florecer la región. Construyó viviendas para los trabajadores, un hospital y hasta un teatro. El periodo de esplendor llegó a su fin cuando los filones de plata comenzaron a escasear coincidiendo con el inicio de la Primera Guerra Mundial. Las minas fueron abandonadas allá por 1920 y se convirtieron en las ruinas que todavía podían observarse a día de hoy.

Pasada la introducción, el libro se centraba en el

folclore y las leyendas antiguas de la zona. Todas las referencias marcadas en el tratado hablaban de brujas, juicios populares y un antiguo linaje de marqueses. Por alguna extraña coincidencia, el autor del libro se había interesado por esas dos cuestiones: las minas de plata y hechos más o menos luctuosos ocurridos en la zona.

Ninguna de las historias a las que hacía referencia era demasiado actual. Dejando a un lado duendes y brujas, la que más llamó la atención de Eliana era la leyenda del matrimonio Santa Ana, marqueses de Allende la Encina. Un título nobiliario del que carecían y que se adjudicaron *motu proprio* un matrimonio de terratenientes de la zona. Se hacían llamar marqueses, pero el título nunca fue refrendado por la familia real. Y si la cosa no llegó a mayores era porque se encargaban de mantener el orden en las colonias establecidas por los mineros para la extracción de la plata.

Antes de la Primera Gran Guerra y del abandono definitivo de las minas, tuvieron que huir de Guadalajara. Se les perdió la pista. Según se narraba en el libro, se les acusó de estar detrás del secuestro de una niña. Al parecer, las desapariciones de críos durante los años anteriores habían sido una constante y las autoridades de la provincia solo se decidieron a investigar en profundidad lo ocurrido cuando el negocio de las minas cayó en desgracia y los marqueses, ya en clara decadencia, perdieron todo su poder.

Según los diarios de la época, nunca llegaron a ser juzgados y los niños nunca aparecieron. Por lo visto, una turba irrumpió una noche en su casa con la intención de hacer justicia y cobrarse viejas rencillas y cuentas pendientes.

Oficialmente no dieron con ellos, aunque el autor del libro especulaba que, posiblemente, sí que los encontraron y que el matrimonio fue ajusticiado. Decía que era una hipótesis más que probable, ya que nunca más se volvió a saber nada de los falsos marqueses.

La parte que se alejaba de las crónicas y la historia

oficial y se adentraba en la leyenda contaba que la turba movilizada aquella noche desde los pueblos de los alrededores no dio con los terratenientes de Allende la Encina, pero que, en el caserón, en el interior de una alacena, hallaron unas vasijas de barro tapadas con barro seco y pez.

Dentro estaban los dientes de los niños desaparecidos. Dientes bañados en plata.

Eliana cerró el libro y se quedó abstraída mirando la humedad llorona de la ventana del salón.

Largas sombras difusas y deformes.

Interludio

Y es que a veces, más que despertar, venía a caer de un sueño o de una pesadilla o de lo que sea que ocurriera dentro de su cabeza cuando echaba el cierre y se adentraba en la oscuridad.

Frank intentó no darle demasiadas vueltas, al fin y al cabo, sabía que, desde la muerte de Gabriela, algo no andaba bien por allá dentro.

En su sueño hablaba con Méndez. No quería que el cáncer se lo llevase, quería un suicidio, uno como Dios manda, dijo. Nada de hacer el ganso, que la muerte —y más cuando es de uno, aclaró— es cosa seria. Ya lo hemos visto otras veces. Una bala y arreando. Y nada de dispararse en la cabeza, aquí, en el corazón, joder. Todo lo demás, saltar a las vías del tren, por ejemplo, además de dejar todo hecho un asco, revelaba pocas ganas, poca determinación.

Y soy inspector jefe de policía, que no se diga.

Méndez y Frank estaban rodeados de pinos y abetos. Un claro en el bosque. Una porción de tierra en la cual no crecía nada salvo unas extrañas flores pétreas, solo que no eran flores, eran restos de huesos. Huesos de niños.

Da igual, venga, al lío, dijo.

Méndez se apoyó el cañón de la pistola en el pecho, apretó el gatillo y cayó como se cae en las pesadillas. Sin prisa, con ligero vértigo en las tripas y sin llegar a romperse contra el suelo en ningún momento.

Y como a su amigo nunca le gustó que le hicieran perder el tiempo y no terminaba de caer y mucho menos de diñarla, abrió los ojos y dijo:

—Mejor busca a Sam.

Sexta parte

La mala noche

37

Frank pasó la noche durmiendo en el sofá porque detestaba acostarse ebrio en la cama que años atrás compartiese con Gabriela. Odiaba empapar las sábanas con el sudor rancio de los beodos. Desde el caso de la chica Constanza, no había vuelto a beber. No en serio. Aquella mierda le estaba pasando factura. Se enderezó hasta quedar con la espalda apoyada en el respaldo del sofá. Se llevó la mano a las costillas y entrecerró los ojos. Esperó a que el malestar remitiese. Determinados cambios de postura le producían intensos pinchazos en las costillas. Desde el encontronazo (no podía definirlo de ninguna otra manera) con los hermanos Valverde, tenía un verdugón en el costado. No quería ir al médico, no quería que una radiografía constatase algo que ya sabía: tenía una fisura en alguna costilla, quizá hasta estuviese rota.

En el baño se sacó la camiseta por la cabeza y fue tirando de la venda compresiva que él mismo se había colocado hacía un par de días. El vendaje fue quedando a sus pies sobre el enlosado del baño como una serpiente muerta en la carretera.

Se miró en el espejo. Del otro lado, la imagen de alguien mucho mayor de lo que recordaba; normalmente llevaba el pelo arreglado, cortado a cepillo, con un buen rapado en los laterales. Algo que, según él, le disimulaba las incipientes canas de las sienes. Pero aquella mañana su aspecto no pasaba por su mejor momento. Dejado, desaliñado. Con los mechones de pelo rebeldes aquí y allá, crespos y retorcidos como olas erráticas en un mar revuelto. Sin embargo, la mayor muestra de dejadez la ofrecía su barba. Los tres o cuatro días sin afeitar habían pasado de largo hacía tiempo. En una semana, dos a más tardar,

llevaría el *look* oficial de los alcohólicos impenitentes.

Se dio una ducha. Al salir reparó en la balda de cristal y en el ungüento de Mami, aquel que solo debía aplicarse tras la caída del sol. Todavía no había amanecido, así que se puso más de aquel correoso potingue sobre la amoratada contusión antes de volver a vendarse el torso.

No volvió a cruzar la mirada con el hombre del espejo. Se vistió y salió de casa. En el felpudo, «Sonríe y sé feliz». Le dio la vuelta encarando las letras contra el suelo y bajó las escaleras del portal. Ni sonreía, ni era feliz. Su mejor amigo había sido asesinado. Y necesitaba un trago.

En su cabeza, la última parte del sueño en la que Méndez, tras apoyarse el cañón en el pecho y apretar el gatillo, se negaba a morir y le decía, mejor busca a Sam.

—Sí —se repitió—, han pasado dos días. Déjate de beber, centra la puñetera cabeza y busca a Sam de una maldita vez.

Una vecina se cambió de acera. Frank parecía un loco hablando solo.

Sentado al volante de su destartalado Chevy, Frank vio amanecer; las primeras luces del alba lamían la oscuridad del cielo antes de que el sol asomase por el horizonte de la ciudad.

Los kilómetros de asfalto se sucedieron uno tras otro con sus madrugadores atascos. Frank bajó la ventanilla. El fresco relente se colaba en sucesivas ráfagas de aire que dejaron el habitáculo del coche como el interior de una nevera. Un refrigerador del depósito de cadáveres. A pesar de ello, las gotas de sudor resbalaban por la frente y el cogote de Frank.

¿Tienes el mono?

Jódete.

Un par de cafés y cuatro horas al volante no fueron suficientes para que las ganas de echar un trago desapareciesen, pero al menos había dejado de sudar. Frank se encontraba lo suficientemente centrado para afrontar el día, poner sus ideas en orden y repasar todo lo que sabían hasta el momento.

Nada de alcohol, se dijo. Ya sabes cómo funciona. Has pasado por esto otras veces, se dijo. Primero el subidón de adrenalina. Luego el cabrón del mono. Euforia y caída. Céntrate.

Pensó que le vendría bien visitar la tumba de Gabriela. Contarle cómo le había ido las últimas tres semanas. Se quitó la idea de la cabeza. Primero terminaría el trabajo y luego se procuraría un buen corte de pelo y un afeitado.

Tras la muerte de Méndez se agarró a la botella. Dos días bebiendo. Noches de tormenta dentro de casa. ¿Quién? ¿Por qué? Preguntas lanzadas al aire. Disparos que no acertaban en su objetivo, solo un borracho cazando moscas.

Se sentía rabioso, efervescente.

Subidón.

Y en esos momentos, con el sudor frío de los alcohólicos empapando de nuevo la espalda de su camisa, pensaba en ir a visitar a su mujer al cementerio. ¿Y decirle qué? Mira, cariño, ando hecho una piltrafa.

Era el mono. Que, como la fiebre, necesita su tiempo de bajada.

Seguía hablando solo cuando entró en la asesoría. El cartero había pasado un sobre por debajo de la puerta. Frank se agachó a recogerlo y le dio la vuelta. Sus dedos temblaban ligeramente. Nada. Solo las señas de la asesoría, la carta venía sin los datos del remitente.

Rodeó la mesa del despacho y se sentó con mucho cuidado llevándose la mano al costado. Rasgó el borde del sobre. Un folio con el membrete en una esquina de Medicina Legal.

Eran los resultados de los análisis del diente de leche que con tanto celo guardaba Chuso Valverde. La forense cumplió lo prometido, lo había mandado analizar y allí estaban las conclusiones.

1. ADN: visto la morfología de la pieza dental (premolar), correspondiente a persona sin identificar. Rango de edad comprendido entre los seis y ocho años. Nula compatibilidad con Tomás

Moreda.

2. Recubrimiento: baño de plata. Composición dentro de parámetros normales (94,8 Ag/ 5,2 Cu). No aleación de otros metales.
3. Pruebas complementarias (carbono 14): Rango de antigüedad comprendido entre los veinte y veinticinco años.

Repasó el contenido del documento una vez más y, cuando levantó la vista de la hoja, se encontró a Eliana al otro lado del despacho con su bandolera colgada del hombro. Sujetaba el casco de la Vespa bajo el brazo y en la otra mano llevaba un libro del que asomaban tiras de colores con anotaciones.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Frank.

Eliana asintió con la cabeza.

—¿Y tú?

—Sí —dijo Frank levantando el informe de la mesa—. Creo que los mellizos Moreda no son los únicos niños desaparecidos en esta historia.

Otra vez el sudor frío.

Pero no a causa del mono.

38

Frank sentía en la boca un regusto amargo y metálico, como si llevase toda la mañana chupando una moneda. Era la comezón que siempre sentía cuando consideraba que estaba cerca de la conclusión de un caso. Le daba por apretar los dientes hasta que se lastimaba las encías. No tenía ningún caramelo de menta, ¿por qué habría de tenerlo? Así que abrió la ventana de la oficina y prendió fuego a un cigarrillo mientras Eliana se inclinaba sobre la mesa leyendo el informe.

Repasaba las últimas líneas de texto con la yema del dedo cuando preguntó:

—¿Te das cuenta de lo qué significa esto?

—Muy probablemente —dijo Frank apoyado en el borde de la ventana—, que Tomás Moreda era inocente.

—A ver si me aclaro. Sale de prisión con la intención de averiguar qué pasó con sus hijos y lo que encuentra son unos dientes bañados en plata de otro niño. ¿Es eso lo que viene a decir este informe?

—Al principio, según leía, pensé que no tenía ningún sentido —dijo Frank—. Según los análisis, es de un niño de entre seis y ocho años...

—Un niño al que le arrancaron la muela —añadió Eliana.

—Eso no lo sabemos.

—Lo sabemos. Los premolares no se caen hasta los diez u once años, Frank. Esa muela se la sacaron a su propietario de la boca por la fuerza.

Frank asintió y frunció el ceño. Apuró los restos del cigarrillo, lanzó una última bocanada al aire frío de la mañana, entornó la ventana y regresó a su asiento rodeando la mesa del despacho.

—En cualquier caso —dijo Frank conteniendo un ramalazo de dolor en las costillas—, la data del carbono catorce dice que, fuese lo que fuese lo que ocurrió, pasó hace veinte años. Lo que quiere decir que Tomás Moreda no tuvo nada que ver. En esos momentos ya estaba en prisión.

—Buscaba a sus hijos —repitió Eliana—. Y se topó con esto. Lo cual quiere decir...

Esta vez fue Frank quien terminó la frase por ella.

—Que a sus hijos les debió de ocurrir algo parecido. El responsable de su desaparición les arrancó los dientes y los bañó en plata.

Eliana suspiró. Su semblante se ensombreció como si estuviese a punto de entrar en uno de sus hoscos periodos de reflexión y silencio. Dejó a un lado la hoja del informe y abrió el libro. Mitos y leyendas...

No estaba ante uno de sus momentos oscuros. Al contrario, tenía el pulso acelerado. Empezó a hojear el libro y a sacar de entre sus páginas las hojas de colores con anotaciones dobladas meticulosamente.

—Pues si todo esto que acabamos de leer es verdad —dijo consultando sus notas—, agárrate a la silla, porque, según este libro, lo de las desapariciones de niños y los dientes de leche bañados en plata ya ocurría en ese mismo lugar hace más de cien años.

Eliana le puso al corriente de los diversos pasajes del libro. De los falsos marqueses, de su caída en desgracia, de la muchedumbre enfurecida y de los restos de dientes que encontraron en su palacete el día en que los fueron a linchar.

Cuando terminó su relato, Frank sopesó el grueso volumen en sus manos. Apretaba la mandíbula. Aquel libro, pensó, lo había leído Tomás Moreda en prisión. Y antes que él, su exmujer. Ahora uno estaba muerto y la otra había perdido la cabeza. Los dos, en algún momento de sus tristes vidas, estuvieron cerca de descubrir qué había sido de sus hijos. Quizá lo averiguaron. Así se lo dijo a Eliana.

—Y luego —dijo Frank siguiendo el hilo de sus pensamientos— entramos nosotros, buscando a Moreda.

Meneando el avispero. Metiendo nuestras narices en algo mucho más grande de lo que jamás pudimos imaginar. Despertando al verdadero culpable de esta historia. Alguien del que solo sabemos que se hace llamar Sam y que ya se ha cobrado las vidas del propio Tomás Moreda, de Constanza, de los hermanos Valverde y de Méndez.

Frank sintió de nuevo aquel regusto amargo en la boca. Cerró los ojos y se deslizó en el asiento hacia atrás. Quedó ladeado, en una postura incómoda, como si le doliese el solo contacto del ajado cuero con su espalda. Como si todo él, y no solo el lateral de su torso, estuviese magullado.

Presentía la cercanía del monstruo. Y el final de todo. Para bien o para mal.

Decidieron que Eliana se ocuparía de seguir la pista de los dientes de leche. De la historia antigua narrada en el libro. Del baño de plata. Continuaría recabando información. De alguna manera llegaron a la conclusión lógica de que si Moreda y su exmujer descubrieron algo, lo hicieron a partir de la misma información que ellos disponían en ese momento. Volvería a visitar a María Asunción, la madre de Tomás Moreda.

Hablaría con ella de nuevo.

La anciana podría aportar algo a la extraña historia de los dientes de leche. Sobre las leyendas. Cuentos de viejas...

Frank, por su parte, se quedaría en la asesoría repasando toda la información: el expediente que en su día le facilitase Méndez, las entrevistas con la madre de Moreda y su exmujer, los Lázaro, los hermanos Valverde, el párroco de la prisión. Notas que Eliana había tomado en su cuaderno durante los últimos días.

—Y no te olvides de esto —dijo Eliana.

Sacó el ordenador portátil de la bandolera y lo abrió sobre la mesa del despacho. Clicó sobre una de las carpetas del escritorio y apareció el icono de un corte de vídeo. Volvió a pulsar y maximizó el reproductor hasta que ocupó toda la pantalla.

—Te lo dejo preparado. Solo tienes que darle al *play*.

Frank asintió.

—Ah, ando mal de batería, así que cuando termines, no te olvides de bajar la tapa.

—Eso me recordaba siempre mi mujer.

—¿Qué?

—Cuando iba al baño —dijo Frank—, baja la tapa cuando termines.

Y en aquellos momentos de tensión, sin venir a cuento, cuando las cosas no podían estar más torcidas, le sacó a Eliana una sonrisa.

Era la primera vez desde que se conocían que Frank soltaba una gracia, una coña respecto a algo. Claro que era un mal chiste y lo hizo sin inmutarse, sin siquiera parpadear, sin cambiar un solo centímetro de su cara y manteniendo su grave y severo semblante en todo momento. Y a Eliana le hizo pensar que quizá, enterrado allí abajo, bajo capas de infelicidad y tristeza, hubiese alguien que merecía la pena conocer.

Alguien como ella.

—... ¿Has oído lo que te acabo de decir?

—No —contestó Eliana—, tenía la cabeza en otro lado.

—Pues céntrate, ¿quieres? Esto es importante. Si encuentras algo, me llamas. Lo que sea. No hagas nada sin avisarme, ¿estamos?

Allí estaba de nuevo el Frank de siempre.

Una vez a solas, Frank se acercó a la cafetería que había un par de calles más arriba. Cervezas y pinchos de mediodía. Bullicio, anécdotas, risas. Frank buscó un hueco libre en la barra y pidió un bocadillo vegetal. ¿Y de beber? Ahí tuvo que pensárselo algo más. Una botella de agua, dijo. Y cabreado consigo mismo regresó a la asesoría. De caminó rescató un periódico del día anterior de una papelera, lo abrió por la mitad y lo utilizó de mantel.

Almorzó viendo el documental. Dosificó la botella de agua. Breves sorbos, como el que se obliga a tomar una medicina que sabe a rayos. Cuarenta y cinco minutos de vídeo en el que quedaba de manifiesto que Tomás Moreda,

el hombre al que llamaban El Monstruo de la Tejera Negra, era culpable de haberse llevado a sus hijos al bosque y haberlos hecho desaparecer. Nada nuevo respecto al atestado policial. Imágenes de archivo en las que se mostraban las partidas de búsqueda de los mellizos. Carpas y tiendas de campaña a la entrada del *camping*. Un hombre uniformado, por sus galones, sargento de la Guardia Civil, repartía panfletos entre los voluntarios. Abrigados, exhalando nubecillas de vaho por sus bocas, pisaban con fuerza el terruño y se frotaban las manos para calentarse. Los niños desaparecieron a finales de septiembre y la búsqueda se realizó bajo un invierno con prisa por llegar.

La cámara giró noventa grados.

El valle de fondo con la torre del edificio de admisión del *camping* recortado sobre un cielo crudo y desvaído. Las copas de los árboles se inclinaban por la fuerza del viento.

Detuvo la imagen.

A un lado del camino estaban la madre de Moreda y su exmujer. Servían bebida caliente a los asistentes en torno a una mesa plegable. A su derecha se encontraba Mami, la propietaria del *camping*. Se ocupaba de una hoguera improvisada sobre la que calentaba un enorme puchero y preparaba los vasos de caldo caliente.

A pesar de haber transcurrido treinta años, Frank reconoció a las tres mujeres.

Junto a ellas, un par de chavales echaban una mano. Ya los había visto antes, eran los jóvenes que también aparecían junto a Mami en las fotos de los periódicos que estaban en el expediente Moreda. Uno alto, de espaldas anchas. El otro más bajo, flaco y desgarbado. Frank supuso que se trataban de dos chicos del pueblo cercano que habían ido hasta allí para echar una mano y que, debido a su juventud, no se les dejó participar en las partidas de búsqueda. Los debieron de poner a cargo de Mami para que arrimasen el hombro. Solo eso.

Aun así, era la segunda vez que se topaba con aquellos rostros en la investigación. Arrimó la cámara de su teléfono móvil a la pantalla del ordenador y decidió sacar una foto

de la imagen congelada. La calidad no era muy buena, pero poco más podía hacer.

Le envió la fotografía a Eliana.

Mensaje: «Pregunta a la madre de Moreda».

Volvió a la reproducción del vídeo y captó algo más. Y es que, a escasos metros de Mami, arrodillado en el suelo, Frank reconoció a Lolo; era muy malo en eso de calcular las edades de los críos, pero pensó que, por aquel entonces, Lolo no tendría más de tres o cuatro años. Con su único brazo arrastraba por la tierra un coche de madera.

Estaba claro, dado el volumen de gente que aparecía en la grabación, que muchos vecinos de los alrededores se habían acercado para ayudar en la búsqueda de los mellizos.

Y ya no observó nada interesante hasta que el documental se centró en la madre de los niños. La exmujer de Moreda participó en muchas entrevistas a lo largo de los años. Una sucesión de preguntas y respuestas que ofrecían al espectador la imagen de una mujer que se iba deteriorando con el paso del tiempo. El colofón dramático vino cuando pasaron su última imagen. La de una Carmen Taboada en el psiquiátrico, postrada en una silla de ruedas con la mirada perdida. La misma mujer que Frank había conocido días atrás.

La sorpresa llegó segundos más tarde.

Según se narraba en el documental, la exmujer de Moreda perdió la cabeza por la ingesta masiva de sustancias tóxicas. Entrevistaban a un hombrecillo de calva lustrosa, bata blanca y unas minúsculas gafas apoyadas sobre la punta de una nariz aguileña.

Con voz engolada, explicaba cómo se había producido la intoxicación y enumeraba las sustancias: psilocibina, muscimol, ácido iboténico y ketamina. Casi todas ellas, en su opinión, obtenidas por la ingesta de setas.

Casi todas.

La ketamina, según la hipótesis más plausible del doctor, pudo haberla conseguido de los anestésicos de uso veterinario. Siguió hablando y le dijo a la audiencia que la

mezcla de tales sustancias provocaba que el sujeto pudiese actuar con cierta normalidad durante horas. Después explicó que, rebasado cierto límite de tiempo, el cerebro desconectaba y borraba de su memoria lo ocurrido durante todo ese tiempo. Terminaba diciendo que, dependiendo de la cantidad ingerida, podían causar desde una amnesia pasajera hasta la muerte. O, como en el desafortunado caso de la señora Carmen Taboada, una sobredosis que le había hecho perder todo contacto con la realidad.

Frank cerró la tapa del ordenador tal y como le pidió Eliana. Envolvió los restos del bocadillo en el papel de periódico y lo dejó caer en la papelera que tenía bajo el escritorio. Abrió el expediente de Moreda con el pulso acelerado y comenzó a pasar las hojas hasta encontrar... ¿El qué? Algo que ya había leído antes.

Lo encontró, al margen había dibujadas un par de interrogaciones: «La tasa de alcohol apreciada en sangre no es significativa. Otras sustancias tóxicas encontradas en su organismo: psilocibina, muscimol, ácido iboténico y ketamina». Las mismas sustancias.

Cuando Tomás Moreda apareció deambulando por el bosque y fue detenido, dijo que no recordaba nada. Años más tarde, su exmujer perdió la cabeza después de visitarlo en prisión y decirle que creía saber qué fue de los niños.

Ambos fueron envenenados.

Alguien se ocupó de borrar su memoria.

Frank cerró los ojos. Buscó respuestas en su interior, pero solo halló preguntas y más preguntas. Pensamientos que se amontonaban uno tras otro como puñados de ceniza tras sus párpados. Envenenamientos. Niños desparecidos, además de los mellizos Moreda. Casos similares ocurridos hace más de cien años descritos en un libro de mitos y leyendas. Y, sobre todas aquellas cuestiones, algo que se le antojaba más importante: una sucesión de puntos que, si lograba unir, como en los cuadernos de pasatiempos que rellenaba de niño, formarían un dibujo.

Intentaba encontrar la conexión entre las muertes de Constanza, Méndez y los Valverde con el incendio

provocado en la sala de autopsias.

Porque para Frank ahí residía la clave.

Une los puntos, se dijo.

Y verás la imagen concreta de Sam.

39

Villacadima o Villatristeza, según quien lo miente, seguía siendo un nido abandonado hacía mucho tiempo. Los cascarones vacíos, lo que quedaba de ellos, se elevaban hacia un cielo anaranjado. Otro cielo diferente. Uno que caía impasible sobre la angostura donde se ubicaba la pequeña villa.

La última vez que estuvieron allí llovía y encontraron el pueblo velado bajo una oscura cortina de agua. A plena luz del día, el aspecto no era mucho más acogedor. Las sombras de los muros que todavía se mantenían en pie perfilaban las aceras derruidas y se confundían con los socavones y las grietas del asfalto.

Eliana dejó la Vespa junto al viejo Ford Fiesta que, con sus abolladuras y manchas de óxido, seguía durmiendo el sueño de los justos bajo la sombra del chaparro. Camino de la puerta de casa consultó su teléfono móvil. Frank le había enviado una fotografía. La imagen ampliada y deficiente de dos jóvenes sacados de la pantalla de su ordenador.

Pregunta a la madre de Moreda.

Ok

Tocó con los nudillos. La anciana tardó un buen rato en contestar y otro tanto en abrir la puerta. Cuando lo hizo, iba ataviada con la misma chaqueta raída, su holgado vestido negro y sus manoletinas parduzcas. Se quedó mirando a Eliana, pero apenas le prestó atención y entró en la casa arrastrando los pies como un alma en pena. La siguió hasta la cocina. Había envejecido desde el entierro de su hijo. Los mechones de pelo le caían desgreñados como

brochazos blancos sobre un lienzo arrugado.

—¿Ha comido? —preguntó la anciana.

—De camino.

—Bien, entonces creo que prepararé café.

Parecía como si, en el tiempo transcurrido desde la muerte de su hijo, la mujer hubiese agotado todas sus lágrimas. En su anterior visita no había dejado de sollozar. A ojos de Eliana, la anciana mantenía ese halo de tristeza, pero el pozo de sus lamentaciones se había secado en su interior. Le temblaban las manos.

—Espéreme en el saloncito —dijo.

Cuando la mujer consiguió cerrar la cafetera, la puso al fuego. Aguardó con las palmas apoyadas sobre la encimera sin lustre y arqueó la pronunciada curva de su espalda como si, por fin, hubiera terminado un arduo trabajo. La cafetera silbó a los pocos minutos, envolvió el asa con un paño y la llevó al saloncito con dos tazas.

Eliana acercó una de las sillas al sofá con su cobertor de ganchillo. La anciana apartó el canastillo de costura con los ovillos y se sentó.

—¿Me recuerda?

—Últimamente solo hago eso —dijo la mujer sirviendo el café en las tazas—, recordar. Vino con un hombre. Dijeron que encontrarían a mi hijo. Y lo encontraron. Solo que..., bueno, solo que ya estaba camino del cielo. —No lloró.

—Lo siento.

—No, es mejor así. Eso es lo que creo. Ahora estará con sus hijos. Y podrá abrazarlos, angelitos míos.

La anciana se quedó con la mirada perdida y la boca entreabierta. Sonrisa mellada, desdentada. Volvió a centrar su vista en Eliana y arrugó el entrecejo. Hacía memoria y lo hacía como si doliese.

—Vino con aquel señor de la sonrisa triste a darme la noticia de la muerte de mi hijo, eso también lo recuerdo —dijo María Asunción sorbiendo de su taza.

Eliana pensó que no ganaba nada diciéndole que Constanza también había muerto. No quiso contrariarla, así

que posó sus labios sobre la taza sin perder de vista a la anciana. La imagen de la mujer oscilaba entre los vapores del café caliente.

—Seguimos investigando.

—¿A quién buscan ahora?

—A sus nietos.

En silencio, asintió con la cabeza, pero no dijo nada. No se inmutó. No cambió el gesto. Nada. Se acercó la taza a los desdibujados labios y le dio un pequeño sorbo a su café.

—Pensé que le gustaría saberlo —dijo Eliana.

—¿Sabe lo que en verdad me gustaría? Me gustaría echarme a dormir y no despertar. Estoy vieja y cansada. Sí —añadió cerrando los ojos—, eso me gustaría.

Cuando los abrió, esbozó un mohín de decepción. El mundo seguía allí. La mujer joven que parecía un ángel seguía allí. Pero no era un ángel. Solo era alguien que le prometió encontrar a su hijo cuando ya era tarde.

—Bueno, dígame —dijo con cansancio—, ¿qué quiere?

Entonces Eliana le contó lo que había hallado en el libro. Las minas de plata, la historia de los falsos marqueses y de los dientes de leche bañados en plata que encontraron los lugareños el día que los iban a ajusticiar. Un libro que, como le explicó después, también habían leído su hijo y su exnuera.

—Creemos —añadió Eliana— que, de alguna manera, puede estar relacionado con la desaparición de los mellizos.

—Esos son cuentos de viejas.

—Eso mismo pensé yo.

—Cuentos que ya contaba mi abuela, cuentos que usaban para asustar a los niños. Nunca oí nada de ningún marqués —dejó la taza sobre la mesita de centro y continuó —, pero sí nos asustaban con Samael.

—¿Samael?

—El coco, el hombre del saco, supongo. Ya se lo he dicho, eran cuentos de viejas. Paparruchas que nos contaban para que nos fuésemos pronto a la cama sin dar guerra. Nos asustaban con Samael. Un demonio, un duende, ya no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es que nos decían que

había que volver pronto a casa porque vagaba por el bosque y, si te atrapaba, ya nadie podría ayudarte. También nos contaban que, si eso llegaba a ocurrir, todo el mundo lo sabría porque Samael volvería a tu casa una noche y dejaría bajo tu cama tus dientes. Los convertía en plata y los ensartaba en un collar.

La anciana cruzó las manos sobre su regazo y esbozó algo parecido a una sonrisa soñadora mientras volvía a ocultar los ojos bajo la desecada piel de sus párpados.

Eliana sacó el teléfono móvil y buscó la foto que le había enviado Frank. Se levantó y se acercó al sofá.

—¿Conoce a los chicos de la foto?

La anciana abrió los ojos, tomó el móvil de la mano de Eliana y dejó el aparato a un palmo de su nariz. Centró la vista y estudió la fotografía sin prisa. Cuando terminó, con pulso tembloroso, le devolvió el teléfono a Eliana.

—Buenos mozalbetes —dijo—, ayudaban a su madre con la comida cuando buscamos a mis nietos por el bosque. Son los hijos de Mami, la dueña del *camping*. Tiene un tercero que no aparece en esta fotografía.

—Lolo. Lo conocimos el otro día.

—Sí. Un encanto, a pesar de..., bueno, ya sabe, ser un poco lento. Nació sin un brazo, pero me consta que era muy trabajador el pobrecito —añadió María Asunción—. Hace muchos años que no sé nada de ellos, la verdad. ¿Cómo le va a Mami? Era más joven que yo, pero ya estará mayor.

—Se mantiene joven, sigue regentando el *camping* —contestó Eliana— y se volvió a casar.

—Eso está bien, siempre fue una mujer con muchísima vitalidad.

Eliana se levantó con la intención de recoger el juego de tazas y la cafetera de la mesa. La anciana le pidió que lo dejase estar.

—Ahora lo hago yo, así me obligo a moverme un poco.

La acompañó hasta la puerta, donde una telaraña se mecía bajo la tenue corriente de aire. Allí todo ser viviente parecía tejer para entretenerse. Eliana estrechó una de las manos de la anciana entre las suyas y le dio las gracias. La

piel de la mujer estaba helada al tacto. Y se quedó en la entrada de la casa con los ojos cerrados y los mechones plateados agitados por la brisa de las montañas.

Recuerdos, ensoñaciones.

Los últimos lugares felices adonde regresar.

40

Frank intentó controlar el malestar producido por la falta de alcohol y, como si quisiese acabar con una resaca que no tenía, se tomó un par de ibuprofenos con medio litro de agua y salió de la asesoría. Dejó la puerta trabada calzándola con un trozo de papel doblado para que diese la sensación de estar bien cerrada y fue en busca del Chevy. Cuando Frank era policía se encontró muchas veces en aquella misma tesitura. Un caso bloqueado. Parecía tener toda la información (al menos la más sustancial) y, sin embargo, no era capaz de avanzar.

Fue Méndez, muchos años atrás, quien le enseñó a mirar a las enredaderas de enfrente.

Una madeja de ramas gruesas y vigorosas revestía la fachada del edificio que había del otro lado de la calle, frente a la comisaría vieja. Una residencia de mayores, ladrillo visto cubierto por enredaderas que en primavera recuperaban todo el verdor perdido durante el invierno.

Ambos hombres seguían con la vista el intricado ramaje.

¿Dónde nace la planta?, le había preguntado Méndez en un momento dado. Frank creía que surgía a los pies del muro, enraizada en un breve jardín de apenas cuatro metros cuadrados rodeado por una verja de hierro. Y así se lo había dicho a Méndez. No uses la lógica, la lógica es una cabrona que solo quiere despistarte, le había replicado. Usa tus ojos.

Entonces Frank se tomó todo aquello más en serio y había seguido con la vista el intrincado laberinto de ramas. Terminó mirando la azotea, era en algún lugar de allá arriba donde nacía la enredadera, en algún punto tras la cornisa del terrado. Desde allí la planta caía, como el

sistema sanguíneo en una radiografía, y cubría gran parte del muro.

Ahora estás mirando como Dios manda, había dicho Méndez.

Este recuerdo asaltó a Frank un rato antes, recostado en su vieja butaca con las botas cruzadas sobre la mesa del despacho. Quizá en el asunto de Tomás Moreda no estaba mirando donde debía. Lo mismo, como la enredadera, creía que la planta nacía en un lugar mucho más sórdido.

Y no era así, ahora lo tenía claro. Frank echó la vista atrás para caer en la cuenta de que tan solo un número reducido de personas habían estado al tanto de la investigación desde el principio. En la sombra, pero al corriente de todo. Siguiendo cada paso que daban. Méndez, los hermanos Valverde, la autocaravana de Moreda, el *camping*, los dientes de leche...

Ahí residía la clave de todo. ¿Cómo pudo haber estado tan ciego?

Cerró la puerta del coche y sacó la pistola de Méndez de la guantera. Extrajo el cargador, comprobó la recámara y volvió a montar el arma.

El laberíntico entramado de ramas nacía a plena luz del día.

Soterrado ante los ojos de todos.

Frank miraba absorto uno de los edificios en construcción. Nueve plantas en uno de los modernos barrios de la ciudad. Avenida de Francia. Aguas vivas. Encendió un cigarrillo, soltó embrague y enfiló hacia el norte.

Llamó a Eliana.

—Dime, tesorito.

Tentado estuvo Frank de colgar. Respiró profundo un par de veces expulsando el humo del cigarrillo por la nariz mientras estrujaba el volante. Afianzó el coche al tomar la curva de acceso a la autopista y dijo lacónico al altavoz del manos libres:

—¿Qué tal ha ido?

Eliana le hizo un breve resumen de la conversación mantenida con la madre de Tomás Moreda. Los hijos de Mami y aquel cuento infantil para antes de irse a la cama en el que aparecía Samael. Su voz iba y venía y sonaba distante y ahogada, como si llegase a través de una cortina de agua.

—Sam...

—¿Quién? —preguntó Eliana.

—El nombre que Méndez escribió con su propia sangre en el depósito de cadáveres. Todo concuerda, los dientes, la plata...

—Te repito que es un cuento de niños.

—Un cuento que va de niños muertos cuyos padres fueron envenenados —dijo Frank.

—¿Envenenados? Eso es nuevo, ¿no? —preguntó Eliana.

Frank la puso al día sobre lo que había descubierto tras el visionado del documental: la coincidencia de las sustancias tóxicas halladas tras los análisis de sangre practicados a los padres de los niños: psilocibina, muscimol, ácido iboténico y ketamina.

—¿Las mismas en ambos casos?

—Las mismas.

—¿Y tras tomarlo no recuerdan nada? —preguntó Eliana

—Según el médico, la droga te permite funcionar con normalidad durante un tiempo hasta que el cuerpo colapsa. Luego es como si te hubiesen borrado la memoria. En el caso de la exmujer, la ingesta fue tanta que le provocó daños irreversibles en el cerebro.

Condujo un par de kilómetros en silencio. El sol de media tarde languidecía en su caída hacia el ocaso. El cielo era un incendio de nubes purpúreas con aristas de un eléctrico carmesí.

—¿Sigues ahí, campeón?

—Sigo aquí.

—Perfecto, porque tengo pensado pasarme por Hiendelaencina. Me pilla de paso. He mirado en Internet y

en el pueblo hay una especie de oficina de turismo. Un centro de interpretación de las minas de plata o algo así. He pensado que sería buena idea acercarme a preguntar.

—Me parece bien, pero el caso —dijo Frank— es que te llamaba para que me echases una mano.

—Tú dirás, vaquero, dispara, soy toda oídos —dijo Eliana.

Frank, sin perder de vista la carretera, fue al grano y le explicó lo que quería y a quién quería localizar. Pero no sabía cómo hacerlo. Eliana guardó silencio mientras escuchaba las dudas existenciales de Frank sobre tecnología.

—Madre mía —espetó Eliana al otro lado de la línea—, me da la sensación de estar hablando con un ser prehistórico. A ver, atiende, alma de cántaro, ¿puedes manejar el móvil en este momento?

—Voy conduciendo, dame un segundo.

Frank arrimó el Chevy al quitamiedos de la carretera, puso las luces de emergencia y se detuvo en el arcén.

—Lo tengo —dijo.

Eliana le fue guiando paso a paso por el menú del móvil. Aplicaciones, mapas, historial. Frank atendió a las indicaciones. Se confundió un par de veces y tuvieron que volver a empezar.

—Vale, creo que lo tengo —dijo al final.

—Pues ahora solo queda que repases el historial. Google Maps guarda todas las ubicaciones por defecto. No tenías ni idea de que esto existía, lo que me hace suponer que no tienes esa opción desactivada.

—Aparece un listado —expuso Frank.

—Entonces mira las ubicaciones que aparecen. Una de ellas será la que buscas. ¿Algo más?

—Sí —dijo.

Pensaba contarle lo que tenía planeado hacer, decirle que creía saber quién era Sam. Pero cambió de idea en el último segundo.

—Ten mucho cuidado —terminó diciendo Frank. Y colgó.

Después fue repasando con calma todas las líneas de texto una a una. Todos los lugares en los que había estado le eran conocidos, algunos familiares, aunque no los terminase de ubicar con claridad. Solo una de las localizaciones que apareció en la pantalla de su teléfono no le sonaba de nada. Un lugar llamado Garibaldi.

Según la información arrojada por el móvil, se trataba de un club de carretera. Fotos nocturnas. Luces de neón. Distaba veinte kilómetros de su posición actual.

Cerrado, rezaba, abre a las veintiuna horas.

Frank maniobró girando el volante, pisó el pedal del acelerador, sacó el Chevy del arcén y se incorporó a la autopista.

Era lo que tenía que te golpeasen hasta caer inconsciente, se dijo. Que uno no era capaz de recordar cómo había llegado a tal o cual lugar. Eso ocurrió la noche en la que conoció a los Lázaro. Tanto el viaje de ida como el de vuelta a la asesoría los hizo en un estado lamentable.

Ahora era Frank quien iba en búsqueda de los Lázaro, preguntándose si no se estaría metiendo de lleno en la boca del lobo.

Y de camino a esa boca del lobo llamó a la comisaría, al despacho de Méndez. Respondió una voz que no le sonaba de nada. Preguntó por Santana. El subinspector tardó menos de dos minutos en ponerse.

—¿Ha cambiado de opinión? —preguntó el policía.

—¿Sigue queriendo detener al responsable de la muerte de Méndez?

—No lo dude.

Entonces Frank le contó parte de lo que sabía y lo que se traía entre manos. La relación de los Lázaro con Tomás Moreda y cómo movía droga para ellos y se la llevaba al Chuso Valverde para su distribución.

—¿Pueden estar detrás de su muerte? ¿Está convencido?

—Han estado metiendo las narices en todo este asunto

desde el principio, eso seguro —dijo Frank—. Y por lo que deduzco, los Lázaro saben algo más. Creo que saben quién está detrás de la desaparición de los hijos de Moreda.

—¿Y qué quieren?

—Protegerlo seguro que no —contestó Frank—. Esta película no va con ellos. Lo más seguro es que quieran extorsionarlo. Ese es su negocio ¿Qué me dice, se apunta o no?

Silencio a lo largo de cientos de metros de asfalto.

El subinspector dijo que se apuntaba. Entonces Frank le contó lo que tenía planeado y le dio la ubicación exacta del edificio en construcción que había observado un rato antes en la zona nueva de Guadalajara.

—No me falle, Santana —dijo—. Le espero. Traiga a la caballería o soy hombre muerto.

41

Eliana recorrió las sinuosas calles de Hiendelaencina. Se cruzó con un par de mujeres cargadas con bolsas de la compra y pasó frente al único bar del pueblo. Silencioso, sin el bullicio de las cervezas de media tarde. La puerta de cristales esmerilados escupía una luz amarillenta. Dejó la plaza del ayuntamiento y rodeó el campanario de la iglesia. Allí el asfalto desaparecía dando paso al empedrado de una serie de calles retorcidas y estrechas.

CENTRO DE INTERPRETACIÓN DE LAS MINAS DE PLATA.

Los goznes del cartel labrado en madera, colgado de un poste, chirriaban. Eliana dejó la Vespa apoyada contra el muro y entró.

En una de las paredes de la sala lucía un antiguo mapa de la provincia de Guadalajara; tenía los bordes carcomidos y levantados hacia afuera, como el mapa de algún tesoro. El hombre de traje color marengo observó a Eliana por encima de la montura de unas pequeñas gafas de lectura y cerró un libro de gruesas tapas que estaba leyendo. Se apoyó en sus rodillas y se levantó de un mullido sofá de orejas. Abandonó la cálida luz de la lámpara, se agarró a un andador y se dirigió adonde se encontraba Eliana.

—Ya voy —dijo.

Lo repitió un par de veces más. Tres veces. Tardó cerca de cinco minutos en recorrer los cuatro metros que le separaban del mostrador. Eliana observó todo el proceso, siguiendo paso a paso el progreso del vejete. Clin, clan. Clin, clan. Clin, clan. A punto estuvo de animarlo, instarlo a seguir. Ánimo, amigo, ya casi lo tiene. Pero se reprimió y aguardó con la tensión acumulada del que quiere huir en esos extraños sueños de sopor y melaza y no puede.

El hombre dejó a un lado el andador y se apoyó en la

madera lacada del mostrador. Cubría su sonrosada calvicie con un raquítico mechón de pelo canoso y tenía la nariz colorada y bulbosa de los beodos. Se presentó. Y, sin dejar de mirar a Eliana por encima de sus ridículas gafas de pasta, dijo que se llamaba Maximino, pero que allí todo el mundo lo conocía por Mino.

—Bueno —dijo Mino recuperando el resuello—, pues usted dirá.

—Quería información sobre las minas de plata de la región.

—Oh, señorita. Menos mal, creía que después de haberme hecho levantar de mi asiento, me iba a preguntar por el Starbucks más cercano.

El hombre se rio de su propio chiste. A Eliana le cayó bien en el acto.

Le habló de las minas de plata que se mencionaban en el libro. Se sintió como la frustrada maestra de escuela que tiene que explicar lo mismo una y otra vez. Solo que esta vez, el alumno sabía más que la profesora. También había leído el libro y recitó de corrido el año de publicación, el autor y la editorial. Al hombre se le fue el santo al cielo y comenzó a hablar de otros libros, compendios y sesudos estudios sobre la minería de la región desde la dominación romana de la península hasta nuestros días.

Eliana intentó empaparse de las palabras del hombre, pero cuando fue consciente de que no era capaz de seguir la cháchara del vejete, se dio por vencida y levantó las manos.

—Lo siento —dijo Mino azorado—. Últimamente solo atiendo excursiones de colegio, ¿sabe? Niños a quienes no les interesa nada lo que yo pueda decir, se limpian los mocos con las mangas y luego lo toquetean todo. Solo quieren salir de aquí cuanto antes para ir a corretear por el pueblo. Lo siento —repitió—. ¿Qué quiere saber, en concreto?

—Bueno. En realidad, no sé lo que estoy buscando —se sinceró Eliana—. Alguna relación entre los mitos y leyendas y las minas de plata. Algo relacionado con los falsos marqueses. No lo sé.

En ese momento le vino a la mente la conversación mantenida horas antes con la madre de Moreda y le preguntó:

—¿Le dice algo el nombre de Samael?

—¿Tiene prisa? —preguntó a su vez el vejete.

—No, ¿por qué?

—Oh, señorita, porque esa también es una larga historia. En realidad, no tan larga, pero..., en fin, permítame un segundo que busque uno de los libros.

El hombre se agarró al andador y Eliana lo vio alejarse por uno de los corredores. Después de un buen rato oyó que regresaba entre la oscuridad del pasillo. Clin, clan. Clin, clan. Clin, clan. El andador era su condena. Y aquel sonido su penitencia.

Mino soltó un par de bromas más mientras pasaba las páginas del libro. Comentarios socarrones sobre tal o cual demonio. Y lo hacía sin venir a cuento. Eliana supuso que, al igual que ella, el vejete aligeraba su carga de aquella manera. Luego volvía a su estado taciturno de siempre, como si todo aquel paripé le pasase factura.

Encontró el pasaje a mitad del libro. Samael. Un ser maligno al que, en los textos gnósticos, también se le atribuía el nombre de Yaldabaoth. El ángel de la muerte para la tradición judía. Satán en el Libro de Isaías.

Veneno de Dios

Ceguera de Dios.

Todo esto le fue explicando Mino según la creencia religiosa del momento. Se humedeció la yema del dedo índice con la punta de la legua y con parsimonia fue pasando unas cuantas páginas hasta dar con el grabado que buscaba. Existían varías representaciones de Samael: la más común lo mostraba como un ser alado con aspecto de hombre, portaba un cáliz de veneno en una de sus manos y en la otra blandía una daga llameante.

Se acomodó las gafas sobre la rechoncha nariz y cerró el libro. Las pesadas tapas de cuero levantaron volutas de polvo en el mostrador.

—Y hasta aquí —dijo Mino— la presentación de

Samael. Como verá, aunque así lo utilicen por estas tierras, no es el hombre del saco. Es un demonio con miles de años de antigüedad. Ahora bien, lo que a usted, señorita, le interesa es cómo se integra esta figura en el folclore de la región —continuó golpeando con la punta del dedo índice sobre el mostrador—. Más concretamente con las minas de plata.

Eliana temió que, una vez dicho esto, el bueno de Mino se alejase de nuevo en busca de otro libro. No fue así. Tanteó bajo el mostrador y sacó un plano desplegable de las minas de plata de la comarca. De uno de los cajones sacó un rotulador y, tras quitar la caperuza con los dientes, marcó un lugar concreto en él: la Mina de la Mala Noche.

—Según la historia oficial, se la considera una de las primeras minas abiertas para su explotación. En cualquier caso, fue la que primero se agotó. La compañía británica, la Bella Santa Ana, que explotaba los recursos minerales de la zona, aprovechó la vieja mina como almacén. Se dice que llegó a albergar tal cantidad de metal valioso que los trabajadores y mineros llamaban a sus galerías subterráneas los Ríos de la Plata.

Eliana sacó la libreta de su bandolera y anotó el nombre de la mina. Después, preguntó:

—¿Y qué relación guarda con la historia de Samael?

—Oh, señorita, no solo con Samael, sino también con los falsos marqueses, los señores de Santa Ana.

Era la primera vez que Eliana escuchaba el nombre de los terratenientes, le llamó la atención y anotó el dato en su libreta.

—Pensé que Santa Ana era el nombre de la empresa británica que explotó los yacimientos de plata.

—Así es —dijo Mino—, los que pusieron el capital eran británicos, pero su fundador, Ezequiel Santa Ana, no. Era de aquí, de Guadalajara. En cualquier caso, como le decía, la industria minera de la región cayó en desgracia en el mismo momento en que abrieron esa mina. La Mina de la Mala Noche. Al parecer, dio igual que fuesen británicos o españoles, al horadar ese agujero en las entrañas de la

tierra trajeron de vuelta a Samael.

—¿Y... los falsos marqueses? Me refiero a cómo les afectaba esta historia a los terratenientes que manejaban el negocio.

—Son habladurías —dijo Mino—, pero se dice que Samael los poseyó. A toda la familia de los Santa Ana. Fue cuando cristalizó la historia de la desaparición de niños y de los dientes de leche. Ahí fue cuando, creo yo, pasó a ser el hombre del saco para los habitantes de la comarca. Y hasta aquí, señorita, la leyenda. En las versiones menos proclives a la superchería se cuenta que, lo que en realidad ocurrió, es que los Santa Ana ya traían sus propios demonios antes de abrir la mina.

—¿Qué quiere decir? ¿Que ya estaban malditos o algo así?

Mino dejó escapar otra breve risita entre los dientes.

—No, lo que quiero decir es que, según los historiadores, la familia de los Santa Ana, y más concretamente la mujer, ya estaba loca de nacimiento. Algo hereditario. La madre de la falsa marquesa se creía una bruja y terminó por prenderle fuego a su propia casa. Puede que se tratase de algo genético. No está demostrado que la maldad se transmita de padres a hijos, la locura sí. Hay muchos antecedentes sobre esto en la historia. Aquí, sin ir más lejos, tenemos a Juana la Loca. Ahora sabemos que su abuela, Isabel de Portugal, también sufrió trastornos mentales. Y no hace falta remontarse tan atrás en el tiempo. Está el conocido caso del matemático y premio Nobel John Nash. ¿Ha oído hablar de él?

—Creo que hicieron una película, ¿no? —contestó Eliana.

—Así es, aunque edulcoraron un poco su historia. Nash sufría de esquizofrenia paranoide que le hacía ver seres sobrenaturales. Lo que no cuenta la película es que su hijo heredó la misma enfermedad. Así que... —Mino hizo una pequeña pausa— ya ve. No hace falta creer en demonios salidos de la roca para justificar las desapariciones de niños. Que, por cierto, aunque no se le dé mucho bombo en las

noticias, nunca han dejado de producirse en la región.

El silencio se deslizó entre ellos. Unos segundos en los que Eliana tuvo tiempo de recordar lo que le dijo Frank en la asesoría: que temía que los mellizos Moreda no eran los únicos niños desaparecidos en aquella historia.

—¿Siguen desapareciendo niños?

Mino asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Cada cierto tiempo. Nada cíclico, nada que no se pueda achacar a la mala suerte, supongo. Se pierden en el bosque. Algo a lo que los lugareños están tristemente acostumbrados, creo. Es verdad que algunos aparecen tras unos o dos días. Otras veces no.

Mino se encogió de hombros tras la última aseveración de su discurso y tomó aire como si toda aquella explicación le hubiese dejado extenuado. Estaba claro que daba por terminada la clase de historia de la región.

—Vale —dijo Eliana guardando su libreta—, ahora la pregunta más importante de todas.

—Usted dirá.

—¿Hay por aquí algún Starbucks? Me gustaría invitarle a un café.

Ambos rieron.

Cuando Eliana salió del Centro de Interpretación de las Minas de plata el sol comenzaba a perderse tras las montañas. El pueblo, elevado sobre el Bornova, era una sucesión de sombras silenciosas.

Solo le llegó desde la puerta el ahogado clin clan de Mino regresando sin prisas a su sillón de orejas.

42

Un par de golpes secos en la puerta y una cabeza que se asoma sin esperar respuesta. Tiene visita, jefe, le informó uno de sus hombres.

—¿Quién?

—Frank.

Víctor Lázaro repasaba un libro de cuentas, lo cerró y asintió con la cabeza tomando la copa de vino rosado y espumoso que tenía a un lado de la mesa. La puerta volvió a cerrarse.

Ulises Lázaro, sentado en su esquina del sofá, imitaba a su primo; lo intentaba, porque el contenido de su copa era agua con gas. También asintió. La imagen fue la de un perro desquiciado meneando una cabezota llena de pulgas.

Frank dejó a un lado la barra americana. Una pelirroja practicaba sus cabriolas sobre una de las plataformas. Sin música. Vestía un chándal nada sexi y llevaba el pelo recogido en una cola de caballo. La mirada ausente. Frank supuso que estaría fumada, borracha o ambas cosas. Pasó de largo siguiendo a un viejo conocido: el machaca de cabeza rapada con sus siniestros y gastados ojos azules y su sempiterna cara de hastío.

Sortearon las mesas del local y rodearon la tarima del escenario central, donde las bailarinas del club debían montar los principales espectáculos. La luz del local, arcos voltaicos de un azul eléctrico. Sobre el cromado de las barras rielaba el reflejo de los neones. El lugar apestaba: una mezcla imposible de cuero antiguo, colada por lavar y crema lubricante.

Frank siguió la ancha espalda de la gabardina por una escalera que zigzagueaba en tres tramos hasta la planta más elevada del local; continuaron por un pasillo enmoquetado

hasta una puerta de color rojo, aldaba de bronce y cuarterones dorados. Allí esperaba el otro tipo. El más alto de los dos, con su gorro de lana. Saludó a Frank con un leve movimiento de cabeza y, haciendo girar el índice de su mano derecha, le indicó que se diese la vuelta.

—Levante las manos si es tan amable.

Frank encaró la pared del pasillo e hizo lo que se le pedía. El cacheo fue lento, metódico, profesional. Tabaco, mechero, la cartera con su documentación y las llaves. El arma de Méndez la había dejado a buen recaudo en la guantera del Chevy.

—Ya puede volverse.

El más bajo hizo un mohín de aburrimiento, quizá decepción. Frank se encogió de hombros. Captó el mensaje. Si hubieses llevado encima algo que no debías, me habría visto en la obligación de golpearte. Cosas que ambos hombres sabían y no se dijeron. Media sonrisa de circunstancias.

Tiró de la aldaba sin llamar.

—Está limpio —dijo.

—Que pase. Déjanos solos.

La voz del interior del reservado era la de Víctor Lázaro.

Un par de pasos y la puerta se cerró a su espalda. El salón de la otra vez con sus sofás de cuero blanco. Con un Lázaro sentado a cada lado. Trajes cortados a medida. Uno con su pose de hombre de negocios. El otro, la copia defectuosa, con los dientes torcidos al aire y la mirada desnortada de los locos. Ojalá tenga ajustada la medicación, deseó Frank.

Media luz. Un escalofrío recorrió su espalda. Esperaba no equivocarse. Tenía un plan, aunque era consciente de que no era un gran plan en absoluto. Se obligó a dar un primer paso, luego otro más. Víctor Lázaro le instó a tomar asiento.

Cíñete al plan, se dijo.

Y por el amor de dios, cíñete bien si no quieres terminar congelado en un contenedor camino de Dios sabe

dónde.

—Hola, Frank.

—Sí, eso, hola, Frank.

No mucho después, Frank abrió los ojos.

Se encontraba rodeado de palés cargados de ladrillos y sacos de cemento. En mitad de un gran espacio gris y diáfano. La séptima planta de un edificio en construcción. La ausencia de paredes la suplían gruesas piezas de plástico remachadas entre pilares. Estaba atado a una silla cuyas patas descansaban sobre un embrutecido suelo de hormigón impreso, salpicado aquí y allá de pegotes resecos de cemento. Sentía el cuerpo entumecido y las piernas acalambradas. Las ligaduras de las cuerdas le mantenían la espalda recta y los brazos cruzados al pecho. Tenía la ceja abierta, uno de los pómulos del color de una berenjena y un hilillo de sangre que nacía de un lado de su boca y le salpicaba la media barba de costrones resecos.

Los hombres de los Lázaro esperaban la llamada. Y lo hacían de pie frente a Frank con los faldones de la gabardina ondeando ligeramente debido a las corrientes de aire. El más alto de los dos con una recortada en las manos y el cañón apuntando al suelo. El más bajo, con su cara de hastío, no le quitaba ojo a Frank.

El teléfono sonó. Asintió el más bajo un par de veces antes de colgar.

—Creo que ha venido a buscarte —dijo el matón clavando sus despiadados ojos azules en Frank—. Y ha venido solo. No se ha traído a la caballería.

Frank intentó decir algo, pero solo le salió un espumarajo rojizo de la boca, así que lo dejó estar. Escupió ladeando la cabeza y sonrió.

—Y como puede que todo acabe aquí —continuó el hombre de los Lázaro—, al menos para ti, he de decirte que cuando te conocí pensé que eras un imbécil de campeonato. Ahora sé que no era eso. No. De alguna manera buscas que te maten. Puede que no directamente. Pero buscas la

muerte, Frank. Tus motivos tendrás.

Lo dijo con su tono monocorde e impasible cargado de aburrimiento.

Luego encañonó a Frank con su pistola.

Quien, a pesar de todo, seguía ciñéndose al plan.

43

Eliana recorrió caminos, pistas forestales y senderos sin nombre que, a pesar de no aparecer en ningún mapa, existían a fuerza del caminar por allí y del ir y venir de los vehículos forestales con sus aperos. Hendiduras en la tierra, heridas mal cicatrizadas que se internaban en el bosque. Cuando las rodadas sobre el terreno se hacían intransitables, se veía obligada a aflojar la velocidad. Las ramas más bajas de los árboles, nudosas y retorcidas como los dedos de un viejo artrítico, arañaban la carrocería y amenazaban con descabalgarla de su montura.

A eso de las siete de la tarde, la claridad del día comenzó a menguar y el sol, pústula de un cielo enfermizo, parecía desangrarse lentamente entre las copas de los árboles. Eliana tomó lo que creía era una vereda. Alzó la vista para darse cuenta de que circulaba por un cortafuegos, así que orilló la Vespa en la escarpada cuesta que partía el bosque en dos, se quitó el casco y se rascó la coronilla.

Esto es como disparar un tiro al aire y esperar que caiga un pájaro, se dijo haciendo visera con la mano. Al final iba a resultar más fácil encontrar por allí un Starbucks que dar con la antigua mina de plata.

Desplegó el mapa, lo extendió sobre el asiento de la moto y, sin soltarlo para que no se volase, lo comparó con el GPS del móvil. El aire soplaba enrabietado. El faldón del abrigo le caía por encima de las rodillas y aleteaba con fuerza. Se abrochó la cremallera hasta el cuello y se ajustó la capucha tirando del cordel para que el molesto viento no le bufase en los oídos.

Había brujuleado siguiendo las indicaciones del mapa. Con el sol cayendo hacia el oeste pensó que no le sería difícil orientarse. En su cabeza, una frase de otro demonio

como Samael. Uno de verdad. Nada de leyendas ni historias por el estilo. Recordó a su tío Óscar y lo que solía decir cuando se emborrachaba, antes de las tundas con el cinturón y de encender siquiera el primer cigarrillo: los optimistas son los primeros en estirar la pata.

Jódete, tío Óscar.

Lo dijo en voz alta.

Un águila, que volaba en círculos, chilló desde algún lugar situado entre ella y el ocaso.

Alejó de sí esos pensamientos, protegió la pantalla del móvil de los sesgados rayos de sol con la mano y marcó el número de Frank. Desistió al sexto tono. Era la enésima llamada perdida. Llevaba intentando hablar con él desde que visitase las oficinas del Centro de Interpretación de la Minas de plata en Hiendelaencina. Estaba convencida de que todo aquello sobre Samael y los Santa Ana (los falsos marqueses) encajaba de alguna manera con lo que ya sabían. Y es que no dejaba de darle vueltas a algo que había dicho Mino: que, al tal Samael, un ángel caído, también se le conocía como «Veneno de Dios».

Y aquello tenía sentido. Porque, según Frank, Tomás Moreda y su exmujer fueron envenenados con las mismas sustancias: él no recordaba nada tras perder a sus hijos y ella perdió la cabeza años después.

El sol se ocultaba tras las montañas y la luz comenzaba a escasear. Eliana, convencida de que lo mejor era volver a la mañana siguiente con Frank, plegó el mapa con la idea de desandar el camino y regresar a la carretera.

Entonces la vio, un promontorio a menos de un centenar de metros en la falda de la montaña. Oculta ante sus narices como un reptil camuflado entre la maleza. Una boca abierta en la ladera solo visible tras la puesta de sol. Un acceso a las entrañas de la tierra del que emanaba un tenue resplandor sanguíneo que fluctuaba en la oscuridad.

Como el aliento de un gigante dormido.

O un monstruo.

Según se mire.

La Mina de la Mala Noche.

Eliana descendió unos metros por el cortafuegos, un enorme surco entre los bosques de pinos y abetos bañado por la luz de la luna. Estar rodeada por la inmensidad del bosque le hizo sentirse pequeña, sobrecogida y desamparada como una pulga que camina sobre la suave piel de una cicatriz. Los sonidos, a los que no había prestado atención durante el día, afloraron en sus oídos. El ulular de un ave que no supo identificar, el crujir de las ramas de los árboles batidas por el viento y el incesante murmullo de sus hojas.

Allá, desde la altura considerable de un peñascal de pizarra, se detuvo para echar un vistazo y observó cómo el camino serpenteaba un centenar de metros hasta perderse en el cortado que precedía a la embocadura de la mina. Utilizó la linterna del móvil para iluminar sus pasos. Los últimos metros los recorrió rodeada de árboles de menor tamaño, pinos jóvenes de raquíticos troncos bajo un cielo plagado de estrellas que no se dignó a contemplar. Prefirió agachar la cabeza y mirar por dónde pisaba. Piedras, chupones y raíces. Estorbos que podía sortear con facilidad.

Dejó atrás la ladera y se internó en un canchal salpicado de encinas. El camino se bifurcó y Eliana giró hacia la izquierda para descender aún más y acercarse a las virulentas aguas del Bornova donde emergía, en mitad del monte, una depresión circular de pizarra negruzca como una costra mal curada en la rodilla de un niño. Un cartel de madera carcomida por la humedad prohibía el paso:

PELIGRO, DERRUMBES. MINA DE LA MALA NOCHE.

La boca de la mina estaba clausurada por una maciza puerta de hierro que se arqueaba para seguir el contorno de la roca. Las pequeñas aberturas estriadas no permitían que una persona se internase en la mina por ellas, pero dejaban escapar tenues corrientes de aire caliente. Eliana arrimó el rostro y sintió aquella calentura recorriendo su piel como el beso de unos labios febriles.

Se alejó un par de pasos y apagó la luz de la linterna. Allí, justo al lado de la entrada de la mina, y por extraño que pudiera parecer, las emanaciones de aquella luz rojiza

que Eliana vio desde el otro lado de la montaña apenas eran perceptibles.

Llamó de nuevo a Frank, pero seguía sin dar señales de vida. Así que le mandó un mensaje para compartir con él su ubicación. Después, activó una vez más la linterna del móvil y encaró otra vez la entrada a la mina. Un par de gruesas cadenas cruzaban la puerta en forma de cruz. Argollas del grosor del cañón de un arma estaban ancladas a la roca. Los últimos eslabones se retorcían sobre cuatro candados de un tamaño considerable.

¿Y ahora qué?

Ahora es cuando en una mala película de terror matan al gilipollas de turno. Ese ahora qué, se dijo.

44

A Frank se le ocurrió que, entre todas las ideas estúpidas que había tenido a lo largo de su vida, aquella se llevaba la palma. Tanto tiempo allí maniatado le había dejado el cuerpo insensible. Dudaba de que pudiese andar llegado el momento. Tal vez sí y tal vez no. En cualquier caso, seguía convencido de que aquella era la única manera de desenmascarar a Samael: servir de cebo. Y no debía de estar haciéndolo mal del todo, pues se sentía como una lombriz moribunda ensartada en un anzuelo.

Oyeron el ruido del montacargas en su perezoso descenso a la planta baja del edificio. El matón de los ojos azules amartilló el arma. El sonido fue decayendo hasta convertirse en un débil ronroneo. Minutos después escucharon que los engranajes se ponían de nuevo en marcha.

Cuando el elevador se estabilizó tras un brusco bandazo, las puertas se abrieron lentamente. Los hombres de los Lázaro levantaron sus armas por encima de la cabeza de Frank. El más alto de los dos tiró de la corredera de la escopeta. Menos de una decena de metros los separaban de la oscuridad del montacargas. La luz parpadeó unas cuantas veces, lo justo para ver que dentro no había nadie.

Los dos primeros disparos vinieron desde el hueco de la escalera. Los hombres de los Lázaro cayeron desplomados. La última detonación se produjo segundos después, cuando el dedo agarrotado del hombre alto liberó la presión del gatillo en su caída al suelo. Una lluvia de cascotes, pintura y yeso se desparramó sobre los cuerpos desmadejados en el hormigón impreso.

Santana, con su traje de dos piezas, apareció ante Frank. Todavía empuñaba su arma. En el ambiente flotaba

el olor amargo de la cordita.

—Te dije que trajeras refuerzos. Venga, desátame.

El subinspector ignoró el comentario de Frank y barrió el espacio de la planta con la mirada.

—¿Hay alguien más?

Frank negó con la cabeza.

Entonces Santana metió el arma en su funda y se aflojó el nudo de la corbata. Y con la parsimonia del que tiene todo el tiempo del mundo se fue desnudando.

Frank se quedó mirando con mucha atención los ojos de Santana. Tenía las pupilas dilatadas como un depredador en la oscuridad a punto de abalanzarse contra su presa.

Un animal salvaje de sonrisa torva.

Samael

La ropa, los zapatos y el arma debidamente enfundada quedaron a un lado, a sus pies; la vaina, la cáscara que le valía para moverse por el mundo como un mortal más. Sam mantuvo el cuchillo astado en la mano y observó el resultado con ligera desazón. Odiaba el disfraz que le definía y le moldeaba a imagen y semejanza de un dios débil. La sensación de tormento y congoja se fue disipando. Siempre ocurría cuando desvestía al hombre y abandonaba el baile de máscaras.

Así definía Sam su vida. Como una larga noche de carnaval.

Y descalzo pasó por encima de los cuerpos sin vida de los dos hombres que yacían en el suelo. Todavía empuñaban sus armas. Una pistola del veintidós y una escopeta. Se acuclilló frente al hombre atado a la silla y así, desnudo, como una efigie marmórea de músculo y hueso, le mostró el filo de su cuchillo.

El hombre que se hacía llamar Frank se lo quedó mirando y lo llamó por aquel nombre que no significaba nada: Santana.

Negó con la cabeza sin cambiar de postura. Llegados a ese punto, que todavía lo identificase como policía, como subinspector, como Santana, lo consideraba un insulto.

Le estaba mostrando su verdadero rostro y se negaba a ver.

Pronto vería.

Se incorporó, elevó la barbilla y dijo:

—No existe ese al que nombras, amigo Frank. Yo estoy más allá de quien empuña el cuchillo, del brazo ejecutor y de la herramienta. Yo soy la mano izquierda de la desolación. Yo soy el lamento de tu dios muerto. Ese

también soy yo. Un dulce veneno que alguna vez colgó del árbol de la fruta. La ira de acero templado. La soga de los cobardes, la rama de la que cuelgan y lo último que ven sus ojos vueltos. El fuego que incendia los sueños. La oscuridad antes del final. El grito ahogado bajo las aguas.

Se movió con rapidez y rodeó la silla. Se situó a la espalda de Frank, apoyó la mano libre en su cabeza, enredó los dedos en su pelo y tiró con firmeza hasta que la nuca topó con el respaldo de madera. Su cuello quedó expuesto e indefenso, como el de un cordero dispuesto para el sacrificio.

Frank intentó decir algo.

Shsss.

—Yo soy la encrucijada donde los niños se pierden. El lamento de sus padres y su crujir de dientes. El dolor de sus entrañas cuando no vuelven a casa. Soy ese miedo a no saber. Ese abismo que los carcome en *las horas crueles*, un día y otro día, año tras año...

Entonces ejerció más fuerza y retorció su cuello de manera que los rostros de ambos hombres quedaron enfrentados. Frank pudo observar que sus ojos habían perdido todo rastro de esclerótica. Mirar allá adentro era como sondear dos pozos negros, dos noches sin luna.

Acercó sus descarnados y finos labios al oído de Frank y susurró:

—Yo soy Sam. Yo soy Samael, todos somos Samael.

Apoyó el filo del cuchillo entre la barbilla y la nuez.

Y entonces llegó la pérdida de control que precede a la caída.

Antes del tajo que iba a cercenar la vida de aquel hombre que se hacía llamar Frank, levantaron a Sam en volandas como a un guiñapo. Como si todo su esfuerzo por mantener su cuerpo en forma no hubiese servido de nada. El cuchillo cayó de sus manos y rebotó como una herramienta inútil e inservible contra el suelo de hormigón.

Quien lo había levantado era un tipo enorme. Traje cruzado años veinte. Mirada confusa, imprecisa, con unos ojos que no terminaban de posarse en ningún sitio. Tenía la

mandíbula laxa de los chiflados y la boca entreabierta mostraba una dentadura tan retorcida como su propio cerebro.

—Pues tú serás muchas cosas, mierdecilla —dijo soltando un reguero de babas—, pero yo soy Ulises Lázaro y soy un puto gánster.

45

Frank, liberado de sus ligaduras, se acercó a los hombres de los Lázaro y les tendió la mano. El matón de ojos azules aceptó su ayuda y se incorporó en silencio sacudiéndose los restos de yeso y pintura de encima. Metódicos, profesionales, como si volver de entre los muertos lo hubiesen hecho una y mil veces. Se quitaron la gabardina y se desabrocharon el chaleco antibalas. El más alto de los dos dejó la escopeta apoyada contra un pilar de hormigón y se palpó el agujero de bala con algo de curiosidad. El otro ni siquiera eso. Dejó caer el chaleco a sus pies, se colocó de nuevo la gabardina y se encajó la pistola del veintidós en la cintura de los pantalones.

—Llévate a Frank de vuelta a su coche —dijo Ulises Lázaro.

Se encontraba de espaldas a ellos. Se estaba poniendo cómodo. La chaqueta del traje colgaba de una alcayata cerca del montacargas y se arremangaba los puños de la camisa. Cuando terminó, se quedó mirando a Santana. Maniatado y amordazado, ocupaba la misma silla que Frank minutos antes. Seguía desnudo, con la musculatura tensa tras las ataduras. Mantenía la espalda recta, la mirada clavada en Frank.

Ignoraba a todos los demás.

Meneaba la cabeza arriba y abajo, como diciendo que aquello no había terminado, que era entre ellos dos. Era consciente de que Frank se la había jugado. Sus pupilas seguían dilatadas, porque a pesar de la situación en la que se encontraba, el mensaje era claro: sigo siendo el depredador y tú la presa.

Por su parte, Ulises Lázaro, ajeno a todo eso, aguardaba con las piernas abiertas sobre el hormigón

impreso con los puños apoyados en las caderas. Miraba a Santana con la misma ilusión que un niño mira un trozo de pastel deseando poder hincarle el diente.

—Vamos. Lárgate antes de que me arrepienta.

Ulises giró la cabeza. Aunque no lo mirase directamente, aquella orden iba dirigida a Frank. El matón aburrido le indicó que lo siguiese. Santana observó la escena. El movimiento de sus cejas, que por otro lado era lo único que podía mover, mostró una profunda decepción. Frank se encogió de hombros.

Camino del montacargas, Santana comenzó a balbucear con vehemencia bajo la mordaza. Frank se detuvo junto a Ulises.

—Necesito saber qué dice.

—Y luego te largas.

—Y luego me largo —prometió Frank.

Porque así quedaron cuando negoció con los Lázaro. Frank les serviría en bandeja a Santana, el tipo que les había jodido parte de su negocio de la droga al matar a Moreda y a los hermanos Valverde. Y los Lázaro, por su parte, ayudarían a Frank sacándole información.

Ese fue el trato.

Ulises le quitó la mordaza de la boca. Santana, como si tuviese la situación bajo control y, mostrando una sonrisa burlona y maliciosa, escupió con parsimonia uno de sus dientes.

—Esto no termina aquí —dijo elevando la voz—. Porque yo soy Samael y Samael somos todos. Temedme. Soy la maldad y en la maldad somos legión...

Iba a decir algo más, pero Ulises le encajó de nuevo la mordaza entre los dientes. Se lamió la yema del pulgar y le atusó el bigotillo a Santana con ternura.

—Te diré una cosa —le dijo con cierta dulzura—: entre la maldad y un jodido loco, teme siempre al loco.

Y con las mismas, retrajo el brazo y le soltó un violento puñetazo. El golpe seco y el crujir de la nariz de Santana fue todo uno. Hombre y silla quedaron tendidos en el suelo.

Ulises agarró a Santana del pescuezo y tiró de él hasta

que la silla quedó apoyada de nuevo sobre sus cuatro patas. Lo había dejado inconsciente de un solo golpe. La cabeza de Santana ya no permanecía erguida en absoluto. Tenía la barbilla clavada al pecho y la sangre brotaba de su nariz como un grifo mal cerrado.

Frank entró en el montacargas acompañado por el matón de ojos desvaídos y abandonó la séptima planta del edificio en construcción. Encendió un cigarrillo.

—¿Quieres?

Ambos hombres fumaron en silencio. Uno con un agujero de bala en la gabardina. El otro, con la cara como un cuadro de Pollock.

Ronda Norte de la ciudad de Guadalajara. Noche cerrada, lejos de la capital, nada de serpientes de luz atascando las salidas. Luna llena, o casi. Quincallería barata sobre el horizonte que confería a la noche un aire insolente y procaz. El Chevy de Frank devoraba kilómetros de una carretera que iba desierta a esas horas. Tenía en el teléfono un buen puñado de llamadas perdidas de Eliana y un mensaje. Intentó contactar con ella, pero ni siquiera daba señal.

Aminoró la velocidad instintivamente cuando entró otra llamada. Era Víctor Lázaro. Su voz sonaba pausada, mecánica, como alguien que habla en una reunión de negocios.

—He de reconocer que no le tenía fe —dijo Víctor Lázaro—. Espero que no se tome a mal mis palabras, Frank, pero hasta que no me han llamado mis hombres para contarme que los habían tiroteado sin previo aviso, no creí en usted.

—Pensó que se la estaba jugando. —No era una pregunta.

—Lo pensé, claro que lo pensé. Realmente creí que esta noche iba a tener que dar a mis hombres la orden de matarlo. Le seré sincero, en realidad se la di. Tenían instrucciones de acabar con usted si algo se torcía. Porque

entenderá que toda esta historia, con un policía de por medio, un subinspector nada menos... Tenía que cubrirme las espaldas. Espero que no sea usted rencoroso.

—No lo soy. Ese hombre es el responsable de muchas muertes. Yo solo espero que cumplan con su parte del trato —dijo Frank.

—Oh, que eso no le quite el sueño. Mi primo se encargará de que diga todo lo que sabe. Créame, lo he visto otras veces. A pesar de su aspecto, Ulises puede ser muy ingenioso cuando se lo propone. En cuanto sepamos algo, le llamaré y cumpliré nuestra parte del acuerdo.

Frank guardó silencio; en su retina, la última imagen de Ulises Lázaro, con su mirada perdida y la boca entreabierta salivando de impaciencia. Las dudas sobre lo que acababa de decir Víctor se amontonaron en su cabeza. No creía que aquella forma de interrogar diese buen resultado.

—Espero que así sea —dijo Frank al fin—. Pero no las tengo yo todas conmigo, porque, según mi manera de ver las cosas, para que un hombre diga algo, primero debe estar consciente.

La risa le llegó del otro lado de la línea; una carcajada fugaz, seca, breve como un tiroteo en mitad de la calle.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro —contestó Frank.

—¿Cómo lo supo?

—Por la enredadera y sus raíces. Santana es igual. Siempre estuvo ahí a la vista de todos. Solo que no supe mirar en la dirección adecuada.

—Y esto demuestra una vez más —dijo Víctor Lázaro tras unos segundos de reflexión— que uno elige las preguntas, pero no las respuestas que le son devueltas. Le llamaré cuando nuestro amigo diga algo.

Y tras decir esto, colgó.

¿Que cómo lo supe?, pensó Frank. Le dolía pensar en ello. Si se hubiese dado cuenta antes, Méndez todavía estaría allí. Pero era lógico si uno echaba la vista atrás. Santana estuvo al corriente de todo desde el principio. Fue

él quien consiguió los datos de la autocaravana y también quien le dio a Méndez el paradero de los hermanos Valverde. Sabía lo de los dientes de leche bañados en plata y provocó un incendio en la sala de autopsias para poder hacerse con ellos.

La única pregunta que todavía no había sido contestada era por qué había acabado con la vida de Constanza. Frank apostaría a que Méndez nunca habría comentado nada del viejo en su trabajo. Y esa pregunta le escamaba, porque en su respuesta estaban esos otros Samael.

Todos somos Samael.

Frank estaba convencido de que Santana trabajaba con otras personas. ¿Cuántos? ¿Unos pocos? ¿Decenas? No lo sabía. Recordó el informe de la forense. El ADN del diente que consiguieron analizar no coincidía con el de los hijos de Tomás Moreda. En cualquier caso, un grupo de gente responsable de la desaparición de más niños.

Los verdaderos monstruos de la historia.

Y eran legión.

46

La vieja mina de plata consistía en una galería de tres metros de ancho por dos de largo. Un túnel cuyo acusado descenso con el consiguiente aumento de la temperatura hizo pensar a Eliana que terminaría llamando a las puertas del mismo infierno. Iluminaba unos cuantos metros con la linterna del móvil, luego lo apagaba para ahorrar batería y avanzaba en la oscuridad con pasos cortos tanteando las paredes con las manos.

Esa era la parte más difícil.

Entrar en la Mina de la Mala Noche fue coser y cantar. Los candados, a pesar de lo aparatoso de su tamaño, eran relativamente nuevos. Los debían de haber sustituido hacía poco. Nada que Eliana no pudiese abrir con una horquilla y la punta de su navaja. Hizo saltar el muelle, liberó el engranaje del perno con facilidad y retiró las cadenas.

Guiarse en la oscuridad palpando las llorosas paredes y envuelta en aquella atmósfera viciada y empalagosa era harina de otro costal. A cada paso se adentraba más y más en la mina. El aire se tornó irrespirable debido a la humedad. Las filtraciones de agua goteaban por toda la galería como si allí dentro hubiese comenzado a llover. El sonido de los cientos de gotas y regueros de agua que golpeaban contra las rocas llenó el vacío y por momentos resultaba ensordecedor, como el molesto tictac de miles de relojes sonando al mismo tiempo.

Estuvo tentada de volverse en un par de ocasiones, pero se animó a continuar. Es un error, se decía. Pero luego encendía de nuevo el móvil y avanzaba unos cuantos metros más. Se produjo un diálogo interno en el que se insultó a sí misma. Una discusión perdida de antemano en la que se llamó imbécil e inconsciente. Más adelante se

preguntaría si todo aquello no fue causado por la escasez de oxígeno.

Pronto todas esas disquisiciones perdieron importancia, pues llegó a un punto en el que supo que ya no había vuelta atrás. Había cruzado por debajo del río y comenzó a subir hacia las turbulentas corrientes de aire.

Hacia las puertas del infierno.

Al principio, solo al principio, a Eliana le pareció que estaba en otro siglo. El corredor se abrió a una cámara iluminada por el sofocante resplandor anaranjado que escapaba de un gran arco horadado en la piedra.

Lámparas de mano, quinqués, carretillas, picos, palas, mazos, cascos antiguos y oxidadas jaulas para pájaros. Eliana recordó haber leído en algún sitio que, antiguamente, en las minas se utilizaban canarios como método de alerta temprana ante la falta de oxígeno. Por lo visto, cuando un pájaro caía en su jaula, tocaba echar a correr.

Rodeó una antigua vagoneta. Como en su largo viaje por la galería no vio raíles, dedujo que aquella mole de hierro viejo debió de quedar varada en aquel extremo cuando retiraron las vías. Ahora no transportaba nada, le habían retirado las ruedas y servía de leñera. En uno de sus laterales todavía se podía apreciar el grabado de una figura heráldica, un blasón familiar, un escudo en el que aparecía representado un oso con sus patas delanteras apoyadas en el borde de un caldero. Debajo: Santa Ana Inc.

Aquello corroboraba parte de la historia, al menos en lo referente a la explotación de las minas de plata por parte de los falsos marqueses. Hasta aquel momento todo lo leído y todo lo que Mino le había contado a Eliana parecía sacado de un cuento, leyendas y habladurías que solo existían sobre el papel.

El resto de la cámara le produjo una inquietante sensación de vuelta al pasado. Un periodo real, tangible. Una estancia de otro tiempo que alguien había mantenido intacta a pesar de los años. Según se acercó a las ondulantes irradiaciones de luz que emanaban del arco de piedra, una

sensación de aversión se apoderó de su cuerpo. Sentía como si una serpiente, una víbora fría y repulsiva, se enroscase en él, como si aquel museo bajo tierra estuviese impregnado de una maldad tóxica.

Se acercó al arco tallado en la piedra para descubrir que se trataba de un horno en el que un hombre podría entrar de pie tranquilamente. Eliana echó un rápido vistazo dentro. Lo justo para no perder sus pestañas por el calor. Una gran cúpula ennegrecida por el humo bajo la que crepitaba una enorme pira alimentada de madera y carbón. A un lado del horno habían instalado un depósito de agua del que salían tuberías. Codos y tramos rectos de conducto que se perdían unos metros más allá. Eliana siguió el circuito hasta que sus ojos se toparon con un hueco de escalera. Apenas se vislumbraban un par de peldaños de madera basta que ascendían por la negrura de la cámara.

Carecía de asideros, por lo que Eliana se afianzó a la suave superficie de la pared de pizarra y comenzó a subir. Los peldaños se mantenían firmes y estables a pesar del tiempo. No crujieron. Al igual que todo lo demás, aquella antigua escalera se encontraba en perfecto estado de revista. Los escalones eran gruesas traveseras de madera encastradas en la pared de manera que ningún escalón entraba en contacto con otro. Un sistema de tablones flotantes que moría en un descansillo de granito una decena de metros más arriba.

Una plataforma más o menos circular con una pesada puerta de madera al fondo. Madera oscura. Cuarterones labrados y el mismo blasón de la vagoneta. El oso y el caldero.

La cerradura era del tamaño de su dedo pulgar. La examinó durante unos segundos y meneó la cabeza. Nunca había forzado algo tan antiguo. Su tío Óscar le enseñó todo lo que debía saber sobre candados y cerraduras. Mecanismos más o menos modernos. Desde luego, todos del siglo veinte. Aquello era una puñetera reliquia, pensó. Eliana se acuclilló y arrimó su rostro para intentar atisbar algo del otro lado de la puerta. Solo que al otro lado de la

cerradura había un ojo que la observaba sin parpadear.

Entonces la puerta cedió ante sus narices.

Eliana cayó hacia delante y quedó postrada de rodillas como un perrillo zalamero ante el gigante barbudo. Alzó la cabeza en el justo momento en el que este descargaba el puño. Una maza granítica repleta de velludos nudillos. Antes de perder el conocimiento, Eliana tuvo la absurda idea de que la había atacado un oso.

Un zarpazo.

Y no se equivocaba.

47

—¿Hermano? ¿Oso? —preguntó Frank.

—Eso ha dicho. También ha mencionado algo sobre una tal Mami y sobre un lugar llamado la Mala Noche.

Frank se dejó caer en la silla y apoyó los codos en la mesa de la cocina. Acaba de entrar por la puerta de casa cuando el teléfono volvió a sonar. Santana, el hombre que se hacía llamar a sí mismo Samael, había hablado. Según le comentó Víctor Lázaro, había sucumbido ante su primo Ulises. Bueno, ante su primo, un soplete de acetileno y unas tenazas.

El silencio se deslizó entre ellos como un tercer interlocutor.

Después de unos instantes de tregua, Víctor Lázaro carraspeó y su voz, a través del altavoz del móvil, trajo a Frank de nuevo a la realidad. Los engranajes de su cabeza se habían puesto en marcha tratando de asimilar aquella información, intentando deducir la relación entre Santana y los propietarios del *camping*. Entonces recordó la vieja fotografía del periódico.

—¿Sigue ahí?

—Deme un segundo, no cuelgue —dijo Frank antes de abandonar la cocina a grandes zancadas.

Regresó al minuto con el expediente Moreda. Lo abrió sin miramientos pasando hoja tras hoja hasta encontrar el antiguo recorte de periódico.

Allí estaban. Mami y sus tres hijos junto al caldero, sirviendo vasos de caldo caliente a las personas que participaban en la partida de búsqueda de los mellizos Moreda.

La yema del dedo índice de Frank fue señalando uno a uno. Lolo con su único brazo. Y este, pensó, el más

enclenque, es Santana. El tercer hijo, el más alto y fornido de los tres, fue el que le llevó más tiempo identificar.

Cuando Eliana abrió los ojos y regresó a la realidad, veía estrellas. Literalmente. Nada de cicatrices en su piel. Puntos de luz fluctuaban ante sus ojos como luciérnagas frenéticas en la noche. No recordaba dónde se encontraba y había perdido la sensibilidad en los pies. Sentía como si un animal le royera los tobillos con saña, tenía la cabeza embotada y le parecía oír las olas del mar batiendo contra las rocas; un sonido líquido que arremetía contra su cabeza en afiladas punzadas de dolor que iban y venían en pulsaciones sordas y regulares.

Y el resto del mundo estaba del revés.

Primero movió los dedos de las manos. Luego intentó encoger los brazos, doblar los codos y agarrarse la cabeza para ahuyentar el dolor. Imposible. Atraídos por aquel suelo regado de manchurrones, sus brazos parecían pesar más que de costumbre, y pensó que lo más razonable, dada la situación, sería ahorrar fuerzas.

Cuando las descargas eléctricas dejaron de estallar tras sus párpados, intentó hacerse una idea de dónde se encontraba. Colgaba bocabajo, eso le quedó claro desde el principio. Una vela y la llama de esa vela. Una enorme mesa con la madera mordida a base de golpes. De la pared que había más allá pendían serretas, cuchillos, hachas y hachuelas.

Hincó la barbilla en el pecho para poder verse los pies. La comezón de los tobillos se la provocaban unos gruesos grilletes de hierro. Estaban unidos por una cadena que colgaba de un gancho de carnicero.

Nena, se dijo, o mucho me equivoco o estás en un matadero.

Una franja de luz inundó el suelo tras ella.

Frank se echó la chaqueta al hombro sin detenerse y salió de casa. Llevaba el teléfono en la mano. El último mensaje

de Eliana era una ubicación, una mina. La Mala Noche. Solo se apreciaba un punto en mitad de la nada. Sin carreteras ni caminos. Una línea azul que indicaba su cercanía al río Bornova y unas coordenadas geográficas, nada más.

Las gastadas ruedas del Chevy derraparon en la curva que había frente a la estación y condujo lo que restaba de calle pisando a fondo el acelerador. Encaró la carretera que había de llevarle hacia el norte viendo cómo el humo de las chimeneas se disipaba sobre las últimas casas de la ciudad.

Frank despejó la mente. Alejó de sí el embotamiento que le provocaban los golpes recibidos y sus ganas de echar un trago. Bajó el cristal de la ventanilla como si el aire, además de refrescar el interior del coche, pudiese aclarar los pensamientos que enturbiaban su cabeza.

Porque si la información de Víctor Lázaro era buena, quería decir que Santana y Oso eran hermanos. Los dos chicos que aparecían en las fotografías ayudando a Mami con el caldero eran sus propios hijos; Oso no era su marido, como les habían hecho creer.

Las ideas se recolocaron poco a poco. Piezas de un mismo puzle ahora formaban una imagen totalmente diferente, una que mostraba a una familia tan perturbada como monstruosa.

Frank sacudió la cabeza y volvió a llamar a Eliana. No obtuvo respuesta. Sin perder de vista la carretera, abrió la guantera, se hizo con el nueve corto de Méndez y lo encajó entre sus piernas. Por primera vez echaba de menos la cháchara de Eliana.

Oyó que unos pasos se acercaban sin prisa. Luego, Eliana escuchó que alguien respiraba profundamente a su espalda. El sonido gutural de un animal salvaje que la olfateaba. Podía notar la respiración pausada y profunda pegada a su piel. El aliento tórrido recorrió su cuerpo, desde la nuca fue ascendiendo por su columna vertebral. Se entretuvo unos segundos entre sus piernas para terminar por detenerse algo más abajo de sus rodillas.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Eliana cerró los ojos. Intentaba encontrar dentro de su cabeza mecanismos olvidados. Porque de alguna manera sabía que ya había pasado por aquello. Los manoseos lascivos de su tío Óscar con la punta de la nariz enterrada en su pelo.

—Siento decepcionarte, corazón —dijo Eliana—, pero no eres el primer baboso. Ya ha habido otros monstruos en mi vida.

Una atronadora risotada llenó el vacío mientras ella notaba que la izaban por los pies antes de dejarla caer como un fardo de carne contra el suelo. Se encontró con los ojos del guardabosque. Los dientes como viejas piezas de dominó. Enormes, cuadrados, romos. Una sonrisa se atisbaba entre la frondosa barba.

—Pero Samael será el último. Eso te lo garantizo.

Volvió a reír. Y no dejó de hacerlo hasta que, después de arrastrarla de la cadena por una serie de corredores, terminó por dejarla frente al fogón de la cocina donde hervía un caldero. Una cocina en la que ya había estado antes. La Mina de la Mala Noche comunicaba directamente con el antiguo edificio de administración del Camping de El Marquesado, como el cordón umbilical que unía todas las historias nacidas y por nacer. Historias de falsos marqueses, de demonios que vagan por el bosque y de niños desaparecidos.

Mami se giró, se limpió las manos con el mandil, le pidió a Oso que le quitara los grilletes a su invitada y la ayudara a sentarse a la mesa.

—Mami...

—No discutas y haz lo que te digo, mi amor.

Y para terminar de convencerlo, se acercó a Oso, lo instó a que se agachase para ponerlo a su altura y le colocó las manos en las mejillas como una madre haría con su hijo pequeño. Se acercó y lo besó con fogosidad contenida. Con la boca entreabierta. Su lengua asomó como una serpiente curiosa y lamió los carnosos y gruesos labios de Oso.

Después Mami se lo quedó mirando fijamente y dijo:

—Es nuestra invitada y tiene que reponer algo de

fuerzas. Las necesitará para afrontar lo que está por venir.

El gigante barbudo hizo lo que le pedía. Del cinturón colgaba un manojo de llaves antediluvianas. Eligió la que necesitaba y la liberó de las argollas. A Eliana no le respondieron los pies y, aunque pudo incorporarse a duras penas, no fue capaz de dar un solo paso. Oso gruñó algo incomprensible, la levantó tirando de sus brazos y la dejó caer en una de las sillas sin muchos miramientos.

Mami asintió satisfecha antes de acercarse de nuevo al fogón. Alejó los vapores abanicando la superficie del caldero con la mano, sumergió un cazo y preparó un vaso de caldo.

—Esto te hará olvidar el dolor.

A Eliana se le cerró el estómago en el acto y contuvo las náuseas. Recordó la amnesia de Tomás Moreda y la locura permanente de su exmujer. Ellos también habían tomado aquel bebedizo. Le arrimaron el vaso a la boca y la obligaron a tragar.

—Si lo vomitas —dijo Oso—, da igual lo que diga Mami. Te juro que meto esa bonita cara en el caldero.

Eliana asintió mientras ocultaba la llave de los grilletes entre sus piernas. Oso se había acercado lo suficiente para que sus dedos ágiles le diesen una segunda oportunidad.

Mami se limpió las manos con el mandil antes de deshacer el nudo a su espalda y dejar el trozo de tela pendiendo de un gancho en la pared. Se acercó a la mesa con aires felinos, se sentó frente a Eliana y se la quedó mirando en silencio. La observaba con sus apacibles ojos violáceos y un gesto de aparente ternura en el rostro.

—Voy a tener contigo la misma conversación que mantuve con Carmen hace unos años —dijo Mami con tono reposado—. También estuvo sentada a la mesa.

—La exmujer de Tomás Moreda —dijo Eliana.

Intentaba mantener la calma. Que su cuerpo no temblase en exceso. Aguantar el tiempo justo para ocultar la llave. El trozo de metal que tenía entre las piernas era su única oportunidad de escapar.

—No llegó tan lejos como tú y desde luego no

descubrió la entrada a la mina como lo hiciera Tomás Moreda —dijo Mami—. Solo vino aquí y nos habló de viejas historias. Creía haber encontrado en los libros lo que les pudo ocurrir a sus hijos.

—No son viejas historias.

Mami se encogió de hombros y entrelazó las manos en el regazo en una pose cómoda y distendida. Oso se colocó a su espalda sin despegar la vista de Eliana.

—Supongo que tienes razón. Nunca serán viejas historias mientras nosotros sigamos aquí. Mientras estas tierras sean nuestras, todo el que pisa sobre ellas nos pertenece, nos alimenta y nos devuelve la juventud robada por el tiempo. Parte de ella al menos.

—Los niños... —comenzó a decir Eliana.

—Los niños son necesarios. Enseñé a mis hijos a cazarlos en el bosque. Los mellizos Moreda fueron los primeros. No me mires así. ¿Qué clase de madre sería si no aleccionara a mis hijos? ¿Acaso una leona no les muestra a sus cachorros el arte de matar?

—¿Por qué? ¿Por qué solo niños?

—La eterna pregunta cuya respuesta está en la sangre. En la sangre y en la grasa. Porque todo ungüento requiere de los ingredientes necesarios. Ingredientes que se han de combinar en su justa medida y se han de cocer a fuego lento durante horas. Esa es la respuesta. La fuente de la juventud. Una receta que viene de familia, de generación en generación. —Mami hizo una pausa y se relamió los labios antes de continuar—. Y esto mismo le conté a Carmen, solo que ya no lo recuerda. Le expliqué todo lo que pasó con sus hijos antes de que terminasen en el caldero. Con detalle, porque una madre merece saber, ¿no crees?

—Yo lo que creo es que sois unos monstruos —dijo Eliana.

La carcajada estentórea que soltó Mami en ese momento perseguiría a Eliana hasta el fin de sus días. Una risa malvada que traspasaría la barrera de sus sueños y la haría despertar sobresaltada y empapada en sudor.

—Por favor, nada de monstruos. Nada de marqueses,

eso ya pasó. Aquí todos somos Samael —dijo Mami—. Llévatela y llama a tu hermano Sam.

Oso le encastró de nuevo las argollas en los tobillos, tiró de Eliana haciéndola caer de la silla y la arrastró por el suelo de vuelta al matadero.

Frank tuvo que abandonar el coche mucho antes de llegar al cortafuegos. Dejó el Chevy en mitad de un claro, una hondonada de pizarra rodeada de árboles que crecían torcidos y se inclinaban amenazantes sobre el socavón. Como el terreno estaba parcialmente hundido, la pista de tierra resultaba invisible desde la embocadura del claro.

Se fue orientado con el teléfono móvil. A pesar de que el GPS era incapaz de mostrarle el camino más óptimo hasta su destino, no perdió el tiempo dando vueltas en círculo. Tomaba tal o cual camino dependiendo de la cercanía. Cuando la distancia en metros le indicaba que se alejaba, daba media vuelta y lo intentaba con una senda distinta.

En un momento dado los enormes pinos dieron paso a una gran abertura, un río de tierra que partía el bosque en dos. Algo más abajo, a un lado del camino, encontró la Vespa de Eliana. Sus cromados despedían tenues reflejos bajo la luz de la luna.

Fuera de la profundidad del bosque, las ráfagas de aire hacían aletear su ropa. Siguió caminando. Descendió en busca de un grupo de chaparros, encinas en su mayoría. Árboles bajos y dispersos que crecían entre peñascos, sin angosturas. Entonces, al igual que le ocurriese a Eliana, vislumbró por primera vez la entrada a la mina. Una abertura, una brecha entre la espesura que emitía tenues bocanadas de luz, como los restos moribundos de una hoguera.

Recorrió el camino hasta el cortado y descendió en un giro a la izquierda que le dejó en una depresión de pizarra. Desde la entrada de la mina le llegó el olor de los regatos del Bornova.

PELIGRO, DERRUMBES.
MINA DE LA MALA NOCHE.

Un par de cadenas de buen grosor y cuatro grandes candados estaban tirados de cualquier manera a un lado de la puerta. La boca de la mina dejaba escapar su aliento cálido. Se echó la mano a los riñones, sacó el nueve corto y extrajo el cargador. Revisó la munición, encastró de nuevo el cargador, quitó el seguro y se encajó de nuevo el arma a la espalda.

Y se adentró en la oscuridad.

¡Venga tú puedes!

Eliana se animó a un último esfuerzo y se dobló sobre sí misma para dar alcance a la cerradura de los grilletes. Nada. Estás en baja forma, nena, se dijo. Recuperó el resuello. Lo justo para volver a intentarlo. En su cabeza resonaban las palabras de Frank sobre las sustancias encontradas en la sangre de Tomás Moreda y su exmujer. ¿Cuánto tiempo dijo Frank que tardaba en hacer efecto? No lo recordaba, pero tenía claro que debía liberarse antes de que su cuerpo colapsase. Se volvió a retorcer como un gusano ensartado en un anzuelo y se agarró a las piernas para llegar a la cerradura. Todo aquel ímprobo esfuerzo debía llevarlo a cabo con la llave sujeta en las manos. Porque podía fallar, pero no podía soltar la llave que había escondido en su ropa interior. Sabía que si la llave se le escurría, nunca saldría de allí con vida.

Llegó a rozar la cadena.

Un poco más...

Ulises Lázaro se limpiaba las manos de sangre con un trapo mientras contemplaba al hombre de la silla como el pintor contempla su obra. Hacía rato que el subinspector había dejado de contestar a sus preguntas. En la séptima planta de aquel edificio en construcción, ya no olía a pintura ni a cemento fresco. Entre los pilares de hormigón flotaba un

tufo metálico, cárnico.

Un teléfono sonaba.

Llevaba tiempo haciéndolo, así que Ulises le echó un último vistazo al cuerpo desnudo de Santana y buscó el móvil entre la ropa del policía.

—¿Quién llama?

—¿Samael? ¿Samael?

—Samael, alias demonio, alias oscuridad, alias yo que sé qué gilipolleces más, no puede ponerse ahora mismo —dijo Ulises.

Silencio en la línea.

—¿Y tú eres...?

La voz de Oso se endureció. La pregunta sonó como el amartillar de un arma, una amenaza, un arma cargada. Ulises no se impresionó, de hecho ya estaba durando mucho aquella llamada. Así que contestó:

—¿Cuántas veces tendré que repetirlo? Yo soy un puto gánster.

Y colgó.

Frank recorrió la bóveda bañada bajo la suave luz que escapaba del horno. Vieja maquinaria y herramienta que no se entretuvo en mirar. Esperaba encontrarse con Eliana en cualquier momento. Una esperanza que mantuvo firme durante todo el recorrido del túnel. Localizó la escalera flotante con sus macizos escalones de madera encastrados en la roca. Al llegar arriba se encontró con la puerta abierta y con un corredor atestado de cajas de cartón con botellas de agua y comida enlatada. Las paredes desnudas rezumaban humedad al tacto. Una bombilla colgaba de un cable. La pobre iluminación solo le permitía atisbar un par de oquedades al final del pasillo, como si el corredor se bifurcase en dos.

Tuvo la sensación de haber abandonado el túnel de la mina para caer en una madriguera de conejos. Si su orientación no le jugaba malas pasadas, juraría que había cruzado el río por debajo y que aquello no podía ser otra

cosa más que los subterráneos del Marquesado.

Avanzó entre la penumbra hasta la encrucijada donde se abrían sendos corredores iguales al que acababa de dejar atrás. Cajas apiladas. Víveres en tarros de cristal, sacos de carbón vegetal, botellas de aceite y garrafas de gasóleo. ¿Izquierda o derecha? ¿Qué camino habría tomado Eliana?

No acababa de decidirse cuando escuchó el estampido. Sacó el arma en un movimiento instintivo y con el cañón precediendo a su brazo firme y extendido, se pegó a la pared y tomó el pasillo de su derecha.

Juraría que se trataba de una detonación de escopeta, quizá un revólver de gran calibre. No estaba seguro. Solo sabía que se acercaba al lugar del que procedía el disparo con un nueve corto.

Una pistolita que, en comparación al arma que habría de enfrentarse, parecía de juguete.

Nada más hacer girar la llave en la cerradura, uno de sus pies quedó liberado; la cadena corrió a lo largo del gancho de carnicero y Eliana se dio de bruces contra el suelo. Sentía las piernas acalambradas, insensibles, por lo que sus primeros pasos fueron como el errático caminar de un bebé. Como si sus extremidades no le perteneciesen y se negasen a acatar sus órdenes. Tuvo que sujetarse al borde de la mellada mesa para no terminar cayendo otra vez. Eliana recogió su bandolera de debajo de una estrecha repisa. Cuando se incorporó y se la echó al hombro, se quedó mirando las herramientas de trabajo de aquella familia de lunáticos: embudos metálicos, cuchillería de menor tamaño que colgaba de las paredes y otra serie de artilugios cuya utilidad no quiso siquiera imaginar.

Sintió un escalofrío. Una descarga eléctrica recorrió todo su cuerpo obligándola a moverse. El hormigueo había desaparecido casi por completo y sus pies volvieron a pertenecerle. Abandonó aquel matadero y fue a parar a un pasillo que debían de utilizar de almacén.

En frente se abría otra puerta, pero decidió que su

mejor opción era buscar la salida hacia la mina y escapar por la galería. Si conseguía llegar hasta su Vespa, tendría más opciones de sobrevivir.

No había avanzado un par de metros cuando oyó la voz de Oso. Hablaba con alguien por teléfono. Eso le pareció. La cuestión es que el sonido era cada vez más cercano. Eliana giró sobre sus talones y encaró la puerta. Cerrada. Rebuscó en el interior de su bandolera. Antes de dar con la navaja, soltó un juego de llaves y un lápiz de labios que nunca utilizaba. ¿Por qué tenemos que llevar siempre tantas mierdas en el bolso? Dejó la respuesta para otro momento e intentó forzar la cerradura antes de la llegada Oso. Repetía por lo bajo: «No me va a dar tiempo. No me va a dar tiempo».

Seguía con la cantinela cuando hizo saltar el pestillo. Se coló dentro un segundo antes de que Oso doblase la esquina. Le escuchó refunfuñar algo al otro lado de la puerta. Un resoplido y luego nada. Silencio. Cuando vio que el pomo comenzaba a girar, echó el pestillo y un pasador que solo podía abrirse desde dentro.

—Abre. Sé que estás ahí.

Eliana no contestó. Se quedó con la espalda apoyada en la puerta. Sentía las arremetidas que provocaba el corpachón de Oso. Intentaba ganar algo más de tiempo. Contener algo que no se podía contener.

Entonces los golpes cesaron. El tiempo justo para que Eliana se diese cuenta de dónde se encontraba. Porque si la otra estancia era un matadero, aquella era un mausoleo.

Una cripta con decenas de pequeños altares de pizarra negra. No todos estaban ocupados. Solo media docena. Palmatorias, urnas con las cenizas de los niños y tarros de cristal con dientes de leche bañados en plata.

Del otro lado de la puerta, le llegó la voz de Oso. Eliana no entendió muy bien lo que dijo, pero se apartó de la puerta cuando escuchó el ruido que producía la corredera de la escopeta. Apenas tuvo tiempo de apartarse antes de la detonación.

El disparo abrió un agujero en la madera. Oso metió la

mano y tiró del pasador. Cuando entró, municionó con calma de nuevo la escopeta y le ordenó a Eliana que se colocase de rodillas.

—Y abre esa bocaza —dijo tirando de la corredera.

Eliana no hizo lo que le pedía. Le temblaban las piernas, pero se prometió a sí misma que no iba a suplicar, que se mantendría en pie. No volvería a pasar por aquello. A su tío Óscar le dio el placer de disfrutar con su miedo. A Oso no le iba a conceder nada. Al menos se llevaría esa victoria al otro barrio.

—Jódete.

—No. Eres tú la que va terminar jodida, porque lo que es, es.

Oso le acercó el cañón a los labios.

Eliana cerró los ojos un segundo antes del disparo.

48

Despertó dos días después. Y a pesar de ser incapaz de dilucidar si era de día o de noche y de no saber a ciencia cierta en dónde se encontraba, la habitación le resultó tremendamente familiar y acogedora. El olor de la camiseta que llevaba por pijama era el de alguien conocido. Alguien que, a pesar de todo, se preocupaba por ella. Tiró de las mantas hasta que sus pies asomaron entre la ropa de cama. Tenía los tobillos vendados y las piernas cubiertas de magulladuras y feos arañazos. Se arropó de nuevo, se ovilló en la oscuridad y volvió a dormirse mientras se preguntaba, como uno se pregunta en esos extraños lapsos que transcurren entre el sueño y la vigilia, si no estaría enamorándose de aquel hombre.

No llegó a sentir cómo las paredes temblaron al paso del tren.

Soñó que Frank acariciaba su piel con sus cicatrices. Solo que no eran constelaciones trazadas con la punta incandescente de un cigarrillo, era un mapa que tatuaba el camino hacia un mundo mejor. Y en su sueño, la besaba y la abrazaba y le susurraba una canción al oído.

Un cielo sin estrellas,
lejos de la oscuridad.
Donde nunca caerá la noche.
La mala noche.

Samael

O lo queda de él.

Santana, Sam, Samael...

Todos son la misma persona. Y todos creían haber llegado al infierno. A uno de sus círculos donde el invierno es eterno y el frío nunca remite. La oscuridad reinaba a su alrededor pues no tenía ojos con los que mirar. Pero podía sentir como el suelo, encabritado, se revolvía inquieto bajo el lugar que una vez ocupasen sus pies. Olía a cuero y a ambientador de pino, quizá también a gasolina, pero no estaba completamente seguro.

Olores que, en cualquier caso, desmerecían el tormento.

El verdadero suplicio que estaba por llegar.

Un doloroso cosquilleo se instaló en algún lugar indeterminado de su espalda. Una comezón donde las vértebras se habían roto partiendo su columna en dos. El frío y la humedad hacían que la mortaja que lo envolvía se adhiriese a su cuerpo como una segunda piel. La muda de aquella serpiente que siempre creyó ser.

Porque yo soy Samael, se dijo.

Todos somos Samael.

Pero por mucho Sam que fuese, la picazón de la espalda no desaparecía, y recordó que no hacía mucho tuvo pies y manos y ojos. Así que dejó que el frío lo llevase a la deriva flotando en un océano de dolor.

A medida que bajó más y más la temperatura, su consciencia se fue diluyendo en la negrura. Un pozo de angustia donde por primera vez en su vida dudó sobre la demoníaca entidad que creía poseer. Allí abajo no escuchaba su voz, una voz que debía decirle que no se preocupase.

Que había algo más allá de la muerte.

Que renacería en otro cuerpo.

Nada de eso ocurrió.

Y Santana, Sam, Samael...

O lo que quedaba de él, murió mucho antes de llegar a Islandia.

Epílogo

—Hola, cariño. Tienes derecho a guardar silencio.

El asesor se llamaba Frank y era en realidad un detective sin licencia al que habían echado de la policía por sentimental. Al menos eso decían. La realidad es que mató a un hombre y perdió su trabajo. Punto. Y en esos momentos, intentaba no hacerse trampas, decir toda la verdad y contarle a su mujer cómo le habían ido las últimas semanas.

No sabía muy bien por dónde empezar.

Retiró el ramo de flores marchitas y lo dejó caer en el cubo de basura que había dos lápidas más allá. Regresó con una rosa roja, la apoyó sobre la piedra y se sentó al borde. Prendió un cigarrillo y decidió que lo mejor sería comenzar desde el principio para no dejarse nada.

Todo comenzó un día después de mi última visita, dijo. Me quejaba de lo difícil que era ganarme la vida con mi trabajo, con lo que yo consideraba asuntos... digamos menores, ¿recuerdas? Pues no podía estar más equivocado. No, no podía. Porque resulta que el pasado vino a visitarme. Un hombre llamado Constanza....

Las nubes, a su paso por la ciudad de Guadalajara, barruntaban tormenta. Como debía ser a mediados de noviembre. Oscuras formaciones jalonaban el cielo. Un denso tapiz con una gran variedad de grises que, como en la historia que Frank estaba contando, no dejaban ver la luz del sol, la realidad que se oculta tras la tormenta.

Y es que al principio buscamos a un monstruo, dijo.

¿Quiénes?

Silencio.

Eliana y yo.

Más silencio.

Luego te hablaré de ella.

Y entonces le fue relatando cómo el caso se fue torciendo.

Transcurrió un buen rato en el que Frank enlazó un cigarrillo con otro. Se fue guardando las colillas en el bolsillo, con la mirada perdida en las copas de los árboles mientras seguía narrando su historia.

Primero murió Constanza, dijo. Le condenamos nosotros mismos sin saberlo. Eliana les dejó una tarjeta de visita a los dueños del *camping*. Constanza Desaparecidos. Le pusimos la diana en la espalda.

¿Si me siento responsable?

Mucho.

Era un buen hombre, dijo. Terminó con todos mis problemas económicos. Salvó nuestra casa y consiguió que mantuviese la asesoría. Sigo sin tener licencia, pero bueno, ya sabes, es el único trabajo que sé hacer. En fin... Supongo que es mejor no darle muchas vueltas.

Una bandada de pájaros, gorriones tal vez, se alzó en vuelo abandonando la escasa protección que ofrecían los cipreses y se perdió en el cielo más allá de la tapia del cementerio.

Y la historia de Frank fue avanzando hasta el momento en que disparó a Oso por la espalda. Solo un disparo, en la nuca. Una ejecución podría decirse. No me siento orgulloso, pero supongo que, como diría el propio Oso, lo que es, es.

Eliana no recuerda nada de lo que ocurrió.

Si te soy sincero, dijo, me alegro de que no recuerde nada.

Y es que, tras matar a Oso, no volvimos a la mina. Decidimos que había que terminar el trabajo. Destapar de alguna manera los atroces crímenes que allí se habían producido y sacar a la luz a sus verdaderos responsables

¿Qué hicimos?

Bueno, se nos ocurrió mandar señales de humo a la policía. Antes de escapar por la mina, llevamos un par de garrafas de gasóleo al edificio del *camping* y le prendimos

fuego. La idea era que cuando llegasen los bomberos y la Guardia Civil, descubriesen todo lo que escondían en las galerías subterráneas. De hecho, así fue como ocurrió. Claro que nosotros ya no estábamos allí para verlo.

Y aquí es cuando no te quiero mentir, dijo.

Con aquella decisión condenamos a un hombre inocente.

A otro más.

Porque cuando los bomberos llegaron al Marquesado, Mami había decidido que no se marcharía de este mundo sin Lolo. El único inocente en una familia de locos. Un hombre bueno al que no pudimos salvar. No siempre se puede, ¿verdad? Déjalo, da igual. El caso es que encontraron sus cuerpos tendidos en la cama. Sobre el esqueleto de un somier.

Calcinados.

¿Por qué lo hizo?

Porque pensaría que cuando llegasen los bomberos descubrirían su particular casa del terror. Porque se creían demonios. No lo sé. Y a día de hoy sigo sin saberlo.

Y si te digo la verdad, creo que no me importa.

Horas más tarde, cuando consiguieron extinguir el incendio y se enfrío la zona, bajaron a los subterráneos y encontraron la cripta. Restos de niños y sus correspondientes vasijas con dientes de leche bañados en plata. Y entonces fue cuando conocieron a los verdaderos Monstruos de la Tejera Negra. Así lo titularon en los diarios. Los auténticos responsables de la desaparición de los mellizos Moreda y de muchos otros niños de los que la prensa no tenía constancia.

Los descendientes de los Santa Ana.

Ahora están buscando al auténtico Samael de la historia. El que, si no me equivoco, estará en estos momentos a bordo de un barco mercante camino de Islandia.

Frank se disponía a encender su último cigarrillo cuando comenzó a llover. La llama se reviró entre sus manos. Temblaban. Un relámpago cicatrizó el cielo. Luego

llegó el trueno.

Y así termina la historia, dijo.

Se levantó ya calado bajo la tormenta, se guardó el cigarrillo, que fue incapaz de encender, y le pidió a su mujer que le diese recuerdos a Méndez. Estará por allí arriba contigo, dijo. Un ángel gordo y con mala hostia.

Después se despidió de su mujer.

Te echo de menos, dijo.

Y con las manos en los bolsillos y arrebujado bajo el cuello de su chaqueta, dejó atrás la lápida dirigiéndose a paso lento a la salida del cementerio. Se sentía culpable. Sus ojos ardían. Gotas de lluvia y lágrimas a partes iguales. No le había hablado de Eliana. De lo que sentía. De lo que creía sentir.

Quizá no fuese nada.

O quizá fuese él quien esa vez se acogía a su derecho a guardar silencio.

Nota del autor

Las localizaciones de este libro no son del todo imaginarias, muchas de ellas existen y pueden hallarse en cualquier mapa de carreteras. Me he tomado, eso sí, algunas licencias a la hora de ubicarlos dentro de la novela.

Todo lo demás es pura ficción.

Solo los monstruos son reales.

Agradecimientos

A mis amigos, Inés Plana, David Pérez, Jesús Boluda y Joe Álamo. Estuvieron, como se dice, a las duras y a las maduras.

A mi editora, Rosa Pérez, por darme la oportunidad de hacer este sueño realidad.

A mi agente, Pablo Álvarez, y a todo su equipo, por guiarme en tan arduo viaje.

A Yolanda Rocha y a María Casas, por esa mano tan necesaria de chapa y pintura.

A César Pérez Gellida, por su generosidad.

Y, sobre todo, a Gema, mi vela en la oscuridad.

Las horas crueles
Marto Pariente

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Las horas crueles*

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la cubierta, Marie Carr y David Keochkerian / Trevillion Images

© Marto Pariente, 2023
Publicado por acuerdo con Editabundo, S. L., Agencia Literaria
www.editabundo.com

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-670-6995-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!